

CONTORNO

COMITE DE DIRECCION

ISMAEL VIÑAS
DAVID VIÑAS
ADELAIDA GIGLI
LEON ROZITCHNER
ADOLFO PRIETO

ABRIL DE 1959

Nos. 9 - 10

Av. Roque Sáenz Peña 651 - T. E. 30-2409 - Treinta Pesos

Análisis del frondizismo	CONTORNO
Un paso adelante, dos atrás	León Rozitchner
Orden y progreso	Ismael Viñas
El espejo de la historia	Tulio Halperín Donghi

Análisis del frondizismo

Es posible que el frondizismo pase a ocupar en nuestra historia —no solamente en la historia argentina sino también en la de Latinoamérica— un lugar especial, y termine por convertirse en la designación típica de un característico fenómeno local. Pocos dudan ya —ante los primeros meses de gobierno— de que esa designación va a tener una fuerte acentuación peyorativa en boca de los pueblos.

Pero el fenómeno frondizista no es un caso aislado —de ahí su carácter típico—, ni simple, ni tampoco un hecho aberrante, desvinculado del pasado mediato o inmediato o en contradicción con él. Se trata de uno de los tantos casos semejantes que ha producido la historia latinoamericana, tiene antecedentes en los países vecinos y en el nuestro, y representa una de las posibilidades inscriptas en una historia que comienza con el país mismo, pero, sobre todo, un momento de una historia que arranca hacia 1928-30, cuando se frustra nuestro primer intento contemporáneo de adecuar la Argentina a la expansión de sus fuerzas internas.

Los tres artículos que siguen —escritos entre agosto y noviembre de 1958, salvo el de Viñas, que recibió ligeros retoques posteriores— son nada más que intentos de acercarse a la comprensión del momento actual, desde diversas perspectivas, y arriban a veces a diferentes conclusiones.

Esas diferencias, sin embargo, carecen de importancia ante la coincidencia en una actitud fundamental: la preocupación por el planteamiento de la situación local como problema, es decir, como hecho que debe examinarse cada vez como si cada vez fuera íntegramente nuevo, puesto que se trata de una realidad dinámica. Esa coincidencia es tanto más importante en cuanto no es un caso aislado sino una muestra de algo que se ha generalizado en la izquierda argentina en su conjunto, y que parece prometer la entrada en la madurez de algo que hasta ahora se ha venido frustrando constantemente: la capacidad de la izquierda para intentar comprender este país, es decir, para tomar un punto de partida que permita iniciar una acción eficaz.

CONTORNO

Un paso adelante, dos atrás

LA DECISION DEL SILENCIO

INGENUIDAD o traición, el dilema político es para muchos inconfesable. Los que contribuyeron al triunfo electoral se van, la pena en el alma. ¿Qué hacer ante el fracaso? Habría una tenaz voluntad que se opone a gratificar los ensueños proyectados sobre este triunfo que cada uno quiso para sí. El pensamiento lineal que guiaba a los adeptos les deparó sorpresas inesperadas, y como los niños en las experiencias psicológicas, incapaces de afrontar el sentido de la realidad y desentrañarlo, se “evaden del campo”. Así Scalabrini Ortiz, quien luego de tantos años de batalla, cuando al fin había logrado, como aseguraba, su sueño de la revista propia, nos advierte que deja la dirección de *Qué* para no tener que combatir al gobierno y prestarse al juego opositor. Otro tanto hace la gente de la revista *Presencia* cuando de-

clara: “No queremos atacarlo porque no queremos hacerle el juego a los gorilas. No queremos defenderlo porque no lo merece en lo más mínimo. Ante el gran fraude nacional que ha perpetrado, preferimos callar”. Así un economista ultranacionalista, pero opuesto al nacionalismo de fortín y tacuara, coincide con un ultramontano del sector católico (aunque liberal en economía) en la contradicción del fenómeno o, al menos, en la imposibilidad de verter sobre la realidad que estamos viviendo una comprensión que ayude a resolver esa contradicción.

¿Qué significa este mutismo que se va haciendo general? En principio: que por encima de la verdad que antes era comunicable, pero que ahora está llamada a silencio, se juega una realidad en la que todos esperan ganar al no aclararla. ¿El escritor será también exigido por los ardides y la confabula-

ción como si la trampa que preparan hiciese necesario ocultarse aún ante los lectores? ¿A la discriminación del sentido será preferible el turbio juego incomunicable? Esta extraña psicosis del silencio en los más parlanchines de nuestros comentaristas parecería señalar la preeminencia de la realidad —elevada a suprema categoría en la política de Frondizi— por sobre el juego de la inteligencia, el reconocimiento de obscuros e indiscernibles factores que priman allí donde el pensamiento se revela estéril para comprender. Terminan por reconocer que la “realidad” es irreductible, y que frente a un político realista sólo cabe el pétreo mutismo de lo natural: se trasmutan en objetos de la historia, se convierten también ellos a la “realidad” de las cosas. La “espiritualidad” recupera su primitivismo inanimado. ¡Y justamente ahora, que es tan necesario hablar!

Este fenómeno del silencio caracteriza, más que a ningún otro, al gobierno de Frondizi. Porque en los demás, cada uno cumplía mal que bien lo que de ellos se esperaba, y era más o menos visible el sentido de lo que hacían: la obra coincidía en cada caso con el hombre. Las explicaciones eran casi innecesarias: la significación aparecía, límpida, en los hechos.

Pero en el gobierno de Frondizi todo el mundo está esperando explicaciones. Sólo Alsogaray parece no necesitarlas, o haberlas recibido. Es tan grande el salto que va desde las formulaciones del candidato a las realizaciones del gobernante, tan increíble el sentimiento de defraudación, que esa explicación anhelada constituye una piedra de toque para la auto-estima que cada uno, en el fondo, profesa hacia sí mismo: haber sido engañados como niños, no haber visto detrás de las declaraciones las intenciones. Cada uno de quienes lo han votado se siente reo de lesa tontería.

Mientras tanto la actividad gubernamental parecería ser la siguiente: ocultar el verdadero sentido de lo que se hace. Y esta ilegibilidad que adrede se organiza nos pone en una cruel disyuntiva: ¿habrá que creer al enemigo? ¿Los mentirosos de ayer son quienes deben revelarnos la verdad de hoy? El dilema es genuino, y todos estamos afectados. ¿Pensar, acaso, en la estrategia? La estrategia es, sí, juego de ocultamiento, y toda comunicación encierra el secreto de lo que calla, y en lo que se calla reside el verdadero sentido de lo que se expresa. ¿Pero cómo descifrar este mensaje oculto, que a todo trance necesitamos leer? Tanto una como otra posibilidad nos vuelve a poner frente a frente con el mismo dilema. Estaríamos así condenados al escepticismo en cada paso de la actividad política, porque cada nuevo hecho y su expresión provoca un enturbiamiento de lo que anteriormente era más o menos perceptible. El verdadero juego —deberíamos terminar por reconocer—, circula entre esa franja oculta de la realidad donde se realiza el enfrentamiento de los intereses y las fuerzas. El pueblo, ese pueblo a quien se quiere rescatar para una “mejor humanidad”, es sólo objeto natural, medio de acomodación y de reacción: algo manejable. El pueblo representa la fuerza bruta cuyo sentido, presumiblemente conocido, permite gobernar con prescindencia de sus opiniones. Basta contar con sus impulsos, el empuje mínimo de su animalidad. Así el gobernante parecería haber interiorizado su certeza de lo que el pueblo es, hasta llegar a convertirse en depositario de su querer, que maneja como propio. Este vacío que abre la suficiencia lo llena, sin embargo, la incompreensión. De este modo, la falta de un sentido claramente perceptible, la incoherencia aparente de los actos, termina extendiendo hacia los habitantes esa marginalidad en la que realmente se los coloca.

Pero ni tanto ni tan poco. La percepción que de los hechos políticos tienen ciertos sectores sociales excede el espectáculo que ciertos otros sectores le organizan. La comunicación deformadora, que cree llegar sólo con lo que se propone decir, llega también con lo que se pretende ocultar. Nos hemos propuesto tratar de recuperar aquí, en una sola significación, tanto lo que se dice como lo que se calla. Como nada nos obliga, a nuestra vez, a callar y a parcializarnos, hemos querido utilizar este privilegio intelectual en su única misión válida: englobar dentro del análisis la intención meramente pragmática y uti-

litaria que se oculta tanto en el gobierno como en sus opositores. Es preciso vencer el desengaño superando la visión engañosa que nos hizo caer en él. Pero, cabe preguntarse, ¿había que caer en él?

LOS DESENGAÑADOS

El fenómeno es explicable: el presente va arrojando hacia el pasado las soluciones que la realidad no admitió. La realidad defrauda en su crudeza la imagen que se hacían del futuro quienes quisieron y eligieron este presente, y parecería agitar el fantasma de elecciones más certeras, de decisiones más justas, desechadas en su momento. De este modo, ante nuestra duda retrospectiva, los opositores parecerían ahora tener más razón con sus admoniciones sepultadas en el pasado que nosotros, frente a este pasaje concreto que hemos elegido. El desengaño y la incertidumbre pasan así a inmovilizar toda acción futura, y se alimentan de remordimientos: remordimientos por no haber elegido bien, por haber sido engañados, por haber podido quizás inclinar la realidad hacia otro sentido histórico.

Pero el desengaño no es sino la contraparte de la confianza. Y es preciso volver a plantear nuevamente el punto de partida, volver a recordar que la confianza no fué puesta en un hombre sino en las fuerzas que convergían para tratar de dar una solución a nuestra coyuntura histórica.

Lo habíamos dicho ya: veníamos de la ambigüedad, es decir de una realidad que sólo *por cierto camino* admitía riesgadamente una salida. Habíamos señalado que el radicalismo intransigente expresaba y representaba, en el plano de la política que podía pasar a los hechos, toda la ambigüedad objetiva del país. Y el apoyo que le concedíamos constituía para nosotros un *primer paso*. Veníamos desde una dirección distinta a la que había seguido la clase trabajadora, y nuestra decisión era volver a retomar con ella un camino que nos permitiera marchar juntos. La coyuntura histórica juntaba así ambos descreimientos, y los mismos fines se unían aquí a una misma elección, la única posible dentro de lo que la realidad nos presentaba. El apoyo al radicalismo era la posibilidad de que se materializara en los hechos la única izquierda concreta que se daba en ese momento, porque coincidíamos con la conjunción del proletariado y de la burguesía progresista. Contábamos con el apoyo que los obreros podían dar a la intransigencia como a un mal menor. Pero también se había dicho que esta solución de la ambigüedad burguesa, representada en el seno de la intransigencia, debía coincidir con la exigencia del cumplimiento de un compromiso: el programa radical. Pues no dijimos que ese compromiso iba a ser cumplido. Pensábamos que sólo los obreros podrían exigir su cumplimiento. No era extraño al planteo este hecho: en momentos en que la clase trabajadora se encontraba imposibilitada de darse por medio del voto su propio representante, la elección del frondizismo como un mal menor significaba “agregar a la lucha exterior por los intereses políticos de los obreros (lucha por otra parte imposible de ser detenida) la *lucha interior* dentro de un partido que está al frente de la nación *por haber solicitado el apoyo obrero*”. Y agregábamos: “la izquierda concreta que se perfila a través del radicalismo es la cuña real introducida por los intereses populares en el flanco de los intereses imperialistas y antinacionales” (1). Y esto, que parece ahora paradójico, es lo que seguimos sin embargo sosteniendo.

Porque también veíamos sus peligros. Y los veíamos desde el momento en que el candidato a presidente escogió el catolicismo: “Nos parece ver en las definiciones religiosas algo así como el esbozo de una posible claudicación económica”, decíamos.

Todo esto quiere señalar que no era posible creer en un pasaje inmediato, instantáneo, hacia la instauración de un cambio radical en la Argentina. Por el contrario: quedábamos en el comienzo de una tarea. No estábamos en la Revo-

lución: Frondizi no era Lenin, ni la intransigencia ni el peronismo eran el partido bolchevique, la coyuntura tampoco era la de 1917, y se trataba de salir del marasmo movilizándolo las fuerzas más positivas que el país poseía en ese momento. Las fuerzas que se enfrentaban constituían dos modos radicalmente opuestos de enfrentar una misma realidad, realidad cuya estructura efectiva vamos comprendiendo ahora más nitidamente.

¿Qué sentido tenía esperar que se diese la posibilidad de conjunción de ambas corrientes, la clase obrera y la radical? Se trataba por lo pronto de buscar la lucha en otras condiciones, procurar acercarnos a las fuerzas en pugna a favor de una nueva coyuntura, y trabajar por la más positiva. Queríamos introducirnos en la historia, pero no en la comprensión distante de una adhesión. Queríamos esperarla en un recodo, en aquél donde pudiésemos coincidir y confundirnos con el sentido que parecían seguir las líneas del progreso. Y eso es, aunque parezca paradójico, lo que hoy tenemos. Nunca menos que ahora podemos negarnos a enfrentarla diciendo que no la quisimos así, pues la condición de nuestro compromiso para el enfrentamiento actual fué que se presentara esta coyuntura, que en el plano de la realidad era la mejor de todas las posibilidades que aparecían en el horizonte de futuro con que contábamos. Esa posibilidad se dió, fuimos favorecidos con su advenimiento, pues no siempre la historia procura esta satisfacción: la de que podamos darnos cita anticipadamente con ella, y de que se haga presente.

Así pues el planteo general que nos trazamos entonces todavía sigue siendo válido; más aún, es ahora irremediamente válido. Precisamente el terreno en el cual se encuentra librada la batalla fué el que conscientemente elegimos para el combate. ¿Nos asombra su realismo? Es que ahora estamos, no ya en el esbozo imaginario de una conjunción de fuerzas y de un enfrentamiento definido abstractamente, sino en el choque concreto. Lo que nos asombra entonces es simplemente el hecho de que lo ideal, el planteo que fué nuestro, se presente en la realidad, se ponga a prueba en los hechos, se encarne en obras y acontecimientos y requiera nuestro esfuerzo para darle término. La lucha que pedimos se abre ante nosotros. Y lo que debió haber sido el estímulo para un nuevo impulso, porque de alguna manera responde a ese planteo primero, nos encuentra en cambio decepcionados, desengañados y próximos al abandono y al nihilismo. No es extraño: estamos carcomidos por la ineficacia y la abstracción de grupos que no se han encarnado nunca en la realidad. Creíamos en el pasaje instantáneo inmediato, a partir de esas elecciones formuladas en el voto que nos habrían de transportar de golpe a una Arcadia soñada donde ni el imperialismo ni los militares ni la prensa traficada ni otras tantas muchas cosas existirían: queríamos una solución mágica que compensara nuestra ineficacia, que convirtiera nuestros sueños en realidad.

Si no se trataba de una Revolución instantánea, se trataba en cambio de una nueva estructuración de fuerzas, de una modificación del país que representara la introducción de una posibilidad original.

EL REALISMO POLITICO EN EL PODER

Analicemos, antes de resolver cómo aplicar esta decisión de lucha que todavía nos mueve, el sentido de la política emprendida por el gobierno de Frondizi. ¿Qué quedaba demostrado con el voto del 23 de febrero? En principio, una polarización clara del país: Frondizi había agrupado a su alrededor las fuerzas positivas con las cuales contamos, las únicas dispuestas a impedir por una parte la continua usurpación de la voluntad popular, y por la otra las únicas decididas a oponerse activamente a la entrega. Las elecciones en las cuales terminó la Revolución Libertadora fueron el cumplimiento de un compromiso moral, el máximo de moralidad formal acordado por las fuerzas que se encontraban no sólo en el poder político sino

económico. Fué la contradicción principista de su decisión aparentemente moralizante la que llevó a la Revolución Libertadora a caer en la propia trampa de los principios que dijo venir a instaurar. Quedaba todavía flotando en el aire las hazañas del justismo y la suficiencia que da la posesión de un poder utilizado en su propio favor. Es preciso entonces retener un hecho: las fuerzas contrarias a la oligarquía —ajenas al poder—, se manifestaban sólo por el acto de depositar un voto en la urna.

Lo difícil es admitir esto: que ese llamado, al cual tan unánimemente se respondió, haya sido luego frustrado. Esto es lo que da carácter de traición a la dirección actual del gobierno. Sólo Frondizi podía traicionar ese fervor que él mismo suscitó y ayudó a preparar. ¿Qué otro recurso quedaba luego de haber puesto todas las esperanzas y las fuerzas en la elección de una salida, y que ésta, la única, fuese luego desechada por el encargado de cumplirla? Luego del voto ya no quedaba sino esperar.

¿Esperar qué? Esperar que la decisión manifestada en el voto se cumpliera. Toda política de liberación fué siempre de oposición a la fuerza opresora, no de sometimiento a ella. Fué siempre utilización al máximo de los recursos dispersos de las voluntades humanas que se conglomeraban y permitían así que la decisión se tradujera en poder efectivo. Pero Frondizi prefirió atenerse a la definición solamente jurídica de las fuerzas, aceptarlas como se acepta un legado que nos pone en posesión de un bien, pero cuyo mandante no existe ya para mantener continuamente presente la voluntad de cederlo: sólo quedaba en pie la frágil aceptación formal de una voluntad desaparecida y a la cual no podemos ahora recurrir.

De este modo los 4.000.000 de votos no fueron una medida exacta de las fuerzas concretas, sino de las fuerzas definidas en el orden jurídico-institucional. El voto es una abstracción jurídica que manifiesta una apariencia de igualdad, el mínimo no imponible de libertad ciudadana. Pero la desigualdad básica subsiste aún y no ha cedido en el acto de la toma del poder. El voto rescata levemente una posibilidad de presión y dirección sobre las estructuras reforzadas durante la revolución libertadora.

Quienes no cometen la ingenuidad —mezcla de locura y tontería— de creer en la Revolución inmediata, a días o meses vista, reconocerán que una revolución en las urnas es también ahora una utopía democrática, a no ser que las fuerzas electorales triunfadoras dispongan ya efectivamente de un poder y estén dispuestas a ejercerlo. Y faltaría aún, ejerciéndolo, saber si logran el dominio. Poder no es ser obreros o saber de los millones de votos dispersos.

Poder es organización dispuesta a ejercerlo, intenciones que convergen en los hechos: conquista activa. Por eso haber escogido hoy esta política, como lo hizo Frondizi, haber elegido el camino de la prudencia y la concesión, es evidentemente una posición que los hechos justifican. Perc, y ésta es la diferencia, son muchas y variadas las posibilidades que estos mismos hechos encierran. La gama es extensa: desde la posición de defensa activa, recurriendo a la movilización y preparación de todas las voluntades manifestadas el 23 de febrero, hasta la conciliación y abjuración ante el poder económico-militar, este horizonte abría un abanico de posibilidades cuyo éxito futuro se ordenaba en forma decreciente. El riesgo de perder el poder tan frágilmente sustentado era tanto mayor cuanto más nos acercáramos a la zona programática y nacional, y tanto menor cuanto más nos alejáramos hasta coincidir con los intereses vencidos en las urnas. Esto es lo que constituye el “realismo” político de Frondizi, el camino del menor riesgo, la mayor seguridad del triunfo: la conservación del poder. Cabe una vez más preguntarse: esta política de compromiso, ¿era la única posible? Partamos entonces de la aceptación de este hecho: de toda la gama de posibilidades, el llamado realismo político es el que menos recurre al riesgo, el que más decidido está a confundirse

(1) Cuadernos de CONTORNO, N° 1, 1957.

con lo que combate, el más dispuesto entonces a ser considerado como una traición por quienes lo llevaron al poder. El realismo político consiste en escoger, no un camino propio como representante de una nueva tendencia, sino sólo una de las posiciones extraídas de la serie que ofrecen las fuerzas vencidas en las urnas, la menos mala, la más progresista. Así es como la elección del 23 reveló ser una elección de segundo orden, porque la verdadera, la importante, iba a ser elegida por el elegido. En otras palabras: la política burguesa termina por ser el compromiso y la búsqueda de la salida real para una situación de inmadurez revolucionaria, aquella en la cual los votantes carecen de un poder efectivo como para exigir el cumplimiento de lo deseado.

Pero la aceptación del determinismo es la antítesis de la política creadora. La política, se repite, es el arte de lo posible. Pero ese posible, al cual tan orondamente se acude, no está determinado rígidamente a partir de la realidad. Precisamente la tarea del hombre que une la acción a la idea, que la hace pasar a los hechos, consiste en lograr que ese posible contenga el mínimo de concesión a la oposición. Frondizi en cambio concedió lo máximo que la "realidad" le solicitaba. Hacer de golpe todo lo que se debe hacer, por peor que sea, para que el mal trago pase, porque la realidad no admite discusión; la suerte estaba echada mucho antes de las elecciones. Habría para Frondizi un determinismo económico que estaba ya inscripto en las fuerzas en juego, y que la decisión del 23 no vino a modificar. Era como si los cuatro millones sólo fuese una cifra y no un número igual de voluntades. Era una fuerza abstracta que sólo podía elegir al administrador de su quiebra. La ilusión de la propia libertad, anterior a las elecciones, no fué entonces sino la imagen social que necesitó hacer destellar para impresionar la poca acuidad de la percepción argentina, la ilusión de un sueño bienaventurado que en la vigilia posteleccionaria sigue marcando con su estela la triste realidad que el despertar nos deparó. ¿Habrá sido necesario despertar tanta decisión para hacernos tolerar tanto fracaso? Como si la exaltación fuese una energía de signo indiferente que tanto prepara para la conquista del gozo como para la aceptación de la caída.

Y sin embargo en todo esto hay mucho de ilusión psicológica. Es que olvidamos muy rápidamente, en el planteo abstracto, el carácter simplemente principista de toda "democracia" y de todo juego político burgués. La democracia, como nuestros políticos golpistas ponen cínicamente en evidencia, sólo es compatible con el ejercicio real del poder *por quienes ya lo poseen* en lo económico. Es, por lo tanto, una ficción y una concesión formal. Llevada hasta sus últimas consecuencias la "democracia", imposibilitada de ir hasta el término de lo que finge ser, se convierte en fascismo o revolución libertadora. La "democracia" escoge o una solución liberal para sus problemas —cuando la mayoría acepta sumisamente la situación—, o una situación dictatorial para sus problemas, cuando la mayoría no acepta ya mansamente el escamoteo de su voluntad. Toda política que no se atenga estrictamente al poder concretamente instaurado en la realidad juega sobre el filo de un golpe de estado. El golpismo no es sino una institución paralela al gobierno democrático: es la piedra libre que la "democracia" se ofrece para volver a equilibrar el juego a su favor. Puede, de este modo, recomenzar nuevamente la ficción una vez reestablecido su orden sólidamente en los hechos. Creer que ya lo había logrado fué el mal cálculo de la Revolución Libertadora, el error que ahora pretenden rescatar.

Si nos atenemos entonces a una dialéctica real y no ideal, si no jugamos solamente con las fuerzas nominalmente definidas en el plano formal del voto y lo hacemos, en cambio, sobre las fuerzas que están realmente en juego en el país, el problema es el siguiente: convertir en fuerza concreta a esa fuerza abstracta y diseminada que manifestó su voluntad de ser en el acto del comicio. Para nosotros es aquí donde comienza nuestra separación del poder político y gubernamental,

que expresa necesariamente el compromiso. El P. E. es compromiso concreto, reúne en sus propios límites aquello que combate, es un desequilibrio activo que lleva un camino en el cual no podemos leer directamente nuestra espera. Esto es lo que hace imposible permanecer en el momento oficialista del juego gubernamental, en la adhesión formal a su presencia oficial y objetiva.

* * *

LAS PERSPECTIVAS MATERIALES

Tratemos entonces de comprender razonablemente el fenómeno, la distancia que media entre un programa prometido y su aparente o real negación, la vivencia de esa defraudación en la que estamos todos. Pero para ello debemos desechar las explicaciones fáciles, el consuelo psicológico que consiste en interpretar a la política con los mismos sentimientos con que experimentamos una relación personal. Desechemos por lo tanto momentáneamente el recurso explicativo que consiste en decir: Frondizi ha traicionado, Frondizi es un aventurero, Frondizi se ha entregado a las derechas y estamos en presencia de un nuevo gobierno conservador. Al hacer esto asignamos al gobierno todo lo negativo, y nos quedamos nosotros con el máximo de razón; la situación se solidifica, aparece así desprovista de toda ambigüedad, y nos damos o al neutro escepticismo o a la oposición decepcionada. En ambos casos nos ponemos a la distancia de la ineficacia.

Se trata de pensar qué hacer. Ya hemos visto los motivos por los cuales, pese a los cuatro millones de votos, *es posible* que se haga pasar a los hechos una política diametralmente contraria a la significación de esos votos. Ya hemos dicho la significación de *oposición formal* que hasta ahora tenía esa fuerza, por otra parte heterogénea. Pero para comprenderla había que haber añadido algo más: la situación de desencanto y frustración por la que antes atravesábamos. Hay un deseo de satisfacción y de bienestar en el pueblo argentino con el cual es preciso contar. Nos atreveríamos a decir: hay una inconfesada voluntad de entrega, un desgano estéril que se niega a seguir perseverando dentro de lo que se presiente un callejón sin salida, callejón al que la estupidez de los gobernantes y la entrega real en que vivíamos nos condenaba.

La política de sujeción económica a los intereses ajenos nos ha llevado a esta carencia de futuro que configura el horizonte vital de los argentinos. La falta de futuro no es un término abstracto: se difunde e invade toda la vida de la población hasta abrazar su más remoto límite geográfico, planea sobre cada ser, cada objeto y lo inviste con el signo de lo imposible y lo irreparable. Solicita energías que pierden sentido en el empleo inútil, en la repetición estéril: hacer siempre las mismas cosas, reparar siempre las mismas máquinas, roturar siempre su misma miseria, ceñirse siempre a los límites de la disgregación de ese mundo mecánico y cultural que nos debe la vida y que por último termina por sorbérnosla. Así el mundo de las cosas rotas, la dejadez, el marasmo, el desgaste y la destrucción nos cierra el horizonte de dominio que comenzábamos a ejercer sobre el mundo. Y la pérdida del dominio de la naturaleza no es un retorno a la felicidad adánica del primer hombre: nos advierte su vacío de retroceso a la muerte. Ese vacío que se taponaba diligentemente en el barrio norte y se abandona con displicencia en Villa Domínico o Lanús. Por ese hueco que las frustraciones económicas y materiales entreabren, se introduce la disolución del mundo, el motivo de la desesperanza. Sucede que el dominio de la naturaleza es un poder continuamente ejercido, una tensión constante de modificación. Para sostenerlo se requiere una voluntad de perseverancia que sólo adquiere sentido si cada una de esas voluntades está también en relación directa con el goce que proporciona, si cada una de ellas humaniza al hombre que la aplica. Nuestra burguesía agropetuaría disfrazaba su apetencia de civilización en la parcia-

lidad de su clase, en el breve recinto de sus barrios, de sus paseos, de sus casas. Era una ficción sostenida mediante la propia sumisión.

¿Habrá percibido el gobierno este desgano? ¿Habrá proyectado sobre el pueblo el único futuro que la burguesía imagina? Si Frondizi actúa como un demiurgo de la realidad que, como tal, le excede, y aspira a dominarla sólo despertándola y orientando las fuerzas que se le revelan a su paso, podemos darnos a imaginar su posición. Se pensará: un pueblo que no surge a la historia del mundo es un pueblo débil. Un pueblo que se consuela en una moral para personas aisladas, cuando está en medio de un mundo convulsionado, y no acepta tomar la palabra para decir la suya, es un pueblo detenido con vocación de colonia. Un pueblo que interioriza la moral que los amos proporcionan a sus esclavos, que acepta ser pobre por "dignidad" —un pueblo, decimos nosotros, de "caballeros nacionalistas" donde los otros sufren el hambre que nosotros colmamos y nos proporcionan ese fondo de dignidad sobre el cual podemos esbozar una conducta de ascetismo cristiano—, ese pueblo no existe. Y está bien que sea así, se dirá. Que un pueblo quiera comer y beber, quiera pasear y reír, quiera dormir y despertarse dentro de un proyecto de futuro que contenga la forma de sus sueños —aunque esos sueños sean los simples sueños cuya imagen la burguesía le ofrece. Está bien que los sueños materiales del pueblo sean por ahora sueños burgueses. Peor sería que hubieran aceptado la moral "nacionalista" de esa pobreza coronada de la dignidad ascética que corresponde a la maltrucha jerarquía de los valores cristianos.

Pero la trampa de esta posición está para nosotros a ambos lados del presente, de los que ofrecen los bienes para el pueblo como de quienes los rechazan. Y sin embargo las necesidades insatisfechas señalan para el proletariado la segura salida del laberinto. Cuando el país eligió, no solamente eligió los bienes: había un sentido mediante el cual esos bienes serían incorporados a nuestra realidad. Es cierto que ese sentido era tal vez menos vehemente que el deseo de poseer los bienes mismos. Pero ese sentido estaba presente en la conciencia política, y para nosotros es el único que puede justificar la existencia en un mundo humano.

LA FALSA DISYUNTIVA: RAZÓN O FE

Hasta ahora, son dos las posiciones antagónicas que aspiran a presentarse como superación del proceso que describimos: la fe o la razón. En la primera se encuentra el oficialismo intransigente, pragmático y astuto, que posterga el surgimiento de los "ideales" y los convierte en una eclosión instantánea y futura que se revelará por encima de la ilegibilidad del proceso actual. Suponen la ruptura entre gobierno y gobernados de la cual hablábamos al comienzo, y hacen de la cosa pública un proceso de ardid y truculencias a los cuales debemos prestarnos en el apoyo incondicional hacia quienes "saben". De las dos vertientes de nuestro planteo: penetración en la burguesía y apoyo al proletariado, constituyen la solidificación en el apoyo únicamente a los intereses de la burguesía, el modo de escamotear el planteo inicial. Por otro lado, la persistencia de la izquierda abstracta en una oposición solamente declamatoria presenta un apoyo únicamente racional al proletariado, quiero decir verbal, que al no reencontrar las estructuras concretas y la situación real del proletariado tiende a diluir las fuerzas que hacia él se están orientando y a desperdigarlas en un simulacro también dependiente de la burguesía. Es el término de una concepción parcial de la persona, la vertiente universitaria hacia la cual van a desembocar naturalmente quienes aprendieron la lucha política en la restringida defensa de intereses espirituales que se expresan solamente en el terreno de la especialización cultural.

A la complacencia por medio de la fe: la intransigencia oficial.

Los que nos quieren convencer con insistencia de que somos ciegos para ver lo que ellos tampoco ven, proclaman que esta realidad no encuadra dentro de los esquemas y las concepciones pensadas por la inteligencia y decantadas dentro de la experiencia. Reivindican la primacía absoluta de los hechos y de la realidad. Sobre las situaciones de hecho proyectan una ilegibilidad de derecho: el imperialismo es negativo, pero a través de lo negativo alcanzaremos lo positivo; la enseñanza religiosa es negativa, pero a través de lo negativo alcanzaremos lo positivo. Y así, etc., con toda instauración negativa que se realice. Pero no nos dicen cómo trasmutarán el cobre en oro, la entrega en liberación; lo positivo que proyectan hacia el futuro nos lo susurran al oído y gritan en cambio a todos los vientos que eso negativo que pasa a los hechos no lo es, que eso negativo es lo verdaderamente positivo. Este embrutecimiento de la significación de la realidad, esta defraudación al sentido de la situación, esta ilegibilidad de la historia y esta desconfianza fundamental en los hombres constituye el eje de toda política burguesa que pretende negar su propia orientación. Su dialéctica se conforma sólo con la paradoja de ir contra lo pensado, y el destello de lo arbitrario se confunde en sus cabezas con la apariencia de la innovación y con la creación de ideas. A la comprensión anterior sucede ahora el caos, nuevo es verdad, pero que objetivamente no anuncia sino una novedad: una conciencia más que se pliega a las tibiezas de la irreflexión, a la cómoda complacencia del oficialismo mental. Y es verdad que cada acto tiene efectivamente su parte positiva, como el rapto de las sabinas tenía el gozo del raptor como uno de sus componentes. Cabe preguntarse sin embargo: de este rapto de la significación del presente, ¿son ellos las sabinas o los raptos?

Se dirá que hacen lo suyo, que cumplen su papel. Frondizi necesita, tal vez, que las fuerzas se muevan dentro de las relaciones ya establecidas, y se manifiesten sin sobresaltos como lo que son: hay un inmovilismo dentro de la movilidad que configura el esquema de la realidad que Frondizi se ha formado. Su proyecto "realista" y presuntamente no teórico —lo que debe cederse, lo que puede obtenerse— tiene en este esquema sus posibilidades de éxito, *pero al mismo tiempo sus límites*. La maquinaria oficial constituye el marco de desarrollo de este esquematismo: los hombres del gobierno se hacen, sin comprenderlo, piezas del esquema, repiten actitudes, se adaptan, modulan gestos que resultan incomprensibles desde afuera y quiebran toda trayectoria visible. Es el esfuerzo y la inhabilidad de los que tratan de conformarse a lo que de ellos se pide. Lo pequeño de este menester no es el mimetismo ni las distorsiones que ejecutan; también el actor se hace otro y mantiene sin embargo visible la personalidad que anima al personaje asumido. Eso es lo que les falta: la personalidad que anima al personaje, que se recupera y hace claro el juego para los otros, porque nunca se la aniquiló. En ellos no aparece siquiera ese guiño cómplice que advierte que detrás del papel está todavía animándolo el hombre que era y que subsiste. Esos guiños significativos los hemos estado buscando en todos los que apoyan aparentemente sin fisura la política del gobierno. Queríamos comprender que comprendían que estábamos en un juego, que la verdad se recuperaría, que la fe exterior respondía a un convencimiento comunicable, que no habían sido sepultados en la fosa común de la unidad nacional que otros aprovechan. Pero nada: la atracción oficial los va perdiendo dentro de las estructuras que, a su vez, también perdieron un sentido visible. Aparecieron los mecanismos de adaptación que antes, ingenuos, no le atribuimos: hubo un tic de respeto y de reverencia ante el poder, funcionaron a pleno los mecanismos mágicos de las estructuras oficiales, de los dorados salones, de los hombres con mando, los galones y las jerarquías. El individualismo liberal mostró lo que era: una repetición indefinida de un mismo molde dotado de los mismos automatismos y mecanis-

mos de repetición y respeto. El héroe se hizo anónimo y reclama ahora, en el anonimato de lo confuso, la recuperación de esta nueva heroicidad.

Pero no se crea que es la pureza lo que reclamamos. Nosotros tampoco hemos querido complacernos con moldes. Hemos hecho voto de pobreza esquemática para juzgar humildemente esa innovación ya de antiguo iniciada que quería romper con los planteos de derecha o izquierda. Hemos comprendido que no es posible oponer a la realidad la imagen de un futuro completamente determinado a partir de ese pasado anteleccionario que se abría, abstractamente, sobre esto que hoy adquirió forma y contenido real. No abandonamos la realidad en beneficio de lo ideal.

Pero la mala fe —o la estupidez— comienza justo aquí, donde para abrirse a un sentido que el acontecimiento va estructurando, se nos pide que abandonemos todo lo que hasta ahora habíamos decantado en contacto con el mundo, todo lo que hasta ahora habíamos pensado, porque no existe una significación de pasaje que nos muestre cómo se va desde el pasado hacia el futuro. La fe significa precisamente esto: abandonar el pasado, todo lo que hemos sido porque un reductor nos abre a lo nuevo que no estaba siquiera en germen en nosotros. Se nos pide que nos sumerjamos en la noche oscura del alma, lo cual es tanto como dejar de ser, tornar al irracionalismo. La fe que se nos solicita es entonces algo bien grave: es admitir que el error sólo se rescata con la sumisión y la ignorancia. Que somos incapaces de superarlo: por eso nos hacemos pasivamente un simple tránsito, un medio que los otros ejercen.

F. F.

Aceptemos sin embargo esta posibilidad de la fe, y comprendamos su alcance. Pongámonos en el mejor de los casos en la cabeza de Frondizi, hagamos un análisis de sus intenciones: él quiere crear condiciones de simulación y realismo tales que hasta el mismo imperialismo se confunda, que hasta los supremos tramposos caigan en la trampa. Supongamos también que en este juego Frondizi cree que sólo él, y nadie más que él, es la garantía requerida para que esta línea se conserve. Adelante. Frondizi es el único que está en el secreto de la maquinación, el único que debe estarlo, y aún los que gozosamente se mueven a su lado pretendiendo introducirnos en el juego con guiños para iniciados no usan sino un poder concedido momentáneamente, que les será luego retirado. En cualquier momento Frondizi posee la verdad del acontecimiento y del juego de fuerzas: es la conciencia total, sólo que nadie puede conocerlo, porque el juego, como se ve, sólo puede jugarse con esa condición: que Frondizi mantenga el secreto sobre sus propias intenciones, que sólo en su más absoluta intimidad se aclararán las significaciones para nosotros contrapuestas. Nuestro engaño no es sino la contraparte de su verdad, y existe un futuro que podrá contenernos a todos, cuando la realidad se confunda con sus intenciones. Y ese será el futuro argentino que todos añoramos: la conjunción de lo nacional y lo popular.

Estamos necesariamente condenados, a riesgo de perderlo todo, de todo destruirlo y arruinarlo, a perseverar en esa sumisión. Y esto es la fe: F.F. Los designios de Frondizi son inescrutables, diremos nosotros. Pero no, se nos contesta, en realidad no lo son sino para los que no tienen fe. Cuando coincidimos con sus intenciones y con sus actos, cuando apoyamos todo lo que hace, estamos en él, sentimos cada acto —pese a su ambigua significación exterior— como si se integrara en la línea que nos llevará hacia esa conjunción futura. Una vez que estamos dentro en la dialéctica de la fe —donde cada uno pone la sumisión confiada y Frondizi el sentido y la inteligencia del acontecimiento— todo acto de sumisión acrecienta como necesaria contraparte la fe en el otro. Mayor es la delegación de la propia responsabilidad, mayor es el aumento de las energías que infundimos a la obra cuyo sentido se nos escapa: la esperanza alimenta la fe.

Como toda salvación, es esta la trampa del desencanto, la necesidad de introducirse en la realidad y la incapacidad de hacerlo creadoramente.

Pero, ¿por qué concederle a Frondizi la fe? Si es porque nos reconocemos incapaces de comprender el sentido de la historia, esto significa anular nuestra propia perspectiva. Aquí la alienación está justificada, y al solicitar la fe, los partidarios de Frondizi deben confesarlos su propia incapacidad. ¿Cómo habremos de concederles entonces que saben lo que hacen? Los que nos piden la fe deben borrarse como "cabezas" partidarias o políticas, dejar expedito el camino a quienes piensan, saben y sienten coherentemente lo que quieren. Si nos solicitan en cambio la fe porque coincidimos con sus planteos, éstos deben consecuentemente ser comunicables. Pero el caso es que estos planteos, de ser comunicables, harían innecesaria la fe, pues el sentido de los actos sería visibles en los hechos y para ese reconocimiento sólo basta la comprensión. Es decir: que lo que el gobierno hace debería presentar, en algún plano (plano que nosotros estamos dispuestos a reconocer, sea el que fuere) un sentido inequívoco. Entonces lo importante es esto: si lo que se propone Frondizi es contar con las fuerzas reales que van en el sentido del progreso y movilizarlas, entonces Frondizi y nosotros queremos lo mismo. Pero si quiere lo mismo, no es la fe que se le presta la que le ayudará, sino precisamente los actos que realizamos para estructurar y despertar las fuerzas progresistas del país, sobre las cuales debe apoyarse su política.

El drama de Frondizi, si ese es el sentido de la lucha, sería no poder comunicar sus intenciones, no poder pedirnos que acrecentemos las fuerzas que él necesita para luchar contra las que se le oponen. La duplicidad de su posición, de ser ciertas sus intenciones, debería estar dada por estos dos caminos hacia la realidad: simular concretamente un sentido retrógrado, que constituirá el modo cómo la oposición reaccionaria dejaría pasar su política, y por otro lado contar íntimamente, en su subjetividad silenciosa y secreta, con las fuerzas positivas que su acción negativa irá desencadenando en los sectores que lo llevaron al poder. Su drama sería éste: Frondizi cuenta concretamente con que las fuerzas que lo llevaron al poder irán ejerciéndolo en forma tal que se opondrán con toda firmeza a que la línea que simula, pero que pasa a los hechos, pueda permanecer en la realidad. Cuenta con que se lo ha de obligar a cambiar de rumbo. La fe que se le concede, y que tiende a anular las fuerzas sobre las cuales él mismo, íntimamente, cuenta, es entonces precisamente la traición que los genuflexos del poder, los esclavos de la noria le hacen para aprovecharse de este silencio necesario de Frondizi.

El planteo de la fe, la solicitud a la mansedumbre y el renunciamento para dejar que solamente el poder personal y formal de Frondizi actúe, significa lisa y llanamente traición al sentido de las intenciones que esos mismos que lo traicionan le conceden. En este caso, si accedemos al renunciamento, Frondizi queda solo, en manos del sentido que simula. Si la lucha es lucha de conciencia —pues el poder sobre el cual se asienta se abstiene de manifestarse— la relación de Frondizi con Alsogaray significa arrojar a Frondizi en los brazos del poder de Alsogaray que, éste sí, no se abstiene de presionar. El argumento de la fe, para interpretar una política como la de Frondizi, que se explicaría por la simulación y el engaño, conduce a establecer sólidamente, concreta y quizás irreversiblemente el engaño en la realidad. A la larga o a la corta estos simuladores y engañadores faltos de visión terminarán siendo engañados. La línea F.F. significa traición al mismo Frondizi.

Revelar el sentido de lo que sucede, eso, se dice, no lo puede hacer Frondizi. No porque no lo quiera —para nuestro caso objetivo poco importa— sino porque no lo puede. Entonces, no hay alternativas: ESO LO DEBEMOS HACER NOSOTROS, so pena de favorecer con nuestra inercia preci-

samente los planes de la oposición que sí está haciendo fuerza. Aún cuando las intenciones de Frondizi fuesen como las nuestras, no podrá hacer él lo que debemos hacer nosotros. Frondizi, se nos dice, aún está en su juego al radiarnos, eso no prueba que desee íntimamente nuestro aniquilamiento. Pero eso prueba algo más que la necesidad de la fe. Prueba que Frondizi está preso de una realidad que es la suya, pero no la nuestra. Prueba que Frondizi no es un absoluto sino el lugar, el centro hacia el cual convergen las fuerzas reales del país. Por eso el sentido de lo que queremos no está en comprender las intenciones de Frondizi, sino en la significación total y objetiva que la política del país presenta.

Para quienes creen conocer y nos hablan de la conciencia y de las intenciones de Frondizi, es preciso recordarles sus propias palabras al asumir el gobierno: "Ya no tengo vida privada". Que Frondizi diga que no tiene vida privada no significa que Frondizi no mantenga distancias con la realidad, que carezca de intenciones y que de algún modo se considere objetividad. Significa tal vez solamente esto: que sus intenciones son comunicables, que el juego que pretende hacer sólo él puede saberlo, y nadie más. Pero esto también nos señala un camino inequívoco: que nosotros debemos hacer lo que estábamos comprometidos desde antes a realizar. Desde el punto de vista objetivo también su situación, lo que logre, depende de nosotros. Lo que pueda decirnos desde el punto de vista subjetivo, sólo lo hará cuando, abandonando el poder, recobre también su vida privada, cuando sus intenciones sean comunicables. Mientras tanto, sólo podemos juzgar de lo que hace a través del programa electoral y su acercamiento o alejamiento de la línea trazada. Y su alejamiento o acercamiento señala el cerco de fuerza opositora que lo desvía de su línea, con la cual estuvo comprometido. Su traición depende también entonces de nosotros, de que sepamos leer en ese alejamiento o acercamiento dónde y como aplicar las fuerzas como para que el gobierno cuente con nuestro apoyo necesario pero unívoco. No hay traición en Frondizi y no la habrá mientras nosotros ocupemos el lugar que nos corresponde. Es nuestra posición, el celo con que luchemos si es preciso contra el mismo Frondizi en nombre de lo que pensamos, el único modo de evitar que caiga el anatema sobre su presidencia. Sólo la defraudación de las fuerzas que apoyaron a Frondizi puede convertir sus actos en traición, porque Frondizi mismo depende de la presión que sobre él podamos ejercer: depende de que las fuerzas nominales del país se conviertan en fuerzas reales.

Este es el único método para recuperar, en lo objetivo, sin falsas disyuntivas, la subjetividad que se le presta a Frondizi, el único modo como nosotros podemos conciliar lo subjetivo y lo objetivo, las intenciones con la realidad. Porque aún en el caso de la verdadera traición seguirá siendo válido nuestro planteo, y no nos inutilizaremos en vanas divagaciones. Si Frondizi se ha plegado a las fuerzas que iba destinado a combatir, entonces los hechos le bastan para sostenerse: todas las fuerzas que hemos combatido lo apoyan y ya no le somos necesarios. Que es lo mismo que decir: ya no lo necesitamos. En esta coyuntura sólo queda un camino: si alguna fe es posible, sólo lo es sobre la base de tornar legible el sentido de la actividad política, escribiendo paso a paso, concretamente, la positividad que nos llevó al apoyo. No vamos a hacernos fetichistas de algunas acciones indebidas en las cuales colocaríamos todo nuestro ardor y todo nuestro inmaculado principismo. No nos guiaremos por hechos parciales, sino que trataremos de comprender el sentido general de su acción. Pero cada acto jalona un recorrido, aún en su negatividad, hace la luz sobre el sistema, permite prever y comprender el sentido de esa particular negatividad que se ejercita.

LA ASTUCIA 'REALISTA' DE LA POLITICA BURGUESA

¿Por qué la fe constituye el término de esta concepción política? No porque no haya una ciencia del futuro, y debemos entonces esperar lo inesperado. Simplemente porque en buena lógica todos estos actos que se realizan están en contradicción con lo que esperábamos del futuro, y no podemos confesarlo.

Pero veremos que esta indecisión aparece cuando nos preguntamos qué se hizo de ese lazo de amor que unía a la burguesía y al proletariado, de esa confesión que el proletariado no pidió. Esa declaración de amor es lo que el realismo, encubriéndose en el pétreo determinismo de lo económico, dejó de lado. El "realismo" político señala la parcialización del planteo político inicial, la conversión a los dictados de lo económico, su hora de la verdad. Su sentido es claro: el "realismo" economista constituye el modo como la burguesía industrial se inclina en busca de la alianza con la burguesía oligárquica y pretende escamotear a su favor el planteo primero —sentido nacional y popular— que contenía la integración de ambos términos.

Esta solución solamente económica, que se pretende hacer pasar por solución total, debe dejar de leer entre líneas y se atiene sólo a la significación convencional: resuelve leer en prosa la poesía de sus sueños burgueses. Y la prosa burguesa es inflexible: su modelo es la letra de cambio, el cheque certificado, el estar siempre a cubierto. La aceptación de la reivindicación proletaria fué la forma poética que cobraron las ilusiones abstractas de los industriales cuando proyectaban sobre el cielo cristiano la solución de sus conflictos patronales. ¿Les reprocharemos que estén ahora despiertos?

Pero esta dura lógica industrial, que nace del contacto utilitario con la actividad cotidiana y quiebra de pronto el gesto seductor, se expresa diferentemente en el planteo político del gobierno. Allí la poesía reaparece bajo forma de la revelación. Se recurre, para justificar el abandono concreto al descubrimiento de una nueva sabiduría que los "hechos" susurrarían al oído del político y nos condenarían al sobresalto de lo inesperado. El ejemplo de esta dialéctica lo encontramos justamente en uno de los discursos de Frondizi. Retengamos sólo tres de sus afirmaciones:

- 19) "Esta lucha que libramos en distintos terrenos no persigue una mera acumulación de la riqueza, ni solamente su más justa distribución. Es una lucha para que la Argentina reviva también en su espíritu y logre, para siempre, vida moral plena y fecunda".
- 20) "El problema de la Argentina de esta hora no es de planteos teóricos sino de hechos concretos".
- 30) "Vamos hacia una economía de abundancia".

Así, entonces, parecería que Frondizi también quiere aquí lo mismo que nosotros. Vida moral plena y fecunda que supera la moral empresaria que busca sólo una mera acumulación de la riqueza y una distribución no más justa sino la mínima necesaria para poder seguir produciendo sus máximos beneficios. En el complemento de esta declaración, su desdén por la teoría, sin embargo aparece la diferencia que nos separa. No sabemos que es lo que Frondizi piensa de ese futuro encargado de realizar lo que el solo economismo industrial es incapaz. Lo único que nosotros podemos comprender, desde el momento que el pasaje hacia el futuro no está claro, es el sentido que vincula esta distribución de la riqueza, esta acumulación de capital y esta ingerencia imperialista a la cual nos plegamos. Pero no nos asombra que no pueda decirlo. Pues una política realista, es decir que no proyecta como realizable sino estrictamente aquello que las fuerzas en pugna toleran, esa política realista no puede prometer sino la resultante necesaria de la suma de dichas fuerzas. Queremos decir: no puede contar sino con las fuerzas concretas que se movilizan y se manifiestan de acuerdo también con su poder concreto. Si Frondizi desechó

los 4.000.000 de votos por considerar que su fuerza es solamente formal frente al poder económico-militar, y se ve obligado por las circunstancias a seguir incrementando a este último, ¿cómo entonces puede prometer que nos espera precisamente un futuro que no va estar dado por el *sentido* que esa fuerza económico-militar instaura? Hay incompatibilidad entre acumulación de riqueza, distribución patronal, y esa vida moral plena y fecunda. Para ir de la una a la otra, a partir del incremento de la riqueza, se precisa al menos una comprensión particular de la historia, una determinada "filosofía" sobre su desarrollo: una cierta comprensión teórica que, como toda teoría, debe aspirar a la objetividad, es decir a establecer el carácter de verdad o error que posea.

No son entonces los planteos teóricos los que habrían de ser dejados de lado. No podemos reemplazar el ordenamiento decantado como sentido por la historia, aquello que la dialéctica de las fuerzas enseñan, y reemplazarlo por el caos. Habrá otra concepción que contenga ese futuro que Frondizi entrevee. En filosofía de la historia, en política, todo esbozo que parte del presente y tiende a realizar fines futuros se alimenta de una concepción del desarrollo de la realidad, por lo tanto se alimenta de una concepción también teórica. "Lo real no es real sino integrado en un sistema", se ha dicho con razón. No podíamos decir entonces: "el problema de la Argentina de esta hora no es de planteos teóricos sino de hechos concretos". A no ser que lo que se quiere indicar es solamente esto: que Frondizi tiene ya su concepción teórica, que ahora trata de hacer pasar a los hechos; porque los hechos concretos no enseñan nada por sí mismos, a no ser que los incorporemos a una determinada percepción de la realidad que viene del pasado y se verifica o se niega en los hechos actuales. Por lo tanto, a no ser que los incorporemos a un esquema teórico, que lo invalidan o lo confirman. ¿Cuál es la nueva formulación teórica que nos presenta Frondizi? Muy simple: una economía de la abundancia. Pero una economía de la abundancia no es por sí misma una economía acorde con esa vida moral, plena y fecunda, de la cual nos habló. Esto es lo que el marxismo mismo niega, lo que el más "crudo" materialismo no puede siquiera aceptar, pero que sin embargo coincide ahora con los requerimientos de los espirituales católicos y liberales. El "espiritualismo" de los marxistas consiste precisamente en esta negación de la pura espontaneidad moral de la economía; el grosero "materialismo" de nuestros sutiles espiritualistas se revela, por el contrario, en esa aceptación de la cruda realidad y de los hechos que les permitirá seguir usufructuando de los males instaurados en ella, que pasan así a convertirse en males absolutos.

Frondizi ha roto entonces con la teoría; pero eso significa que también ha roto con los objetivos. Porque su teoría inconfesada, como vemos, significa rendirse a la mera espontaneidad de la realidad, atenerse sólo a la mera productividad material de las fuerzas en juego. A no ser que haya descubierto que hay otros caminos, otras teorías para llegar a ese fin. Pero lo irrefutable es esto: que es la suya una concesión a los hechos "concretos". Y los hechos concretos siempre tienen razón, sólo que la razón que lee en ellos se detiene ante la creación que estas fuerzas manifestadas por el voto proyectan hacia el futuro. Una vez más: Frondizi ha delegado en el pueblo eso que él mismo no puede o no quiere hacer. Es preciso que nosotros seamos pues quienes nos hagamos cargo de ese sentido dejado de lado por la política actual de Frondizi.

No es casual este empujamiento de los objetivos. Es el resultado del pasaje a la llamada burguesía progresista, pero burguesía al fin. Progreso significa para ella acceso a una nueva forma de economía que dé satisfacción a sus intereses. Lo que de ese progreso redunde en beneficio de la nación, es un exceso simplemente mecánico de la nueva estructura que se organiza. No corresponde a ninguna intención moral ni a sus buenas intenciones. Como lo vamos

viendo, las buenas intenciones son éstas que se están dejando en el camino para dejar paso a un "realismo" que desdén como teoría lo que ayer adoraba, y recuperar sólo sus sólidos resultados utilitarios. Frondizi pospone lo que considera aspectos secundarios del problema: es la mirada del economista burgués, parcializado ya por la lucha. Y hace bien, si hace lo suyo. Sólo que en mérito a su posición no puede pedirnos a nosotros que dejemos de hacer lo nuestro.

LAS CONSECUENCIAS "REALISTAS" DEL INDUSTRIALISMO EMPRESARIO

Es evidente que nuestro país no responde, en sentido estricto, a lo que comúnmente se entiende por economía subdesarrollada, cuando nos referimos a los países asiáticos, de medio oriente, o algunos de América Latina. Es la nuestra una economía detenida en su desarrollo por crisis de estructura. Verdad es que su desarrollo requiere también, como la de aquéllas, la industrialización acelerada. Pero los medios con que contamos para esa tarea difieren de los de aquellos países, pues nuestro margen de decisión y libertad es mucho mayor. Una vez puestos en la línea de la necesidad económica del país, la paralela necesidad técnica de su desarrollo constituía el objetivo a conquistar antes de las elecciones. La elección de Frondizi marcó la decisión de *emprender este camino*. Pero ese objetivo, así expresado, ¿constituía la necesidad *total* de nuestro país? Si la industrialización fuese *toda* la verdad del proceso, las reivindicaciones manifestadas en la campaña política contra las concesiones a las fuerzas imperialistas constituirían un sin sentido, una mera retórica que disfrazaba una baja apetencia que no nos atrevíamos a confesar. Ahora bien: la elección de Frondizi significó la decisión de vencer precisamente el planteo simplemente retórico de la oposición unionista: queríamos industrialización, es verdad, pero dentro de otras condiciones.

Toda la fuerza patronal cuya ideología resumía Frigerio estaba dirigida hacia el aspecto solamente técnico, y sólo ahora se hace evidente para muchos la distancia que media entre un industrialismo libero-imperial y otro verdaderamente nacional y popular. Ese aspecto se revela en su ideología cultural: la revista *Qué* se conformaba proyectando la industrialización sobre el fondo de una corriente espiritual surgida de esos mismos intereses agrícola-ganaderos del país. La prueba: la revista *Qué* pasó ahora a manos de un nacionalista católico, cuya tarea consiste en diluir dentro del esquema represivo del catolicismo las líneas de sentido que el predominio patronal va engendrando.

¿Qué era preciso hacer? Si tenemos que superar la diferencia técnica y económica que nos separa de los países más desarrollados, se plantea entonces el problema de la acumulación acelerada. Pero esta urgente acumulación significa al mismo tiempo una explotación también acelerada del trabajo, por lo tanto de los trabajadores. Mirada con ojos patronales, se hallaba aquí la fórmula que unía lo bello con lo útil: coincidían con el país al coincidir consigo mismos. Se trataba de acumular capital, por lo tanto de incrementar la plus-valía. Se trata para los industriales, por lo tanto, de enriquecerse.

Pero el problema es más amplio. El desarrollo económico necesita la garantía de que las clases populares recuperarán el esfuerzo que se les pide. Que lo recuperarán no sólo en lo económico. Pero para ello es preciso que el ordenamiento del sistema económico no haya sido dejado en manos de los intereses patronales e imperialistas, porque, como hemos visto, sus intereses no coinciden con los intereses totales del país. Por el contrario, todo capital invertido en el país responde indirectamente a nuestras necesidades, pero directamente a las necesidades de los inversores extranjeros. La necesidad directa e inmediata es la que el inversor ve. La indirecta, que espera recuperar lo económico dentro del marco humano de la nación, es la que nosotros debemos revalorizar. ¿Existe una conciliación posible?

Si existe, no será por el camino de la confusión y del en-

gaño, sembrando la ingenuidad, como lo lograremos. El juego económico no es un juego psicológico. Los inversores extranjeros vienen, o vendrán, porque tienen la seguridad de que podrán disponer de sus propios intereses, defenderlos e incrementarlos en la creciente succión de los beneficios. Y esta seguridad no es una mera ilusión: será la máxima que ellos pueden buscar, pues se asientan en un poder político ejercido por los países de los cuales provienen y que se manifiesta precisamente por su intermedio en la penetración económica. Por lo tanto, los capitales extranjeros que vienen, lo hacen sobre la base de una seguridad actual, pero sobre todo sobre la base de un dominio futuro. Introducimos en nuestras propias fronteras a un enemigo que por ahora estaba en menor grado dentro de ellas. Por algo ha podido decirse que las inversiones de los países imperialistas en el exterior podrían considerarse como inversiones internas.

No hay otro remedio, se dice. Pero sólo se muestra la necesidad que tenemos de los capitales, y no su contraparte. Por el contrario, casi hay una gozosa justificación de esta necesidad. ¿Se cuenta acaso con nuestra reacción futura? Pero no nos engañemos: si esos capitales vienen ahora, lo harán no porque nuestras sutilezas psicológicas quieran concederles una ficción de seguridad política y jurídica. Lo harán porque las fuerzas que se encuentran en el poder y determinan activamente su orientación dejan abierto un amplio margen de triunfo. La lucha no es pues, aquí tampoco, entre conciencias. No hay aquí un secreto que todos debemos mantener, para surgir luego exhibiendo, en un postrer mostrar las cartas, cuáles eran nuestras verdaderas intenciones. No se trata de intenciones: las intenciones están ya a la obra, y son visibles en el sentido que introducen las medidas tomadas. Lo que equivale a decir que los actos económicos del gobierno se hacen visibles en la variación concreta de poder que los capitales extranjeros introducen en el país.

Los capitales vendrán, no nos engañemos, respondiendo en forma absoluta a todas las determinaciones que rigen la introducción o el acrecentamiento de un poder económico en un país, con todas las secuelas, positivas o negativas, que involucran. Esta aserción no es arbitraria. Todo hecho social —recordemos una vez más a Mauss—, es un hecho total, es decir que irradia en lo familiar, en lo técnico, jurídico, económico, religioso, moral, etc. Por lo tanto, manifiesta sus consecuencias en todos los sentidos y significaciones que revelan las relaciones humanas. Que los capitales, al incidir sobre lo económico, inciden sobre todos los otros factores que constituyen la personalidad de cada individuo, es una certeza que podemos leer en las concesiones que se nos piden. No se nos pide nuestra palabra de honor, nuestras seguridades jurídicas, nuestra devoción. Obras son amores: se nos pide que renunciemos ya, de hecho, a un poder económico que se trasunta también en la pérdida de un poder político y social. Se nos obliga, por lo tanto, a que hagamos en el país la prueba concreta del desprendimiento y del renunciamiento, que modifiquemos en los hechos nuestro enfoque, que demos la capacidad que tenemos de sufrir en carne propia algo así como una introducción a toda entrega futura. Se nos pide entonces que *nuestro renunciamiento sea* no sólo un acto económico sino *un acto total*, que irradie en todas las estructuras del país, por lo tanto de sus habitantes, que lo modifique en su alma y en su tierra. Es decir, que ponga a prueba en un acto real todas las modificaciones que ese acto involucra: resignarse, sufrir, perseguir, pagar, conceder: aceptar.

LOS SUEÑOS FUTURISTAS DEL HUMANISMO EMPRESARIO

Si las modificaciones económicas son lamentables para el país, es porque provocan una modificación también total. Debemos ver entonces qué consecuencias pueden sacarse de este cambio.

Desde el punto de vista de la economía privada y estatal,

la coexistencia de economía de entrega o de sumisión y desarrollo cultural se contraponen. La creación cultural descubre la alienación que la economía libero-empresaria esconde: por lo tanto se opone a la piedra libre que el economismo requiere para su desarrollo. No es accidental el recurso al catolicismo que la burguesía hace para implantar la técnica. Esta burguesía industrial nuestra no es creadora. Es simplemente una sucursal abierta por la inteligencia ajena en la dimensión solamente comercial, ávida, de nuestros comerciantes o terratenientes que aprendieron así un modo más rápido de enriquecimiento. Es decir, de una clase empresaria que no tuvo siquiera la inteligencia de su creación y la comprensión del proceso. Cuando ya el mundo occidental está al término de un período técnico para comenzar una nueva revolución, nuestra clase dirigente, nuestros empresarios, descubren los beneficios de la técnica ajena. Pero lo hacen a partir de la ignorancia en el orden de la cultura y los valores culturales que le dieron origen. El peligro es en nuestro caso mayor, porque no ha habido entre nosotros una tradición cultural que pueda oponer sus resistencias a este pasaje. Por eso también esta ignorancia en el orden cultural se integra, y nos opone, la única dimensión espiritual que posee los caracteres ideológicos adecuados a sus necesidades: dogmatización, profetismo, sumisión: el espiritualismo católico.

El desarrollo económico tiene un carácter más acentuado, en su determinismo, que el desarrollo cultural. Podemos decir también, si se quiere: la estructura económica en la que nos hallamos va señalando, como en línea de puntos, las nuevas modificaciones que se proyectan hacia el futuro, del mismo modo que el comienzo de una frase nos hace intuir, en la significación esbozada, los vocablos que le han de dar término. Pero este desarrollo, tan imperioso, en el orden de la economía, está inscripto con carácter de necesidad en los hechos, pues la técnica es el término de un proceso racional de modificación de la naturaleza que ya está esbozado en las relaciones económicas presentes. Pero no es la misma necesidad la que aparece en el orden de las relaciones humanas. Aquí entran a actuar las posibles modificaciones culturales que esa técnica permite. No es absolutamente necesario, no está determinado, que la reacción cultural que han de producir las innovaciones en el campo de la economía, hayan de tener un sentido también aceptable en el campo de la cultura. El único sentido inscripto en la economía imperialista, y que encuentra su correspondencia en el orden de la cultura, es la *ideología imperialista*, es decir el paralelismo simbólico que en el orden de las significaciones concientes van segregando las relaciones económicas. La ideología imperialista permite que la técnica se expanda manteniendo las estructuras humanas que corresponden a la relación de amos y de esclavos.

Aquí cabe señalar una vez más la pobreza cultural de la ideología empresaria. El éxito dentro del terreno de lo que bien conoce, los recovecos del trueque, las fluctuaciones monetarias, la astucia práctica que decanta la experiencia dirigida a un mayor acrecentamiento de la propia riqueza, todo este empirismo crea en el político-empresario el espejismo de una riqueza y un dominio en el orden de su concepción del mundo. Cree ser un creador cultural cuando lleva hasta el extremo de la astucia económica los valores de utilidad que le son propios. La complicación utilitaria surge ante sus ojos de mercader como si fuese una creación espiritual. Liberales de saber periodístico y reflexión radial, habituados a ver en lo cultural un proceso incomprensible, creen haberlo alcanzado cuando la complejidad de lo que manejan penetra en ese terreno de obscuridad incontrolable que para ellos adquiere la forma de futuro. Allí, en el futuro oscuro, dentro del cual ya no tienen nada que poner, ponen entonces la superación cultural de lo económico, la humanización del hombre. Allí se han de producir los cambios que nosotros queremos: no hay más que sentarse a esperar, mientras ellos hacen lo que deben, y el tiempo devora en la pasividad nuestras vidas que también ellos consumen.

El carácter utilitario de lo cultural se manifiesta en la concepción de la religión, que la Iglesia, también utilitaria, admitió. La religión católica, dijo Frondizi-Frigerio, es la que necesitamos para obtener la cohesión nacional. La Iglesia es el aglutinante, el *medio* para lograr esa unidad que los empresarios requieren. Lo que asombra no es que recurran a la Iglesia para esos menesteres: una historia, y larga, lo autoriza. Lo extraño es que recurran a ella en un país donde su poder efectivo de cohesión es mínimo. Y aquí es donde se revela el místico arrebatado de un director de sociedades anónimas: el realismo que él practica ni siquiera se encuentra dentro de la realidad; es un realismo de lo ideal. No es más que la forma de un deseo. Quiero decir que si el señor Frigerio realmente contara con una Iglesia poderosa y dominadora, en un acto "real" se justificaría recurrir a ella. Pero el caso es que, como la Iglesia no posee ese poder de cohesión, lo que esta triste historia revela es que el idealismo del empresario consiste en querer incrementar el poder de la Iglesia, pues la Iglesia constituye para él la ideología acorde con ese futuro que a favor de la técnica se quiere introducir. La jerarquía eclesiástica posee un estatuto de ordenamiento que solidifica las estructuras actualmente existentes allí donde la legalidad institucional y democrática debe dejar paso a un incremento de la libertad general. Es, en ese sentido, una instancia ordenadora paralela al estatuto jurídico, pues mantiene afectivamente todas las diferencias que nuestra democracia imperialista, si bien niega en los principios, debe tratar de mantener en la práctica.

El desarrollo económico dirigido por el imperialismo significa entonces la pretensión de abrirnos a un futuro *determinado*, es decir no a un futuro que contenga como propio la creación a partir de la modificación y el dominio de la naturaleza, sino un dominio que se abre sobre una forma particular de relaciones humanas. Es evidente que el empresario y el político no pueden darnos más futuro que el que ellos tienen y ven: el pequeño horizonte de sus necesidades ya satisfechas y repetidas al infinito dentro de las relaciones y de la concepción del mundo adecuada a la pequeñez que los constituye. Este futuro determinado trabaja con los moldes de las imágenes ya existentes y venidas al mundo dentro de la creación burguesa e imperialista. Hay así dos sedes santas y paralelas; está la Santa Sede de la Iglesia, que alimenta la ilusión *determinada* aún para el horizonte donde el hombre no sabe ciertamente qué poner —estancamiento en el orden metafísico y simbólico que resulta de la duplicidad del alma y del cuerpo; y está la Santa Sede del Imperialismo económico, que alimenta la ilusión también *determinada* para el horizonte donde el hombre alienta una creación que no se estanque en las formas de satisfacción parcial —dominio del amo y del esclavo— a las cuales parece condenarlo una solución únicamente economista de la historia. El desarrollo esbozado por Frondizi es una solución que abre, en ambos frentes, sobre los dos determinismos y aspiraría a constituir todo el horizonte de nuestra posibilidad nacional. Para un país como el nuestro la figura técnica del imperialismo parecería abrirnos un horizonte de verdadera genuinidad creadora por el solo hecho de acceder a una dimensión técnica más satisfactoria. Pero es ésta una posibilidad técnica que se da como imagen complementaria el gozo reticulado, ascético y resentido, dentro de las estructuras imaginarias que la Iglesia tendría como función preparar.

Quedamos así que el imperialismo trae consigo no solamente los capitales industriales, no solamente las ideologías racionales de justificación: trae también las imágenes de la felicidad que pueblan su decadencia vital, imágenes que nos traspasan junto con sus bienes concretos. Pueblan nuestro universo con las satisfacciones concebidas para esa grandeza artificial con que el hombre alienado devora un infinito material que deslíe los límites y el horror de su propia civilización. En ese sentido seguiremos siendo un pueblo receptor de desechos, de satisfacciones preconcebidas para pesadillas aje-

nas. Dejaremos nuestros anhelos todavía informes, en los cuales reside —técnica y cultura— el carácter creador que pueda conciliar nuestras necesidades con nuestras satisfacciones.

LA CONCEPCION DE LA PERSONA DE LA IZQUIERDA LIBERAL

Así entonces parecería que lo que tenemos de más íntimo se encuentra también *determinado* por las transformaciones sociales que la economía produce. Pero la economía es determinante allí donde nos plegamos a su determinismo inscripto en el pasado. Y esa es la paradoja de las leyes en el dominio de lo cultural: requieren el hombro de nuestra voluntad para encontrar su término.

Por eso tiene sentido volver a repetir la pregunta: ¿qué hacer? cuando parecería que ya no queda nada por hacer. ¿Cómo resolver nuestras dificultades sociales que se presentan en lo político y —notamos con asombro— también invaden nuestra vida personal, aquella que definimos como íntima? Hemos querido comprender a qué orden responde este porvenir nacional que nos incluye a cada uno de nosotros y, reconociéndolo, qué soluciones se presentan para adecuar lo que cada uno quiere a lo que cada uno puede. Se trata, en otras palabras, de una cuestión práctica: ¿cómo aspirar a ser de otro modo en un medio que se opone tenazmente a ello?

Parecería que con el triunfo del frondizismo la burguesía ha mostrado ya sus extremos, los límites de su idealismo y la solución que concibe para sus contradicciones. Toda formulación política que proyecta la solución de los conflictos humanos dentro del marco de la concepción liberal de la persona encuentra su escollo y el término de sus intenciones en la estructura económica decantada en el liberalismo. Porque contar concretamente con el liberalismo significó para nuestro medio sacrificar sus ideales e intenciones precisamente en el momento en que era necesario sostenerlos. El "realismo" es el complemento del espiritualismo burgués, una sola totalidad, ora formal, ora concreta. Pues con el frondizismo se distendió hasta su punto crítico la posibilidad burguesa de comprensión humana proyectada sobre el plano de lo social. ¿Nos damos cuenta del sacrificio que tuvieron que hacer para asimilar el fenómeno del peronismo en su faz obrera, aún cuando ellos ni siquiera sospechaban que esa solución obrera no era ni por asomo la verdadera solución que nosotros esperamos?

Si no queremos permanecer en el equívoco, es urgente, es imprescindible para nuestras izquierdas volver a plantear radicalmente los términos de su concepción política, iniciar la crítica de los elementos irracionales que, de origen y conformación burguesa, están pasiva, solapadamente a la obra en la concepción que nos hemos hecho de la realidad, porque la concepción y las formas que nos hacemos de ella están determinadas de algún modo, por nuestro propio origen y conformación afectiva, en medio de la burguesía y los valores cristianos.

Anotemos este hecho, para comenzar: existe un círculo que difícilmente se quiebra entre nuestra oposición a la burguesía y el hecho de que nosotros mismos hayamos nacido dentro de las estructuras de la burguesía. Lo que la racionalidad recupera de este conflicto, y que se expresa en la concepción meramente política, son los elementos más generales dentro de los cuales encuadrar una experiencia que para cada uno es propia. La recuperación de esa racionalidad no es entonces una tarea acabada, y los elementos de crítica que la historia de nuestras vicisitudes sociales nos han proporcionado deben solamente señalar una tarea, tarea que nuestra propia experiencia irá incrementando. ¿Cuál es el punto en el cual parece revelarse que nos hemos establecido en el dogmatismo de la izquierda? Éste: la manifiesta ineficacia de las izquierdas para superar las contradicciones que la realidad nos presenta. En la repetición de nuestras conductas políticas, en la ineficacia de nuestros esquemas detenidos, debemos ver surgir la

señal de este círculo que todavía no hemos logrado quebrar, por lo tanto nuestra permanencia aún dentro de las estructuras burguesas. Volvemos a repetirlo: no es exorcizando a la realidad con la palabra "revolución" como lograremos cambiarla o percibirla de otro modo. No se trata de palabras: se trata de una modificación de nuestra propia estructura personal.

Cuando hablamos de personalidad se nos reprocha que estamos haciendo novelita rosa en un terreno indebido, que confundimos los planos, que la seriedad política lo veda, que caemos en un nuevo horror: el subjetivismo. Y en esta misma objeción vemos ejemplificado lo que queríamos decir: hay un pseudo-subjetivismo que no es más que el dogmatismo de una subjetividad anónima, esa que, formulada y creada por las luchas humanas pasadas, perdió en el pasaje toda conexión viva con cada uno de nosotros. Porque ¿para qué queremos hacer política si no es para modificar la condición humana, y en particular también la nuestra? Y el círculo es aquí otra vez visible: parecería que hemos pospuesto nuestra posibilidad original de ser, que nos hemos dado sólo a lo político, porque la realización personal se halla en ese futuro que la revolución va a inaugurar. Mientras tanto la alienación personal en lo político es sufrida como una fatalidad. Pero nosotros hemos visto esto: que toda política se alimenta con nuestra intimidad, que nuestra vida personal es la base sobre la cual se asienta y cobra sentido la vida política.

Y esta revalorización de lo que nos es personal es también una necesidad política si queremos descubrir las insuficiencias del economismo y de la abundancia que se está bosquejando. Debemos, para ello, reconquistar esa posibilidad de ser en todas las dimensiones de lo social, pues sólo esa necesidad manifestada, visible, objetivizada, hecha querer concreto, podrá alimentar profundamente esta otra que frente al economismo pierde toda esperanza.

LA OSADIA DE LA IZQUIERDA LIBERAL

El liberalismo de izquierda es la solución abstracta de un conflicto personal; las posiciones que nos dicta son las argucias que la conciencia va proporcionando para crearnos la imagen de nuestro máximo compromiso. Y precisamente en el momento en que lo eludimos, puesto que este compromiso no es más que formal. Ese aspecto de genuina realidad que tiene para nosotros encuentra su sustento en la rígida calidez de nuestra propia afectividad. ¿Cómo dudar de nuestras intenciones de izquierda, si las sentimos tan hondamente, si encajan tan ajustadamente en la racionalidad que el sistema elegido —trotskismo, socialismo— nos proporciona?

Decimos que no pasan a la realidad, y que la realidad no las contiene. Se nos responde que la realidad no contiene todavía muchas cosas, pero que es preciso fecundarla. Se nos hablará de la santa locura, del intenso realismo de los visionarios. Pero, de una buena vez: entre nosotros no se trata de eso. Nuestros visionarios de izquierda no quieren hacerse ellos mismos revolución como los profetas se hacían mártires de sus profecías. No; los revolucionarios concretos han de ser los otros. Ellos postergan su personalidad revolucionaria proyectándola hacia el futuro, y por ahora sólo claman por su advenimiento mágico en el liso y llano plano de la política declamatoria. Para luchar contra esta complacencia en la cual no queremos caer, sólo cabe una certificación: la relación inmediata y práctica con la realidad, de tal modo que nuestra incidencia contribuya verdaderamente a modificarla.

Hay una modificación en ciernes, problemática es verdad, pero que se encuentra insinuada por las fuerzas ahora en presencia. Hay que contar entonces con el tiempo, pero también debemos saber que ese tiempo debe acortarse. Como Lenin decía del partido proletario, que debía colocarse a un paso, pero sólo a uno, delante de los obreros, nosotros podemos decir, generalizando el concepto: debemos quedar a un paso, pero sólo a uno, de esta realidad política que está pasando a los hechos. Debemos quedar unidos a la realidad no en la infinita lejanía de la imaginación consoladora, sino sólo a un

paso de distancia en el tiempo. Los valores que proyectamos deben comenzar a transformar la realidad a partir de este mismo presente.

Y este comienzo no es otro que el que parte de nuestra propia realización personal. Pero la izquierda liberal vive sólo en un esbozo imaginario. Por eso frente a las necesidades inmediatas que exigen solución, se convierte su evasión en una inmoralidad material.

Hay una moralidad de la actividad política que consiste en no convertirla en una mera simbolización imaginaria: no hay que tender espejismos a la conciencia de los otros. Lo que la verdad es para la lógica, para la política lo es la relación entre imaginación y realidad que la sugiere. Estos dos términos, transformación imaginaria y realidad actual, son los dos términos inescindibles de esa totalidad para cuya transformación solicitamos el apoyo. Y dependerá de esa relación que precipitemos o no, a quienes se acercan para lograrlo, en el fracaso tanto personal como político.

Aflojar uno de esos extremos, dejar de apoyarnos en la imperiosa realidad para darnos al libre y lírico juego imaginario a partir de algunos caracteres que abstraemos de ella, parece a nuestras izquierdas abstractas una osadía. Son los que quieren más cosas y más puras y más extremas: son los verdaderos revolucionarios. Pero veamos si es el de ellos un verdadero querer. Lo que dicen constituye la expresión de un conflicto que sus personas viven en el mundo. Decir revolución significa reconocer que los conflictos personales se integran en los desequilibrios reales del país, y solicitan una solución también general. La actividad política es la forma más general de reencontrar lo que de particular tiene cada uno de nosotros. Entonces, si lo que nos mueve a la acción puede ser proclamado en todos los planos y en todas las dimensiones que desde nuestra persona abre su significación hacia los otros, esa osadía de izquierda debe proyectarse también más allá del mero discurso o de la sola admonición política. La "revolución" puede ser gritada en las barbas mismas de todos los generales de brigada sin que nuestra persona corra riesgo alguno, cuando no entonces puede ser inscripta en todos los semanarios que van repitiendo fatigosamente la misma música celestial. Pues esa osadía, que desde el punto de vista político posee un porvenir sólo remoto —en la medida en que exige un conglomerado humano que le dé término, y no es eso lo que ellos buscan— debe, para cobrar realidad, instaurarse desde ahora mismo en el riesgo concreto. Y en la medida en que su ineficacia se mide porque no lo logran en el plano político, para hacerlo deberían retornar al plano personal, vivificar su sentido en la propia experiencia, comenzar por donde se puede. Pero la acción de la izquierda abstracta, al jugar ineficazmente sobre el gran plano de la revolución nacional, se aprovecha de esta confusión de planos y eleva la íntima y sufriente ilusión sólo a la categoría política, no a la personal. Y la revolución abstracta de nuestras izquierdas liberales termina siendo sólo un ardid: a la osadía y al arrojo que nuestra rebeldía nos reclama le hacemos cobrar figura política porque no nos atrevemos a expresarla con los actos en nuestra vida personal. Cubrimos este déficit individual en el gran cementerio de las ilusiones sin porvenir, donde la ineficacia de los otros, de todos los otros, nos devolverá la disculpa para la nuestra. Por algo esta pretendida osadía, que se quiere sin embargo totalmente objetiva —quiere el máximo de sí misma ya realizado en la realidad, aunque no hay (y tal vez porque no los hay) caminos transitables— se convierte en contentamiento cuando pasa a la expresión de sí. Osadía abstracta en lo político, contentamiento concreto en lo individual, el fenómeno de rebeldía carece de porvenir porque no encuentra su fundamento en la persona que siga animando su sentido todo a lo largo de la vida.

De ahí las defecciones, los renunciamientos adultos, cuando al reformismo universitario de los años juveniles sucede el pasaje a las sólidas estructuras sociales donde rigen todos los automatismos. La reforma universitaria no será más que

un acné juvenil hasta tanto no descubra que su acción requiere manifestarse en lo político porque ya encontró su fundamento en el plano personal, es decir en aquel que anima todos los actos que asumimos ante la realidad. Por lo tanto, una vez más, cuando superemos la forma de personalidad liberal, escindida, dentro de la cual permanecemos.

Si podemos confiar en nosotros, es porque creemos que la superación de la contradicción liberal en la cual todavía nos encontramos, debe alejarse definitivamente de la vertiente reaccionaria del liberalismo. O superamos la contradicción o adoptamos definitivamente el verdadero rostro que hasta ahora hemos querido ocultar. Hemos quedado ante la verdadera disyuntiva, porque la realidad histórica ha verificado ahora el sentido objetivo de nuestras ilusiones parciales. No hay otra alternativa: o apoyar decididamente a la burguesía, totalizada simbólicamente en la UCRI, que reúne en un haz todo lo que ella tiene de contradictorio, o apoyar las organizaciones que la clase trabajadora real se ha de dar. Cualquiera otra escapatoria dentro del pluralismo burgués no significará sino un soslayamiento de esta realidad así estructurada y será —para nosotros como para cualquiera— una justificación abstracta frente al sentido que no tuvimos, en su crudeza, la valentía de afrontar.

NECESIDAD DE UNA NUEVA OPOSICION CRITICA AL FRONDISISMO: EL EJEMPLO UNIVERSITARIO DEL LAICISMO

La crítica que podamos realizar a los actos económicos y políticos del frondizismo es fácil. Pero esto mismo constituye para nosotros un peligro, porque solicita nuestra indolencia y nos detiene en el momento ideológico pasado de la oposición unionista que se prolonga, suficiente, hasta nosotros. Recurrimos para combatirlo a las viejas armas inadecuadas del arsenal liberal o de la izquierda abstracta. La crítica al frondizismo encuentra razones ideológicas, en apariencia, dentro del campo liberal; el aspecto económico, religioso, obrero. El liberalismo de izquierda parecería haber rejuvenecido en esta aparente defeción del frondizismo. Que es, aceptémoslo, la defeción de la mentalidad generacional del 45. Hay que comprender bien este hecho: la concepción del mundo y de la persona que la generación reformista de la F. U. A. decantó en esa juventud que ahora asumió sus responsabilidades políticas, se escindió principalmente en dos corrientes: la que ahora está en el poder, y cuya mentalidad política hemos descripto al referirnos a la intransigencia oficialista, y esa otra que está, desde el campo liberal y de izquierda abstracta, en oposición a él. La primera rechazó la pureza ideológica de la reforma, negó como falsas las divisiones entre derechas e izquierdas y se hizo economista: son "las izquierdas que están de vuelta de la izquierda", como las definió Alcalde. La segunda, en cambio, pretendió ir al encuentro de la transformación social conservando los viejos y sagrados principios liberales, denunciando como totalitaria y antidemocrática toda supresión de las trabas ideológicas creadas por la burguesía agropecuaria de la cual siguen dependiendo. Son los que nutren la oposición con una indignación que se alimenta en la frustración principista a la cual su afectividad liberal los condena.

Ambas, el economismo y el principismo, son expresiones parciales y extremas de la mentalidad liberal de izquierda. Pero si la experiencia del peronismo y de la revolución libertadora no ha pasado en vano para nosotros, debemos evitar las posiciones a las que cada una de ellas quieren condenarnos. Cada una de ellas válida su oposición en la parcialidad de la otra. No debemos entonces caer en la propaganda interesada de esos sectores que pretenden inmovilizar este cambio real y perceptible en la juventud argentina. Hay quienes están interesados en seguir viendo el proceso nacional mediante los viejos moldes que constituyen el esquema necesario para justificar sus propias posiciones, toman como referencia una realidad inexistente, siguen dependiendo de las situaciones pri-

marias que les dieron vida y que ellos han inmovilizado. Es lo que sucede con el grupo Frigerio: toda su posición encuentra sus razones en la lectura de un sentido retrógrado de la actividad universitaria, el mismo de 1945. Lo que para el grupo Frigerio fué en un momento una verificación útil, y fechada, en base a la cual pudieron comprender otros, y que les permitió una reacción adecuada al momento, se solidifica ahora para seguir manteniendo el sentido de ese acto útil en el pasado. Más que ver el equívoco de la generación del 45, la mentalidad empresaria necesita que ésta se mantenga en ese mismo equívoco, se la provoca a perseverar en el error, se la arroja en él como si fuese su única posibilidad. Porque si la juventud universitaria comprendiera su equívoco y lo superara, no lo superaría hacia la posición de Frigerio sino que, por el contrario, pondría en descubierto las verdaderas intenciones que animan a sus actos políticos. Pero como el grupo Frigerio está detenido en él, y vive políticamente de usufructuar ese sentido pasado, necesita darse de la juventud universitaria la imagen detenida en ese pasado.

La mentalidad empresaria necesita tener razón contra los universitarios, que éstos se mantengan en el error, porque la reacción contra ese error mantenido constituyó la posibilidad, que ellos se dan, de basarse en esa media verdad económica que han logrado para constituir esa capa de técnicos alejados de la política y del saber universitario que ellos designan como liberalismo.

Técnicos por abajo, religiosos por arriba, estos industriales fabrican sus hombres a la medida de sus necesidades. Pero esto sucederá mientras la ideología y la cultura que la universidad proporcione, continúe sin llenar el vacío que el liberalismo ha dejado, mientras no proporcione una concepción de la persona que integre las perspectivas parciales y dispares que el liberalismo no podía unificar. El sentido unificador de la persona se torna ilegible: ahí es donde se parapeta la escisión empresaria y religiosa.

El momento histórico que vivimos, si alguna tarea imperiosa nos presenta, es la siguiente: ampliar los límites de la estrecha concepción ideológica de nuestra izquierda liberal, efectuar el pasaje del liberalismo hacia una comprensión totalizadora que abarque concretamente los límites de la comunidad, asumir las contradicciones que vivimos entre nuestras intenciones subjetivas y las condiciones objetivas que se le oponen. Y éste es el momento preciso para hacerlo, porque tanto la experiencia del peronismo como la de nuestra clase media han mostrado los límites de nuestro contorno ideológico y han puesto a prueba la incoherencia y la parcialidad de sus posiciones, que terminan ambas en la inoperancia y en la mistificación.

Y es verdad, en la medida en que el laicismo liberal sólo ha sabido abrir sus perspectivas sobre soluciones también determinadas en el campo de la técnica: le ha bastado eliminar a Dios como motor primero y quedarse sólo con el mecanismo. De una concepción religiosa que languidecía, que había radiado de la vida el sentido y la profundidad que mantenía presente la idea de lo absoluto, han desechado no la concepción concretada en formas de vida, sino sólo su manifestación simbólica. En el fondo, son el resultado afectivo, como personas, de ese mundo religioso que perdió a la divinidad y no puso nada en cambio dentro de ese marco de sentido que quedó librado, de la buena de Dios, a la mala del hombre. Y no es que querramos nosotros suplantar una divinidad indolente por otra. Queremos saber qué necesidad ponía de manifiesto ese pleno formal que ahora quedó en nuestra cultura completamente vacío. Así entonces *nuestros liberales que mataron a Dios abrieron el futuro sobre la sola técnica*, sin atreverse a inaugurar entre nosotros la dimensión totalizadora de una comunidad de personas dentro de la cual la técnica —y toda actividad— se integre y cobre sentido. La técnica no fué sólo el ámbito de la máquina y el motor: fué técnica también la filosofía, entendida como un quehacer exterior; fué técnica la psicología, entendida más allá del drama humano; fué técnica, y sólo técnica, la literatura, entendida

como un hábil pasatiempo que devanaba y entretegia los laberintos sutiles de la maraña psicológica de tragedias inútiles. Literatura metafísica, metafísica literaria, psicología de hombres-cosas, técnicas limitadas al dominio del cuerpo, historia que se narraba a sí misma la justificación de sus errores, dominio de la naturaleza en el ámbito restringido del laboratorio, sin conexión con las necesidades reales del hombre y del país. Nuestro liberalismo está pagando la ineficacia que deriva de una falta de valentía concreta, de una cerrazón ontológica: de no haber podido proyectarse sobre el fenómeno humano que constituye todo el país, de haber permanecido, quíeralo o no, atado al mismo ámbito ideológico dentro del cual permanecía también la Iglesia misma que había combatido. Su concepción del hombre, su repugnancia y sus temores, sus privilegios y sus egoísmos habían abandonado el recinto de la Iglesia pero se habían extendido sólo al ámbito de una comunidad de escogidos: los triunfadores. La autolimitación del liberalismo, la incongruencia entre sus principios y sus actos, se encuentra en este hecho: haber dejado al país fuera de sus ambiciones individuales. Esta limitación, aparentemente geográfica, es una mutilación de la propia conciencia. Si la conciencia es el todo o nada que nos revela la significación del mundo que se abre a partir de la experiencia que realizamos en él, el obturarnos a una fracción de la humanidad, el cerrarnos a la significación de nuestros problemas que sólo se verifican cuando extendemos sus límites hacia los otros que también la integran, eso quiere decir que nos cerramos nosotros mismos a nuestra propia comprensión. La ciencia no es sino ese despliegue del conocimiento que se extiende a partir del hombre, y que encuentra su limitación también en él. ¿Cómo podría progresar entre nosotros el estudio de los desequilibrios en psicología si vivimos cerrados, dispuestos a ocultarnos el dramatismo de la existencia que también engloba a los otros? ¿Cómo podría existir entre nosotros una historia, si no estábamos dispuestos a incluirnos nosotros mismos en el sentido que la investigación nos revelaba? ¿Cómo podríamos salir de la metafísica espiritualista si no queríamos ver las significaciones que surgían de los nuevos hechos concretos y de nuestra imposibilidad de vivir? La mutilación del liberalismo fué el resultado de la automutilación del hombre liberal, de no haber querido asumir las significaciones que el país le revelaba esporádicamente en sus convulsiones sociales, no haber reconocido en ellas el complemento de su propia situación.

La verdad de la burguesía actual —que se conglera en una estructura total, inescindible por su sentido— la hace dependiente (aunque crea ser su opuesto, y precisamente por eso), tanto del reaccionarismo católico como del liberalismo ateo. Esta situación sólo podrá superarse mediante una lucha que reconozca en *ambas* modulaciones la expresión de una misma e inaceptable realidad. Los liberales se confunden con los católicos en la realización económica, defienden sus mismos principios, coinciden concretamente en sus intereses laicos con los intereses religiosos, defienden por lo tanto las estructuras afines que se revelan en las relaciones humanas. Pero difieren —y ellos creen irrenconciliablemente— en el terreno de la concepción del mundo. Así como el católico reencuentra la totalidad de lo humano en una ficción simbólica remitida fuera del mundo, el liberalismo no se atreve a pensar hasta su límite las consecuencias de su negación divina, de su ateísmo. El ateísmo liberal, expresado como reacción frente a la Iglesia, detenido en esa batalla por los lazos ideológicos y económicos que se lo imponen, encuentra su justificación en su batalla contra la religión. Se inhibe así de pensar en las consecuencias límites de su negación de Dios y de extenderlas hasta englobarla en una comunidad humana. Por eso permanece en la parcialidad solamente ideológica. Tendría que extender su crítica hasta englobar los valores burgueses, pero no puede; está en última instancia trabajado, conformado también por esa misma parcialidad concreta cristiana. Reconoce la importancia del trabajo, pero se inhibe de ver en el tra-

bajo el medio para una transformación de la estructura misma de la persona, en particular de sí mismo. Los valores burgueses, sus consolaciones, sus pretensiones afectivas, la falta de universalidad que los sustenta, la humillación paralela que segregan, encuentran en él la base sólida que pretende también para sí el inmovilismo católico. Ellos también son, en su rigidez, el sólido mojón que se opone a que las variaciones que la historia produce pasen a la persona. La personalidad de la izquierda abstracta, que vive y depende de los católicos a pesar de oponerse concretamente a ellos, constituye la valla para que toda otra concepción concreta de la vida pase a la realidad. Porque ser ateo no es un planteo irresponsable, sacarse de encima el peso de asumir el sentido y la dimensión dramática de la vida. Significa negarse a aceptar el vacío, y donde otros ponen mitos e ilusiones, poner nosotros realidades.

Así entonces, separarse de los mitos ideológicos de izquierda de la burguesía constituye tal vez el máximo esfuerzo en la tarea de esclarecimiento de la izquierda. La adhesión a ese mito podía aparecer como reivindicación original (y desde el punto de vista genético lo era) en un primer paso realizado por la juventud burguesa hacia el descubrimiento de las contradicciones que existen en ella. Como tal, se presenta llevando hasta sus extremos límites ideológicos los principios liberales. Pero permanece todavía dentro de los límites de la persona y la concepción del mundo liberal. El verdadero momento de la liberación está constituido por un nuevo paso, que significa una promoción no sólo en el orden de las ideas sino en el orden de la aplicación práctica e histórica de esas ideas, la ruptura del cordón umbilical que nos ata todavía a la burguesía.

Comprenderemos así que la lucha laica exige la lucha total, que la reivindicación en el único plano de la especialización cultural universitaria señala el aspecto solamente técnico e ideológico de la reivindicación —por lo tanto la adscripción de nuestras personas en su estrato de expresión simbólica de la cultura. Defendiendo a la universidad defendemos, es evidente, una sola de las conexiones que nuestra persona mantiene con la realidad. Y es preciso, de toda evidencia, hacerlo. Pero hay que hacer notar esto: que es ése precisamente el estrato que nuestra burguesía puede también reivindicar como propio, porque considerado en forma aislada constituye tanto a la personalidad burguesa como a la de izquierda. Es preciso romper los falsos dilemas sin abandonar la lucha en ninguno de ellos, incorporar a nuestra persona la totalidad de los aspectos contradictorios que la realidad presenta, asumir el riesgo de una evidencia que los resuelva. La persona de izquierda es la decisión de hacer frente a todos los desequilibrios objetivos que ella interioriza, y que señalan el surgimiento de cada uno dentro de los desequilibrios de la sociedad liberal y la burguesa. La revolución, el cambio que se esboza en la realidad social debe ser la consecuencia, para nosotros, de esa revolución total que hemos instaurado en las estructuras de nuestra propia personalidad. Y no como un recurso pretencioso de singularizarse: es la única que puede animar comprensivamente el sentido que la realidad del mundo presenta.

Se dirá que no es así, que la oposición que se sostiene es sin embargo total, que ha sido hasta ahora la situación de la burguesía la que permitió excluir completamente de los límites de su alianza político-económica a la Iglesia católica. Pero nosotros sostenemos: los obreros son, como clase, los únicos que han podido leer el sentido total del clero, pues en todos los planos donde éstos se manifiestan la Iglesia se verificó como la destrucción de todas sus posibilidades, no sólo de las imaginarias como en el liberalismo. Tanto es verdad esto que los estudiantes, querrámoslo o no, hemos hecho causa común con el clero en la situación concreta que llevó a la caída del peronismo. En el proceso peronista estuvimos atentos sobre todo a nuestras repugnancias burguesas. Por destruir un poder limitado en el tiempo, hemos ayudado a la persistencia de un poder secular. Prueba de que las condiciones concretas

del sistema liberal, si bien constituyen nuestra ambigüedad en el orden cultural, nos tienen concretamente a su lado, que sólo las diferencias ideológicas, de sensibilidad, de personas aisladas, nos separa. Nos hemos confundido con ellos en Plaza de Mayo un 16 de septiembre, nos hemos separado de ellos posteriormente, dentro de los límites marcados por el campo libre que la revolución libertadora nos proporcionó. Por eso este recurso nos enseña algo: que no debe asquearnos tanto este presente si al mismo tiempo no dudamos de nuestros actos del pasado como para revisar toda nuestra línea política y ponernos, en el sentido de la historia, donde realmente debemos estar. A la Iglesia prepotente y pedigríeña la salvó la revolución libertadora que nos salvó también a nosotros, todos juntos. Formamos entonces sistema con ella, querrámoslo o no, estamos objetivamente unidos en la historia a su existencia, y la lucha que ahora realizamos no es, desde el punto de vista de esa misma historia, sino *simulación*. Disimular que en el apoyo al régimen económico social los apoyamos, y rescatar nuestra conciencia en la oposición manifestada solamente en el plano de lo simbólico. Por eso la posición tomada por Frondizi no hace sino marcar con líneas más precisas lo que ya estaba débilmente —inconscientemente— señalado.

A juzgar por su prédica, sus estudios y el medio intelectual en el cual se formó, Frondizi sólo ha reconocido con claridad el problema del economismo, pero obscuramente el problema de la cultura. Preciso en el plano de la economía, husmeó vagamente el cultural, supo de su eficacia global, presintió su necesaria modificación. Por lo tanto, Frondizi sólo puede proporcionarnos el desarrollo de las condiciones económicas. Los otros, el problema cultural, lo ha experimentado dentro de la burguesía liberal —el Colegio Libre— como obstáculo. Frondizi ha comprendido que los principios liberales sustentados por los mismos con quienes coincidía aparentemente en el plano cultural, eran el obstáculo y la mentira formal que se oponía a que las modificaciones económicas pasaran a los hechos. Prácticamente tomará todos los atajos, ejercerá todas las argucias, modulará todos los meandros en el plano de lo concreto —la política económica— para modificar la estructura global que se le opone. El artificio formal de la cultura liberal de nuestro medio no posee entonces para él ningún privilegio frente al catolicismo. Más aún: el sordo resentimiento que experimenta hacia esa cultura le permite devolverles, como igualmente formales e ineficaces, el otro complemento de la situación total que es el catolicismo. Esta lógica imperturbable y perentoria de Frondizi corresponde coherentemente a la visión del político economista que, desde el punto de vista de la modificación de nuestra estructura política, sólo ve en ambas expresiones un obstáculo cuya oposición interna dilata arbitrariamente una lucha que verdaderamente se desarrolla en otro plano. ¿Por qué habría de elegir y favorecer al uno o al otro, si ambos corresponden y son consecuencias de una misma realidad que los contiene unitariamente? Frondizi no hace sino devolvernos ese sentido que nos negábamos a admitir, eso que rechazamos con pasión y vergüenza pero que, admitámoslo, realmente nos integra. Frondizi no hace sino marcar con líneas más precisas, acentuar lo que ya estaba delineado. No interesa aquí decir qué mal hace ni cómo se atreve ni qué mal piensa. En la medida en que Frondizi es *realista* hace pasar a la realidad no sus preferencias subjetivas sino lo que la realidad misma le presenta. Aprovechemos para mirarnos en ella, comprender su sentido. ¿Por qué Frondizi, economista, habría de privilegiar al liberalismo intelectual, si es precisamente el que sustenta la concepción del mundo que se opone a que la reestructuración económica se realice? La indiferencia de Frondizi, que tanto nos indigna, señala para nosotros la obligación de elegir coherentemente por la izquierda, pero entonces debemos hacerlo en todos los planos. Si la elegimos sólo en el plano de la izquierda liberal, por lo tanto solamente formal, debemos entonces admitir también la existencia, con todos sus privi-

legios, del dominio cultural católico. Pues la realidad que le da vida es inmodificable. Quiere decir: no podemos aspirar a su supresión sólo en el plano cultural, pues la realidad sobre la cual se asienta la Iglesia Católica es la misma sobre la cual se asienta la realidad liberal: ambas son expresiones contrapuestas, el anverso y el reverso de un mismo predominio de las estructuras económicas y políticas que se basan sobre la alienación fundamental del hombre.

EPILOGO PARA DECEPCIONADOS

Se dirá:

—Y después de todo ¿qué? Mi decepción subsiste. En lo dicho no hay más que palabras. Pues lo que claramente está en mí, esa decepción que inunda mis actos e invalida mis proyectos, eso es lo innegable. Lo que tengo de más vivo en mí es esta imposibilidad de vivir, de hacerlo al menos en un proyecto común con los demás hombres. Mi decepción me señala un único camino: volver a mí mismo para hacer lo que yo, y únicamente yo, quiero. Volver al menos a recuperar mi propia individualidad, desinteresarme de los problemas ajenos.

—¿Palabras y palabras? Sin embargo hemos querido señalar algo más que el solo fenómeno político. Hemos querido comprender, partiendo desde el plano de lo político, la necesidad de no permanecer únicamente en él. Nuestra posición envuelve por lo tanto aun el disintimiento que se retira, decepcionado, a la soledad. Porque, en síntesis, hemos querido decir esto: nuestra intimidad, lo que tenemos de absoluto y de excepción, eso que vamos afanosamente a cultivar en el aislamiento, no puede cultivarse ni recuperarse en el aislamiento. O nos recuperamos todos juntos, o no lo hace nadie, pues las categorías de la intimidad, en la sociedad actual, están inficionadas por las categorías de lo económico y lo político. Las categorías de la intimidad, aún en los más secretos e imprecisos de sus afectos, conservan como estructura lo que los valores de la economía y la sociedad burguesa han decantado en nosotros. Todo acto personal es vivido sobre el fondo de este mundo que pretendemos dejar de lado pero que, querrámoslo o no, se introduce en nuestras vidas y marca cada uno de sus actos. Pero, ¿quién podrá introducirlo si nos retiramos a la soledad? se insistirá. Somos cada uno de nosotros mismos el personaje que introduce en la escena de la intimidad la presencia turbulenta de los demás hombres. El infierno no es, como para un personaje de Sartre, los otros: el infierno está sólida, tenebrosamente, en el modo estrictamente íntimo con que vivimos nuestra singularidad encarnada en el seno de la soledad.

Lo cual quiere decir: sólo en la actividad exterior, sólo en la relación con los demás hombres y sus luchas, sólo en la objetividad podremos recuperar ese absoluto que en la soledad se consuela con la ficción. Sólo en la exterioridad podemos recuperar nuestra intimidad. Y esto es lo que nos muestran, en última instancia, las experiencias límites de nuestro medio.

Hay así dos planteos extremos en la situación argentina. Están quienes se desentienden de la política, se dedican a rastrear las emociones suburbanas que merodean la conciencia del aislamiento, cultivan tristemente el pequeño jardín que roban en la soledad a la realidad, y creen ser centro del mundo cuando son periferia. Han tenido, para sentirse tales, que reinar conservando rígidamente una imagen de los otros hecha a la medida de un fracaso tolerable. Son los que a pesar de lo mucho que escriben, no tienen nada que decir; los que se entretienen hilvanando emociones y situaciones marginales, costureritas de primores ajenos. Los que tratan infructuosamente, vanamente, de rescatar de este marasmo que nos rodea al menos ese pequeño islote de totalidad en el que ansían desarrollar la falsa originalidad de sus vidas. Eso, que pretende ser literatura y no es sino desesperación ya vencida que no enfrenta el motivo de su desesperación, que ni siquiera proyecta en el plano de lo imaginario un des-

equilibrio que es preciso rescatar en toda su riqueza, eso señala entre nosotros un camino completamente cerrado. La historia —se consuelan— se encargará de juzgarnos. Son los que han reconocido todos los recovecos de la prisión, que han llenado sus muros con el arabesco menudo de sus menudas contrariedades, que la han hecho habitable a su modo: es la prisión que ha de contenerlos hasta el resto de sus vidas, y la vida es para ellos narración que de sus vicisitudes se hacen a sí mismos, el postrer y tibio paisaje que se dan para admirarse en el momento de la muerte. Prisión habitada con la propia sangre, se dirá. Pero símbolo de la esterilidad de una sangre detenida.

Por el otro, están los desengañados del plano de lo personal, que viven sólo en lo social y en las determinaciones exteriores de grupos donde sólo son tomados como objetos de dominio o de caridad, aprovechados en lo que tienen de determinismo. Esos que cultivan los destinos comunes que lo social ha decantado en los hombres, que lo subrayan aún más y sólo piden que aún más se acentúe porque han aprendido los automatismos económicos, familiares o políticos, y en eso basan su dominio. Esos que han borrado el problema de la persona en lo que tiene de vivo y han decidido, dicen, cortar el mal de raíz. Son los que promueven en vasta escala el olvido de sí mismos, de lo más personal, porque la causa lo exige y es preciso manejarse en el plano de la eficacia inmediata.

Así, en ambos planos, —en nuestra realidad que se maneja discursiva, política, novelada o económicamente— estamos condenados a no poder recuperar esa totalidad —intimidad y comunidad— que nos integra. Pero ambas posiciones, la soledad o la disolución en la generalidad de lo político, son soluciones falsas y parciales. Sólo si lo medimos por la efectividad y el corto utilitarismo es más importante entre nosotros el aspecto solamente político. Pero a la larga, faltos de perspectiva, nos convertimos en objetos de la política ajena. Sólo si lo medimos por la afectividad y la salvación abstracta que la burguesía concede, es más importante el proceso de cierta literatura. Literatura de contención y filigrana, política que se desenvuelve en el plano único de un "realismo" exterior que no conoce ni su origen ni sus fines. Pero el problema es total, pues sólo si alimentamos lo personal en la perspectiva que lo político —la conciencia más general que el hombre cobra de sí mismo— nos proporciona, sólo si alimentamos lo político con la necesidad de equilibrio que se

manifiesta en lo más profundo de nuestra vida personal, sólo así podemos aspirar a la integración.

Somos una generación que refleja el marasmo, la frustración en la que hemos penetrado, pero al menos podemos reivindicar esto: estar queriendo asumir la totalidad de sentido que la realidad nos presenta, tratar de rechazar la parcialidad a la cual se nos quería, y se nos quiere, condenar. Tarea y decisión tanto más difícil cuanto que la realidad misma, en su parcialidad, no encuentra cómo significarse a sí misma el drama que señala esa confluencia de sentidos dispares. No hemos adquirido conciencia total de nuestro drama, porque lo verdaderamente dramático no aparece entre nosotros: su sentido sigue disperso entre las múltiples conciencias que no confluyen para formar un todo. Cada una de ellas conserva sólo un aspecto; no podemos leer la significación de nosotros mismos en los demás. Vivimos en compartimientos estancos, donde cada frustración, cada anhelo no encuentra sino un recinto sin eco, un agua mansa sin onda.

Obligados a la clandestinidad en lo personal, a la sumisión en lo político, sólo queda un camino: es el momento de la ruptura, de pasar a la realidad con todo lo que somos en cada plano. Es preciso hacer pasar dramática, turbiamente lo que somos a la realidad, destruir la sorda represión ajena, que termina hablando desde dentro de nosotros mismos con nuestra propia voz. Decimos: la sociedad burguesa, la familia, la parodia del amor que disfraza el miedo. Pero todo esto debe ser asumido desde lo personal, manifestar ese desequilibrio que los políticos denuncian en la economía pero que nosotros debemos denunciar en cada acto que apunta a su frustración.

Decimos que no, pero la pasividad personal todo lo inunda y se manifiesta en nuestras conductas políticas, en la aceptación pasiva del engaño. Pero no se puede, a riesgo de dejar de ser: hay que dar ese paso hacia adelante. Nosotros quisiéramos infundir el optimismo, y sobre esa angustia que la mirada ajena reprime una vez más, mostrar que sólo nosotros podemos hacerla vivir, si vive cotidianamente en nuestros actos. Si somos capaces de hacer pasar la necesidad y el deseo, aunque sólo sea en forma de grito, a la realidad. Es éste casi un llamado al amor, no al cristiano, sino a ese otro que se eleva desde cada necesidad que precisa de los otros para colmarse.

LEON ROZITCHNER,

Orden y Progreso

A MANERA DE PROLOGO

A PARTIR del 1º de Mayo nuestras izquierdas parecen oscilar entre la desorientación, el escepticismo la irritación y la ira. Y digo nuestras izquierdas, con una fórmula global, porque quiero decir realmente toda la izquierda, desde el comunismo al socialismo (esa fracción del socialismo que, a falta de fórmula mejor, los diarios llaman Secretaría Muñiz), desde los diversos grupos troskistas hasta los de la ortodoxia intransigente sobrevivientes. Y no solamente los movimientos más o menos organizados, sino también esa masa fluida que de algún modo puede calificarse como de izquierda. No importa que algunos grupos se jacten de haber previsto lo que iba a pasar antes del 1º de Mayo. Desde ese día algo ha pasado que provoca en la izquierda todos los síntomas de aquel estado de ánimo. Es fácil percibirlo en sus numerosas publicaciones, desde *La Hora* hasta *Política*. Sea lo que fuere lo que la izquierda racionalmente esperara, ha sufrido un impacto emocional que resulta evidente. Pero es necesario preguntar: ¿qué es lo que ha pasado en el país que provoca tales reacciones? Y aún ¿cuál es la naturaleza real de esas reacciones? Y todavía una pregunta más: no son solamente

las izquierdas las que gruñen y protestan ¿por qué entonces reducir a ellas el problema? ¿No están también molestas las derechas? ¿No levantan sus objeciones a cada momento?

Y quizás, como una cuestión previa todavía ¿es lícito seguir hablando de izquierdas y derechas? ¿No tendría razón la revista *Qué* cuando sostenía —bajo la dirección de Frigerio y durante la campaña electoral— que la división entre izquierdas y derechas corresponde a un esquema superado por la realidad nacional?

Es posible que las afirmaciones de que he partido parezcan apresuradas y arbitrarias, y que la acumulación de preguntas posteriores parezcan también superficiales, referidas a un orden superficial, seleccionadas también de un modo arbitrario o no coherente. Esto es, podría parecer que estoy intentando una descripción puramente impresionista, por así decir, de un fenómeno cuya comprensión exige un más cuidadoso y concreto análisis.

Permítaseme, pues, algunas explicaciones. Estoy intentando llegar a una descripción, lo más objetiva y comprensiva que me sea posible de lo que está sucediendo en este país; de lo que nos está ocurriendo a nosotros en definitiva. Pues este país, este *hoy y aquí*, no es sólo la circunstancia en la que

vivimos, sino la circunstancia que vivimos, el hecho mismo de nuestra existencia, de esta existencia que podemos jugar una sola vez, ésta, aquí y ahora.

Para intentar lograr esa descripción es imprescindible tener en cuenta una suma compleja y aparentemente heterogénea de factores. Factores externos: las grandes estructuras en las que nuestro país está comprendido, como una nación relativamente subdesarrollada en el mundo del capitalismo industrial; la presencia del orbe socialista, pesando y provocando reacciones de todo tipo en esta otra mitad del mundo. Factores internos: fuerzas económicas y sociales que representan una situación anterior, que se sobrevive desde hace cuarenta años; fuerzas que pugnan por ocupar nuestra sociedad, fuerzas expresivas de nuevas estructuras, de la situación actual; y los respectivos movimientos políticos, las ideologías que corresponden a esas fuerzas. Y cada uno de nosotros, los que vivimos ese proceso.

Pero el mero análisis no sería suficiente. La descripción no sólo tendría que ser lo más completa posible, sino que también debería ser comprensiva, es decir, presentar esa suma de factores, no como elementos aislados y quietos sino tal como son, fuerzas dinámicas, cuya separación es sólo posible mediante un artificioso esfuerzo de abstracción, y que actúan todas las unas sobre las otras en un complejo polígono de fuerzas. El resultado de esa interacción dinámica es la situación que vivimos (decir que estamos viviendo introduce un matiz estático que quiero expresamente desechar, pero tampoco la frase que vivimos es suficientemente satisfactoria). Se trata a la vez de algo íntimo, individual, y de algo global, ampliamente social, y en ambos aspectos, de algo total, *totalitario*, es decir, que no nos admite escape, aunque así lo creamos (1).

Esa descripción entonces debería manejar una cierta cantidad de elementos globales diversos, y dar por supuestos los datos de detalle que esos elementos globales comprenden y los conocimientos a que constantemente se debe aludir al manejarlos. En un país donde muchas estadísticas son parciales, falsas o, simplemente, no existen, y donde, a la vez, no abundan las monografías, es difícil elegir un método para acercarse a una descripción global como la que estoy postulando, sobre todo cuando se pretende comprimirla en los límites de un ensayo. No se trata solamente de manejar cifras (montos de capitales, cantidad relativa de la clase media) sino expedirse sobre su significado, conocer el sentido de esas cifras.

Pero todavía tengo que agregar algo. Mi intento de descripción no es desinteresado. Al contrario, lleva un objetivo absolutamente premeditado: aclarar y declarar lo que está ocurriendo para actuar sobre el proceso, para intervenir en él. Ya la misma descripción es un intento de actuar. Pero, y justamente para que esa acción sea posible, es que la descripción deberá ser lo más objetiva que sea dado alcanzar. Contra lo que suele afirmarse, es el militante, el que tiene inclinaciones, el que está en mejores condiciones de intentar una descripción objetiva de los fenómenos sociales. Eso, si es capaz de reconocerse como militante, de reconocer sus inclinaciones y aún sus prejuicios y los toma en cuenta en su análisis como el biólogo toma en cuenta los factores que el laboratorio introduce en sus experimentos.

(1) Dwight Macdonald, en el número 3 de *Diógenes* decía que "en los Estados Unidos el artista puede vivir al margen de la cultura de las masas, si está decidido a subsistir con muy poco dinero, o tiene rentas, o un Mecenazgo o un trabajo que le dejen algo de tiempo libre..." Macdonald afirmaba todo eso para contraponer esa situación con la correspondiente en la Unión Soviética; pero dejando de lado esa intención expresa del autor, la reflexión es sumamente significativa. Constituye un lugar común que expresa una ilusión ampliamente difundida (Victoria Ocampo la retomó textualmente en el número 225 de SUR, Murena ha hecho profesión de ella): la ilusión que consiste en creer que uno puede apartarse, que puede realmente colocarse al margen, simplemente porque no interviene activamente y de un modo determinado —normalmente se trata del político— en la vida del grupo. No es necesario insistir en lo ilusorio de tal creencia; ni puede uno realmente apartarse, ni puede dejar de influir. La única forma de lograrlo es morir. Y hasta eso hay quienes lo ponen en duda. Por lo demás, desearía que la mención de V. Ocampo y Murena no se tomara como ensañamiento personal; simplemente se trata de dos representantes, uno viejo y otro joven, de la intelectualidad liberal burguesa que han declarado expresamente su adhesión al mito a que me refería. Se trata de mi parte de una mera mención ejemplificativa.

Por eso, propongo como método para lograr una primera aproximación al proceso que estamos atravesando, el comenzar por la descripción de algunas fuerzas, especialmente políticas, de las que ocupan el panorama argentino actual. Un resumen de sus actitudes puede proveer una muestra viva y cargada de sentido de nuestra situación. Acompañado de una descripción del contenido de esas fuerzas, de su historia, y aun de las tendencias que existen dentro de ellas, permitiré, creo, dar una visión dinámica de ese proceso, e iluminará algunos hechos sociales y políticos con una luz especial al acercarnos a ellos desde sus mismos actores.

Como las diversas fuerzas organizadas representan a veces matices del comportamiento de una misma clase, o diferencias dentro de un mismo sistema de ideas, o vertientes de una misma ideología, me permitiré recalcar los datos que me parecen más significativos en cada caso, aquéllos que dan a cada grupo sus características propias o aquéllos por los que expresan —a mi entender— un determinado aspecto de nuestro proceso económico y social. Asimismo, daré por conocidos muchos otros datos, los que crea evidentes y notorios. Y dejaré de lado los que me parecen vacíos de importancia. Es posible que cometa algunas injusticias y caeré en algunas repeticiones, pero me animo a no atribuirles excesivo relieve.

Esta forma oblicua de aproximación facilitará una más vívida síntesis de nuestro momento actual y de las posibilidades en él inscriptas, y nos irá presentando una revista de las ideologías que pueblan nuestro mundo político. Nos permitirá igualmente —así lo espero— ir mostrando cómo nuestro país está insertado en el mundo, cuál es su situación, y cómo ésta se ha ido modificando con el tiempo. Al encarar luego directamente una descripción de ese mundo y del papel que en él juega nuestro país, se redondeará nuestra visión y aparecerá subrayado el sentido del proceso que, según yo lo veo, nos ha llevado a la situación actual, y las perspectivas que en ella existen.

Esta forma de aproximación al proceso social argentino supone la existencia de significados —de dirección— y de diferentes significados en las diversas fuerzas. La aceptación de un criterio tradicional al respecto llevaría a la dicotomía que se ha hecho clásica desde la revolución burguesa: a la clasificación de las fuerzas políticas en izquierdas y derechas. Y esto nos devuelve al principio: ¿ha perdido validez esa división en izquierdas y derechas? ¿La ha perdido en general o la ha perdido entre nosotros, en nuestro país? Y previamente todavía: ¿fue válida alguna vez?

IZQUIERDAS Y DERECHAS

Los términos izquierda y derecha aplicados a los movimientos políticos y a las fuerzas sociales nunca tuvieron precisión ni rigor científicos, ni, en verdad, lo pretendieron. Se trata de términos de uso común y más o menos cómodo, nacidos por casualidad, y que han permanecido en el campo del habla vulgar y cotidiana. Comparten en gran medida el destino de casi toda la terminología de las ciencias sociales, cuya precisión se ve afectada, no solamente por su origen en el habla vulgar, sino por seguir perteneciendo a ésta. Y, sobre todo, por referirse a fenómenos que incluyen las pasiones del que usa dicha terminología. Pero aun dentro de las ciencias sociales, la política, como más inmediata a la vida de todos los días, y por estar menos elaborada como disciplina científica, es aquella que más padece de equívocos, y ambigüedades: términos como *democracia*, como *partido político*, se prestan a las más diversas interpretaciones, y hasta en algunos casos se ha preferido decir que son imposibles de encerrar en una definición.

Pero imprecisos o no, izquierda y derecha son términos cargados de significado. En su más amplio sentido, se pretende indicar que derechista es el defensor de las estructuras sociales —el conservador— e izquierdista el que pretende transformarlas. Pero, y éste es el problema, ocurre

que el que utiliza los términos de izquierdista o derechista les da un valor, formula al usarlos un juicio: por ser una u otra cosa se está bien o mal, se procede bien o mal; además, nadie —como individuo— está totalmente por el mantenimiento de las estructuras existentes ni totalmente por su destrucción; todavía, resulta que las situaciones históricas cambian, y fuerzas o ideas que un día aparecen como izquierdistas, al siguiente pueden aparecer como conservadoras. La enumeración podría prolongarse, pero tal como es basta para indicar el carácter equívoco de ambos términos. Y aún hay más:

En un país como el nuestro, subdesarrollado con respecto a los países industriales y altamente tecnificados, otros factores deben todavía tomarse en cuenta: algunas medidas, que estimularían una vida más alta en los países más desarrollados, pueden ser contraproducentes para nuestro uso. Tal ha ocurrido, por ejemplo, con la teoría del libre comercio. Sostenida desde un país económicamente fuerte se trata de una medida que tiende —al menos en principio— a evitar las rivalidades nacionales por razones comerciales y obtener que el conjunto de la población pague menores precios relativos por los artículos que adquieren en el mercado nacional. Sostenida entre nosotros, dado que cada nación trata de sacar ventajas en el mercado internacional, significa que nos condenaremos a no tener industrias, y, por ende, a seguir siendo un país agropecuario, exportador de materias primas, con una economía cada vez más insuficiente por la confluencia de una población en crecimiento y precios cada vez menores para nuestros productos en dicho mercado internacional. Es decir, que seguiremos en situación de país explotado por los países centrales, y, además nuestros consumidores locales en lugar de beneficiarse se perjudicarán a la larga: al principio, sin duda, les resultará más barato comprar productos extranjeros que nacionales, pero luego, arruinadas las industrias locales por la competencia, y encarecidos los productos extranjeros por el menor precio internacional de nuestras materias primas, pagarán más caros cada vez los mismos productos. Tal desconocimiento de esa clase de factores reales de nuestra situación ha sido típico, por ejemplo, en nuestros socialistas (defensores inmemoriales de la supresión de las barreras económicas). Eso ha permitido a la revista *Que* (en momentos en que basaba su campaña en el desarrollo protegido de la industria en el país), realizar un malicioso gambito, y acusar a los socialistas (que efectivamente estuvieron enfrentados a los dos gobiernos más populares que ha tenido el país) de estar en el juego de nuestra oligarquía terrateniente y proinglesa (1).

Pero este tipo de dificultades, particulares a países como el nuestro, no debe hacernos caer en la trampa de creer que constituimos una realidad sui generis, al margen de toda generalización con pretensión de validez para todas las sociedades. También en Europa es difícil clasificar sencillamente a los movimientos políticos en izquierdas o derechas. No es un caso aislado el de Duverger en su libro *Los partidos políticos*, sin saber dónde ubicar al partido radical y a los demócrata-cristianos, y terminando por poner a los primeros a la izquierda por su laicismo (con abstracción de que se trata de un partido profundamente conservador) y por ubicar tímidamente a la derecha a los segundos, pero

(1) No me expido, en este momento, sobre los errores y los aciertos del socialismo, sobre si se enfrentaron a las clases populares o no, sobre si no vieron las exigencias locales para lograr una mejora real de nuestra clase obrera, sobre si objetivamente atacaron o no las estructuras tradicionales. Simplemente quiero hacer notar que, oponiéndose a una medida que nada tiene que hacer teóricamente con posiciones derechistas o izquierdistas, estuvieron oponiéndose en los hechos al desarrollo de nuestra comunidad, es decir, a la ruptura de estructuras vigentes. Y cómo eso permite a la revista *Que* —sobre la que tampoco me expido en este momento— acusarlo de aliado de nuestras clases conservadoras, es decir, de derechista. Tampoco juzgo intenciones, ni pretendo tomar actitudes católicas frente a los socialistas. Aquí nadie tiene la bola de cristal y nadie tiene el derecho de jactarse de su sabiduría. Se trata de posiciones políticas concretas, sostenidas realmente por los socialistas, cuyos efectos son también concretos. Ver, entre otros, el libro de Alfredo Palacios *La justicia social*, especialmente páginas 102 y 170. Allí, con argumentos constitucionales, se pronuncia contra todo proteccionismo. Reitera, por otra parte, la política de Justo en la materia.

sin dejar de hacer la salvedad del izquierdismo que entiende ver en sus tendencias sociales (2).

La izquierda, en última instancia, es tal vez nada más que un comportamiento histórico. Pero detrás de eso —como detrás de todo acto humano— hay siempre una filosofía general. Y, muy apretadamente, esa filosofía puede reducirse a una opinión sobre el hombre. No me parece demasiado aventurado decir que pensamiento de izquierda es aquel que cree que el hombre —todos los hombres, cada uno de los hombres— tiene posibilidades de perfeccionamiento y desarrollo, que es necesario asegurarle las condiciones para que ese perfeccionamiento no sea limitado y trabado. Esa fe en el hombre implica la creencia en que cada hombre tiene derecho a ser dueño de sí, sujeto no enajenado. Implica también la creencia en que, por un adecuado cambio de las estructuras, podrá asegurarse a cada hombre las posibilidades de su desarrollo pleno. Y el convencimiento de que las causas más profundas de limitación y enajenamiento se dan en el plano de la economía —aunque no sean las únicas. Esa fe en el hombre es tanto más profunda —de nuevo, más *total*— en cuanto confía en que la intervención voluntaria, racional, del hombre sobre las estructuras sociales puede producir esas mejores condiciones en la sociedad (3). El derechismo, a su vez, es algo más que la creencia en que los hombres en general no están capacitados para el papel de directores ni para ser dueños de sí mismos. Implica muchas otras cosas: Que el hombre no es susceptible de perfeccionamiento; que las diferencias de hecho (económicas, sociales, culturales) son diferencias innatas, naturales (es decir, incommovibles, inviolables); que el proceso que ha llevado a las diferencias de posición entre los hombres es totalmente natural (de selección, va implícito). En un sentido profundo, el derechismo es irracionalista, no cree en el hombre, sino en fuerzas extrahumanas (subhumanas o sobrehumanas) a las que el hombre está sujeto. ¿Qué hay de más irracional, por ejemplo, que la creencia en que el libre juego de las fuerzas económicas va a producir por sí mismo un estado satisfactorio, tal como postulan los liberales en economía? El derechista no cree en el hombre, y por eso cree en la economía, en la tradición, en el pasado. Se afirma en lo no humano, por desconfianza, por miedo a lo humano, en definitiva. El derechista es por definición un enajenado. Puede no ser un conservador integral, puede, en ciertos casos, hasta apoyar cambios, pero confiará para estos cambios no en el hombre, sino en fuerzas no humanas. Y, siempre, buscará —tanto más cuando apoya algún cambio— respaldarse en elementos que permanezcan incommovibles, que le den la seguridad que no tiene en el hombre, ni en sí mismo. Por eso la religión, que le provee datos anteriores al hombre, superiores al hombre, le es un casi imprescindible aliado, en cuanto le asegura la permanencia de las estructuras en las que está enajenado como algo *sagrado*, superior a la humanidad, a los embates de los hombres (4).

(2) Maurice Duverger, *Los partidos políticos*, F. C. Económica, parece terminar por reducir el izquierdismo y el derechismo según la posición tomada por los partidos frente al problema educacional: escuela laica o religiosa. Es curioso observar como José L. Romero enfrenta también este tipo de problemas al describir a la oligarquía roquista. Señalando su carácter antidemocrático, se siente obligado a llamarla *liberal*, exclusivamente en base a su laicismo, y se deja atrapar por el esquema que la propia oligarquía proponía por boca de uno de sus miembros más reaccionarios, Miguel Cané, el ministro de las leyes sociales antioberas. Adhiere a la caracterización que Cané da de la oligarquía: "espíritu abierto a la poderosa evolución del siglo, con fe en la ciencia y en el progreso humano", sin aclarar en qué sentido usa la palabra *liberal*, ni qué significado tienen las palabras *evolución* y *progreso* en boca de los roquistas. (*Las ideas políticas en Argentina*, segunda edición, página 197).

(3) Esto no implica como consecuencia necesaria una posición exclusivamente racionalista, que vea al hombre como ente de sola razón. Al contrario, implica solamente confianza en la razón del hombre, lo que supone que no todo en él es razón. El racionalismo no es más que una formulación —ni lógica ni razonable— extrema y deformada de aquella posición. Tampoco implica la creencia en una evolución de la mente del hombre —en cuanto homo sapiens— ni en la de una *mentalidad primitiva* opuesta a la nuestra, de otro nivel o con diferentes mecanismos. Simplemente que al cambiar las condiciones externas la mente del hombre se mueve desde otro nivel y con menores trabas.

(4) La Iglesia Católica declara la existencia de derechos naturales, es decir, anteriores y superiores al hombre. Y declara también la existencia de desigualdades naturales, no accidentales. Unos y otras constituyen lo mismo, la fundamentación ideológica coherente de una sociedad no estruc-

Aquella descripción provisoria de la que partí, y que se limitaba a distinguir la izquierda de la derecha según se propugnara el cambio o la conservación de las estructuras sociales, tiene, ya lo vemos, contenido. Ese contenido proviene del sentido de la acción de lo que se proponga lograr como objetivo esa acción. Recurrir al examen de las opiniones de las diversas fuerzas nacionales adquiere ahora un significado más pleno, más promisor en resultados de lo que podía parecer en un primer momento.

Pero se puede argüir, y con razón, que si calificamos a priori a esas fuerzas —especialmente por el papel que ellas se atribuyen o por el que pueda atribuirse— logrará una perfecta tautología. Para evitarlo, no agruparé a esas fuerzas por las intenciones que pueda atribuirles, ni aún por las que pudiera ser relativamente justo atribuirles, sino simplemente por sus opiniones. Estas, en este momento, se refieren en especial a la acción del gobierno, e, indirectamente, al papel de algunas de las otras fuerzas, en el proceso argentino. Se trata sobre todo de juicios sobre el poder político del Estado, instrumento o estímulo en ese proceso, del complejo de fuerzas que ocasionan ese proceso y se mueven en él y de la relación entre ambos. De juicios, cargados por lo tanto de sentido. Esto suele revelar con gran precisión el suyo propio, aun cuando sea discutible el que pongan afuera, porque revela la escala de valores con la que juzgan.

UNA RAPIDA RESEÑA

Si examinamos el conjunto de las opiniones vertidas por los diversos grupos actuantes, veremos, primero, que pueden reunirse en escasos sectores de opiniones semejantes y, además, que ha habido, que hay todavía, una cierta dinámica de la opinión. Esa dinámica, sin embargo, no rompe las agrupaciones de opiniones —aunque introduzca matices de diferenciación— sino que los sectores de opinión semejante, que engloban grupos aparentemente disímiles, se mantienen. Aclaro: la opinión general se agrupa en sectores, que engloban grupos menores; la opinión de esos sectores va variando, pero la agrupación por sectores permanece más o menos inalterable.

Esa agrupación por sectores es anterior al episodio electoral del 23 de febrero, pero a partir de Mayo sufre algunas modificaciones.

El actual gobierno llegó a las elecciones de febrero como una virtual alianza electoral, enfrentada a otra alianza más laxa. Frondizi era apoyado por: su propio partido; el peronismo; una parte del nacionalismo católico; el Partido Comunista; algunas publicaciones que se presentaban como voceros de las necesidades de la burguesía nacional (más que como voceros de la misma burguesía); los periódicos nacionalistas-peronistas que representaron casi la única expresión impresa del peronismo. Directamente enfrente se encontraba el candidato del radicalismo del Pueblo. Pero el juego político se había dado de tal modo que aparecían en oposición a la intransigencia: todos los demás partidos —aún los que llevaban candidato presidencial propio (de lo que resultó un signo revelador la cantidad de boletas de esos otros partidos que aparecían con el nombre de Balbín); las fuerzas

turada para el hombre, ni por el hombre, que debe mantenerse así. Esa sociedad no es sino la sociedad actual, la sociedad capitalista, cuyo carácter inhumano no proviene de sus abusos sino de sus formas de funcionamiento, de que en ella el hombre —tanto el poseedor como el asalariado, y quizás más aquél que éste— se encuentra enajenado a las cosas, en la que él mismo está cosificado. Ya esta sociedad no comete abusos como la sociedad capitalista primitiva: hasta cierto punto cuida a su mano de obra como cuida a sus máquinas. Carece de sentido entonces —o, peor, tiene un sentido de conservación— declararse contra los abusos de esta sociedad, cuando el abuso esencial contra el hombre proviene de su estructura misma. Carece de sentido predicar un trato justo al asalariado cuando se dice, como el último Papa la Navidad de 1944: "... todas las desigualdades que no engendra el capricho sino la naturaleza de las cosas —diferencias de cultura, de bienes, de posición social, sin perjuicio desde luego de la justicia y de la mutua caridad— no constituyen ningún obstáculo para la existencia... de un genuino espíritu de unión y de fraternidad". Como asevera Pinedo, son "las iglesias cristianas" las que hoy defienden con mayor tesón las "libertades individuales", esas libertades que, en definitiva, se reducen para él a la libertad de poseer. — "El fatal estatismo", 1956, págs. 27, 39, 47, 125 y 129.

económicas organizadas, o por lo menos sus representantes; casi toda la prensa, tanto la oficial como la independiente, es decir, la comercial. Una excepción estaba constituida, tal vez, por algunos sectores ideológicamente izquierdistas que, tratando de jugar su propio papel, se inclinaban así fuera platónicamente, por la intransigencia, o simpatizaban más con ella que con su principal adversario, o simpatizaban con algunos grupos de la intransigencia. En tal situación se encontraban algunos grupos troskistas y socialistas, por ejemplo.

Los grupos opuestos al frondizismo coincidían en grandes rasgos en los argumentos usados en el ataque. Se lo acusaba de totalitarismo, ya insistiendo más en su supuesto procomunismo, ya en su profacismo, ya, ajustándose al folklore local, de properonismo. También había coincidencia en las afirmaciones que se sustentaban como ideología; su pivote estaba constituido por el término *libertad*, entendido tanto en su aspecto político como en el económico y social: libertades civiles, libertad de comercio, libertad de agremiación. En los hechos, se trataba de partidarios —más o menos totales— del gobierno provisional que, junto a una ideología liberal clásica casi pura, se enfrentaban a las fuerzas obreras (con prescindencia de sus opiniones políticas) para intentar manejarlas por la fuerza, y que —aun contando con el apoyo social de nuestra burguesía— al barrer con ciertas defensas proteccionistas perjudicaban los intereses de las industrias radicadas en el país. (1)

El frondizismo, en cambio, se presentaba en la actitud opuesta. Sin enfrentar al gobierno directamente, criticaba esencialmente sus medidas económicas y su política obrera. Proponía el apoyo a las industrias y la entrega del aparato sindical a los obreros, con medidas simultáneas que facilitarían la unidad gremial. Partiendo desde un programa ideológicamente izquierdista, el frondizismo intentaba, sin embargo, acercarse a las fuerzas económicas, proponiéndoles una plataforma de medidas de desarrollo que —le aseguraba— no estaba en contradicción con sus intereses. Ese acercamiento no se produjo sin embargo sino en mínima escala, pues los prejuicios de los grupos sociales respectivos parecían insalvables.

En las elecciones de julio de 1957 aparecieron tres fuerzas principales en el país: el radicalismo del Pueblo, organizado en una extraordinaria máquina política, y cuya base de sustentación estaba dada por la clase media, especialmente urbana y semiurbana; el peronismo, organizado como maquinaria política casi exclusivamente a través de los sindicatos, y cuya base de sustentación estaba formada por el proletariado industrial (peones industriales, sobre todo); y la intransigencia, cuya base estuvo dada por parte de la clase media urbana (el grupo de la clase media intelectual contribuyó en gran medida a fortalecer sus cuadros), el proletariado rural y semirural y las clases medias respectivas. La lucha entre los dos radicalismos en realidad dividió las clases medias, sin que pueda afirmarse que haya habido límites sociales precisos entre ambos, salvo quizás en lo referente al grupo ya mencionado de la clase media intelectual. Se trató, ante todo, de una lucha entre maquinarias políticas —que encuadraron a los electores— y de distintas disposiciones de ánimo: por el radicalismo del pueblo se inclinaron los grupos que más se habían resentido por el asalto del proletariado a sus valores jerárquicos (y eso quizás explique su mayor arraigo en las ciudades, donde ese asalto fué sentido de un modo más directo).

El frondizismo supo presentarse, además, como un partido dinámico, con intenciones de cambio, con proyectos que transformarían el país. Un movimiento progresista, frente al

(1) No interesa aquí discutir si existe o no existe un grupo social formado por una alta burguesía nacional independiente. Lo que existen, sí, son intereses industriales localizados en el país, que desarrollan por tal razón sus necesidades propias, que crean a su alrededor grupos sociales cuyos intereses están ligados a esas necesidades (pequeños industriales subsidiarios, altos y medianos funcionarios, profesionales a su servicio, etc.), y que producen una ideología adecuada a las mismas. Esos intereses se vieron afectados por las medidas del gobierno militar, en el terreno económico, pero, en cambio, los individuos y grupos sociales ligados a esos intereses se sintieron interpretados por las correlativas medidas políticas y sociales.

quietismo de sus adversarios. Es posible que eso le haya traído el apoyo de las juventudes de clase media urbana, cuyo aporte electoral no es desdeñable. No existen pruebas de ello; pero, aparte de la intuición de que ocurrió efectivamente así, pueden aportarse algunos hechos medianamente ratificatorios: los cuadros políticos que quedaron en la intransigencia a raíz de la división del primitivo radicalismo fueron en gran parte juveniles (el caso de la Provincia de Buenos Aires y de la de Mendoza son dos ejemplos casi puros en tal aspecto); los funcionarios electivos de la intransigencia, sobre todo los provinciales, son casi siempre hombres menores de cuarenta años; los movimientos estudiantiles universitarios han elegido para gran parte de sus cuadros directivos militantes o simpatizantes de la intransigencia (rompiéndose un tradicional prejuicio antirradical). Esto también tal vez contribuya a explicar el menor prejuicio antiobrero de los cuadros frondizistas: se trataría de la parte de la clase media que pasó por el fenómeno peronista en mayor estado de maleabilidad, y que se resintió menos de los avances obreros respecto de su categoría social, es decir, de una parte de la clase media que, por su edad, estaba en condiciones de adaptarse a una nueva situación social, en la que las clases proletarias adquirieron una importancia hasta ese momento desconocida.

A partir del 1º de Mayo, sin embargo, va produciéndose una evolución de la opinión organizada, o, por lo menos, de sus voceros. (1)

A PARTIR DEL 1º DE MAYO: LAS DERECHAS

En los primeros momentos se abrió un declarado compás de espera. Aun en el radicalismo del pueblo, en el que las presiones para que pasara inmediatamente a la oposición fueron más fuertes, predominó la línea que aconsejaba la oposición táctica, es decir parcial y no frontal. Esto se debía, sin duda, a especulaciones políticas en una gran medida, pero también a que este gobierno llegó al poder con un marcado signo de ambigüedad.

Esa ambigüedad obedece a diversas causas: a la composición heterogénea —ideológicamente hablando— del gobierno, a las actitudes y declaraciones del presidente de la República, pero sobre todo, a la composición de clase del equipo que ha llegado al poder y a su evidente debilidad política. Entre los colaboradores elegidos por Frondizi se encuentran representantes prácticamente todos los matices ideológicos: desde ex-comunistas que han virado hacia una posición de defensa del *capitalismo nacional*, hasta miembros de la derecha nacionalista católica, pasando por dirigentes del ala izquierda de la Intransigencia y liberales más o menos revisionistas. Las declaraciones del presidente entrante tienden evidentemente a tranquilizar a los liberales y a los grandes capitales, sin romper con sus aliados de la víspera. El gobierno no tiene detrás de sí ni a un gran partido ni a ninguno de los tradi-

(1) Hago la aclaración, porque, efectivamente, no podemos saber qué ocurre con los miembros de base de las organizaciones ni, mucho menos, con los grupos no organizados (y respecto de estos últimos no lograremos saberlo, salvo que se realicen encuestas, las que tampoco garantizan su carácter realmente indicativo, como ha quedado de relieve varias veces. Respecto de los primeros pueden dar un índice las futuras elecciones internas —en los casos en que se realizan— con el margen de duda que ocasiona la existencia de otros factores, ajenos a la opinión sobre la política general: problemas específicos de las organizaciones, maquinarias electorales internas, etc.). Pero la opinión de los voceros de esas organizaciones además de dar índices sumamente significativos respecto de la de los grupos que representan, tiene notas que la revisten de una singular importancia: por una parte, esa opinión influye extraordinariamente por su valor de autoridad es decir, forma en gran medida la opinión —en el sentido general del término— y, por la otra, en cuanto manifestación pública responde muy directamente a los intereses objetivos inmediatos de las organizaciones que representa. Esto es tanto más cierto en aquellas asociaciones que se han formado teniendo en vista sobre todo objetivos económicos inmediatos, como las organizaciones de actividades empresarias y, en otra medida los sindicatos obreros. Aunque sufriendo también las influencias provenientes de las formas generales de la sociedad global su carácter parcial e inmediato es predominante salvo cuando se trata de expresiones fuera del marco de las actividades específicas, lo que debe tenerse aun más en cuenta en el caso de opiniones individuales. Así las organizaciones empresarias apoyaban las medidas peronistas que las favorecían en cuanto a los intereses que representaban, y sin embargo, sus miembros individualmente eran en general antiperonistas. A este respecto es necesario señalar un error en el que se suele incurrir respecto de los sindicatos obreros: como tales, no debe asimilarse íntegramente su conducta a la que se espera de la *clase obrera* en cuanto clase social. Puede haber —hay de hecho— discordancias parciales en cuanto los sindicatos actúan como asociaciones profesionales.

cionales factores de poder: el ejército, la Iglesia, los sindicatos y las fuerzas económicas aguardan. Aguardan y presionan. Porque el gobierno es equívoco y débil, y porque el gobierno está sustancialmente formado por hombres de la clase media.

Ante las medidas puramente económicas del gobierno, varios partidos y agrupaciones de partidos se pronuncian favorablemente: los conservadores en sus diversas tendencias, los demócratas cristianos, los cívicos independientes, el socialismo de la fracción ghioldista. En conjunto alaban al gobierno por haber roto con los mitos del nacionalismo y del imperalismo. Son sumamente significativos al respecto los discursos de Ghioldi, de Alsogaray y de Ordóñez. Este último, aparentemente opositor de una sola pieza, eventual destinatario para la opinión pública de las denuncias de su correligionario Sueldo sobre conspiraciones, alaba al gobierno el día 20 de octubre, reconoce las dificultades que debe afrontar y dice textualmente: "Va volteando mitos, todo eso es alabable". Cierto es que el socialismo ghioldista ha pasado por la misma época a criticar los contratos con firmas petroleras extranjeras y con la C. A. D. E., pero esa crítica no es sino una crítica política, es decir, táctica. También la democracia cristiana hace algunos reparos, pero son salvedades de detalle. Por otra parte, Alsogaray amaga constantemente con atacar al gobierno... por no acelerar su política económica.

Hombro a hombro con este apoyo, otras organizaciones prestan uno similar. Las organizaciones empresarias están oficialmente conformes con la línea económica gubernamental. Las discrepancias que pueden tener entre sí no les impiden coincidir en este punto. Solamente, y tal como Alsogaray, exigen que aquella línea se acentúe y acelere.

Pero no todo es alabanza al gobierno en estos grupos.

Las organizaciones empresarias, ya lo señalé, exigen una mayor decisión en la acción económica del gobierno, pero en la misma dirección que el gobierno sigue. Es decir, no se oponen a él, lo urgen o lo empujan. Critican, en cambio, que el gobierno no sea más firme respecto de las organizaciones obreras, y, en algunos casos (Unión Industrial) acusan a algunos gobiernos provinciales de tomar partido por los obreros, o (Sociedades Rurales) de proyectar medidas que atacan el derecho de propiedad, lo que debe referirse exclusivamente a la propiedad rural o a la comercialización de los productos rurales. Tal es lo que ocurre con los gobiernos de la provincia de Buenos Aires y del Chaco. La acusación, hecha frente a las autoridades nacionales, señala tendencias comunizantes en esos gobiernos, los que, por otra parte, sólo han proyectado medidas bastante menos audaces que las que se encuentran incluidas en el programa electoral del partido gobernante. (1)

Frente a estas críticas, no todos los partidos políticos que los acompañaban en el planteo económico guardan una posición homogénea. Cívicos Independientes y conservadores —unos más expresamente que los otros— repiten las opiniones empresarias, señalando, además, que es necesaria una mayor firmeza para asegurar el respeto al orden y a las jerarquías, adelantándose a indicar la necesidad de prepararse a aplicar medidas de fuerza si los obreros no entienden las necesidades nacionales, e insistiendo en el peligro que significan ciertos funcionarios de antecedentes *comunistas* en diversos puestos claves. Los socialistas ghioldistas, en cambio, acusan al gobierno de estar preparando estructuras políticas totalitarias, lo que se notaría sobre todo en materia gremial y periodística, especialmente radial. En esto último

(1) La Unión Industrial, la Sociedad Rural, no son excepciones. La Bolsa de Comercio ha formulado una línea prácticamente idéntica. La C. G. E., más oficialista, se queja sin embargo de algunos gobiernos provinciales. Dejando aparte las exageraciones verbales en que incurrir en que se ven obligadas a actuar abiertamente o como expresión real del estado psicológico de sus asociados) en ciertos momentos utilizan un lenguaje más concreto y menos simbólico. Así, la Unión Industrial pide ahora que se dejen sin efecto los Departamentos Provinciales de Trabajo —rescindidos sin embargo por el gobierno militar— y que se vuelva al sistema centralizado —típicamente fascista, según se aseguraba hasta muy poco tiempo antes. Pues esos Departamentos Provinciales de Trabajo "toman resoluciones desvinculadas de la realidad económica y laboral... lesivas del derecho de propiedad" (diarios del 21 de octubre).

aparecen acompañados por los adjudicatarios de las radios privadas, que invocan la libertad de empresa amalgamada con la libertad política. Los demócratas cristianos parecen ir ciñéndose a una política más fiel a la del gobierno. Tienen, sin embargo, sus objeciones: El P. D. C. declara oficialmente que la pasividad gubernamental frente a las manifestaciones de protesta contra las universidades privadas, sólo puede tomarse como una muestra de suma debilidad o de complicidad, y no ha dejado de indicar el peligro de la infiltración comunista o marxista en las segundas filas del gobierno.

Una vez reglamentada la ley de universidades privadas, el P. D. C. no tendrá inconvenientes en criticar al gobierno por "no mantenerse dentro de la ley", por despreocuparse de las "necesidades populares", por *provocar* el alza del costo de la vida y la desocupación, por restringir las libertades de los trabajadores. (Declaración del 19/2/59).

Así como los propietarios de las radios emprenden una cruzada antifascista (y no realmente contra el gobierno, sino contra algunos funcionarios) en defensa de sus propiedades, otros órganos de prensa, más sólidos, más experimentados, y que, además, no se sienten amenazados directamente, guardan una serena objetividad *positivista*: alaban sus medidas económicas sin alabarlas, lo previenen contra la tentación de tomar medidas demagógicas. Aguardan y presionan: *La Prensa*, por ejemplo, en su editorial del 20 de octubre, advierte contra la oportunidad de dictar leyes de reforma agraria; *La Nación*, a su vez —y en un estado más avanzado del proceso— elogia la nueva política económica de estabilización (editorial del 31 de diciembre). Ambos periódicos callan prudentemente cuando *El Mundo* lucha abiertamente por salvar sus intereses. El *Correo de la Tarde*, representante del liberalismo absoluto, del *viejo liberalismo* según lo ha declarado, aconseja una "oposición responsable... de crítica sana, constructiva: aleccionadora" (editorial del 26 de diciembre).

Los grupos que representan los intereses económicos, desde aquellos ligados a las estructuras tradicionales, latifundistas y pro inglesas, hasta los que expresan a los industriales y a una política de acercamiento con Estados Unidos, se ponen de acuerdo —dejando a un lado sus diferencias— en *prometer* su apoyo, pero advirtiendo más o menos sutilmente al gobierno que ese apoyo está condicionado a que se siga la política que ellos indican.

Los grupos políticos que hasta poco tiempo antes se arrojan ferozmente sobre la Intransigencia y sus aliados, y que eran a su vez motejados de antiargentinos y de prooligárquicos, cumplen un papel semejante. Todos se van acercando al gobierno a medida que avanza el tiempo y las medidas económicas oficiales se suceden. Las alabanzas se van haciendo cada vez más unánimes y menores las reticencias, hasta culminar casi en un gran coro al aceptar el gobierno de Frondizi el *plan de estabilización* del Fondo Monetario Internacional. La única excepción aparente la constituyen el gholdismo y el radicalismo del Pueblo. Después de evidentes vacilaciones, se arrojan en la oposición, desmintiendo la mayor parte de lo que hasta allí sostuvieron. Ya insistiremos en el significado de su actitud, pero algo puede adelantarse: ellos tienen una clientela electoral que cuidar o que ganar, y no pueden arriesgarla confundiendo con el oficialismo. Durante su influencia en la Casa Rosada —durante el gobierno militar— no tuvieron inconvenientes en cumplir el mismo papel que ahora está cumpliendo la Intransigencia: aplicación de planes económicos resistidos por las clases populares, "mano firme" y algo más que eso con la resistencia de los trabajadores. Su actitud no es más que una *actitud política*, y aún —salvo algunas excepciones— se cuidan de indicar que es así, para ese público que no vota— o cuyo voto no pesa cuantitativamente— pero al que es conveniente advertir que no debe temer demasiado. Los demócratas cristianos y los conservadores (incluidos los Partidos del Centro) muestran otra faceta del mismo juego: se apresuran a alabar las medidas del gobierno, pero sin dejar de indicar que ellos

serían más aptos, más eficaces, que ellos serían capaces de imponer un orden más sólido y más eficiente, cada uno a su modo, sin perjuicio de criticar públicamente las consecuencias de una política económica con la que coinciden, presentándose como opositores. Este juego demuestra las coincidencias de fondo que existen entre partidos que aparentan a veces tanta distancia entre sí. En definitiva: nadie quiere cargar con la impopularidad de la política oficial, de cuyas consecuencias hasta los grupos patronales se asustan un poco, temiendo la retracción inmediata que prevén —Confederación de la Producción. Nota del 21/2/59.

Cada uno a su modo, también, busca su clientela electoral: unos, creyendo conquistarla con gestos demagógicos, como el Conservadorismo Popular; otros, creyendo en los métodos casi científicos, de *trabajo de base*, elaborados en Europa, como los demócratas cristianos. Ellos proponen a las fuerzas económicas ponerse a su servicio, creyendo que pueden guiar al pueblo; gholdistas y radicales del Pueblo utilizan métodos más tradicionales, menos abiertos y francos. Unos y otros, sin embargo, no pueden romper el fuego totalmente con un gobierno al que esas fuerzas económicas encuentran cada día más aceptable y más manejable. Solamente algún individuo aislado se encierra en una oposición a todo trance; algunos de ellos, como Sabattini, no son sino restos de una actitud arqueológica: la del político que nada hace en los hechos por conquistar el poder real, y que se conforma con conservar un poder de cabildeo y de comité; otros, entran en una clasificación que luego veremos más en detalle, y que configura una nueva forma política local: el gorilismo. Las organizaciones partidarias y aun los círculos en que esos individuos se mueven, tratan, sin embargo de moderarlos y de neutralizarlos. Pero en todos los casos es bueno recordar que también estos individuos tuvieron influencia en el poder, y que entonces siguieron fielmente líneas de acción contra las que ahora se rebelan. No parecen representar sino casos políticos extremos: los de quienes no sienten la política sino como una puja, en la que lo importante es vencer y odiar al adversario.

LA LLAMADA IZQUIERDA LIBERAL

Dos partidos relativamente pequeños —el demócrata progresista y la fracción del socialismo que los diarios suelen designar como "de la secretaría Muñiz"— desempeñan en el proceso actual un papel que creo sumamente ilustrativo. Se trata de dos agrupaciones de tradición progresista que intentan permanecer en la línea de esa tradición; son además partidos de clase media y con una escasa masa de afiliados. Esas circunstancias les dan una característica muy especial: participando de la ambigüedad de los movimientos de clase media tienden a *congelarse* en posiciones programáticas —como reconocimiento más o menos confuso de esa ambigüedad—; pero, a la vez, por la libertad de acción de sus cuadros dirigentes —que no deben expresar una gran masa de afiliados— poseen una gran facilidad de toma de posiciones ante las circunstancias cotidianas, lo que les da una gran *demonstratividad* en lo inmediato de su carácter ambiguo —justamente porque pueden tomar actitudes concretas con relativa facilidad. Un partido de análoga composición social, como el radical, debido a su gran masa es mucho más lento de movimientos, y aunque su ambigüedad es la misma (es mayor, en realidad, en las formulaciones concretas) es menos notable el paso de una actitud a otra. Esa relativa escualidez de masa, si se me permite la expresión, da más relieve a las opiniones de cada uno de los dirigentes, pues, lógicamente, éstos son menos, y más notorios. Se trata, como lo ha señalado ya el dicho común, de *partidos de dirigentes*. De tal modo sus posturas, con las características señaladas, resultan mucho más notorias y fáciles de ubicar.

Pero, además, estos partidos resultan a veces más plenos de connotaciones, más ricos de sugerencias respecto de los hechos profundos de la realidad social que los partidos que

se encuentran más cerca de los extremos, pues su carácter equívoco hace aflorar las contradicciones que se encuentran en la sociedad global a choques internos, a actitudes de dirigentes, o a otras manifestaciones semejantes, que no se advierten en los partidos ubicados más cerca de los polos ideológicos. Todo esto da a ambos partidos un carácter de *muestra* del fenómeno social sumamente marcado.

Desde luego, no puede ignorarse que lo que realmente importa en cualquier movimiento es su tendencia general, el *fluir* principal de su corriente, y que los actos circunstanciales no siempre se encuentran en la misma dirección de esa corriente. Pero no es eso lo habitual, y con un poco de cuidado para no tomar por significativas actitudes aberrantes (sobre todo si son de carácter personal) pueden servir aquellos actos como señales indicadoras de las principales tendencias.

Por tales razones me demoraré un poco en la descripción de la posición de estos partidos, demora que será mayor por la necesidad de ubicar las posiciones actuales en la perspectiva interna necesaria. Creo que tales demoras compensarán con cierta generosidad.

El proceso peronista englobó a ambos partidos casi sin matices en la oposición, y durante el gobierno provisional y las campañas electorales de 1957-58 no lograron diferenciarse del conjunto de partidos liberales. Con una tradición propia, con una personalidad muy definida dentro del juego de los partidos argentinos clásicos, no solamente se oscurecieron por la polarización ocurrida durante el peronismo, sino que se acercaron efectivamente a las concepciones y modo de actuar liberales de derecha que, salvo raras excepciones, constituyeron el común denominador de la oposición antiperonista. Pero desaparecida la presión política y social del peronismo como partido gobernante, se dibujaron tanto dentro del socialismo como dentro de la democracia progresista diversas alas, que más o menos responden a la tradicional división en izquierda, centro y derecha. La formación de la fracción socialista a que ahora me refiero se basa en el centro y la izquierda del antiguo partido. Por eso se la suele llamar por comodidad socialismo de izquierda, aunque dentro de él hay infinidad de matices, algunos de los cuales caben sin duda en los grupos más derechistas que han quedado del otro lado, como es lo habitual en este tipo de divisiones. Entre los demócratas progresistas no se ha producido ninguna división tan tajante, y aun parece que las distinciones en alas tienden a esfumarse ante la adopción de una nueva política general del partido que diluiría las diferenciaciones. Esta posibilidad, por otra parte, se cierne también sobre el socialismo de izquierda, donde no faltan las negociaciones tendientes a la reconciliación con el gholdismo. Es justamente el conjunto de estos procesos lo que me interesa examinar algo más de cerca.

EL PARTIDO SOCIALISTA

Comencemos con el socialismo. Producido el movimiento militar de 1955, el socialismo ingresa, como todos los demás partidos no peronistas salvo el comunista, a una especie de oficialismo. Pero ante la política del gobierno militar se fueron diferenciando más o menos tímidamente dos posiciones prácticas, sobre todo en relación con la actitud a adoptarse con el proletariado. Una, representada por Ghioldi, adoptó la actitud de los típicos liberales conservadores antiperonistas, llegando a compartir con el radicalismo unionista de Zavala Ortiz el papel de teóricos de la extrema derecha del gobierno militar. Su teoría inmediata, más o menos velada, más o menos expresa, era simple: nuestro pueblo no tiene el nivel cultural suficiente para la práctica de la democracia; su adhesión a Perón lo demuestra. Por lo tanto: a) No hay siquiera que soñar con superar la democracia puramente política, pretendiendo aplicaciones del socialismo; b) Esa misma democracia política debe ser controlada, por así decirlo, impidiendo que el pueblo inculto utilice los dere-

chos que en principio tiene todo ciudadano para destruir el nivel de *civilización* alcanzado por la Argentina. Esa teoría es análoga, salvadas las distancias, al unitarismo de un Már-mol, o al conservadorismo de un Churchill. Es fundamental y desembozadamente aristocratizante. Y en los momentos de crisis las posiciones aristocratizantes no dejan lugar ni siquiera a un rescio de tolerancia. El gholdismo apoyó el uso de la violencia contra los obreros, y en general contra todo adversario político. En definitiva, se convirtió en el apoyo de la dictadura liberal.

Una actitud como esa, sin embargo, no puede provenir de posiciones teóricas o de mero oportunismo político; una vieja tradición de antimilitarismo y de *prédica* de la tolerancia democrática no se quiebra de la noche a la mañana sin causas muy profundas. Y esas causas existen. El socialismo representa a ciertas capas muy características de las clases medias: profesionales, maestros, pequeños comerciantes, capataces, operarios calificados, pequeños industriales, artesanos (1). Es decir, esos grupos no muy prósperos —al contrario, en lenta regresión económica— pero que tienen un estado —una situación— social respetable. Que, aun más, en algunos casos —como el de los *diplomados*— gozan de un prestigio extraordinario aun dentro de los grupos similares de su clase. Como organización política el socialismo no supo comprender el significado de lucha —y de avance— de clases que había, primero en el yrigoyenismo, después en el peronismo. Como expresión de un grupo social, esa incomprensión nace de una doble frustración: sintiendo —como grupo de *avanzada* de su clase— que estaba llamado a gobernar, fluctúa constantemente entre convertirse realmente en vanguardia de su clase, y tratar por lo tanto de romper en los hechos con las clases dominantes, o transar con esas clases para pasar a formar parte de la élite gobernante. En esa fluctuación se encontró conque, por una parte, los grupos dominantes lo rechazan o, a lo sumo, lo utilizan, y, por la otra, conque las *clases inferiores* (*chusma* de clase media con Yrigoyen, *subproletariado* con Perón) avanzan sin tener en cuenta al *grupo culto*, y hasta tratándolo como enemigo cuando ven que no es su aliado. Sufre así el socialismo un proceso muy semejante al del radicalismo, pero mucho más agudo, puesto que ha atravesado de modo diferente la experiencia yrigoyenista y justista. Por otra parte, y respecto de un problema tan profundo como el imperialismo, su teoría viene de nuevo a fortalecer una particular experiencia de grupo.

El socialismo tal como fué elaborado por Justo y sus colaboradores no sólo niega la existencia del imperialismo sino que la desconoce. Reconoce sólo la existencia del capitalismo —más bien sumaria o empíricamente definido— como una forma general de la sociedad moderna. No distingue realmente entre capitalista —como individuo poseedor de capital que con él compra la fuerza del trabajo— y capitalismo como una forma especial que adquiere el capital financiero a partir de la era industrial y que se caracteriza por su modo de concentración y de organización. No reconoce, como lógica

(1) Torcuato Di Tella —Sagitario número 1, Segunda Epoca— discute la afirmación de Silvio Frondizi de que el P. S. argentino *representa* a la pequeña burguesía. Sostiene, en cambio, que representa al "sector más calificado y estable de la clase obrera urbana". A pesar de que el juicio de S. Frondizi se da en una obra muy general, y con un sentido algo aproximado, creo que está más cerca de la realidad argentina y de la significación de nuestro P. Socialista. Entre nosotros —hoy— el "obrero calificado" es un pequeño burgués: propietario, con hijos *diplomados*, y no un proletario. Actúa como asalariado cuando se enfrenta con su patrón como tal —normalmente dentro y desde su sindicato. Pero dentro de la sociedad global, es decir, en la política general del país, suele compartir las posiciones de las clases medias en su conjunto. Durante el peronismo esa situación se agudizó: el obrero calificado vió disminuir sus ingresos relativos —sobre todo frente al peón. Y, además, resultó que en buen número de casos, su patrón resultó ser el propio Estado (maquinistas, marítimos, gráficos), con lo que sus problemas gremiales los empujaban en el mismo sentido de sus tendencias en el plano general y los llevaban a coincidir aún más con las clases que se oponían al peronismo. Nuestro Partido Socialista, por lo demás, es *dirigido* por hombres salidos de las clases medias y aun de las capas superiores de las mismas, lo que lo constituye todavía más en una organización que *responde* a las tendencias de la pequeña burguesía. El análisis debería, desde luego, afinarse mucho (sería preciso establecer la relación entre dirigentes, cuadros, afiliados y *clientela electoral*; estudiar la importancia que tiene Buenos Aires dentro del socialismo, etc.), pero ello escapa a los límites posibles de este trabajo y exigiría datos que aún están por recogerse (formas del voto, test de los afiliados). Sin embargo, no creo estar alejado de la realidad.

consecuencia, esa forma particular de concentración de capital que adquiere tendencias expansionistas y colonizadoras por la emigración del capital mismo que se llama imperialismo, y que consiste especialmente en la concentración geográfica de los capitales.

No advierte la división internacional del trabajo que el diferente ritmo de desarrollo de los capitales ocasiona. Para él, entonces, son exactamente lo mismo los capitalistas de una nación semi desarrollada como la nuestra y el capital de los países supradesarrollados relativamente. Es más, sólo distingue entre capitales progresistas y capitales retrógrados, lo que equivale a asimilar fácilmente los capitalismo extranjeros al progreso, dado su mayor nivel técnico, y los capitales nacionales a lo retrógrado. Como se ve esta raíz teórica coincide con la otra que le hace ver a nuestro país como un país a civilizar y nuestro pueblo como un pueblo bárbaro. Ambas raíces —que se confunden en realidad en una sola— tienden a producir en quien parte de su perspectiva ese sentimiento de élite rectora que señalé antes y que se agría luego en la experiencia histórica.

Pero la experiencia política coincide todavía con una experiencia de tipo cultural: los grupos sociales que forman el socialismo dependen en grado sumo de la cultura superior, ya elaborada en los países centros más desarrollados. Su nivel de conocimientos y de ilustración, sus necesidades de comodidad material, les hace imprescindibles los productos europeos de un nivel relativamente alto (literatura, arte, técnica, artefactos). Esto en sí no es ni positivo ni negativo, hasta al contrario es positivo como anhelo de mejora. Y seguramente imprescindible en el ámbito de la eficacia. Pero produce —o tiende a producir— una conducta negativa: la del consumidor de cultura, que se subordina a una cultura en cuya elaboración no participa, y se enajena en ella en cuanto dato dado. Siendo que nuestras clases altas están totalmente en situación de consumidores, se trata de un nuevo factor que refuerza la tendencia de nuestras clases medias a confundirse con ellas, y a aceptar con ellas una estructura mundial que coloca a nuestra colectividad en situación de dependencia. Y este factor, contra lo que pareció ser en un primer momento histórico (el del desarrollo provocado por el ingreso de las fuerzas capitalistas europeas en el país) tiende a ser un factor de inmovilización y no un factor dinámico. En efecto, no sólo esos grupos que adquieren conciencia consumidora pierden su poder creador, sino que se aseguran un disfrute pacífico de los productos culturales que necesitan a condición de que se mantenga la situación que permite el fácil acceso al país de esos productos. Así vemos a nuestras clases medias reaccionar al par de las altas contra la calidad de la producción industrial nacional en los momentos en que por cualquier razón se ven privados de los productos extranjeros similares. Y esa reacción, objetivamente fundada en ciertos casos, se convierte en un mecanismo síquico y se generaliza inadecuadamente, adquiriendo la categoría de mito: esos grupos se extranjerizan, se convierten en expatriados de una patria ajena, se marginan respecto de la sociedad en la que efectiva e inevitablemente viven. Dejan de comprender la sociedad, la realidad a que pertenecen. Y se tornan inevitablemente reaccionarios.

Esa actitud —como lo llevo dicho— es común a las clases medias y a las clases altas, y a los movimientos políticos que las agrupan. Pero en los socialistas resulta particularmente grave. Los conservadores, al fin y al cabo, aunque resulten frustrados en cualquier intento de convertirse en grupo creador (incapacitados para ser realmente un grupo dirigente), viven coherentemente en una actitud reaccionaria. Pero los socialistas parten de una actitud teóricamente progresista, que termina por invalidarse a sí misma, lo que los conduce a un dilema de hierro. Ese dilema no tiene más que dos salidas: o aceptan el problema que significa querer ser progresistas en un país en el que hay que partir desde una situación de subdesarrollo relativo y de dependencia colectiva, o eligen el despotismo supuestamente ilustrado. Lo pri-

mero exige un cambio total de los esquemas mentales y de los modos de acción. Lo segundo termina en apoyar gobiernos de fuerza o el fraude más o menos patriótico o democrático. Es decir, el gobierno de los menos por alguna forma de violencia.

Ese socialismo es el que se anima a sostener medidas que únicamente los grupos de choque de la derecha se atreven a expresar. *Haga patria, mate un judío* era la fórmula irracionalista que descubrieron las derechas como contrapartida de *Dios, patria y hogar*, para enmascarar la descarnada defensa de sus privilegios. Con bastante más crudeza la derecha socialista decía algunas décadas después: *Se acabó la leche de la clemencia*. Aunque la fórmula verbal era más rebuscada y aparentemente menos brutal, el mecanismo mental era mucho más directo; la derecha apelaba a presentar sus privilegios como sagrados, embozados en lo sagrado, y al enemigo de esos privilegios como al extraño, el extranjero turbio colocado fuera de lo sagrado (patria, religión) que supuestamente nos envuelve a todos y que la hace a ella, a la derecha, a una casta dueña de los privilegios, aparte en la colectividad, igual sin embargo a todos nosotros, participe con nosotros —o nosotros con ella— en una comunidad sagrada que el extranjero viene a perturbar. La izquierda renegada no apela a nada de eso: reconoce y hasta marca con énfasis que una parte de nuestra colectividad, algunos de nosotros mismos, está al margen de una cierta comunidad de privilegio (cultura, o fortuna, o sentido democrático) y que es necesario escindirlos, expatriarlos, declararlos fuera de la patria común.

Pero he aquí que el gobierno actual comienza a tomar determinadas medidas. Ese socialismo ve bien esas medidas, las considera adecuadas a la realidad, entiende que constituyen el reconocimiento de que viejas actitudes no tienen otro fundamento que la creencia en mitos. Sin embargo, ese socialismo recapacita, y comienza a denunciar como contrarias al interés de la colectividad, al interés de las clases populares, esas mismas medidas de gobierno que hasta momentos antes no le parecían criticables. En su momento veremos las interpretaciones que sus adversarios dan a este giro, pero, por ahora, podemos suponer que se trata de mera táctica política. El socialismo gholdista acusa al gobierno de estar efectuando la entrega de nuestra economía y de ser propatronal y profacista, de trabajar para los intereses capitalistas y en alianza con el *oscurantismo clerical*. Antes su papel consistía en los hechos en proveer de un aliado con tradición progresista a las clases conservadoras, hoy confunde la acción que desde la izquierda intentan otros grupos, ya que utiliza su mismo lenguaje, con una pasión que a esos grupos les es dificultoso emplear.

Porque de la historia del socialismo falta describir otra cara, que al pasar ya he apuntado.

LA IZQUIERDA SOCIALISTA

Una parte del socialismo asimiló de otro modo la experiencia del peronismo y del gobierno militar. Colocados en los cuadros de un partido que vivió casi en pleno la experiencia a que me he referido, algunos grupos le fueron implantando una perspectiva diferente.

Es difícil determinar en qué momento comenzó a resquebrajarse la interpretación de la realidad que el socialismo compartía con el liberalismo tradicional. Tal vez haya sido en los últimos tiempos de Perón. Tal vez sólo más tarde, durante el gobierno militar. Tal vez se trate de un lento proceso, cuyas raíces haya que buscarlas mucho más atrás, en la década del 30, o en los primeros años después que se agotó la euforia antifacista de 1945. No importa demasiado el dato cronológico. Lo que importa, en cambio, es la médula del proceso que fué llevando a esa nueva perspectiva.

Muchas veces se ha intentado describir ese proceso (inclusive por mí) sin que hasta el momento se haya logrado un análisis totalmente satisfactorio. No es éste el lugar para volver a realizar un intento en extensión, pero, a los fines

de este ensayo, es conveniente señalar algunos hechos. Se trata de un proceso ocurrido a ciertos grupos de la clase media, que, al mirarlo en sí mismos, lo describen como una afirmación de la izquierda o una evolución hacia la izquierda. Fundamentalmente consiste en: la puesta en relieve del papel del imperialismo en los países periféricos (no digo tanto su descubrimiento, sino la vitalización del conocimiento de su existencia), acompañado del reconocimiento del papel jugado por las luchas interimperialistas y su evolución durante este siglo hacia la hegemonía de un centro imperial respecto de los otros; y, simultáneamente, el redescubrimiento de la existencia de la clase obrera como tal clase, de sus diferencias con respecto a ella, de la necesidad del acercamiento a la misma, y, fundamentalmente, de que esa clase obrera, como tal, es la única fuerza que objetivamente se encuentra en oposición a todo el sistema. No todo este complejo pasó del campo racional, desde luego, y por lo tanto no siempre el comportamiento de este grupo es coherente. Ni todo el grupo es homogéneo: casi toda su gran línea de primeras figuras no logra trascender la imagen de un peronismo musoliniano, con injertos de libidinosa y dilapidadora dictadura sudamericana, ni la de un antiimperialismo de discursos contra la política del garrote. Pero en parte de la juventud, por lo menos, se descubre vitalmente que algo —por poco que sea— de su antiperonismo no es justa indignación contra los fraudes evidentes, sino secreta complicidad con algunas de las estructuras que se sentían amenazadas por eso que el peronismo convocaba aunque no lo fuera: la sublevación —real y concreta y no abstracta— de un proletariado concreto, la lucha contra la metrópoli. Descubierta esa trampa, reconocida esa trampa, se está en disposición de emprender el camino hacia la modificación de las actuales estructuras; se está en la izquierda.

No se trata —casi ni vale la pena decirlo— de un proceso tan simple, ni tampoco de un cuento a la manera del cine norteamericano, en el que tras innumerables dificultades y tropiezos se llega al final feliz y se da comienzo a un amplio porvenir rosado. Muchas cosas faltan. Descubrir que el marxismo no es un conjuro. Descubrir que el proceso social no tiene por qué darse a través de los esquemas que uno ha elegido (por más verosímiles que esos esquemas sean). Descubrir que ese proceso no tiene por qué darse a través del partido en que uno milita; que, a lo sumo, ese partido puede ser instrumento del proceso pero no a la inversa. Librarse de esa trampa que Portantiero nos recordara, citando a Gramsci: la tendencia que tenemos los hijos de las clases medias a abdicar del privilegio económico en que nos encontramos, pero sólo a condición de intentar reemplazarlo por el acatamiento que presten las clases proletarias a nuestro liderazgo; es decir, si ellas aceptan la presunta superioridad que nos da esa cultura que sólo se debe, justamente, a nuestro actual privilegio económico (1). Renunciar a toda fantasía; ésa es la condición imprescindible. Es posible que individuos aislados de entre nosotros (de las clases altas y medias), o aun grupos de individuos, se liberen de las limitaciones de clase durante la lucha misma; es muy difícil que eso ocurra con organizaciones enteras. Y aquella posibilidad solamente existirá en tanto nos vayamos desgarrando de nuestra clase, a medida que situaciones cada vez más exigentes lo vayan solicitando. Librarnos de toda fantasía: los cambios sociales no suelen ser agradables para las clases dominantes, y tienen la lastimosa virtud de arrasar con muchas cosas placenteras. Sí, los proletarios considerados desde la tabla de valores de este mundo de las otras clases son bárbaros. Bárbaro era el burgués frente al cortesano del rococó. Bárbaro, el extraño, el extranjero. ¿Y qué otra cosa que extranjero es la clase proletaria en una estructura que sólo lo considera como cosa, como instrumento?

(1) Portantiero, *La joven generación literaria*, mayo de 1957, *Gaceta de cultura*, número 29. Esa es la ilusión que marea la Reforma Universitaria: el gambito por el que las clases medias pretendemos llegar a ser los dirigentes en una nueva situación, por un movimiento dirigido por nosotros y en el que el proletariado sólo sería nuestra masa de maniobra.

Ilusiones elementales, se dirá, de las que cualquiera que ingrese en la izquierda activa pronto se libra. Pero elementales o no, esas ilusiones se encuentran muy profundamente implantadas, puesto que forman parte de nuestra misma situación, de nuestra vida tal cual es. Solamente cuando seamos capaces de reconocer (no sólo racionalmente sino también vívida, vitalmente) el hecho de que pertenecemos a la clase media, y que ese hecho nos separa del proletariado, estaremos en condiciones de superar esa separación. Solamente cuando seamos capaces de reconocer la existencia de aquellas ilusiones estaremos en condiciones de librarnos de ellas. No basta militar en determinado partido, no basta leer a Marx —ni, por supuesto, citarlo—, es imprescindible darnos vuelta como un guante, y esa es una operación profunda y penosa. Lo demás es filisteísmo, aun cuando sea filisteísmo de la mejor buena fe (2).

El socialismo de izquierda conserva todavía algunas ilusiones típicas de la mentalidad de nuestra Reforma, y padece la desgracia de una tradición ilustrada que pesa mucho sobre la reelaboración de teorías y sobre su actitud frente a nuestra realidad. No puede librarse de la ilusión de que es necesario adoctrinar a la clase obrera para que se comporte como tal y de que los líderes socialistas están llamados a ejercer ese magisterio. Muchos de sus dirigentes no pueden terminar de superar sus prejuicios frente a nuestro pasado, sin cuya comprensión también el presente resulta ininteligible (3).

Pero existe el esfuerzo —con más claridad y positivos resultados en los grupos más jóvenes— de entender el sentido de nuestras estructuras y de actuar en consecuencia. Y, sobre todo, ese esfuerzo es vivencia, experiencia asimilada. Claro ejemplo de ello es no sólo el intento de abrir la discusión teórica, sino también la visión de América que tienen (la de esta Latinoamérica colonial), el deseo de comprender y analizar el fenómeno peronista, y la posición antigolpista ante un gobierno que ofende los sentimientos más tradicionales del socialismo, anticlericalismo incluido.

Y bien, el gholdismo puede permitirse lo que el ala izquierda se vea cuidadosamente, presionando así sobre ella en la dirección de las viejas tendencias y de los viejos hábitos. Y en una coyuntura en que esas tendencias y esos hábitos pueden recubrirse nuevamente con el prestigio de la izquierda intelectual. Los enemigos de siempre: clericalismo, capitalismo, derecha irracional, aparecen como aliados del gobierno, siendo parte del gobierno. El gholdismo puede agitar esos trapos delante de la conciencia liberal. Y todavía aparece ahora otro factor más, ese extraño aliado que el gobierno llama en su ayuda, los capitales norteamericanos, a los que es también el gholdismo el que puede señalarlos con todo desenfado, porque para él no se trata más que de eso: de

(2) Esta operación debemos hacerla todos los que nacimos en la clase media. Eso me parece evidente. Como también que no basta creer haberla realizado para que sea así. Muchas veces me ha ocurrido encontrarme con militantes de la Reforma o del Partido Comunista o de algún grupo trotskista, que encontraban solucionado el problema, ya sea con su afiliación, ya con alguna frase más o menos prestigiosa (algo menos que más, desgraciadamente) tal como *unión obrero-estudiantil*. Las cosas no son tan fáciles, ni en el sentido individual ni en el de la acción política. Esta última, en ciertas circunstancias, puede convertirse en una excusa para no entender, para no actuar, para salvar la conciencia o para declararse a salvo. En una mesa redonda realizada en la Facultad de Ciencias Exactas, sobre el peronismo, hice, como presidente de la mesa, parecidas reflexiones. Uno de los oradores —militante de un partido de izquierda— declaró que al militar en ese partido estaba a salvo de toda limitación burguesa. Por ese solo hecho, atiéndase bien. El mismo, en el transcurso de su exposición, dijo que el peronismo nunca había contado con el apoyo de su posición, sino que el peronismo juvenil de clase media, podía deberse a una demagogia ocasional, pero sonó a demasiado sincero: el orador solamente pensaba en la clase a que pertenecía, la clase media, oyo juventud, esa sí, fué antiperonista.

(3) Típico ejemplo de eso no entender todavía, el libro de Latendorf, *Nuestra América difícil*, caracteriza a Yrigoyen con la transcripción de un párrafo de un folleto de Sánchez Viamonte, *El último caudillo*. Adhiere así —quizás sin advertir las implicancias de su adhesión— a la visión que de un fenómeno tan complejo como el radicalismo yrigoyenista tenía un joven aristocratizante de la izquierda intelectual en 1930. Pero ese mismo libro está cargado de la voluntad de entender, y eso es lo que quiero hacer resaltar, la contradicción en sentido positivo que existe dentro de la izquierda socialista. Pareciera que todavía no existen las condiciones para llevar esas contradicciones más adelante ni más en profundidad. Existe una cierta tendencia a quedarse en el mero hecho político o a fijar límites a la autocritica. Característico es, en tal sentido, el artículo llamado precisamente *La crisis socialista*, aparecido en *Futuro Socialista*, No. 1. El detener el examen de la crítica en 1930 ya es de por sí significativo: la situación actual del P. S. tiene raíces más lejanas y más profundas que las allí señaladas. Más adelante trataré de volver sobre este problema.

marcar como a un demonio todo lo que el gobierno representa, sin cargo alguno de conciencia, sin complicación alguna. Para Ghioldi, que no cree en el imperialismo económico, que encuentra convenientes los contratos petroleros, Frondizi es ahora el vendido al gran capital, el que vende el país al imperialismo. Es difícil en esas circunstancias al socialismo de izquierda mantener las distancias, diferenciarse del oportunismo ghioldista, continuar la elaboración de sus posiciones. Sobre todo, cuando se tiene dentro de las propias filas quienes están dispuestos a lanzarse en el mismo juego en que está Ghioldi. Allí lo vemos a Palacios pidiendo la renuncia del presidente de la República como en sus mejores momentos del antiperonismo, vemos a *La Vanguardia* utilizando el mismo lenguaje que *Afirmación*.

¿Podrá la izquierda socialista continuar su evolución en tan difíciles circunstancias, empeorada porque el ghioldismo puede acusarla de haberse equivocado, de no haber sabido prever que el frondizismo era un fascismo enmascarado? Algo está ocurriendo que puede volver a enturbiar problemas ya de por sí complejos, tal como ocurrió durante el peronismo; algo que ayuda a las derechas a simplificar de tal modo los campos —o por mí o contra mí— que el esfuerzo de clarificación puede volverse difícil o convertirse en una tarea de laboratorio reservada a una minúscula minoría. Este peligro se ve aumentado, en el caso específico del socialismo, por la renuncia o la imposibilidad que demuestra su izquierda para abrir un serio debate ideológico. Es posible que tema ofrecer blancos a sus adversarios si ejercita demasiado la autocrítica, y también es posible que tema introducir fisuras en sus propias filas. Pero lo cierto es que se encuentra presa entre ese riesgo y la confusión por falta de un real esclarecimiento teórico. La asimilación de la experiencia local —incluida la del peronismo— parece ir realizándose, sin embargo, en el campo teórico, de modo indirecto, por el estudio y la comprensión de la situación en otros países subdesarrollados y dependientes, el retorno a Marx y la influencia de los socialismos de países vecinos, en especial del chileno. Se presta gran atención a la elaboración teórica de los partidos socialistas asiáticos —probablemente por la acción de Di Tella— y se trata de entender el mecanismo de los movimientos nacionalistas latinoamericanos, prestando más atención a su significado objetivo y menos a las ideologías en que esos movimientos suelen traducirse (1).

Los peligros que corre el socialismo de izquierda parecen más bien consistir en la dificultad que encuentran sus elementos de vanguardia en superar los prejuicios de origen clasista de su propia base partidaria, ya que un debate público prematuro puede dejarlos convertidos en uno de los clásicos grupos de superizquierda que se debaten en la esterilidad de planteos que sólo reciben apoyo entre los propios iniciados. Pero también en la posibilidad inversa de que, eludiendo toda discusión teórica llevada hasta sus lógicas consecuencias, sean los propios prejuicios los que predominan, arrastrándolos a las posiciones que hoy tratan de combatir, o dejándolos solos y aislados a mitad de camino.

Otro peligro acecha también al socialismo de izquierda —y parece haber dado ya sus primeros brotes—, aunque éste no le es específico sino que envuelve a todos los grupos con importantes aportes de clase media. Se trata del peligro inverso al del gorilismo, y sus consecuencias son menos previsibles: el de la asimilación a la política del gobierno, la tentación de unirse a esa política o de apoyarla.

A pesar de su carácter no específico, me referiré a él aquí, tanto por razones de método como por una razón circunstancial: ha sido en el socialismo donde lo he advertido por primera vez.

Tres elementos hay que tener en cuenta para caracterizar el período iniciado por este gobierno. Uno, nacido de los factores locales, pero no relacionado sino de modo muy singular

con la acción del gobierno mismo, y dos provenientes directamente de esa acción. El primero, lo constituye el inevitable crecimiento del país, crecimiento sobre el que se encastra la acción oficial y la de las fuerzas que detrás de ella se mueven, pero no promovido por esa acción, sino, al contrario, retardado y deformado por ella. En efecto, las medidas que se están adoptando son contrarias al desarrollo lógico y armónico del país. Pero, tal como ocurrió hasta ahora, a pesar de las deformaciones y limitaciones impuestas a la Argentina por el sistema en el que está inserta, la nuestra es una sociedad en expansión, y esa expansión seguirá porque nuestro ámbito todavía lo permite, en especial un ámbito económico-geográfico que nos constituye en una típica *sociedad de frontera*, en la que las contradicciones hallan su salida en el espacio aún no cubierto por la sociedad misma: aún existen fuentes naturales de riqueza no explotadas (sobre todo minerales), aún existen espacios libres no aprovechados, y es posible, mediante un mejoramiento técnico, hacer rendir más las explotaciones actuales. Una explotación técnica más elevada de nuestros campos de pastoreo, por ejemplo, puede permitir aumentar nuestros saldos exportables dentro de ciertos límites, o una explotación intensiva de nuestro petróleo puede permitirnos llegar a exportar combustible. Eso puede alargar el ciclo de país productor de materias primas; y, por ende, permitirá superar transitoriamente nuestras actuales dificultades económicas —tal como ocurrió al mejorarse el sistema de producción de carnes—, admitiendo, al mismo tiempo, *aguantar* el crecimiento de población.

Para ciertos grupos sociales, que no se vean afectados directamente por la política oficial por no incidir ésta de modo demasiado violento en su nivel de vida, va a ser difícil mantenerse al margen de las solicitaciones que ese tipo de crecimiento va a originar. Los grupos superiores de la clase media, y en especial los grupos que representan la intelectualidad de la sociedad global, van a sufrir fuertemente la tendencia a constituirse en expresión de un proceso que los puede hacer sentir ligados a ese crecimiento, al auge económico que para algunos estamentos sociales (los más altos) va a significar, y al disfrute de los *bienes de civilización* que ese proceso va a importar. Y no me refiero solamente al aspecto material e inmediato del mismo, sino a sus aspectos *culturales*: como es típico en los procesos de desarrollo colonial, se va a producir una *invasión cultural* que va a permitir a las clases altas construirse una cultura provinciana a la medida de su desarrollo económico dependiente, y, como éste, sin real autonomía ni real poder creador. Se va a reproducir, con otras formas, desde luego, el proceso de auge cultural iniciado en el 90 —que llevó de Cané a Mallea; que produjo el Teatro Colón y las temporadas líricas importadas; que ocasionó sucesivos auges culturales artificiales, subsidiarios y sin vida propia efectiva. Es posible que reproduzcamos en otros términos el auge económico y cultural brasileño de los últimos años, que ha llevado a construir objetos culturales tan curiosos como Brasilia —quizá más útil pero no muy diferente en este sentido del Colón— que tanto deslumbra a los teorizadores del gobierno actual. Va a ser muy difícil para esos grupos sociales resistir la tendencia a enajenarse en el proceso, puesto que la resistencia puede arrastrar al exilio espiritual, al otro tipo de esterilidad provocada por el desarraigamiento, y que se traduce en la amargura y la mezquindad, tan características en nuestras izquierdas. Un difícil equilibrio, que evite la enajenación sin llevar al desarraigamiento, sólo será posible por el mismo proceso que exige el desclasamiento; y ese tipo de gimnasia suele llevar al borde de la neurosis, aún hundiéndose en el pueblo trabajador, a quien no es, efectivamente, un proletario.

Los otros dos elementos, como dije, si se deberán a la acción del gobierno. Y tendrán caracteres bastante más mezquinos. El gobierno promete asegurar el *orden* y promover el aumento de la riqueza nacional por el aumento del trabajo de la colectividad, es decir, por el aumento del trabajo de las

clases trabajadoras. Esta promesa estimula directamente dos mitos de las clases medias y superiores: el mito de que es posible el *orden disciplinario*, sin la participación de toda la comunidad en la elaboración de ese orden; y el mito de que los trabajadores son ociosos, de que las dificultades económicas se deben, no a una mala organización social, sino a la mala voluntad de las clases populares que no trabajan lo suficiente. Estos mitos tocan a las raíces mismas de la ideología no expresada de las clases altas y medias, que deforman por medio de fantasías escapistas los hechos reales con los que se ven enfrentadas pero que se niegan a reconocer: el hecho real de que la riqueza es producida por el trabajo (y no por el capital o la habilidad del empresario); el hecho real de que el sistema capitalista despilfarra riqueza; y, para las clases medias, el hecho real de que la evolución del capitalismo produce su constante rebajamiento de nivel económico y jerárquico.

En suma, el gobierno está prometiendo a las clases altas y medias que va a mantener su nivel de vida, de civilización, por la explotación del proletariado, y a salvo las estructuras en las que se sienten protegidas contra el ataque de ese proletariado; a salvo su cultura, *La Cultura*, del ataque de los bárbaros. Ya algunos de los efectos de ese proceso los estamos viendo: ciertos grupos de industriales, aunque racionalmente temen que los planes del gobierno signifiquen su arrasamiento, se aferran irracionalmente a las ilusiones que en ellos remueven esos planes, y no se animan a enfrentarlos, sino que prefieren cerrar los ojos y correr los riesgos que su razón les hace ver. También algunos grupos de clase media *progresista* comienzan a justificar con cierto entusiasmo al gobierno cuando éste les ha indicado que los peligros de su política recaerán en espaldas ajenas.

EL LIBERALISMO PROGRESISTA

Hasta cierto punto, es posible contar la historia del socialismo como si fuera la historia de grupos aislados del conjunto del país por las particulares condiciones creadas en la ciudad de Buenos Aires, y eso es indudablemente cierto referido a sus primeras etapas. No es una exageración total hablar de una importación ideológica producida por la inmigración de profesionales y trabajadores manuales en las postrimerías del siglo pasado y de la congelación de esa ideología y su posterior adaptación debido al cambio de la situación social de esos inmigrantes y de sus hijos.

Algo análogo —con la validez relativa de tales analogías— ocurrió con las fuerzas sociales que dieron nacimiento al actual Partido Demócrata Progresista. Nucleada alrededor del puerto exportador de Rosario y apoyada en la vasta zona de colonias rurales que lo rodea, se desarrolló una sociedad de clase media y fuertes comerciantes burgueses en la zona urbana, sobre una sociedad campesina de clase media también próspera y rica. Colonizada por otros centros imperialistas (Francia, Alemania) que los que dominaban al conjunto del país, su producción (de base cerealera) también ponía esa zona en oposición con el resto de la nación: despreciaba al interior *incivilizado* —incluido el propio norte santafesino— y se sentía en competencia con la gran región ganadera y su centro urbano, Buenos Aires. Por otra parte, su desarrollo fué posterior al de la zona ganadera, y, cuando las necesidades de ésta y de su centro imperial lo exigieron, es decir, cuando comenzaba su decadencia, no titubearon en aplastar a los intereses (extranjeros y nacionales) de la zona rosarina. El esquema puede resumirse así: la zona del ganado, proveedora de materia prima para Londres, se desarrolla inmediatamente después de Caseros; la zona rosarina comienza su desarrollo con posterioridad, y alcanza su auge —junto con el del imperialismo alemán— en vísperas de la guerra del 14; para esa misma época las posibilidades de expansión del imperio británico y de la zona ganadera (por causas comunes, desde luego, pero también por algunas específicas de la zona ganadera) han llegado a punto de satu-

ración; el imperio británico vence a su rival en la primera gran guerra y procede luego a un lento reajuste de sus estructuras; ese reajuste se ve apresurado por la crisis del 30; a raíz de ella el imperio británico no titubea en exigir mayores concesiones a la oligarquía ganadera, y ésta revierte su opresión sobre las capas más débiles de su misma clase social, entre ellas los ganaderos no invernadores y la burguesía de la zona del cereal, que normalmente coincidían en sus capas superiores. La zona de Rosario es así un caso excepcional en nuestro país (sólo tiene alguna semejanza con Mendoza) y su comportamiento político lo trasunta. Cuando ya la oligarquía ganadera y sus representantes habían dejado de ser progresistas, ella vivía en plena euforia del progreso indefinido capitalista, siendo su alta burguesía local representante real de una comunidad en expansión. Sus representantes políticos (de la Torre en especial) creían todavía posible la existencia de un partido conservador nacional que fuera asimismo rector progresista de toda la comunidad. De ahí la alianza formada en 1912 con todos los grupos conservadores provinciales, alianza en la que Lisandro de la Torre y su grupo creían de buena fe, mientras los caudillos conservadores (Ugarte de Buenos Aires, Vidal de Corrientes, como ejemplos máximos) sólo pensaban en un instrumento empírico que evitara la llegada de nuevas clases al poder político. Cuando en 1936 fué visible el juego del imperialismo inglés y de la oligarquía unida a él, de la Torre se alzó contra ellos y emprendió una batalla que, por valiente que fuera —y lo fué— estaba perdida de antemano. Porque el descubrimiento de aquel juego y la misma batalla no hicieron perder a la de la Torre su ideología y sus ilusiones: su ataque se libraba desde el ángulo del liberalismo que sus aliados de ayer habían subrepticamente —pero no sin eficacia— abandonado. En efecto, de la Torre no abandona su creencia en las posibilidades de progreso del capitalismo competitivo: es desde esa perspectiva que critica y denuncia los tratados de carnes y las leyes bancarias. No porque no pongan el control de la economía en manos del pueblo, sino porque dan excesiva ingerencia al Estado. Se trata de una actitud honrada, sin duda, pero fracasada desde el momento mismo en que nació, porque no advertía que la era de la libre competencia había terminado para todo el orbe capitalista: los monopolios internacionales la hacían imposible, y no iban los respectivos gobiernos a dejar de reflejar esa nueva situación. (1) El capitalismo no es ninguna excepción respecto de las diversas estructuras culturales que ha vivido el hombre. Se trata de una estructura cerrada, en la que los abusos no son sino parte de la estructura misma. El monopolio no es una aberración, es consecuencia de la propiedad capitalista, del juego de la libre competencia, su culminación en la realidad. El imperialismo no es una maldad voluntaria de los países más desarrollados, es la consecuencia de una estructura en acción. El peronismo demostró el fracaso de la tentativa dirigida ideológicamente por los nacionalistas y en parte por F.O.R.J.A. de solucionar nuestros problemas sin modificar nuestras estructuras, por la vía del antiliberalismo. El gobierno militar demostró que ya no es viable la fórmula liberal, por la que aun las mejores intenciones terminan movilizándolo obreros y llevando el caos a nuestra economía (2).

La juventud demócrata progresista parece haber sacado su lección. Es difícil saber exactamente hasta qué límites han llegado, pero sí seguramente hasta advertir que el capitalismo

(1) Es por eso, y por lo que digo inmediatamente, que en *Cuadernos de Contorno* N° 1, decía que de la Torre no superó la ideología de los *liberales a la antigua*, aunque su postura (es decir su acción en lo puramente inmediato) sí se enfrentara con esa ideología. Pero la contradicción, aunque entrevistada por de la Torre, no llevó a éste a sacar las consecuencias teóricas necesarias. Me extraña que los redactores de *Definiciones progresistas* (N° 1, diciembre de 1957) no hayan advertido lo que yo quería decir. Su aparente creencia en la viabilidad de un liberalismo reformista, me hace dudar respecto de algunos de ellos sobre la validez de la segunda parte de mi afirmación de entonces: la de que los jóvenes del P. D. P., llevan a su consecuencia lógica las posturas de la Torre. La única consecuencia lógica es la que cuestiona todo el sistema y propone otro, tal como intento describirlo en el texto.

(2) Ni siquiera faltaron algunos hechos que, como los *aportes* del viejo teatro, descubrieran hasta subrayadamente la armazón que se oculta, inevitable, debajo de la fachada liberal: el papel de Prebisch, el discurso de Rojas en el Círculo de Armas, ese famoso discurso en el que aconsejó y defendió el uso del frac, etc.

(1) Claros ejemplos de esa tendencia son dos artículos: *Socialismo y comunismo en Asia*, aparecido en *Sagitario* N° 6, de noviembre de 1958, y *Nacionalismo popular y socialismo en Latinoamérica*, de Latendorf, aparecido en *Futuro socialista*, N° 1, de setiembre).

ha entrado en su etapa de declinación, lo que significa que no han quedado en el liberalismo reformista sino que han entrado en el reformismo liso y llano.

Pero en los momentos actuales, frente a la acción del gobierno, no puede predecirse qué ocurrirá con esa evolución, ni qué fuerza de arrastre tendrá la misma, si prosigue, entre los cuadros. Con algunas características especiales, se reproduce lo que ocurre en el socialismo: la acción de los viejos dirigentes puede sepultar las tendencias hacia el esclaramiento y diferenciación de las ideologías. En realidad, hasta ahora no es fácil encuadrar las tendencias partidarias. Todo ocurre como si nos encontráramos en un momento de tanteo y vacilación. Thedy parece encontrarse bastante cerca del gobierno. Molinas, en cambio, parece representar la oposición frontal, reivindicadora sobre todo de banderas anti-imperialistas desde una perspectiva ética, la más apta para desorientar a miembros de la clase media, alejándolos de una comprensión cabal del problema imperialista. He aquí de nuevo los dos extremos que pretenden presentarse como única solución impidiendo la clara formulación de otra actitud.

LA OTRA RAMA DEL VIEJO TRONCO RADICAL

Hasta las últimas elecciones el segundo partido político del país, electoralmente hablando, era sin duda el radicalismo del pueblo. Y debe seguir siendo la mejor maquinaria política. Todo indica, sin embargo, que, por la presión del oficialismo, se encuentra en vías de división, sino de desintegración.

La U. C. R. P., en efecto, más que un partido, es una federación de partidos, o, tal vez mejor, de grupos políticos unidos por una organización global común, una tradición puramente política común en parte, y similares experiencias. Pero con organizaciones internas casi autónomas que chocan entre sí, con enfrentamientos parciales de tradiciones y con tendencias que parecen ser centrifugas. El unionismo y la intransigencia son ya no sólo organizaciones que funcionan dentro de la organización partidaria, formando por lo menos cuatro grupos diferentes, sino que significan tradiciones distintas y responden a grupos sociales diferentes. El unionismo está constituido por un todavía muy capaz grupo de dirigentes políticos, descendientes directos del antipersonalismo. Su historia es bien conocida: se trata de la rama radical, estrechamente emparentada con el liberalismo conservador, que proveyó al país algunos de sus más astutos políticos y, lo que suele olvidarse, tres presidentes: Alvear, Justo y Ortiz. Ha sido ya señalado por Ricardo M. Ortiz en su *Historia económica de la Argentina* cómo ese grupo se consolidó a raíz del desarrollo del *enfriado*, integrándose en forma casi absoluta con los intereses de los frigoríficos, es decir, con el comercio exportador de carnes. Pero, además, el unionismo, a través del proceso alvearista, se constituyó en una maquinaria política sumamente corrompida, no sólo por su intervención directa en negociados como el de la electricidad, sino porque organizó una red de caudillos a su servicio, con la clásica pirámide del politiquismo profesional, hecha a base de pequeños servicios personales, que van desde la obtención de puestos hasta la intervención ante comisarios y jueces en favor de levantadores de juego. El unionismo, como máquina política, está formado por un reducido grupo de hábiles y capaces dirigentes liberal-conservadores, una capa de *caudillos profesionales* y cuadros formados por *clientes* en un sentido similar al de la decadencia de la república romana: desocupados, empleados públicos de menor —y peor— cuantía, pequeños delincuentes. Pero el proceso peronista proveyó al unionismo de un prestigio que nunca había tenido: sus dirigentes aparecieron ante los ojos de la clase media urbana como sus campeones frente al avance de los *cabecitas negras*. Al mismo tiempo que un lento proceso iba consolidando al unionismo como maquinaria política, proveyéndola a la vez de un electorado propio, se iba produciendo una transformación —lógica si se quiere— en su actitud política. Los vani-

dosos *galeritas* de la preguerra del 14, que alardeaban de su espíritu ilustrado y progresista, que proponían programas relativamente avanzados en materia social, que se presentaban como defensores y eruditos del derecho, del respeto formal a la ley, ya en 1930 no titubearon en echar su civilismo por la borda y participar, primero en el golpe militar, luego en los gobiernos conservadores. La contracción de las posibilidades económicas del sistema y el avance de las capas sociales populares, los convirtieron en defensores crudos de sus privilegios, es decir, del orden constituido. Los nuevos cambios posteriores a la segunda gran guerra los han llevado a ser los teóricos del republicano: el gobierno de los menos por ser mejores, aunque manteniendo los enunciados del gobierno democrático en el que no sólo ya no creen sino que no pueden ni pensar.

La intransigencia responde a una formación mucho más compleja. Sus dirigentes son todos o casi todos hombres de la clase media, y entre ellos tiene real vigencia el mito de la conquista del poder político y del logro de una comunidad autónoma, por obra de esa clase media. Pero, al mismo tiempo, pesan sobre ellos varios factores que los condicionan y limitan. Siendo sus cuadros dirigentes formados en su mayoría por miembros de las llamadas profesiones liberales, se encuentran atados —mucho más de lo que algunos advierten— a los intereses de las clases altas, y eso se ha agudizado justamente en los últimos años, al ingresar un nuevo tipo de profesional conjuntamente a la vida económica y a la acción política: los asesores de firmas industriales y comerciales. En muchos de ellos la ligazón entre una y otra actividad ya no es inconsciente. Pero también, esa condición de miembros de la clase media les ha hecho sufrir agudamente —como ya lo he mencionado— el proceso peronista. También aquí existe una máquina política, con una corrupción semejante pero nunca igual a la del unionismo. También aquí la clase media se ve representada en los dirigentes radicales. Pero éstos son al mismo tiempo mucho más políticos de partido que los unionistas, es decir, que están en relación más directa con el afiliado común, y representan más cercanamente a la clase que los apoya puesto que pertenecen a ella. Es así que sienten inmediatamente las que podríamos llamar situaciones locales, es decir, las experiencias particulares tenidas por el grupo a que pertenecen en el ámbito local, lo que en un país todavía tan fragmentado como el nuestro reviste gran importancia. Los dirigentes intransigentes son —y no solamente por lo que he señalado, sino también por otras causas, provenientes casi todas de su habitat social— políticos de mentalidad provinciana, en su mayor parte. Y quiero decir con esto políticos de campanario, preocupados especialmente por su reducido mundo inmediato, su comité, su breve y limitado círculo de amigos, vivan en la Capital Federal, en La Plata o en Villa María. Dirigentes entonces que pueden tener peso o figuración nacional actúan muchas veces predominantemente por razones locales, casi imposibles de prever, pero sin que ello signifique la imposibilidad de señalar algunas líneas generales, reforzadas, precisamente por esas circunstancias locales. Esa sensibilidad a lo inmediato, ese vivir metidos en el ámbito vecinal, ha hecho sentir a los dirigentes intransigentes muy vívidamente tanto la sublevación de sus inferiores (la *chusma* de su barrio o de su pueblo) como el aire de transformación, de destrucción de los viejos estilos y normas que tuvo el peronismo. Suelen tener así esos dirigentes un conservadorismo cerril y rencoroso, que se corresponde perfectamente con el de esa parte de la clase media que sintió de cerca —en el empleo, en el transporte, en los lugares de veraneo— los efectos del peronismo. Cerrilismo que se refuerza por razones profesionales, ya que el peronismo reclutó muchos de sus dirigentes políticos en las filas del radicalismo entre los hombres de segundo rango, oponiéndolos de tal modo, y como vencedores, a hombres que se sentían superiores (1).

(1) Desde luego estas observaciones señalan sólo diferencias de grado y no absolutas entre estos dirigentes y los de otros grupos; pero creo que revisten gran importancia en sus efectos inmediatos.

Las reacciones de los políticos del radicalismo del pueblo comenzaron a diferenciarse desde el día mismo del triunfo de Frondizi, y, a pesar de que no se hayan traducido todavía en hechos concretos definitivos, pueden señalarse tres o cuatro líneas principales. El unionismo en general se colocó desde el primer momento en una oposición cerrada y frontal, pero en los últimos tiempos ha habido algunas señales de resquebrajamiento de ese frente, en perjuicio de Zavala Ortiz y algún otro. Estos, a su vez, adquieren un aire cada vez más agrio, más *rabioso* tal como se decía en las luchas de las ciudades italianas. En la intransigencia ocurre algo semejante, aun cuando en ella existió desde un principio un ala conciliadora. Pareciera que Balbín se acerca así a su antiguo rival, en tanto que hombres del mismo círculo que Balbín anudan algunos compromisos con el gobierno. Las declaraciones oficiales del radicalismo del pueblo son de un relativo aire conciliador, en tanto Zavala, Sanmartino y Balbín se lanzan a una demagógica y desenfadada oposición. Los dos primeros pronostican el golpe militar y llaman a él, el segundo convoca a los grupos más opuestos para que se opongan al gobierno. Característico es en tal sentido el discurso dicho en Córdoba el 24 de Octubre, en el que enumera los supuestos agravios de los obreros y los empresarios, de los campesinos, de las Fuerzas Armadas, de los consumidores, de los profesionales, de los maestros, de los universitarios y estudiantes secundarios, de los empleados; y acusa al gobierno actual de estar entregado a intereses imperialistas, únicos que estarían satisfechos, y dos meses después de tener pactos con el "comunismo internacional".

LA ALIANZA DEL 23 DE FEBRERO

Hasta aquí, hemos revistado los grupos que se opusieron más o menos frontalmente a Frondizi en las elecciones. Pero —ya lo recordé— Frondizi llegó a la Casa Rosada apoyado por fuerzas muy diversas, además de las de su propio partido: el Partido Comunista, el peronismo, y algunos grupos nacionalistas.

EL PARTIDO COMUNISTA ARGENTINO

El partido Comunista, ni debería ser necesario repetirlo, es un caso muy especial para cualquier país del llamado *mundo occidental*. Al par de la Iglesia Católica y algunas otras organizaciones religiosas, algunos trusts y ciertas asociaciones típicas de la edad moderna, tiene carácter internacional. Pero, como tal vez sólo el catolicismo y algunos super-trusts, no se limita a existir internacionalmente, sino que actúa coherentemente en el plano internacional y posee una teoría que avala ese internacionalismo (1). Como esas otras organizaciones, el comunismo posee una doble ventaja: una perspectiva internacional y la posibilidad de una experiencia sumamente rica y variada que puede elaborarse en un cuerpo de teoría general para la acción. Pero esa ventaja acarrea los inconvenientes correspondientes; principalmente la tendencia a actuar por analogía en casos no equivalentes. Para

(1) A raíz de algunas apreciaciones hechas en el número 1 de *Cuadernos de Contorno*, en *Cuadernos de cultura* (Nº 33, diciembre de 1957), se entendió que yo pretendía insinuar que el P. C. recibe *inspiraciones* —o tal vez órdenes— del exterior, al modo de las acusaciones policíacas de *Azul y Blanco*, (o de algunos socialistas de derecha). Yo estaba hablando en serio, aunque me permitiera algunas metáforas. Lo que quería significar, de un modo quizás excesivamente sintético y literario, es lo siguiente: El hecho de ser el marxismo una teoría elaborada en un lugar central del orbe capitalista y pretender una validez universal hace que su aplicación a un país periférico exija cierto reajuste de perspectiva. El comunismo lo ha entendido así, como lo demuestran sus múltiples esfuerzos en tal sentido. Pero el hecho de que deba seguir aplicándose como una teoría universal introduce graves escollos para tal reajuste, escollos que recién el conjunto de las experiencias en los mismos países periféricos han permitido apreciar en su justo valor. A eso debe agregarse que el mismo hecho de encontrarnos en un país dependiente influye en nuestras estructuras mentales de un modo deformante, porque todo nuestro ámbito cultural está deformado. El problema, para el P. C. como para cualquiera, consiste en cómo lograr un enfoque local correcto dentro de una perspectiva universal. Y creo que eso todavía no se ha logrado entre nosotros, lo que incluye también al P. C. —y a mí, desde luego—. Creo que una amplia y libre discusión sobre esto sería fructífera, para todos, sin preocuparnos del criterio que pueda tener *Azul y Blanco*, pues bastante tienen sus redactores en estos momentos con sus propias preocupaciones sobre virilidad, origen de sus ingresos y otras sorpresas que les ha reservado el destino.

la Argentina el P. C. hace aplicación de la experiencia cosechada en el campo europeo y en la revolución china, sobre una base doctrinaria que se halla fuertemente impregnada por nuestra tradición racionalista liberal y positivista; tradición que —como en toda nuestra izquierda— llega a ser un pesado lastre de prejuicios. En los casos de Yrigoyen y de Perón —con todas las diferencias de circunstancias que media de uno al otro— la aplicación al caso concreto de una teoría de la acción demostró no operar felizmente. Encontrarse enfrentado con la mayoría no es, desde ya, prueba alguna de error, aun cuando se pretende obrar en favor de los intereses de esa mayoría. Sí es prueba del error teórico la esterilidad. Es decir, encontrarse del lado de la esterilidad en un proceso histórico.

Como para casi todos, el proceso del gobierno militar pareció ser más rico en enseñanzas para el P. C. que el mismo proceso peronista. Debido a que compartió con el peronismo la repulsa de ese gobierno militar apoyado en todas nuestras fuerzas liberales, el aprendizaje de la realidad local debería haber sido más profundo en el comunismo que en los demás partidos. No lo fué en la medida que hubiera sido de esperar. ¿Y no es una prueba de ello la insistencia en querer ser aceptado como igual de esos otros partidos en la legalidad montada por el gobierno de facto? ¿Qué habría ocurrido si sus deseos se hubieran cumplido?

Al enfrentarse con el peronismo, las fuerzas de izquierda se dejaron determinar por un error básico: obraron como si el peronismo hubiera podido pasar a ser en los hechos un aliado del facismo europeo o su trasplante literal a la Argentina. Olvidaron que lo primero era imposible —al menos como experimento durable— en un país encuadrado en el imperio británico. Y tan imposible lo segundo como realización efectiva, en un país de nuestro desarrollo relativo y de nuestra situación en el orbe capitalista. Y esas mismas izquierdas no escudriñaron la razón fundamental que justificaba su oposición: el irracionalismo radical del peronismo, ese irracionalismo que le permitió tentar la aventura de utilizar una situación y unas fuerzas revolucionarias para mantener una estructura conservadora. El comunismo realizó también —y bien ampliamente— este error general de las izquierdas. No fué capaz de ver a tiempo el sentido real del proceso, lo que lo marginó del mismo, impidiéndole cumplir una acción positiva efectiva. Fueron las fuerzas sociales que hicieron posible el peronismo las que descubrieron por sí solas su papel y su sentido en la historia local: proletariado y burguesía cobraron autoconciencia en la acción, sin elaboración teórica ninguna, o con una elaboración meramente empírica. La confusión ideológica en que nos seguimos debatiendo tiene viejas y complicadas raíces, pero la acción de las izquierdas durante el peronismo no ha contribuido sino a ampliar esa confusión.

Sin embargo, el gobierno militar descubrió la cara de Jano de la República que el peronismo había ocultado, y de ese proceso pareció salir el comunismo con una visión rectificadora y renovada de nuestra realidad inmediata. La situación era, por lo demás, propicia: el proletariado se sentía enemigo del gobierno militar y de cuanto estaba cerca de él, los viejos partidos conservadores demostraron ser los verdaderos receptores de esos gobernantes de uniforme, las ligazones con abogados y representantes del imperialismo volvieron a mostrarse tan desembozadamente como en la década del 30. Después de algunas vacilaciones, el P. C. decidió jugar la carta del 23 de febrero apostando a Frondizi. Sería muy interesante poder enumerar cuáles fueron las razones que provocaron esa reticencia, pero sólo es posible entrar en el terreno de las adivinanzas, ya que en esos momentos el comunismo proclamaba la necesidad de la unión de todos los partidos sin mayores exclusiones. Pero el hecho es que la decisión del 23 pareció quebrar una larga tradición de poco acierto electoral aun superando prevenciones tan agudas como las que provocaban las declaraciones de Frondizi en materia de enseñanza. Y parecía ser, además, una decisión acertada. El Partido

Comunista apostaba a una posibilidad que ofrecía múltiples aspectos positivos: apostaba, ante todo, al mínimo de independencia que las burguesías nacionales ejercitan en los países subdesarrollados, así como a la necesidad de la pequeña burguesía dirigente de la UCRI de intentar aunque fuera en borrador la llamada revolución democrático-burguesa (en esencia, en la situación real de nuestro país, algunas modificaciones en la distribución de la propiedad); como corolario de esa doble perspectiva, el P. C. apostaba al desarrollo de ciertas estructuras económicas y sociales que iban a posibilitar un más fácil accionar futuro, lo que nada tenía de ilusión si se piensa en un país más industrializado, más orgánicamente desarrollado y con núcleos fabriles —y por lo tanto, proletarios— en diversas partes del territorio. El comunismo, además, apostaba al mismo candidato que el peronismo, es decir, no aumentaba la brecha entre él y la gran masa obrera peronista. Demostraba su buena voluntad a un partido que era el único o casi el único en el que contaba con amigos (1).

Eso habría de permitirle, según esperaba, operar en la legalidad, por lo menos. Y hasta, por qué no, encontrarse en la inusitada situación de tener amigos en algunos puestos de gobierno. Como parte de tales antecedentes se podía esperar otra cosa que el P. C. aprecia en lo que realmente vale, aunque a veces caiga un poco en el ridículo al proclamarlo: relaciones comerciales con las democracias populares, con todo lo que eso implica sobre todo respecto de la modificación de conciencia en los grupos trabajadores y dirigentes.

Pero las esperanzas parecen haber durado poco. Es cierto que se ha mandado una delegación al Este, y que la misma parece haber trabajado bastante. Pero, en conjunto, las posibilidades de relaciones comerciales de cierta envergadura parecen muy difíciles, y la presión norteamericana en tal sentido es terminante. Como sugiere la revista *Visión* (Noviembre 7 de 1958) Estados Unidos está dispuesto a realizar cualquier esfuerzo respecto de la Argentina, porque "América Latina es más importante que el mundo árabe" y en especial "Venezuela, rico en petróleo, y Argentina que podría producir grandes cantidades del mismo en corto plazo" (páginas 12 y 21). La misión comercial Liceaga ha logrado aparentemente algunos objetivos concretos, pero las tratativas no se amplían, y, en cambio, el gobierno argentino utiliza cada vez más a los comunistas como chivos emisarios de sus dificultades. Además, el país entra cada vez más en la zona del dólar, y no sólo en materia económica: el panamericanismo ha dejado de ser tabú para los radicales intransigentes y, sobre todo, para los funcionarios de nuestra Cancillería. El dilema para el P. C. es claro: ¿se trata de un nuevo González Videla, o, por el contrario, de una astuta política que finge concesiones mientras se reserva hacer su propio juego? La base del partido sufre periódicos arrebatos de indignación, montada sobre las antiguas prevenciones. La dirección partidaria, en cambio, trata de mantener un difícil equilibrio que consiste, generalmente, en atacar la mayor parte de

las medidas del gobierno pero no a éste. Al contrario —y quizás en gran parte para calmar a su propia base— exagera el valor de las tratativas comerciales existentes. Los ataques más agudos, en todo caso, no se realizan por los órganos del P. C. sino por algunas de las entidades que componen los alrededores del comunismo. Por *Propósitos*, por ejemplo. Y eso aun respecto de aquellas medidas gubernamentales concretas a que antes aludía. Parece evidente que el P. C. quiere evitar a toda costa (aún a costa de sus propios militantes) que se cree una atmósfera de oposición cerrada en el país. A pesar de lo que digan la revista *Qué y El Nacional*, el P. C. quiere ayudar a que se mantenga este gobierno, ya sea porque prefiere una legalidad —o media legalidad— civil o por otras causas. Yrigoyen y Perón fueron atacados frontalmente y llamados facistas. Nada de eso ocurre ahora, a pesar de que, según la tesis nacionalista —adoptada más o menos oficialmente por el gobierno— el P. C. debería tener interés en derribar a un grupo político que se inclina hacia Estados Unidos en perjuicio de Inglaterra. La tesis expresada por el P. C. es la de la legalidad. ¿Está todavía implícita en ella la idea primitiva, aún con las limitaciones aparecidas en la práctica? De cualquier modo es dable admitir que el funcionamiento, aunque sea restringido, de las formas democrático-burguesas en el país, es el mínimo que exige la teoría por la cual se apoyó a Frondizi el 23 de Febrero. Pero elementos más profundos y complejos yacen bajo cualquier fórmula de este tipo. El Partido Comunista argentino parece haber asimilado —en una experiencia de contornos universales, pero corroborada y vivenciada localmente— el proceso que todas las izquierdas han asimilado en conjunto y cada una por sus propios caminos y a su modo pero no sin influencias recíprocas: la distinción, en los países periféricos, entre los elementos profundos de los cambios económicos y sociales y las ideologías que adoptan; la falacia de la ideología liberal y el racionalismo de las clases superiores nativas en los países dependientes, producto exclusivo de su dependencia total respecto de los países centros; la liberación del mito *culturalista* y la tendencia a liberarse de las formas positivistas del iluminismo local, disfraz del conservadorismo aristocratizante. Y, en esa perspectiva universal que sólo el P. C. puede poseer plenamente, la importancia que pueden tener, dentro de la órbita capitalista, las más insignificantes contradicciones que dentro del sistema representen las fuerzas locales con respecto al centro imperial.

Con todo, sería incurrir en un error —en el que las derechas caen voluntariamente— presentar al P. C. como un bloque homogéneo. En él se mueven también las mismas contradicciones que existen en las otras izquierdas tradicionales: aún hay en él, sobre todo en lugares alejados de los comandos porteños, brotes de antiperonismo gorila, causados por la inserción de los dirigentes locales en la clase media provinciana; aún quedan fuertes tendencias hacia el liberalismo *progresista*, que confunde el *consumo* de formas culturales adelantadas o superiores por los *sectores ilustrados* de las capas altas de la clase media, con perspectivas creadoras; aún quedan resabios de rechazo, en muchos de sus cuadros, de los caracteres *bárbaros* e irracionales que suelen revestir los proletariados recién constituidos en los países periféricos (en base a su campesinado), sobre todo cuando comienzan a cobrar conciencia de su existencia como clase. Y a la inversa, por la propia debilidad de base obrera que tiene nuestro comunismo, afloran en él corrientes de populismo superizquierdista, características en toda nuestra izquierda en el momento. La propia composición de clase media de la mayoría de nuestros cuadros de izquierda, ante el comportamiento del gobierno actual, los empuja a un tremendo superizquierdista: a la recreación del mito de la *Huelga Revolucionaria* que llenó parte del siglo XIX y los primeros años del siglo XX. El hecho cierto de los límites de desarrollo del capitalismo, del fracaso de las clases medias para adueñarse del poder y del papel de la clase obrera como

único factor objetivamente revolucionario, al hacerse experiencia inmediata en la actual situación, causa en las clases medias un sentimiento de frustración irritado que las empuja, o al conformismo, o a una rebeldía que sólo se satisface con la proclamación de actitudes ultrarevolucionarias: sólo queda, proclaman, la toma inmediata del poder por el proletariado, la revolución con fusiles en la mano que transforme en arroyos de sangre las calles del Barrio Norte. Los hijos de la clase media fabulan el parricidio, viendo en cada colegio secundario, en cada Universidad, en cada esquina, la oportunidad de vengar la demostrada impotencia de su clase.

El P. C. en su conjunto está demostrando una sabiduría y una madurez, a pesar de todo, que hace parecer como inconcebibles los manifiestos de 1931 que llamaban al proletariado a no mezclarse en luchas políticas *ajenas* a su clase, o la convocatoria a la Unión Democrática sin exclusiones de 1945.

Oficialmente, sin embargo, parece estar en vías de rehabilitación la tesis —nunca abandonada expresamente por el P. C.— de que es viable un entendimiento general de los llamados "partidos democráticos". El problema consiste en determinar con qué perspectivas y límites se plantea ese entendimiento, y ello en un doble sentido: si se trata de la propuesta de una verdadera alianza o coalición, o, simplemente, de coincidencias circunstanciales respecto de objetivos concretos, por una parte, y, por la otra, si se excluyen partidos o movimientos y cuáles. El P. C. no se muestra demasiado explícito al respecto ni aclara cuáles son los fundamentos teóricos y prácticos de su propuesta.

Y justamente todo esto implica la mayor parte de los problemas fundamentales que tiene que dilucidar nuestra izquierda. Ciertos problemas de política inmediata, desde luego, como, por ejemplo, el que plantea la justificada aversión que el proletariado reserva para determinadas figuras políticas. Pero, finalmente, la determinación del papel que se asigna a los diversos grupos sociales, y a los partidos que los expresan, en el proceso local.

Es evidente que el uso de palabras como "democracia", "libertad", "imperialismo", por la mayoría de los partidos liberales tradicionales no puede ocultar el carácter ya decididamente retrógrado de los sectores sociales que expresan; por lo cual parece hasta inútil intentar una acción común con ellos, ante todo porque no la van a aceptar o solamente la van a aceptar en condiciones excesivamente onerosas. Otros, en cambio, representan a grupos que fluctúan entre tendencias contradictorias, lo que puede empujarlos en determinadas coyunturas a actitudes también contradictorias. Creo que la situación mundial —excesivamente madura en relación con nuestras estructuras— no permite hacerse demasiadas ilusiones respecto del papel progresista que esos grupos, en su conjunto, pueden desempeñar: como ya lo he ido indicando —y espero desarrollar y fundamentar más ampliamente en este mismo artículo— se está produciendo una polarización y simplificación de campos que va a arrastrar a las fuerzas internas, restringiendo cada vez más las zonas marginales. Sin embargo, frente a otro gobierno que se instrumentaliza al servicio del imperialismo, no cabe duda de que aquellas contradicciones pueden permitir en algunos casos muy concretos una acción común con algunos de esos partidos, siempre que se cumplan algunos requisitos que impidan la confusión o que se esterilice o coarte el futuro en aras de lo inmediato. Sin pretender redactar un recetario, puede ser útil esbozar algunos de esos requisitos. Por ejemplo: La acción común debe ser esporádica y no permanente. En todos los casos deben estar presentes representantes del proletariado con base efectiva (y no podemos engañarnos: por ahora, en los hechos el proletariado es peronista, solamente en el peronismo se reconoce). En cada caso debe realizarse una clara difusión —desde el punto de coincidencia— de las causas reales de la situación: no puede caerse en el afán de *quedar bien* con los grupos y las ideas liberales, como generalmente ha ocurrido. Debe mantenerse una discusión

teórica permanente. En caso contrario se reeditarán los errores cometidos desde la década del 20, en una permanente confusión que ha obrado en exclusivo perjuicio de la izquierda. La experiencia acumulada y las exigencias de la nueva situación nos requieren otra cosa.

EL PERONISMO ¿ATOMIZACIÓN DEL MOVIMIENTO NACIONAL?

El papel más singular en toda esta historia es quizás el jugado por el peronismo. La conducta de éste a partir del proceso que arranca el 16 de Setiembre de 1955 ha llevado a sus límites críticos los problemas que el Partido Peronista arrastró desde sus orígenes y que se agudizaron hasta desembocar en las violentas agitaciones que lo sacudieron en sus últimos noventa días de gobierno. Ese proceso partidario interno me parece particularmente interesante porque, creo, presenta como condensados los problemas y tensiones que recorren el país entero.

A partir del golpe de Setiembre el peronismo siguió siendo una gran fuerza, sobre todo electoral, pero sufrió una evidente merma en cuanto al poder numérico directo. Es indudable que se apartaron de él la mayor parte de los grandes contingentes de clase media que colaboraban en la composición de sus amplias mayorías. De tal modo, el peronismo aparece cada vez más como un movimiento formado por la clase obrera. También se alejaron los representantes más ilustres de la derecha nacionalista que formaron su grupo intelectual y que, en cierta proporción, lo proveyeron de una ideología. A pesar de esos hechos, el peronismo, como organización, no ha variado —o no ha querido variar— sus esquemas. Ni aun la persecución, que funciona siempre como un factor de cohesión y de estímulo, ha logrado que supere sus viejos problemas. Al contrario, parece haberlos agravado. El peronismo se encontró durante el gobierno militar no solamente en la oposición política, sino también en una oposición clasista bien marcada, advertida tanto desde su ángulo como desde las esferas oficiales. Se puso en evidencia de un modo actual y radical el enfrentamiento de las clases: aquello que había estado potenciado durante el peronismo, sólo descubierto a medias entre junio y setiembre, y más por las clases altas que por las clases populares: que el enfrentamiento de clases excede en ciertas coyunturas los planteos circunstanciales y pone sobre el tapete el manejo de la sociedad global. Frente a eso, el peronismo demostró haber llegado a los límites de su capacidad para expresar la nueva situación.

Por una parte, la dirección del movimiento siguió estando en manos de un grupo de políticos de la clase media, seleccionado de entre los viejos cuadros. Por otra parte, y eso parece aún más importante en un partido colocado en la ilegalidad, los periódicos aparecidos fueron dirigidos y redactados por elementos políticos de la clase media, todos o casi todos ellos formados en la ideología de nuestro nacionalismo de derecha tradicional, aunque con un estilo algo más populachero. Finalmente, se pretendió organizar una dirección sindical, como apéndice de la política. Frente a ella, sin embargo, se fué levantando otra central gremial, con raíces más directas en la base. El peronismo se debate entonces en la confusión y la ambigüedad, oscilando entre la demagogia y la rebeldía estéril y múltiples intentos de oportunismo político. Por una parte propone el sabotaje, los atentados y el voto en blanco revolucionario, por la otra intenta lograr la legalidad con objetivos puramente políticos. En esa situación —aún más caótica en los hechos por las innumerables rencillas internas que lo desgarran constantemente— el peronismo realizó el 28 de julio de 1957 una hazaña que no tiene precedente alguno: un masivo voto en blanco que exigió una movilización de más de dos millones de personas, muchas de ellas privadas de medios de comunicación fáciles, y casi todas —sobre todo en el interior del país— privadas de conocer con precisión lo que estaba ocurriendo. Aun admi-

(1) En este país, en efecto, todos los partidos son anticomunistas, desde los conservadores hasta los socialistas, y en la mayoría de los casos anticomunistas militantes. Ya han quedado muy lejos en el recuerdo los embriónicos frentes populares: tan subordinados culturalmente está nuestro país que tiene menor independencia que otros muchos de Latinoamérica. En Chile, en Brasil, sin ir más lejos, los partidos no temen cuando lo creen necesario o útil a sus intereses buscar el apoyo o la alianza con los comunistas. No se trata aquí de que eso sea intrínsecamente bueno o malo; simplemente señala que partidos de toda clase, aun burgueses (como en el caso de Adhemar de Barros) tienen la suficiente independencia de criterio como para buscar los aliados que les parezca conveniente. Entre nosotros, en cambio, fué común ver a hombres de todas las tendencias asociarse a los comunistas en la política, cuando la Unión Soviética no era un peligro inmediato para nuestros centros imperiales, cuando era su aliado, o cuando en Europa se forjaban alianzas con los comunistas. Actualmente esos mismos hombres se persignan o hacen cuernitos en cuanto se les menta el nombre del comunismo. Solamente algún que otro individuo aislado se permite aparecer junto con comunistas o aun con personas marcadas como filocomunistas en cualquier actividad pública. No es necesario que exista un macartismo expreso como el de la famosa Junta de Defensa de la Democracia; miedo a aparecer como comunista o sincera repulsión hacia ellos, ya algo ha pasado a formar parte de la conciencia misma de los miembros de nuestros cuadros políticos e intelectuales, que ni siquiera advierten claramente cómo han sido manejados sus sentimientos y sus ideas, ayer en favor de una cierta tolerancia o hasta verdadera amistad con el comunismo, hoy en pro de su rechazo. Casi solamente en la intransigencia existían grupos fuertes en relación cordial con el P. C., y entre los dirigentes del ala izquierda muchos tenían un frecuente trato con los hombres del comunismo y con las ideas marxistas.

serían esporádica ó permanente como se puede.

tiendo que parte de la maquinaria política peronista sobrevivió bajo la proscripción —y eso es cierto—, aun admitiendo que los sindicatos reemplazaron en gran medida a esa maquinaria debilitada, creo que solamente la situación de oposición de clases hizo posible el fenómeno. Cuando los periódicos peronistas proclamaban el voto en blanco como un acto revolucionario, estaban en lo cierto. Pero el significado de esa revolución excedía ciertamente sus intenciones: no se trataba de una revolución política, se trataba de la revolución social. Las clases gobernantes al impedir el voto libre a las clases populares, y éstas al realizar un voto absolutamente negativo, declararon exactamente lo mismo: que estaban en cuestión los propios fundamentos de la república, que las reglas de la democracia burguesa, basadas en una supuesta colaboración de clases, en la inexistencia de las clases, o en la posibilidad de la representación de todas las clases en un mismo plano, ya eran impotentes para contener la realidad tal como se estaba dando.

No se trata desde luego de que el acto electoral sea por sí la revolución social. Se trata de lo que el 28 de julio estaba revelando y declarando. Revelaba lo que la burguesía había advertido al intentar el golpe del 16 de junio: que la situación había llegado a sus límites posibles. Pero ahora la situación era más nítida: La burguesía ocupaba el poder sin máscara, sin paliativo alguno; y la clase obrera íntegra se encontraba en la ilegalidad. Y declaraba que ya no era sólo la burguesía quien advertía hasta dónde estaban en cuestión problemas radicales, sino que también el proletariado lo advertía y lo expresaba. La clase obrera declaraba saber que estaba en la ilegalidad respecto de la legalidad burguesa. Ni aún vicariamente se sentía representada en las instituciones de la república.

Era justamente a partir de ese acto que se hacía expreso el problema. En los hechos, y no en una discusión de gabinete, se planteaban todas las cuestiones políticas finales de un solo golpe. Encarar en serio ese problema exigía enfrentar en conjunto, con seriedad y realismo, la situación nacional, y decidir frente a ella si se quería o no, efectivamente, un cambio de estructuras y en qué límites. ¿Era viable el acto insurreccional? ¿Podía el proletariado intentar la ocupación del Estado, o, al menos, existían las condiciones para que se realizara un ejercicio de gimnasia revolucionaria? ¿Era eso oportuno? ¿Posible? ¿Deseable? Resolverlo significaba para cualquier movimiento político resolver con claridad y en concreto cuáles eran sus objetivos y cuáles los medios, la táctica, para lograrlos.

El peronismo desde el poder había dado una respuesta a tales preguntas. Y esa respuesta había llevado al 16 de Setiembre de 1955. También el 16 de Setiembre era una respuesta a esas preguntas. Y esa otra respuesta había llevado al 28 de Julio. No eran las únicas respuestas posibles, y en verdad cada partido político, cada grupo, proponía la suya. Para ser más exactos, tanto el proceso peronista como el proceso "16 de Setiembre" contenían más de una respuesta, y su choque ha sido reiteradas veces visible, en algunos casos hasta de modo nítido y tajante, como en el famoso 13 de Noviembre de 1955.

¿Cuál fué la respuesta que dió el peronismo desde la oposición? Ya lo hemos dicho: llevando hasta sus límites la ambigüedad que vivió desde el gobierno. Pero una cosa es estar en el gobierno y otra muy diferente estar en la oposición. Y muy otra la situación del país en 1957 comparada con 1945. Así la ambigüedad de hoy tiene exigencias que no tenía la ambigüedad de ayer, y no existen las posibilidades que ayer se ofrecían para que esa ambigüedad permitiera un relativamente ancho campo de maniobra. El peronismo expresó un proceso —y seguramente también sus necesidades— cuando unió en un programa común el desarrollo económico nacional, la autonomía de la sociedad global y la justicia social. Frente al mundo que acababa de salir de la segunda guerra mundial y con una situación financiera favorable, ese programa podía llevarse adelante sin comprometer

las estructuras sociales. Ya en 1955 no era posible seguir haciéndolo. De ahí los violentos zigzags que llevan desde las tratativas con la Standard hasta las amenazas de armar a los sindicatos. Frente al dilema que replanteaba el 28 de Julio, el peronismo arbitró un camino puramente político, aplicando experiencias ya probadas en Latinoamérica. Buscó y encontró un partido que solamente podía llegar al poder con su apoyo y que le prometía devolverle la legalidad.

Una vez Frondizi en la Casa de Gobierno comenzó un rateo constante. Por una parte, el peronismo se constituyó en un principio en el más firme apoyo del gobierno para el cumplimiento de la política económica de éste; por la otra, el gobierno dosifica sus concesiones: deja actuar al peronismo más o menos abiertamente, pero no lo legaliza como partido: dicta una ley sindical que promete al peronismo la recuperación de la mayoría de los gremios, pero negocia separadamente con los dirigentes sindicales para tratar de dividir los frentes. El peronismo entonces descubre que le es necesario condicionar su apoyo, tanto para obtener algunas ventajas como para justificar su subsistencia política, bien difícil de lograr en el caso de seguir ceñido a un compañerismo oficialista riguroso. La base obrera y de baja clase media peronista, por su lado, se ve enfrentada con los hechos económicos y sociales concretos que la política gubernamental plantea. Frente a la presión de esa base los dirigentes se ven empujados a pasar de una alianza grufona y hasta —a ratos— gritona, a la oposición frontal. El gobierno entonces —sea cual fuere el juego de fuerzas que opera detrás— vuelve a plantear la misma opción que llevó al 23 de Febrero. Y el peronismo vuelve a dar marcha atrás para reiniciar a los pocos días el proceso. En este ir y venir aparecen momentos que marcan la crisis: la huelga petrolera y la huelga general del mes de enero. En esos instantes vuelven a adquirir agudeza absoluta las cuestiones que yacen en la entraña de la situación: sindicatos en huelga que ya no discuten problemas de salarios o de condiciones de trabajo, sino la conducción misma del país. Desde luego, los convenios colectivos de trabajo —sobre todo cuando comprenden otros puntos en las discusiones además de los salarios— introducen una fisura en la estructura del capitalismo. Pero esa fisura es relativa: los contratantes se siguen moviendo dentro del marco de la legalidad global, y hasta cierto punto puede admitirse que la ratifican, por el proceso mismo en que la problematizan. Huelgas como las citadas llevan decididamente la cuestión al plano fundamental del gobierno de la sociedad global. En tales momentos el peronismo prefiere mantener su equívocidad: prepara una huelga por el costo de la vida, que aumenta las dificultades del gobierno pero que intenta retirar la discusión del plano en que se encontraba; o, después de haber declarado una huelga por tiempo indefinido, sólo justificable si se pretende el asalto al poder, la levanta intempestiva y lamentablemente, casi como si se quisiera quebrar a la clase obrera.

En resumen, el peronismo recién ahora ha descubierto los defectos de la política económica del gobierno; pero teme que si se lanza frontalmente contra él, el poder sea rápidamente presa (por caída o por absorción del elenco oficial) de los grupos *gorilas*. Y al mismo tiempo, el peronismo no quiere, no puede, teme no poder, o simplemente teme lanzarse él a la conquista directa del poder.

La presión sobre el gobierno debería llevarlo a obtener su legalización como partido, y esto, poco a poco, a conquistar posiciones políticas. La Ley de Asociaciones Profesionales debería llevarlo a conquistar el manejo de las organizaciones sindicales. Pero el gobierno tiene que desarrollar su propio juego, a base de la absorción de sectores peronistas, y, conjuntamente, se ve frente a las presiones que le impiden tratar directamente con el peronismo. Triunfando parcialmente, el peronismo adquiriría peso suficiente como para negociar como partido político. Aun en el caso de que esto le fuera posible no se ve qué política de fondo, qué direc-

ción general piensa encarar. Un triunfo general —aun con lo improbable que parece— sólo plantearía lo mismo en términos más agudos. Pero, mientras tanto, el problema va descarnando sus verdaderos términos: los sindicatos son lanzados a la oposición (huelgas por el costo de la vida, huelgas por problemas de política general), en parte por las puras necesidades políticas del peronismo como partido en parte como necesidad de los dirigentes de recuperar prestigio ante la base, en parte por la presión de ésta. El gobierno, por sus propias necesidades, se ve a su vez obligado a enfrentar esas huelgas más o menos violentamente. Los hechos pueden ir arrollando a la táctica; es casi seguro que han de arrollarla. El problema para el peronismo es entonces aclararse hasta dónde está dispuesto a ser líder de su base obrera, y cómo y hacia dónde ejercer tal liderazgo, mientras los hechos lo presionan, empujando al proletariado por su propio camino.

LA DERECHA ANTILIBERAL

El nacionalismo, de acuerdo con sus mejores tradiciones, no ha logrado unirse después del 16 de setiembre de 1955.

La contestación de Marcelo Sánchez Sorondo a Héctor Llabías en el *Azul y blanco* del 25 de noviembre último marca un instante del rompimiento del actual nacionalismo en por lo menos dos corrientes bien marcadas: una oficialista, otra furiosamente opositora. Pero esa nítida dicotomía es más aparente que real. El nacionalismo ha sido siempre un puñado de tendencias dispares, de individuos no siempre compatibles entre sí, hasta de diferentes tradiciones. Es común, desde los frentes contrarios al nacionalismo (tanto desde el liberalismo tradicional como desde la izquierda) resolver el problema unificando a todo nuestro nacionalismo bajo el rótulo de fascismo, y suponiendo que todo él está constituido por católicos, hijos segundones de nuestra oligarquía, enamorados de los regímenes totalitarios europeos. (1) Se les devuelve así la estrecha perspectiva que ellos usan al ver un marxista en cualquier liberal. Pero no son sólo los adversarios los que hacen del nacionalismo una actitud común, reconocible a pesar de las divergencias entre ellos; también los propios nacionalistas reconocen una especie de fraternidad que supera esas divergencias. Lugones y Rojas fueron anticatólicos decididos, y sin embargo nuestros actuales nacionalistas reconocen al primero como a uno de sus *padres* y en el segundo a algo así como a un pariente que luego se descarrió; Mario Amadeo es un aristocratizante y Castellani un barroco con proclividad populachera; Jauretche es ateo, materialista, economicista, estatizante; Marcelo Sánchez Sorondo es partidario de los gobiernos fuertes (cesaristas), católico, estatizante; Meinvielle es, desde luego, católico, pero antiintervencionista, partidario de la libre empresa; los Irazusta son también libreempresistas y de un antiperonismo cerrado; Olmedo es un viejo fosilizado en un antiliberalismo sacristanesco del que afloró alrededor del Congreso Eucarístico Internacional; Chávez —de las últimas generaciones— llegó hasta a colaborar en una revista marxista. Todos ellos se reconocen entre sí, sin embargo, con alguna reticencia en lo que respecta a los declaradamente no católicos, pero nada más que reticencia, no desconocimiento. La contestación de Sánchez Sorondo a Llabías es la obra de un amigo defraudado, no la de un enemigo. La propia historia del nacionalismo es también aparentemente una sucesión de contradicciones: antes de 1916 (allí donde hay que poner aproximadamente los orígenes del nacionalismo) fué, sobre todo por obra de Ibarra, un intento de proveer a las clases conservadoras de una explicación frente a los disturbios sociales y de un método de acción para dominar-

(1) No estoy trazando caricaturas. El liberalismo construye sus mitos montados sobre el carácter *sagrado* de las estructuras que expresa, y esos mitos terminan por tener tanta vigencia objetiva como carácter religioso. Refiriéndose a Pérez Jiménez, decía *La Prensa*: "Fruto maldéfico de la infiltración totalitaria en el Nuevo Mundo" (Editorial, 11-12-58).

los asimilándolos, es decir, la propuesta de una política inteligente y paternalista. Durante las huelgas de la posguerra del 14, el nacionalismo fué apenas otra cosa que una brigada de matones distinguidos, con algunos slogans irracionales tanto como para que se sintieran autojustificados; durante los últimos tiempos del yrigoyenismo no fué casi otra cosa que los grupos de choque usados por la vieja oligarquía contra aquél, pero ya entonces se estaba elaborando una ideología opuesta a la de la oligarquía liberal, y basada en su mayor parte en el corporativismo fascista. El desarrollo de esa ideología le permitió aceptar el populismo peronista. Y eso los convirtió a ellos, los antiguos despreciadores de la plebe, los ex-camelots, los jóvenes *pollos* de nuestro distinguido barrio norte, en aliados de uno de los movimientos más plebeyos que ha conocido el país, mucho más, por cierto, que el *peludismo* que llenaba de horror a sus familias en 1916. Para 1943 Marcelo Sánchez Sorondo creía poder ver a "los grupitos nacionalistas" transformados en "flor de pueblo" y poder decir que ellos, nuestros nacionalistas, habían superado a Maurras, pues "al talento de Maurras le faltó descubrir la multitud, que luego, desde su balcón, hallaba el genio de Mussolini" (2). Unos años antes, en 1939, Ernesto Palacio, Castellani y Jacobella coinciden en afirmar la necesidad y "probable inminencia" de un *cesarismo popular*, o para decirlo con palabras de Castellani "de un Yrigoyen mejor que el otro... un Rozas o un Moreira, a falta de un Mussolini".

Sin embargo, el nacionalismo seguía siendo aristocratizante y conservador, en esos mismos momentos en que se congratulaba de su encuentro con el pueblo y mientras apelaba a él. Y pocos años después, cuando la historia les había deparado el César que invocaran, los nacionalistas se quejan de que ese *César popular* ha destruido la jerarquía, despreciado la *calidad individual* y sofocado toda posibilidad de *tarea minoritaria en aras de la igualdad* (3). No terminan aquí todas las aparentes contradicciones. Al contrario, podría hacerse una larga lista de ellas. Basten algunas más, suficientes para los fines que tengo en vista: El nacionalismo proclamó el derecho a alzarse con el poder por la fuerza, y llamó para hacerlo al ejército. Y tantas veces como lo hizo, se arrepintió, luego de haberlo hecho. Así lo declararon después del 6 de setiembre de 1930, cuando vieron burladas sus esperanzas de que Uriburu se dejara guiar por ellos y, como se lamentaba Gálvez en "Este pueblo necesita", descubrieron que su hombre fuerte era prisionero de los políticos conservadores. Así lo declaran con alguna timidez S. Sorondo y Castellani en "La revolución que anunciamos", poco después del 4 de junio de 1943. Y los antiguos burladores de las formas democráticas, los panegiristas de la violencia, advirtieron que "el exceso en el uso de la fuerza" y la violación de la legalidad pueden tener resultados peligrosos (*Presencia*, 13 de julio de 1956; *Azul y blanco*, 16 de abril de 1957). Gálvez defendía en 1934 a los radicales, y acusaba al resto de los nacionalistas de conservadores. Carulla fué aliadófilo sin vacilaciones. Lugones lo fué en la primera guerra mundial, aunque después se arrepintiera. Villafañe fué antirosista. Casal Castel repudiaba a los nacionalistas extranjerizantes y Carulla a los no católicos.

¿Quiere decir todo esto que el nacionalismo no tiene un significado real entre nosotros? ¿Que es, a lo sumo, un puñado heterogéneo de hombres, importadores de doctrinas ajenas, anárquico y sin importancia? ¿Cómo han llegado entonces a nuclearse, a reconocerse entre ellos, a reconocer enemigos comunes, y hasta a desarrollar, no hay duda, una

(2) Marcelo Sánchez Sorondo, "La revolución que anunciamos", 1945, pág. 247, de un artículo publicado en *Nueva política* en mayo de 1943. Ernesto Palacio, "La historia falsificada", 1939, páginas 12 y 152.

(3) Etcheopar, "Esquema de la Argentina", páginas 98, 104, 123. Respecto de las otras alusiones no es necesario ir muy lejos a buscarlas; en el libro de S. Sorondo citado se encuentran prácticamente a cada página frases como éstas: "... en el argentino del siglo pasado seduce su calidad. No era un cualquiera sin tiempo ni lugar, ... Su hombría le vino de su estirpe y de su época ...". "... las gentes del régimen mantenían su señorío de modos, un europeísmo auténtico ... y cierta cordial emoción criolla" (págs. 31 y 204).

hábil y eficaz política? ¿Será quizás un núcleo reaccionario que voluntaria y deliberadamente copió el fascismo europeo como solución ideológica para los problemas que el liberalismo no podía solucionar coherentemente? ¿O, simplemente, un grupo de conservadores oportunistas? ¿Se trata de una mera importación ideológica, en efecto? ¿O, al contrario, y como quieren los propios nacionalistas, un producto nacional genuino?

Una de las cosas que quienes militamos en la izquierda debemos necesariamente comprender, si queremos comprender real y eficazmente este país, es justamente el nacionalismo. No podemos seguir saliendo del paso con esquemas y formulaciones externas y apriorísticas. Eso puede resultarnos más fácil y hacernos sentir más cómodos, pero vamos a seguir siendo incapaces de entender y de operar sobre los datos que tenemos entre las manos. En la acción hemos debido obrar con respecto al nacionalismo en una forma que contradice todos los esquemas con los que habitualmente nos hemos movido. Y, en verdad, hemos llegado a aceptar que esos esquemas, no sólo no cubrían íntegramente nuestra realidad, sino que eran esos esquemas los que estaban en contradicción con la teoría fundamental que habíamos extraído de una realidad más general. Nuestra situación no es en efecto una excepción, sino un caso especial, no tan desusado, por otra parte. Pero esa aceptación ha sido hasta el momento más implícita que expresa, o la hemos reducido a casos parciales. Es necesario que las izquierdas emprendamos un análisis y una discusión general y a fondo de nuestra situación, sin tabúes, sin deseos de justificarnos, ni de justificar nuestros errores, sin preconceptos, evitando en lo posible las aproximaciones gruesas, que pueden ser necesarias en la acción inmediata, pero que son francamente perniciosas para la acción en profundidad y a largo plazo. ¿Algo más? También algo más: sin vanidad y sin sectarismo. En ese sentido, por cierto, tenemos mucho que aprender de las derechas, que saben reconocer con certeza cuáles son sus enemigos. Nuestra elaboración teórica está evidentemente lastrada de todo eso, y también del doctrinarismo de café, carente del imprescindible rigor y de la audacia fundada necesarios. Debe entrar en el terreno de la polémica escrita, que exige el riesgo de la formulación precisa y de la permanencia.

Debe disculpármese el tono, si es que tiene, como temo, algún tufo de maestro ciruela. Pero es justamente en torno al nacionalismo donde se me hacen más patentes nuestras limitaciones, y se trata aquí, creo, de un punto en donde debemos extremar las exigencias, si es que queremos ser capaces de superar el lastre de positivismo liberal de que está impregnado nuestro pensamiento. Libros especialmente dedicados al tema, como el de Troncoso o el de Spilimbergo, demuestran acabadamente que no hemos sido capaces de lograrlo todavía, con la diferencia que va, sin embargo, de una obra que no supera los estrechos esquemas liberales a otra que sí lo hace, pero que permanece en el plano de la polémica inmediata. (1)

No pretendo aquí llegar a hacerlo. Ni es seguro que pudiera, aunque lo pretendiera. Si pretendo establecer algunos hechos que me interesan especialmente para los fines generales de este trabajo.

Nuestro nacionalismo tiene una coherencia interna mucho más apreciable de lo que puede parecer a quien se deje atrapar en las anécdotas y los detalles. Pero no ha nacido armado y completo, ni es una mera traducción. Ha crecido lentamente como producto natural de las necesidades de una clase, en las especiales circunstancias de nuestro país. Ha recurrido a teorías y prácticas elaboradas en lugares centrales de nuestro orbe capitalista, pero con eso no ha sido ni ilógico ni aberrante. Dada nuestra situación dentro de ese orbe, esa traslación, desde el punto de vista de quienes la han efectuado, es perfectamente justificable, y si en

(1) Oscar A. Troncoso, "Los nacionalistas argentinos". Jorge E. Spilimbergo, "Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario".

ciertos momentos la misma ha sido demasiado literal, eso se debe precisamente a la situación misma: en general, la teoría válida para el conjunto del orbe en que nos encontramos es también válida para nuestro país. La tendencia a la traslación directa e íntegra se debe a nuestra posición de dependencia, que nos hace tender al mimetismo. Pero lo mismo puede decirse de todo lo demás: ideologías de cualquier tipo, técnicas u otras formas culturales. Es desde luego absurda la pretensión de autoctonismo ideológico reivindicada por nuestros nacionalistas. Pero no menos errada es la acusación liberal de plagio. Aun cuando los grupos nacionalistas se han dejado deslumbrar en dos o tres ocasiones por éxitos europeos, las circunstancias locales han presionado sobre ellos lo suficiente como para que hayan introducido en su ideología y sus prácticas todas las modificaciones necesarias para adaptarse a la situación. Y se han adaptado, lo que no todos podemos decir.

Es posible ubicar los orígenes de nuestro nacionalismo en la actitud tomada por nuestra sociedad ante la irrupción de las primeras grandes olas migratorias y la llegada del gran capital en la segunda mitad del siglo pasado. Todas nuestras capas sociales sienten que se destrozan las estructuras en que vivían, las formas sociales a las que pertenecían, y reaccionan de un modo u otro contra la nueva situación. La xenofobia y la nostalgia del pasado son las dos maneras concretas en que se traduce esa reacción. Alem, Sarmiento, la literatura de la época (Cambaceres, Martel, Hernández), episodios como el degüello de gringos en 1872 conocido con el nombre de "asesinatos de Tandil" en la jerga forense de la época, son suficiente muestra de la resistencia que oponía una forma social a las transformaciones que se producían.

Pero no son esas las únicas reacciones que se producen en nuestra sociedad *invadida* por el mundo del siglo XIX. A pesar de que nuestras clases altas han sido conquistadas por la ideología liberal, las contradicciones que eso significa en un país que está siendo colonizado por el capitalismo, se manifiestan de muchos otros modos que por el repliegue defensivo señalado por los dos datos marcados. Ese no es más que el movimiento irracional de defensa. Al mismo tiempo se produce un movimiento de apertura hacia las fuerzas exteriores, en el que nuestras clases dominantes tienden a realizarse como tales en las condiciones que el orbe en el que la Argentina ha ingresado exige. En concreto, nuestras clases altas necesitan convertirse plenamente en clases capitalistas. Y en clases capitalistas autónomas, única forma de realizarse efectivamente como clase dominante y de desarrollar todas sus posibilidades. Es muy temprano todavía y nuestras clases altas están muy inmaduras como para que adviertan plenamente y de inmediato que la aplicación de las teorías liberales, sobre todo en su faz económica, si bien facilita la puesta en marcha de nuestras potencialidades capitalistas, las coloca en una situación sin posibilidades de desarrollo completo. El liberalismo ortodoxo habrá de recorrer mucho camino todavía en nuestro país. Pero ya desde un principio se notan las primeras contradicciones, y las primeras tendencias a un empirismo proteccionista, tal cual como había sido practicado por todos los capitalismo de los países centrales. La actividad del Partido Autonomista en los escasos días en que fué presidido por Sarmiento, la de Carlos Pellegrini y Vicente Fidel López durante la crisis de 1873, la de Aristóbulo del Valle en el "Club 25 de Mayo", la de la Unión Industrial en la década siguiente, dan fe de esa tendencia al proteccionismo, como de una necesidad interna de nuestra burguesía. Necesidad que, sin embargo, habría de ahogarse casi al nacer, al convertirse nuestras clases altas en apéndices del centro imperial británico, en apenas algo más que unos administradores de una colonia productora de materias primas. Nuestra clase superior será así cada vez más una casta frustrada, incapacitada de convertirse en una clase con sentido creador e impedida de sentirse autojustificada,

ya que sólo por muy poco tiempo mantuvo la ilusión de estar representando al conjunto de la sociedad en cuyo ápice se encontraba.

En esa sociedad, mientras tanto, se van produciendo profundos y rápidos cambios, tanto por el desarrollo de las fuerzas internas como por la constante presión del exterior sobre nuestras estructuras relativamente débiles. Sumamente conocidos, es conveniente destacar algunos de sus rasgos, sin embargo, para iluminar más de cerca las características de nuestro nacionalismo. Los años que van del fin del siglo pasado al fin de la primera guerra mundial se caracterizan por dos hechos sociales muy marcados. El constante empuje de la clase media por lograr el poder político, al fin alcanzado en 1916, y la continua agitación obrera. La primera es algo más que una presión política normal: jalonada por revoluciones de hecho derrotadas a partir de la del 90, configura una verdadera revolución social y un producto de la inmigración, con todas sus características, propias de un país semicolonial como el nuestro. Se trata de una revolución de la clase media, y de una clase media hija, en su mayor parte, de extranjeros. Por eso su ambigüedad frente al poder y frente a las otras clases, por eso su tendencia al nacionalismo, su demagogia y la facilidad con que cae en los estallidos de violencia. Para las clases altas se trata poco menos que del avance de la chusma, del extremismo extranjero, de una sublevación de los *de abajo*, que viene a subvertir el orden social, a arrasar con todas las normas, inspirada en doctrinas *maximalistas*. Los movimientos obreros, a su vez, revisten un aire y un contenido que hoy casi no podemos entender. Pues en aquellos años, las huelgas, las proclamas y los discursos, aun cuando se trataba de los más modestos reclamos gremiales, planteaban las cosas en el terreno de la revolución social inmediata: toda huelga era, al menos en las palabras, una huelga revolucionaria o poco menos, todo reclamo un prolegómeno de la guerra definitiva contra el Estado burgués. Era los años del anarquismo, de los crímenes políticos, de las bombas, de la muerte de Ramón Falcón. Los años, también, de la revolución mejicana, de las revoluciones bolcheviques en Europa. Y también una época en la que los trabajadores eran explotados de un modo que hoy nos parece casi increíble, en que las tensiones sociales tomaban caracteres agudos y terribles entre unos patrones que consideraban cualquier petición obrera como un delito, merecedor de los castigos más extremos, y los obreros veían a los patrones tal como se comportaban: como amos de esclavos. El triunfo de la revolución en Rusia llevó las cosas al histerismo: las clases altas se veían ya degolladas por las turbas desenfrenadas, por los *extranjeros* que agitaban a esas masas hasta ayer nomás dóciles y amables. Soñaban con un pasado diferente, que recubrirían de los colores más idílicos, y con extranjeros de aspecto siniestro que habían venido a convulsionar esa patria hasta ayer nomás pacífica y hermosa (1). Simultáneamente se sentían incapaces para impedir tales trastornos.

Desde principios de siglo, las fuerzas conservadoras van buscando los métodos que permitan evitar o, al menos, encauzar, el cambio. Algunos de modo inconsciente, otros racional y conscientemente, sus componentes advierten que las reglas del liberalismo no funcionan para la nueva situación, pues no proveen de los instrumentos que permitan defender los privilegios que el propio sistema ha creado. Muy pronto aprenden los métodos que pueden utilizar en su defensa: la violencia, legal o no; un cambio de trato respecto de las clases desposeídas, que suavice las injusti-

(1) Esta descripción puede parecer una caricatura, pero está lejos de serlo. No eran sólo las buenas señoras patricias las que veían así el estado del país. Las clases altas, las personas *decentes*, sentían realmente, sinceramente, que el mundo se desquiciaba, que el horror y la barbarie habían entrado en la Argentina. Las figuras políticas más prominentes de la época llamaban a las fuerzas conservadoras a agruparse para evitar el triunfo del extremismo. El presidente De la Plaza, en su mensaje al Congreso de 1914 se lamenta de que los *grupos moderados* no hubieran sabido actuar con eficacia para impedir el progreso de los *partidos extremos*: el radicalismo y el socialismo. Y reconoce la impotencia, la *esterilidad* y la *corrupción* de esos grupos, que los ha llevado a ese estado de impotencia.

cias más agudas y que tienda a calmar el antagonismo de clases; la apelación a ciertas instancias supuestamente colocadas por encima de esos antagonismos, que les permita, por una parte, sentirse justificadas en su condición de privilegio, y por la otra encontrar una comunidad que englobe la lucha de clases, que le sea superior y permita declararla injustificada o meramente circunstancial. Y, además, la búsqueda de razones y de causas que permitan declarar los conflictos y la tendencia al cambio como algo artificial, antinatural, contrario al *orden real de las cosas*, la búsqueda de razones que permitan ocultar los hechos, las razones visibles de su decadencia y de los trastornos. Porque las clases dominantes deben encontrar algo más que útiles instrumentos para la lucha directa e inmediata, deben además justificar esa lucha, ante los extraños y ante sus propios ojos, deben hacerla justa. Y el liberalismo, en la aplicación lógica inexorable de sus principios no les da esa justificación; al contrario, justifica a sus adversarios.

Hay algo que debe ser bien entendido si se quiere acercarse comprensivamente a los fenómenos sociales, y que nunca se repite y recalca bastante: Las clases dominantes no obran por un deliberado y racional cálculo en defensa de un orden que las coloca en situación de privilegio, sino en muy pequeña medida. Creen sinceramente que ese orden es legítimo y natural, más, que es el único posible, el único que la realidad admite, y tienden a confundir tal orden con el Orden, la forma especial de cultura en la que viven con la Cultura, la sociedad tal como es, el hecho de una sociedad estructurada en un modo de civilización particular, con la Civilización. Y cuando las ideologías que sustentan se muestran incapaces de justificar ese orden que los hechos cuestionan, tienden naturalmente a desechar esas ideologías, reemplazándolas por una nueva racionalización que justifique el hecho de su situación de privilegio. Así, al mismo tiempo que reaccionan de hecho contra los hechos que ponen en cuestión *su orden*, buscan las razones que den sentido a la defensa de ese orden. En tanto esa ideología de reemplazo no se constituye, o mientras no obtiene el consenso general de su clase, o si las circunstancias no la hacen suficientemente viable, es necesario valerse de un empirismo oportunista, hecho de concesiones a la realidad y a las ideologías anteriores, que sobreviven como restos casi arqueológicos, complejamente relacionados con los mitos que las clases van constantemente realizando. Tal proceso no es, desde luego, homogéneo ni instantáneo. El grueso de la clase tiende a mantenerse por inercia dentro de los esquemas de las viejas ideologías, mientras algunos grupos, por causas generalmente muy particulares, hacen, por así decirlo, de exploradores de su clase, adelantando experiencias que el conjunto de la clase toma luego o rechaza. En nuestro país ese proceso se complica, por nuestra especial situación de dependencia, se reviste de una notoria autoridad y de atractivo experiencias que se cumplen en los países centrales, y porque las transformaciones en nuestras estructuras locales sufren la violenta influencia de los cambios ocurridos en el orbe en el que estamos incrustados.

Ese papel de exploradores es el que han cumplido durante varias décadas los grupos nacionalistas, con preferencia a cualquiera de los otros grupos ideológicos de nuestras clases conservadoras.

El proceso comienza muy tempranamente entre nosotros, y se cumple en las tres primeras décadas de este siglo, en las que se elabora casi completamente la ideología nacionalista. Sus principales artífices, los padres de nuestro nacionalismo, son dos hombres aparentemente muy desiguales entre sí, Carlos Ibaguren y Lugones. Dos ejemplares típicos, sin embargo, de nuestras viejas familias tradicionales, enfrentados con la nueva situación, tal como la he resumido antes. Ellos tratan de proveer a su clase de una ideología apta para las nuevas circunstancias.

A comienzos del siglo, las clases conservadoras ya buscan los medios para defender el statu quo: se dictan las prime-

ras leyes represivas y se proyecta el Código del Trabajo. Paternalismo, protección por el poder político para las clases menos favorecidas, y medidas para evitar que esas clases sean perturbadas por *aguidores sociales*, es decir, paternalismo también, pues se supone al proletariado como incapaz de rebelarse por sí mismo y vigilable como un niño pasible de ser descarriado por malas compañías. Pero se trata también del abandono del liberalismo ortodoxo, de su corrección. Ibarguren representa cabalmente esa primera faz del liberalismo reformista: funcionario del gobierno, propone ya a principios de siglo medidas de protección social, y a partir de 1912 parece haber estructurado un sistema coherente que evite el empuje extremista y permita la defensa de las clases conservadoras. Una adecuada legislación social que protegiera a las masas obreras, librándolas de su mísera suerte, evitaría su rebeldía y la influencia de los agitadores. ("La historia que he vivido, páginas 224, 249, 283). Ese programa es incorporado por Ibarguren a la alianza que los conservadores intentan oponer al avance del radicalismo: el primitivo Partido Demócrata Progresista. Pero ese intento está llamado al fracaso: la verdad es que la vieja oligarquía está desgastada, que ya no responde a las estructuras que se han ido desarrollando, y que es incapaz de inventiva y de espíritu de lucha. El P. D. P. prácticamente se disuelve antes de las elecciones; los caudillos conservadores se ríen de De la Torre, de Ibarguren y de sus amigos; Yrigoyen llega a la presidencia de la República. Mientras tanto, comienzan a llegar al país los primeros ecos de los ideólogos europeos que dan por fracasado el liberalismo y el racionalismo en que se sustenta. Maurras, Peguy, Maeztu. Las clases conservadoras buscan fundamentos irracionales a un orden jerárquico que supone diferencias sociales y privilegios intocables, que no pueden justificarse por la ideología liberal. Al mismo tiempo, las crisis del final de la guerra y de la inmediata posguerra, agudizan esa necesidad de defensa. Se achaca a la democracia liberal traer el peligro de sublevación de las masas populares, no sólo por permitir la explotación de las mayorías, sino por sostener ideas que justifican esa sublevación. En 1919 Ibarguren habla sobre Peguy en el Consejo de Mujeres. En 1922 da su curso sobre Rosas en la Facultad de Filosofía y Letras, sosteniendo la teoría de las dictaduras trascendentales. Ese año se publica en castellano *La crisis del humanismo* de Maeztu. Ya no se trata de corregir al liberalismo. Se trata de proponer y justificar su abandono, su fracaso irremediable. Porque esos años las clases altas han vivido dos experiencias concretas: el triunfo de las clases medias, de la chusma radical, por la vía del sufragio universal, y el choque violento con el proletariado. El año 1919, el mismo año en que Ibarguren descubre públicamente a Peguy, se funda la Liga Patriótica, y su fundador, Manuel Carlés, es un "bravo y romántico" amigo de Ibarguren, según éste nos recuerda. En esos momentos, también, la oligarquía local descubre con horror que los grupos intelectuales salidos de su seno, sus hijos educados en la Universidad, mezclados con los hijos de la clase media, han adoptado las ideas revolucionarias y anuncian la revolución social al mismo tiempo que expulsan a sus prosectos profesores de la Universidad. En 1922 Leguía, en el Perú, da un ejemplo de lo que podía hacerse, masacrando a los reformistas sublevados. Al año siguiente Mussolini llega al poder. En julio de 1923 Lugones pronuncia en el Coliseo sus cuatro famosas conferencias con el auspicio de la Liga Patriótica. El superizquierdista que predicaba la revolución por desprecio a la vida burguesa, el provinciano descendiente de la vieja argentina, descubre la necesidad de refugiarse en esa patria anterior, tradicional, que ve amenazada por la guerra exterior (Brasil y Chile), por el triunfo de la plebe transformada en "clientela de la urna", por la "masa extranjera disconforme y hostil". Y mucho antes del discurso de Ayacucho en el que proclamó la hora de la espada anuncia: "si ante el doble

peligro que nos amenaza... no hay decoro ni esperanza sino en las espadas argentinas, allá hemos de ir a buscar". Comienza la evolución que llevará al 6 de setiembre de 1930. Lugones llama, frente al ministro de Guerra, general Justo, en su sonado discurso de Ayacucho, al ejército, para que salve la "organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica", esa organización jerárquica que "la democracia ha malogrado hasta hoy, fatalmente derivada, porque esa es su consecuencia natural, hacia la demagogia y el socialismo", y comienza en *La Nación* esa campaña contra la "corrupción de la conciencia pública por la propaganda disolvente, de origen y hasta de subvención extranjera" que insiste en llamar al ejército a "restablecer la disciplina". Tal campaña, iniciada en 1927, sólo terminará después del 6 de setiembre, en circunstancias muy curiosas, sobre las que volveré más tarde. Mientras tanto, ha desarrollado el mito de que el comunismo es una forma de la "barbarie asiática" dirigida contra "la civilización", una "cruzada contra Occidente", un ataque de las masas fanatizadas por el socialismo y el mahometismo contra la cultura, contra la superioridad de los "intelectuales", pues concibe una república jerárquica dirigida por los más capaces. (*La organización de la paz. La grande Argentina*) (1). Se trata efectivamente de un mito, de una mediocre racionalización de la mitología que subyace en el comportamiento de las clases superiores. Pero, al mismo tiempo, el ideólogo de la derecha vislumbra algunas verdades que su clase se niega a ver: Las clases altas sentían que su mundo se desintegraba, y al reaccionar contra esa sensación buscan encuadrarse dentro de estructuras supraindividuales que les den sensación de solidez (2). El conservador típico lo único que atina es a tratar de capear el temporal, a realizar un remiendo aquí y otro allá, en la esperanza de que las cosas siempre han sido así y por lo tanto lo seguirán siendo. El nacionalista advierte, en cambio, que ese mundo a que pertenece se desintegra porque sus posibilidades no dan más. Lugones comprendió que la vieja estructura argentina, de un país rural, productor de materias primas para las naciones industriales, constituye un ciclo ya acabado, sin posibilidades de desarrollo. Propone entonces diversificar la producción ("acabar con la monocultura"), modificar el sistema de distribución de la tierra, terminando con el latifundio, liberarnos de nuestros mercados compradores, crear un mercado interno. Es decir, que propone convertirnos en un país moderno, liberado de su dependencia colonial, que permita el desenvolvimiento del sistema existente, y por lo tanto el desarrollo de nuestro capitalismo (*La grande Argentina*, 1930). Lugones, desde luego, ni inventa ni improvisa. En esos años Alejandro Bunge (fuente explícita de Lugones en la materia) predica cosas semejantes desde un más ceñido ángulo económico. Pero Lugones da forma a los datos, les infunde fervor y sentido político. Al mismo tiempo, es cierto, se aferra a las concepciones liberales más rígidas en lo que concierne a las relaciones de trabajo, negándose incluso a admitir que los trabajadores deban ser protegidos por una legislación especial, y sosteniendo el principio "republicano de la libertad

(1) En este punto, como en el resto de su obra, Lugones no es, por supuesto, original. No es necesario recurrir a Spengler ni a otras fuentes de moda en esos momentos: en rigor, se limitaba a expresar —como todos los que aceptan el mito del "peligro de color", el temor de los países coloniales frente a los pueblos explotados. En el texto desarrollo más estas observaciones.

(2) Como digo anteriormente, las clases altas, cuando se derrumba su mundo, sienten que se está derrumbando el mundo, y de acuerdo a tal visión actúan. Pero, tal como hago notar enseguida, tal sensación de derrumbe total no es del todo inexacta; apunta a una parte, superficial, de la verdad: la transformación de un mundo significa, en el período de transición, un momento de caos, de pérdida de límites, un momento en que las formas ya no responden a las estructuras, en que, como parte de ello, las clases dirigentes ya no son representativas, ni, normalmente, demasiado aptas. Eso, todo eso, es percibido cada vez con mayor claridad por los nacionalistas. S. Sorondo en la obra ya citada (págs. 231, 240) presenta con agudeza la visión de las clases altas: "Antes el país era, hasta los años del centenario inclusive, considerado en lo social, en su contorno vivo, resistente... más nación de lo que es hoy... el país se nos deshace descompuesto..." y propone frente a eso la alternativa y el remedio que cree oportuno: "La Argentina se mune de un Estado nacional, es decir, de una estructura sólida... o la Argentina se desnata, se destiñe y se pudre". "Sobre todo se trata... de precavernos contra la disgregación, contra el aniquilamiento. Sólo mediante el instrumento formidable del Estado... de un Estado hecho político, podremos rellenar la ciénaga". (La bastardilla es mía).

de contratar" (obra citada, *El orden público*), y esa es la opinión de no pocos de los hombres que militan o militarán luego en el nacionalismo. Pero se trata de opiniones personales; el nacionalismo en su conjunto ha ido elaborando una doctrina más o menos coherente, y esa doctrina ya corresponde a un grupo de opinión en vísperas del 6 de setiembre de 1930. No se trata de elucubraciones nacidas de la casualidad, o creadas en el aire: fuerzas reales que han ido apareciendo en la segunda década del siglo inciden en las tendencias de las clases altas, y se manifiestan en aquellos grupos de las mismas que están predispuestos a recibirlas con menos resistencia. Así, las necesidades de la incipiente industria que creara la guerra del 14, se manifiestan de modo más coherente en los grupos nacionalistas que en los propios industriales. La actividad de Bunge no se debe desde ya al azar (en la práctica trabaja por encargo de la Unión Industrial) y la Unión Industrial busca que los poderes políticos tengan en cuenta sus necesidades, peticionando algunas medidas proteccionistas y hasta haciendo alguna campaña industrialista. Pero las características improvisadas y poco firmes de los propios industriales y el mismo tipo de industria que se ha desarrollado (de carácter liviano, subsidiaria del extranjero y dependiente en su mayor parte en forma directa de la ganadería y de la agricultura) torna vacilante, sin objetivos claros, y poco coherente la acción de los industriales. Les impide crear una ideología, simplemente porque no existen las condiciones para que prospere una ideología de la burguesía industrial, pues no hay tal burguesía industrial con netos intereses independientes y suficientemente poderosos como para imponerse a los del conjunto de las clases altas, que le son contradictorios, o escindirlos de ellos.

Pero las necesidades reales de una industria, que sí existe y que crea nuevas condiciones de estructura, inciden en el pensamiento de los grupos ya apartados culturalmente, dentro de las clases altas, y se imbrican en su ideología. Por lo demás, vienen a sumarse a una tradición ya existente, de tipo proteccionista, y a entroncar en forma coherente en una ideología que exige un país autónomo.

Pero el nacionalismo también advierte otra cosa: que no puede concebirse una sociedad que funcione como colectividad global y autónoma —tal lo que es o pretende ser una nación— asentada solamente sobre los objetivos o pretensiones de sus clases superiores y exclusivamente sobre una concepción racional de la misma. El nacionalismo advierte, en suma, la necesidad de establecer una comunidad. Funda o pretende fundar esa comunidad en el pasado, en los datos, y tiende a confundir esos datos (que fueron realmente elementos de una comunidad, pero que son puramente históricos) con la esencia de toda comunidad posible, o, por lo menos, de toda comunidad posible aquí. Sobre ellos propone una empresa hacia el futuro. Y respecto de ese futuro, el nacionalismo cree ser capaz de predecirlo: ese futuro va a mantener las características esenciales del pasado, no porque así se desee sino porque la naturaleza humana es inmutable y tiende a comportarse siempre del mismo modo, y, por consecuencia, a producir siempre lo mismo como resultado de su acción. Siempre habrá grupos humanos que se combaten entre sí; siempre, dentro de cada grupo, unos serán dirigentes y ocuparán una posición dominante, y otros serán dominados y dirigidos. Así ha sido siempre, y seguirá siendo. Hay que disponerse entonces a colocarse entre los pueblos fuertes, que saben lo que quieren y que buscan los medios para lograrlo, y, en la sociedad en que se está, tomar las medidas necesarias para ser dirigente, para pertenecer al inevitablemente pequeño círculo de la élite dirigente y dominadora. La teoría se ha ido así completando y cerrando. Incluye muchas deformaciones que son producto de los deseos, de la situación de clase en que los nacionalistas se encuentran, de la tendencia a aferrarse a las ventajas que esa situación implica. Pero también incluye el reconocimiento de los hechos tal

como se dan las relaciones reales entre las naciones; nuestra debilidad estructural; la explotación a que nos someten los países centrales; la imposibilidad de mantenernos como país pastoril si no queremos condenarnos al estancamiento; la división en clases; la necesidad de planos de comunicación entre los distintos grupos sociales para poder plantear una empresa común; el hecho de que nuestra debilidad estructural, nuestra deformación interna y nuestra dispersión social se deben en medida casi absoluta a la acción de los países imperiales de los cuales dependemos económicamente. Mientras tanto, los nacionalistas han ido encontrando en los países europeos desplazados por las grandes potencias, ideologías aptas para sus necesidades. Esas ideologías se dirigen contra las formas del capitalismo liberal, contra los partidos de izquierda y contra los países anglosajones que son justamente nuestros centros imperiales. No tiene pues nada de artificial que los grupos que pretenden convertirse en núcleos dirigentes en nuestro país se sientan atraídos por tales doctrinas, y dispuestos a aliarse con los países cuyos gobiernos las profesaban. No cabe duda de que nuestros nacionalistas han sabido advertir muchos hechos que tanto nuestras derechas tradicionales como nuestras izquierdas no han visto.

En el año 1930, a través de todas sus contradicciones, el nacionalismo ha ido consolidando, sin embargo, una teoría más o menos general, precisamente por la influencia de los experimentos extranjeros, que han servido de estímulo y agente de precipitación, aunque en la misma medida han deformado una ideología que pudo quizás tomar formas más aptas para la realidad local. Para ese año clave, es conveniente resumir lo que era tal ideología.

Daba por descontada la quiebra de la democracia liberal. Incapaz de mantener una sociedad bien organizada, la democracia liberal era culpable del desorden social, pues, por una parte, dejaba sin amparo ante las necesidades económicas a las clases populares; por la otra, era una ideología que sustentaba el derecho de esas clases a participar en la dirección de la sociedad lo que significaba entregar el control de la misma, en definitiva a los extremistas que utilizaran el descontento de las masas. Y, finalmente, la democracia liberal, o bien no aplicaba los principios que sustentaba, como se había hecho hasta 1916, o bien devenía en seguida en una práctica demagógica, sólo preocupada de satisfacer los deseos de las masas, e imposibilitada de gobernar con criterio. Era necesario, por lo tanto: un gobierno fuerte, la organización de un sistema que estableciera el orden y el equilibrio entre el número y la calidad. El corporativismo mussoliniano era la respuesta más general dada al problema, por su demostrado éxito y perdurabilidad, y una vez patente el fracaso y la constante frustración de los intentos de tipo maurrasiano. Justicia social, creación de una nación autónoma (lo que significaba industrialización y diversificación de producción y mercados) eran instrumentos que todavía estaban en un segundo plano frente a la necesidad de destruir al yrigoyenismo de parte de las clases altas. Los nacionalistas confiaban en que los grupos conservadores estuvieran convencidos de que era necesario cambiar el sistema, tal como ellos lo predicaban. Y al día 6 de setiembre estaban prontos para actuar de núcleo intelectual de una nueva política de élites.

Pero los nacionalistas se equivocaban. Solamente habían servido como ruidosos y audaz grupo de choque de una oligarquía que en su conjunto no quería cambiar nada, que sólo venía a restaurar. Pues eso es lo que los nacionalistas no advirtieron ni en ese momento ni después (ni nunca a decir verdad): que lo que ocurrió después del 6 de setiembre no fué una maniobra de los políticos conservadores de viejo cuño liberal, que se apoderaron de Uriburu primero y después del gobierno seudolegal, sino la manifestación de nuestras clases altas en su totalidad. Ellas querían que las cosas permanecieran como estaban, tal como estaban, organizadas en un sistema en cuya cúspide se encontraban ellas.

Cualquier cambio era peligroso, pues cualquier cambio iba a trastornar ese orden. Y eran las clases altas, no los nacionalistas, las que tenían razón en ese punto. La paradoja consistía en que también los nacionalistas tenían razón. Unos y otros, en definitiva, querían realizar algo imposible; impedir de un modo o de otro, que el cambio que ocurría en los hechos (en las estructuras locales, y en el orbe en que nos encontramos) se reflejara en las formas. Sin embargo, las dos tesis iban a tener tiempo de realizar su experimento.

El de los nacionalistas llegaría después. Mientras tanto, era el tiempo conservador. El trato que *La Nación* dió a Lugones en seguida de caído Yrigoyen, dando por terminada la campaña política para la que hasta entonces le había prestado el más generoso apoyo, pudo haber servido de advertencia a los nacionalistas: habían servido de instrumento, y ya no eran útiles. Pero ellos no querían creer ni en la consecuencia de lo que decían saber: ¿cómo podían esperar de una oligarquía ligada a Inglaterra, una política independiente? Los duros hechos económicos comenzarían muy pronto a mostrar la trama real de todo lo que estaba ocurriendo. Pero mientras tanto, los nacionalistas vieron pronto qué era lo que estaba pasando en el terreno político. Los viejos conservadores se impusieron sobre Uriburu, y llegaron con Justo al poder. La indignación nacionalista fué estridente. Pero solamente ven los hechos desde una perspectiva político-social: el mayor temor es que el retorno del liberalismo ocasione el "desorden social", "la anarquía", "la dictadura del proletariado", el triunfo "del populacho más soez". La simple idea de que se llame a elecciones por el método cuantitativo les parece la iniciación de la revolución social, el retorno de la demagogia y, por ella, el rápido viaje hacia el comunismo. No todos son tan explícitos, pero Lugones, menos político que sus propios amigos, se declara ampliamente. Para él, ni aun el gobierno de los partidos conservadores daría seguridad alguna; también ellos hacen demagogia electoral y se van a ver obligados a halagar a las "masas urbanas" para conquistar su voto, y esa necesidad los va a arrastrar al izquierdismo. Y éste "como el laborismo inglés y el obrerismo de nuestros radicales, vienen a ser el socialismo con otro nombre; del propio modo que este último es un sinónimo del comunismo" (1).

Es recién bajo el gobierno de Justo que los hechos económicos cobran toda su relevancia, influyendo cada vez más en la ideología nacionalista.

Tres son los hechos que, actuando desde las estructuras económicas, van a influir sobre nuestras estructuras sociales, modificándolas, y ocasionando toda clase de cambios, de complejas modificaciones, con directas repercusiones culturales. Dos de ellos se originan en la crisis que, a partir de 1929, atraviesa el orbe capitalista: la necesidad del imperio británico de reajustar su funcionamiento a las nuevas condiciones, y el desarrollo de nuestra industria local, multiplicada en capacidad, en producción y en número de obreros y concentrada casi exclusivamente en los alrededores de Buenos Aires. El otro es un hecho técnico: el desarrollo del enfriado a partir de la terminación de la guerra.

Las consecuencias de los dos primeros hechos han sido muchas veces examinadas, no así las del último. Sin embargo, la influencia de éste en la perspectiva política que prestó a ciertos grupos tiene una gran importancia al combinarse, justamente, con las consecuencias de aquellos otros.

La aparición y desarrollo del enfriado dividió a las viejas clases ganaderas en dos grupos cada vez más antagónicos: el de los criadores y el de los invernadores. Estos últimos, aliados inmediatos de los frigoríficos, se convirtieron en una especie de superoligarquía, explotadora del

grupo de los criadores. Como señala Ricardo Ortiz en su *Historia económica de la Argentina*, este fenómeno, bien caracterizado ya hacia 1923, debe haber influido directamente en la división del radicalismo, acentuándola, y acercando a los antipersonalistas al conservadorismo tradicional. Pero sus consecuencias políticas fueron más amplias aún. En realidad, ocasionó un verdadero desplazamiento de grupos, empujando a su vez a diversos núcleos conservadores fuera de la agrupación y creando una nueva conciencia política respecto del imperialismo y de su influencia en quienes sufrieron los efectos directos de la nueva situación. Aparece en el país una visión del fenómeno imperialista que podemos denominar agraria, y, en verdad, nacen —de los grupos sociales aplastados por el mecanismo económico— un verdadero enjambre de escudriñadores de los problemas y de la historia económica argentinos, casi maníacamente anglófilos, que se podrían englobar bajo el nombre de *agraristas*. Un caso especial, con características muy propias, y del que ya he hablado, lo constituye Lisandro de la Torre. Pero él mismo es un conservador que rompe con el conservadorismo clásico. Más comunes son aquellos que se unen durante algún tiempo al radicalismo, pero que luego se acercan a los grupos nacionalistas, como Jauretche. El núcleo de FORJA, salido a su vez del radicalismo, recorre un camino semejante. Y por vías algo diferentes llegan también al nacionalismo hombres como los hermanos Irazusta. Ellos llevan al nacionalismo una visión más cruda y más vívida del problema económico, del funcionamiento del imperialismo económico —que han sufrido en su situación personal— y una concepción geopolítica que excede la que pueden dar los libros o la práctica política de los países europeos. Pero ellos, a su vez, recibirán del nacionalismo su ideología, tal como ésta se había formado lentamente. Y esa mutua influencia será tanto más fácil, cuanto que los agraristas vienen a entroncar en una tradición, no a traer ideas nuevas o desconocidas.

Mientras tanto los otros dos hechos van cobrando un desarrollo cada vez más acelerado. Los hombres que forman el gobierno de Justo aceptan las reglas dictadas por las necesidades del imperio inglés: modificación del sistema bancario, pacto de carnes, conversión de la deuda, nuevas concesiones eléctricas, coordinación de los transportes. La vieja oligarquía no titubea en sacrificar al país, en descargando la crisis británica sobre todas las clases locales, a cuenta de mantener su posición dentro del sistema.

La generación nacionalista que ha comenzado a actuar en el 30 se rebela agriamente contra la impotencia, la falta de visión y de audacia de los grupos dirigentes. Sienten su rebelión como un alzamiento de los jóvenes contra los viejos. Ellos se sienten los "verdaderos conservadores", la nueva generación llamada a reemplazar a una capa de dirigentes decrepita y sin fuerza ni talento. "Hay que volver por nuestra grandeza" declaman, no es posible seguir viviendo esta "vida de pasatiempo, chata y sumisa", es necesario terminar con la "gerontocracia". Los viejos temas permanecen, pero encuadrados ahora en una mayor preocupación por las consecuencias del imperialismo y por la desilusión absoluta respecto a las posibilidades de los viejos cuadros conservadores, de sus prácticas y de su habilidad para gobernar. Los jóvenes nacionalistas notan con toda evidencia que los hombres mayores de su clase están incapacitados para continuar siendo "la clase dirigente". Ellos "no son patriotas", son los "que desde hace años vienen entregando al país al extranjero". No se diferencian en nada de los demás partidos, y han demostrado ser "igualmente funestos". Tanto como los socialistas y los radicales "rezuman comunismo", nos empujan a él, por su deseo o por su falta de lucidez. Ha llegado entonces la hora de los jóvenes. "Camaradas, decía Nimio de Anquín en los mitines estudiantiles, con las generaciones anteriores a la nuestra apenas si tenemos otro vínculo que el biológico... Los vie-

jos han sido eliminados y ahora el hijo aparta al padre." (1) Los gobiernos de Ortiz y de Castillo exacerbaban aun más la rebeldía nacionalista. Son los años de los grandes negociados, de los escándalos. Los nacionalistas hacen su denuncia minuciosa, con más acritud que nadie, con una pasión que casi nadie alcanza. Jorge del Río denuncia las ordenanzas eléctricas, José Luis Torres los negociados con las conversiones, con las tierras de *El Palomar*. Scalabrini Ortiz denuncia retrospectivamente los viejos negociados de los ferrocarriles. Son también años de crisis económica. Los años de los linyeras, de la baja de los precios de los productos agrarios. De la suspensión de los pagos de los sueldos. Años de miseria para la clase media, de estrechez. Y los nacionalistas urbanos son miembros de la clase media, aunque lleven los apellidos de las familias de la oligarquía. Años de los tangos tristes, de la reivindicación literaria del suburbio, de los cuentos y novelas de Arlt, de "El hombre que está solo y espera".

Años de fraude político. Del fracaso de la democracia.

Pero en esos años, también, y por debajo de ese desastre, del escepticismo y del descrédito, el país crece. Los 460.000 obreros de 1935 pasan a ser 800.000 en 1941, o, si se consideran otras ramas de la producción, de 530.000 a 1.230.000. La industria ha pasado a representar un porcentaje mayor que la agricultura y la ganadería juntas dentro del producto bruto nacional hacia el fin de la guerra (el 26,4 y el 22,3 %, respectivamente). El gran Buenos Aires ha ido creciendo hasta convertirse en un conglomerado humano enorme, de más de cuatro millones de habitantes, alimentado por una migración del interior del país de cerca de cien mil personas por año a partir de 1936. Y esa nueva población es casi exclusivamente obrera, con una concentración que le confiere una dinámica muy superior a la que indican las simples cifras. Aun superior a la que significa esa enorme población, en la que se asiste por primera vez en el país al fenómeno de masas y al hecho (habitual en la era de la revolución industrial europea, pero casi inédito entre nosotros) de la transformación repentina de una gran masa campesina en una enorme masa de proletariado industrial. Para ver el fenómeno en su verdadera perspectiva es necesario tener en cuenta que el Gran Buenos Aires ha llegado a representar más de la cuarta parte del total de la población del país (el 27%, en 1943).

Otros cambios sociales se han ido produciendo simultáneamente. El más importante es el crecimiento constante de la clase media, y, dentro de ella, el rápido crecimiento de los sectores dependientes, es decir, del sector de "empleados". En la Capital Federal, las clases medias, que representaban en 1914 el 38% de la población, han pasado a representar en 1936 el 46%, y ese porcentaje continúa, aunque no tan aceleradamente, subiendo. Y los empleados que en 1914 representaban el 16% han pasado a representar el 18%. Esas cifras coinciden, en general, con el cambio experimentado en todo el país, en el que las clases medias que representaban el 33% de la población en 1914, pasan a representar el 40% en 1947.

El país ha ido cambiando. Ha aparecido un numeroso proletariado, que ni los partidos políticos tradicionales, ni los de izquierda, ni los sindicatos, han tenido tiempo de encuadrar. Ni han sabido siquiera formar las condiciones para hacerlo, pues no han advertido el cambio. Han aparecido fuertes intereses industriales, cuya colisión con los intereses agrícola-ganaderos es inevitable, y que no se sienten representados tampoco en los partidos tradicionales ni en el gobierno (2).

(1) Las citas han sido tomadas de los libros ya mencionados (Marcelo S. Sorondo y Castellani, páginas 35, 45, 50, 139, 265), (Gálvez, 38, 88); de "Urquiza y el pronunciamiento" de Julio Irazusta, pág. 12. De "Genio de la Argentina" de Carulla, pág. 54. De José M. de Estrada, "El legado del nacionalismo", pág. 75. De artículos de Hernán Benítez en la Revista de la Universidad de Buenos Aires (Rev. abril de 1951, pág. 339, enero de 1950, pág. 35).

(2) La discusión sobre si se ha constituido una burguesía industrial nacional y sobre si la misma es o no independiente respecto de la burguesía latifundista, aunque necesaria y esclarecedora, no resuelve todos los términos del problema. Parece demostrado ya que una y otra burguesía se

Esos intereses industriales van a influir en la estructura cultural. Necesitan un mínimo de proteccionismo; exigen igualmente un mayor acercamiento a Estados Unidos. El poder político ya no puede ser ejercido con eficacia por hombres que representan las viejas ideas. Al nuevo proletariado no puede importarle demasiado la discusión entablada entre los partidos gobernantes y los opositores respecto de los derechos políticos cuando ellos sienten la inexistencia de sus derechos concretos como trabajadores industriales. Los viejos políticos, que hablan un lenguaje valedero quizás para la Argentina de 1925, ya están mentalmente imposibilitados para representar a la Argentina de 1940. Los nacionalistas tienen razón: es por lo menos necesario un cambio de los cuadros dirigentes, para que haya un mínimo de compatibilidad entre ellos y las estructuras nacionales (3).

Y los nacionalistas, por su parte, han aprendido mucho. Ya no hablan el viejo lenguaje superaristocratizante, ya nadie recuerda los arrestos murrasianos. En fecha tan temprana como en 1934, Gálvez reprocha a "los fascistas argentinos" por no interesarse por "la parte socialista del facismo italiano", y propone la posibilidad de acercarse a "la masa radical". "Un radical auténtico, dice, no está muy lejos del facismo: es nacionalista, cree que hay que hacer obra para el pueblo y simpatiza con los procedimientos rápidos y aun violentos". Ese reproche fué atendido. "En el nuevo orden, recuerda en 1940 Marcelo Sánchez Sorondo, la conquista del Estado comienza por la conquista de la muchedumbre".

También ha habido otras transformaciones en el grupo nacionalista. Ha ido afinando las apoyaturas que buscaba en la tradición. Renegando del liberalismo "protestante" y "burgués", ha encontrado el cristianismo en su paso. La Iglesia a su vez, había creído encontrar aliados en los gobiernos fuertes del capitalismo europeo postergado. Aliados contra el comunismo, contra el ateísmo, contra el liberalismo, contra el desorden social. Las clases gobernantes de Inglaterra y de Estados Unidos también simpatizaban con Mussolini y con Hitler. Parecían ser una defensa contra el comunismo. Un baluarte militar. Y haber descubierto una fórmula para defender, por otros medios, el derecho de propiedad amenazado aun en los propios países anglosajones. No es lícito simplificar demasiado las cosas, pero sí es cierto que la defensa de las estructuras basadas en el orden capitalista, en los intereses coincidentes de los grandes trusts, en el mantenimiento del orden, establecía una compleja relación entre las grandes potencias capitalistas protestantes, los gobiernos fuertes de Europa continental y la Iglesia Católica. La década del 30, es la década de las grandes conversiones. Entre nosotros, en términos más modestos, ocurre lo mismo: se realiza el Congreso Eucarístico; en 1935, Bernárdez publica "El buque", dedicado a los Cursos de Cultura Católica, y que señala simbólicamente su itinerario de reencuentro con el cristianismo; en 1936, Marechal publica "Laberinto de amor". Como recuerda Sánchez Sorondo "hubo en Buenos Aires quienes debieron sus convicciones políticas a sus convicciones religiosas... una generación que sólo por católicos llegaron al fascismo". José María de Estrada puede asegurar ahora que el nacionalismo fué desde un principio católico e hispanista. Pe-

confunden, y que la industria local está ligada al capital industrial imperialista (ver, entre otros, Milciades Peña, "Estrategia", N° 1, setiembre de 1957). Pero ello no quita que los intereses del capital industrial radicado en el país estén en contradicción con la clásica línea de la conducción económica impuesta por las necesidades de la oligarquía terrateniente. El mero hecho de la tendencia a acercarse a Estados Unidos en perjuicio de Inglaterra, es demostrativo de tal contradicción.

(3) En realidad nadie advirtió el proceso de cambio en el crecimiento que se operó en la década del 30. Ni aún hoy se da suficiente importancia a ese fenómeno de fondo ni se advierte su carácter de causa y explicación principal de la historia posterior, tanto del peronismo como de la inoperancia de los partidos políticos. Todavía hacia 1940 hasta los especialistas creían poder prever para la Argentina "un movimiento de descenso absoluto" (ver, por ejemplo, Gonzalo Robles, "La industrialización de Iberoamérica", Jornadas, 17, México, pág. 24). Todo el mundo veía sólo un panorama de decadencia y de crisis, aun los nacionalistas. La paradoja consiste en que éstos se acercaron más a la realidad porque proponían una política de expansión, viniendo así a convertirse en los inadecuados ideólogos de una expansión que existía en los hechos, a falta de otros que supieran expresarla.

(1) Todas las citas han sido tomadas de "Política revolucionaria", aparecido a menos de un año del 6 de setiembre.

ro las cosas no fueron así. Solamente la segunda generación nacionalista fué católica. Y eso como parte de la búsqueda de un orden seguro, anterior, en el que afirmarse y en el que buscar justificativo. Religión, patria, estirpe, es parte del intento de llevar ciertos datos históricos a orden sagrado, esencial. Es la búsqueda del "orden natural de la humanidad" que proclamaba Maurras en "Trois idées politiques", el orden católico justamente, superior al individuo, al hombre. La afirmación en lo que ya fué. "Ser lo que... ya fuimos germinalmente", "no vulnerar la ley ontológica de la estirpe... lo histórico transformado en una esencia constante y operante", como recuerda Carlos Astrada varios años después (1). Estamos en las vísperas del 4 de junio de 1943. El nacionalismo llama al Ejército. Llama a un "César popular y católico", a "un Yrigoyen mejor que el otro", "a un Rozas o un Moreyra, a falta de un Mussolini", pide un "régimen popular" contra las tendencias antisociales. Un hombre providencial, que asegure "la grandeza del país", que sujete el cuerpo político a un "orden natural", que organice la justicia social de tal modo que se calme a las masas, evitando que luchen contra las clases poseedoras, que establezca la "jerarquía necesaria" fundada en el poder personal, una apta minoría dirigente y el pueblo, pues "el poder personal coincide con la democracia". La historia dió a los nacionalistas lo que pedían, y la aparición de Perón pareció coincidir no sólo con sus deseos sino con un raro don de profecía. ¿Era esa la "revolución anunciada"? Aparentemente sí, y en los primeros tiempos del peronismo, los nacionalistas se sentían finalmente viviendo la historia que ellos habían creado (2). Ellos eran la minoría dirigente, los ideólogos, la *inteligencia* de un nuevo orden.

Perón no llegó a constituir el Estado corporativo que algunos nacionalistas proponían. Pero sin que sea cuestión de entrar a discutir nuevamente si era posible o no repetir el fascismo en un país subdesarrollado, es evidente que el programa nacionalista fué cumplido en sus líneas generales. Manejo centralizado de la economía, proteccionismo económico, desarrollo industrial, comercialización por organismos estatales, todas las medidas que habían sido propuestas para sacar al país de su estado agrario y llevarnos hacia la autonomía económica. Justicia social paternalista, intervención del Estado en los conflictos entre obreros y patronos, desplazamiento de los grandes acopiadores de productos agrarios. El poder personal, si no institucionalizado totalmente, se afirmó en los hechos, en la *persona mística* del caudillo, de acuerdo a los más ambiciosos postulados del nacionalismo. En realidad, Perón hizo explícitos muchos de los principios que el nacionalismo no había hecho sino esbozar, al traducirse en acción de gobierno y en normas lo que había sido sobre todo prédica política. El Estado fué adquiriendo el tono de un socialismo cristiano, que los nacionalistas habían aceptado pero no predicado extensamente. Se pretendía en suma buscar una corrección al capitalismo individualista, evitando el colectivismo. Y los nacionalistas tuvieron la oportunidad de desarrollar sus teorías en concreto. No se trataba de proponer simplemente medidas correctivas, sino de estructurar íntegramente un Estado antiliberal desde sus bases, respetando aquellos principios que se consideraban *sagrados*, aquellas instituciones que se consideraban *naturales*, desvirtuados por el capitalismo individualista y amenazados por el colectivismo. No se trataba, pues, de corregir los excesos del capitalismo, sino de montar una sociedad no capitalista.

(1) Carlos Astrada, "La máxima sanmartiniana y el destino argentino". Revista Logos, N° IX, 1951. ¿No es ésta la misma tesis de Rojas en *La restauración nacionalista* y en *La argentinidad*?

(2) Aun Julio Meinvielle, en "Política argentina" ve en la primera etapa del peronismo la realización de los anuncios nacionalistas. Hasta tal punto los nacionalistas se sentían conformes con la nueva situación, que S. Sorondo se cree obligado a alertarlos contra el excesivo entusiasmo. En "La revolución que anunciamos", página 16, advierte: "No se exagera: no existe prueba concluyente de que el 4 de junio... derive del proselitismo nacionalista". Las otras citas han sido tomadas del libro ya mencionado de Ernesto Palacio, págs. 12 y 152, del de Gálvez, pág. 47, del de S. Sorondo, pág. 29, de "La historia que he vivido", de C. Ibarguren, pág. 466, del artículo de E. Palacio "Dinámica de poderes en la sociedad política", aparecido en la Revista de la Universidad de Buenos Aires, N° 8, diciembre de 1948.

El problema se planteó en sus términos totales al proyectarse la reforma de la Constitución. La nuestra era una clásica constitución individualista, confeccionada sobre moldes típicamente, hasta exacerbadamente liberales. En 1930 los nacionalistas habían luchado por su reforma, sin resultado alguno. Ahora la reforma les caía entre las manos, y ellos contaban con un núcleo doctrinario que no existía 20 años antes, y con la experiencia de lo ocurrido en Europa. La discusión —frente a los liberales— se planteaba sobre todo en torno al papel del individuo, a los límites de los derechos individuales (especialmente el de propiedad) y a las llamadas *entidades primordiales* o asociaciones intermedias entre el individuo y el Estado. Se trataba de limitar los derechos individuales con un sentido social, protegiendo en cambio los derechos sociales, y estableciendo las correlativas obligaciones ("derecho al trabajo, obligación de producir; compensar el salario con el rendimiento, frente al derecho a una retribución justa; respetar los intereses justos de la colectividad, como consecuencia del derecho a condiciones de trabajo dignas... y la de poner la fuerza gremial al servicio de los intereses de la Nación"). El derecho de propiedad debía ser encuadrado "dentro de los límites impuestos por las necesidades primordiales de la sociedad", según fórmula de Ibarguren, o, como más jurídicamente decía S. Sorondo, "se podría concretar el principio de amparo al reconocimiento inequívoco de la propiedad privada y la norma de la limitación reglarse conforme al supremo interés de la comunidad nacional". Las asociaciones intermedias (la familia, la Iglesia, las asociaciones económicas y políticas, las entidades culturales, los municipios) debían ser reconocidas como "órganos genuinos del cuerpo social del Estado", dándoseles a la vez representación en el gobierno. En conjunto, se debía buscar un régimen de equilibrio, en el que la persona no se enfrentara con el Estado, ni se viera amenazada por éste, en el que los intereses económicos particulares no se opusieran al interés nacional, en el que las "poderosas empresas representativas del capitalismo internacional [dejaran] de gravitar decisivamente en el Estado"; en el que el trabajador no estuviera "sometido a la dominación del capital... sin amparo en su desvalimiento económico", en el que "las masas no se vean obligadas a tomar posiciones y organizarse en sindicatos marxistas para combatir" [al Estado]... y dejen de mirarlo "como expresión de la burguesía política y capitalista" (3). Se pretendía "organizar la Nación para que en lugar del individualismo, que lleva consigo el germen de la anarquía, se imponga el concepto social y solidario de nación homogénea", considerando al Estado como "un obrar humano mancomunado", en el que se evitara a la vez el predominio de intereses particulares y del "número", de la masa, sobre la calidad.

Los nacionalistas habían destacado siempre su realismo, su capacidad de reconocimiento de los hechos, de lo dado, y su pretensión de manejarse con esos hechos, con la realidad tal cual es, frente a las pretensiones de los *ideólogos* que "inventando teorías de organización social... sustituyen la experiencia histórica con abstracciones sistemáticas" según decía ya Lugones en "La grande Argentina". Acaaban nuestros males tanto a los ideólogos liberales que habían pretendido desconocer "el país real", provocando así "la bravia inconducta de los hechos desmandados", como a los ideólogos de izquierda, que con su "mentalidad librecista, racionalista... pretenden imponer a la múltiple realidad un molde rígido, abstracto, unívoco". Ellos, en cambio, se proponían "domeñar el hecho, trascender el país de hecho mediante su dominio político... sin desarraigar la política", y cuando la ocasión se les presentó no sólo se hallaban convencidos de poder manejarse con ese "país real", sino que habían elaborado una amplia doctrina realista,

(3) Carlos Ibarguren, "La reforma constitucional", 1948, Marcelo S. Sorondo, "A propósito de la familia y de la propiedad en la Constitución", artículo en "Encuesta sobre la revisión constitucional", 1949, Arturo Sampay, "Introducción a la Teoría del Estado", 1951, "La necesidad de la teoría del Estado", en Revista de la Universidad de Buenos Aires, junio 1946.

fundada tanto en Aristóteles y Santo Tomás como en Maquiavelo, Mosca y Pareto. (1) Doctrina que abarcaba desde la teoría del Estado hasta la mera práctica jurídica y política.

Constitución, educación, política interna, política internacional, se elaboraban y llevaban, si no con su intervención directa, al menos bajo su impronta e influencia. Pronto fueron descubriendo, sin embargo, que los hechos eran más difíciles de gobernar de lo que ellos creían, que las fuerzas económicas eran algo más que "intereses creados", que las estructuras sociales eran algo completo y cerrado con su dinámica propia, no tan pasible de domeñar políticamente como parecía.

La primera voz de alerta es posible que haya sido dada por Meinvielle desde *Presencia*. Desde allí advirtió que las limitaciones al derecho de propiedad hechas en la Constitución del 49, o se desconocían en los hechos, y entonces desde luego no significaban nada, o eran un ataque a la propiedad en sí misma, y no solamente una limitación a la propiedad capitalista. Advirtió igualmente que, al unificar a la clase obrera, si bien en principio se había obrado bien pues había sido el medio para expulsar de su dirección a comunistas y anarquistas, había que manejarse con sumo cuidado, ya que se corría el riesgo de que una clase trabajadora fuerte y organizada, cuyo apoyo era indispensable para gobernar, podía terminar apoderándose del Estado, en perjuicio de las demás clases. Advirtió otra cosa todavía: la imposibilidad de mantenerse neutrales entre Estados Unidos y la Unión Soviética, si se quiere asegurar "la pervivencia en la tierra de los valores más altos: de la Iglesia... y del patrimonio civilizador de Occidente, dentro del cual tan sólo son posibles los bienes humanos de dignidad personal, de familia, de propiedad y de convivencia que hacen amable la vida terrestre" (2).

¿Tenía razón Meinvielle, o se trataba simplemente de temores injustificados? Y si tenía razón ¿pudieron ser las cosas de otro modo, y, obrando con mayor prudencia o con mayor habilidad, evitarse los riesgos que el peronismo levantó? Los nacionalistas, en todo caso, no pensaron que los riesgos fueran inexistentes. Según su versión, Perón abandonó los carriles que ellos le trazaron, y fuerzas oscuras (liberalismo, izquierdismo, de nuevo) se fueron apoderando poco a poco de los controles del gobierno. Para ellos, fué solamente "cuando el peronismo en las postrimerías de su gobierno pierde el rumbo de su primera inspiración afirmadora de lo nacional" que los peligros señalados por Meinvielle se hacen reales: la C. G. T. abandona los problemas estrictamente gremiales y se dedica a la política, el Estado tiende a convertirse en "Estado colectivizado", el "individuo y la vida privada" son amenazados, el peronismo se transforma en "poder arbitrario", en dictadura y tiende a la "abolición pura y simple de las instituciones" (3).

Es decir, que en una experiencia de diez años, aquel Estado que ellos propusieran ha devenido en justamente todo lo contrario de lo propuesto. Y ese mismo Estado entra en tratativas con Norteamérica para firmar un contrato que los nacionalistas consideran contrario a la soberanía nacional.

¿Se tratará, quizás de que el programa nacionalista es irrealizable? Los nacionalistas parecen en un primer momento, inmediato al 16 de setiembre, entender que no. Sólo ha habido un error, un gigantesco error quizás, pero nada más que un error político. A través de Lonardi, los nacionalistas pretenden corregir tal error. Postulan, simplemente, volver, con algunas correcciones, a su planteo de 1945. Debe volverse a la legalidad, contrabalancear el carácter socializante del nacionalismo con un profundo realismo que

(1) Sampay, obras citadas y "Fundamentos gnoseológicos de una teoría realista del Estado", Revista U. de B. A., junio 1944. Benítez, ídem, enero 1950, "La Argentina de ayer y de hoy", Etcheopar, "Esquema de la Argentina", páginas 173, 192. S. Sorondo, "La revolución que anunciamos", pág. 14.

(2) Artículos coleccionados en "Política argentina, 1949-1956", páginas 12, 18, 88, 129, 153, 173, 178, 216.

reconozca el papel del individuo y de la libertad, para evitar el totalitarismo. Debe restablecerse "la estabilidad, el orden, la seguridad jurídica", recordar que "la política gremial persigue evitar la discordia entre las clases y obtener la paz social". Es necesario cuidarse de no pretender "excomulgar a los poseedores", de no "atacar la propiedad privada". Es necesario, en fin, organizar un Estado en el que el "orden" se anteponga aun a la justicia, en el que se organice esa *sociedad normal que exige una clase dirigente capaz y una masa dócil*, en el que "el movimiento popular, vale decir, en favor de los desposeídos, no pierda de vista la historia nacional, bajo pena de caer en el marxismo, en la lucha de clases", pues "los ricos, los intelectuales y los aristócratas sólo deben ser combatidos en la medida en que obran y piensan conforme a intereses ajenos a los de su patria, y no por el sólo hecho de ser tales" (4). Pero esa realidad que los nacionalistas han reivindicado siempre como un monopolio, parece negarse ariscamente a dejarse dominar. Aun gobernando Lonardi, debe llamarse para encarar nuestros problemas económicos a un experto que postula medidas muy semejantes a las del liberalismo intervencionista de la década del 30, y, desde el propio Ministerio de Relaciones Exteriores que los nacionalistas poseen íntegramente se realiza el acercamiento a esos Estados Unidos anglosajones que representan todo lo que tan ferozmente se combatiera: el espíritu burgués, el capitalismo, el protestantismo.

Pero aun la realidad es más cruel. El 13 de noviembre de 1955, los nacionalistas son desalojados del poder por esas mismas fuerzas armadas a las que ellos apelarán tantas veces, y la Iglesia, la misma Jerarquía católica, parece preferir a la democracia cristiana antes que a los católicos nacionalistas. *Azul y blanco* se queja amargamente; "¡miste! rios del tiempo!" exclama *Mayoría*. Pero ni quejas ni burlas sirven para nada: es cierto, es la cruda realidad política, la Iglesia prefiere a los "demi-cristianos" y no a los católicos enteros. Las *fuerzas reales* no los apoyan; los nacionalistas se ven obligados a optar, como tantos otros. Y una gran parte de ellos optan por Frondizi. Otros, guardan una semiconsentidora expectativa.

Pasado el 1º de mayo, los nacionalistas se han ido dividiendo cada vez más en dos fracciones. Una, representada por Mario Amadeo y Pardo en la política activa (mientras otros como Etcheopar ocupan esas canonjías que entre nosotros son las embajadas) se ha plegado íntegramente a la política del gobierno. Desde allí, han aceptado (sin que se sepa cuáles son sus otras actividades con gran certeza) el *realismo* predicado desde la revista *Qué*: panamericanismo, contratos petroleros, movilizaciones, maniobras en los sindicatos, universidades católicas privadas con avisos en los diarios semejantes a no muy buenos avisos comerciales. No renuncian sin embargo a tener una organización política (hasta ahora casi exclusivamente simbólica) que parece tender a ser uno de los grupos con que el gobierno piensa mantener su aspecto de coalición. Ante el peligro marxista, o ante el peligro del mundo soviético, estos nacionalistas, como la Iglesia Católica, parecen haber decidido que la única defensa es Estados Unidos. Pero Estados Unidos constituye también un sistema que rebasa sus fronteras nacionales, es decir, que no puede comprometerse con ellos una simple alianza de nación a nación, sino que es necesario entrar en su sistema y, en él, aceptar su supremacía.

Puede aceptarse sin embargo, que estos nacionalistas no han abdicado por su modo de pensar, que intentan, aunque lo callen, llegar por otras vías a sus objetivos de siempre, o a objetivos similares. Esta posibilidad plantea un curioso problema respecto del grupo gobernante, dentro del cual otros aceptan también el realismo, pero según dicen, con muy diversas intenciones. Mas dejemos esto para más adelante.

(3) Etcheopar, obra citada, *Azul y blanco*, 28-11-56.

(4) *Mayoría*, enero 20 de 1958, editorial. Etcheopar, obra citada, y artículo "La clase necesaria", en *Azul y blanco*, abril 9 de 1957. *Presencia*, julio 13 de 1956. *Azul y blanco*, diciembre 3 de 1957. Estrada, J. Ma., "El legado del nacionalismo", págs. 60-87.

lante, cuando probemos acercarnos a lo que está ocurriendo según la perspectiva de la Casa Rosada.

Mientras tanto, la otra fracción nacionalista ha pasado virulenta y agriamente a la oposición, al ataque no sólo contra el gobierno sino contra sus amigos de ayer. Para ellos, el gobierno de Frondizi practica una política sin *sentido espiritual*, que sólo pretende administrar un país industrializado por y para los intereses norteamericanos, es decir, una política basada sólo en la economía, que va a destruir irremisiblemente el ser nacional y que, por la lógica de esos hechos que siempre los perturba, va a desembocar, más tarde o más temprano, en el triunfo del marxismo. Porque se trata de la misma política de la *derecha empírica* que ellos combatieran durante toda su vida. Pero advierten aun otro peligro: ven, agazapados en puestos del gobierno, grupos marxistas, grupos que *esperan su oportunidad*, dispuestos a tomar los comandos en el momento preciso. No explican —no parecen explicarse muy bien— cómo piensan tales grupos utilizar esa oportunidad, ni cómo han de manejarla para lograr sus fines. Pero, pensando como piensan la historia en función del papel que juegan en ella determinadas personas, no es difícil que los nacionalistas creen que un grupo audaz, suficientemente perseverante como para mantenerse en las cercanías del poder, sea capaz de apoderarse de los comandos políticos y desde allí realizar la obra sinestra que le atribuyen. Si es así —ya digo que su pensamiento no es muy explícito al respecto— estarían dando la contrapartida del juego que seguramente intenta la otra fracción nacionalista, que, con más lógica, permanece incrustada en las cercanías de ese mismo poder (1).

Esta fracción nacionalista opositora no parece haber logrado todavía elaborar fórmulas positivas ante la nueva situación. Se limita a denunciar airadamente la política económica del gobierno, a describir despectivamente los escándalos políticos oficiales, a meter en un mismo saco a todos los partidos políticos, declarando su caducidad, satirizando su lenguaje y su ineficacia, y a hacer vagas llamadas a la rebelión militar, mezcladas con denuncias contra todos los nombres con olor más o menos judío que actúan públicamente y tímidas alusiones a que la hora presente es la hora del "sindicalismo". Es decir, a repetir con menor vigor, como si ya tampoco creyera mucho en ellas, las mismas cosas de hace veinte años (2).

EL FACISMO LIBERAL: LOS GORILAS

La opinión política del país no se agota ni mucho menos en los partidos políticos. Las clases, los grupos de intereses, las ideologías, las necesidades regionales pueden expresarse de muchos modos. Sin embargo, en los países organizados dentro de las formas democrático-capitalistas todo grupo de opinión tiende a expresarse a través de partidos políticos, ya por medio de los existentes, ya promoviendo otros nuevos. Aparte de las organizaciones típicamente gremiales —obreras o patronales— que conservan su forma aunque se enlacen con los partidos, existen movimientos que, siendo fenómenos políticos, no llegan a constituirse como partidos, lo que nada indica desde luego respecto de su viabilidad como tales o sobre su evolución futura. Entre nosotros, además del nacionalismo —que sería un caso límite y ambiguo—

(1) La tesis ha sido esbozada en *Azul y blanco*, "La clave de los siete días", octubre 28 de 1958.

(2) Los números de *Azul y blanco* suministran cada vez más, ejemplos del fracaso a que se siente condenado el nacionalismo. El número del 9 de diciembre último da casi un muestrero perfecto: No logra alcanzar el arrebato de entusiasmo que le hubiera causado hace unos años el triunfo de Herrera en el Uruguay; lo celebra casi como por compromiso, como la debida cortesía a los amigos que, por fin, han logrado una victoria, pero callando melancólicamente que prevén la esterilidad de esa victoria. Dedicó un cuarto largo de página a insultar a los *trozkistas*, que los han desplazado como ideólogos del movimiento obrero peronista. Se congratula de la derrota de las listas laicistas en el magisterio como de una victoria "del Catolicismo y del Orden". Todo de un modo opaco y pesado, sin siquiera el brillo que siempre caracterizó a nuestro nacionalismo como la mejor prensa argentina de combate. Sorondo, que durante la década del 30 elaboró algunas de las páginas mejor escritas de nuestra literatura contemporánea repite ahora cansadamente los calificativos que acuñó entonces. "Pobres radicales", dice a cada momento, señalando la mediocridad del gobierno. "Pobres radicales", como decía en aquellos años, olvidando que en este gobierno son parte bien visible sus compañeros de hace unos días.

existen otros muy significativos. Dos, sobre todo, creo que revisten particular importancia, porque me parecen fenómenos que caracterizan muy especialmente el momento que atravesamos, tales son los que en la jerga política actual se conoce con el nombre de *gorilas* y los grupos que de un modo un tanto impreciso se califica como *trozkistas*.

Lo de *gorilas* es nada más que un mote, sin significado preciso, que ni siquiera se sabe muy bien de qué proviene. Se debe a una casualidad, probablemente a una canción que estaba de moda en el momento de la caída de Perón, adoptada como una burla respecto de quienes intervinieron activamente en el golpe de estado, pero aceptada hasta cierto punto por los mismos grupos revolucionarios. El gorilismo no designa ninguna organización, ni aun un movimiento de opinión o un grupo de presión bien determinado. Pero no cabe duda de que constituye un estado mental y un comportamiento reales, en los que coinciden muchos grupos y muchas tendencias, hasta militancias políticas dispares. Ante todo, puede distinguirse por ciertas notas negativas: el gorilismo predica un antiperonismo agudo y cerrado, es anticomunista militante, entiende que es necesario imponer orden en materia social, que debe ponerse freno a las pretensiones obreras. Es, además, contrario a la intervención del Estado en términos generales, y, sobre todo, al Estado empresario. Laicista o católico, hasta ligeramente proteccionista en algunos casos, la contrapartida de esas notas puede resumirse para todo el gorilismo en estos datos positivos: el gorilismo proclama en general ser liberal en materia económica, partidario de las instituciones democráticas y de las formas republicanas.

Todo eso no impide que el gorilismo haya sido partidario de las medidas de fuerza tomadas por el gobierno militar y por Frondizi ("aun a pesar de provenir de Frondizi") porque se han tomado contra los obreros. Tampoco impide que entre los gorilas haya algunos que en su momento militaron en el nacionalismo o secundaron a Perón, también porque los creyeron *diques contra el desorden y el extremismo*.

En su sentido más lato, y hacia los últimos tiempos de Perón, el gorilismo arrastró hacia sí a todo el antiperonismo, porque expresaba la forma más radical de defensa de las clases que se creían amenazadas. Pero siempre existió un núcleo en lo que entonces se llamaba *contrerismo*, en el que el antiperonismo alcanzaba su mayor virulencia, y poco a poco el gorilismo se ha ido reduciendo a ese núcleo.

¿Quiénes componen y qué representa el gorilismo? No es fácil determinarlo. Lograrlo sería, sin embargo, arrojar una luz muy útil sobre nuestro actual proceso político. Una mera aproximación —única tarea que puede intentar ahora— puede ser con todo muy ilustrativa. Partamos del vasto campo que cubría el antiperonismo. En él era evidente la existencia de un agrupamiento clasista, cuya ideología extrema se formulaba en ciertas capas muy características de la sociedad: los estamentos superiores de las clases medias, la burguesía con ataduras en la vieja tradición liberal, materiales o culturales. Eso se vió con mayor precisión después de caído Perón, cuando nacionalistas y frondizistas ofrecieron una salida intermedia a la crisis: moderación en las maneras políticas, trato suave a los obreros sin intervención de los mismos en la actividad pública, industrialismo, relativa equidad para el peronismo como medio de absorberlo. Algunos contingentes de la clase media y de la burguesía aceptaron esa línea política; otros, justamente los adscriptos a la línea liberal clásica —que ellos mismos apodaron *Mayo-Caseros*— la resistieron violentamente. Algunos hechos concretos posteriores al 1º de mayo sirven para caracterizarlos y circunscribirlos aún más: la creación del clima *golpista*, las huelgas de tribunales y de los médicos, la reacción frente a las amnistías. Son de nuevo ciertos grupos sociales (específicamente en el caso de las huelgas, profesionales universitarios de las profesiones liberales más consideradas desde el punto de vista jerárquico) quienes dan la pauta de un sentimiento extremo que se agudiza,

precisamente, hacia los escalones superiores de la pirámide clasista. Sin que se pueda ser riguroso en la apreciación, parece confirmarse que el gorilismo se concentra en los estamentos sociales superiores, es decir, que constituye un estado psicológico de los grupos que expresan más cercanamente la Argentina del viejo orden. Se dan en ellos, con los caracteres más agudos, aunque con algunos matices especiales, muchas de las notas que he señalado insistentemente en ciertos grupos de las clases medias. Su necesidad de imitación de los módulos europeos de vida, su tendencia a necesitar de la *civilización* y a considerarse confundidos con ella, representantes de ella, frente a la doble *barbarie* de las clases populares y del país en su conjunto, se reviste del matiz que les presta el ser ellos, efectivamente, quienes han gozado del poder, del usufructo de ciertos privilegios materiales y culturales y del prestigio. Pero, además, y en mucha mayor medida que cualquier otro grupo de las clases medias, estos estamentos han consolidado marcados caracteres que se sienten amenazados por los nuevos tiempos. Individualistas en razón de sus actividades (médicos, abogados, comerciantes, pequeños propietarios) resisten instintivamente todo lo que sea ingerencia del Estado, tareas en común, obligaciones o actividades solidarias. Relacionados generalmente con trabajos abstractos y con los símbolos de la producción (expedientes, dinero, cantidades de mercancías, y no con su elaboración sino con su comercialización) desprecian el trabajo manual y se enajenan fácilmente en las fórmulas culturales. Se encuentran en un mundo en el que, por cambios que no les son evidentes pues se trata de modificaciones en las estructuras de fondo, todos sus valores se ven atacados y trastocados: se les imponen obligaciones de tipo social (inscripciones en cajas de jubilaciones, agremiaciones automáticas, etc.), el Estado interviene de todos los modos imaginables en sus vidas, violando una individualidad que creen sagrada (leyes de precios, réditos, inspecciones), los técnicos y los trabajadores manuales gozan de un aprecio cada vez mayor, lo que consideran ofensivo e injusto. Y, finalmente, se encuentran abocados a una disminución de sus ingresos o, y a veces al mismo tiempo, una cada vez mayor inseguridad económica y una disminución de las posibilidades de competencia, frente a la creciente concentración de la riqueza y las organizaciones que reemplazan el trabajo individual.

Ante ese mundo inestable, en un cambio continuo que les es permanentemente contrario, las clases medias oscilan constantemente entre todos los extremos en defensa de su seguridad y de todo aquello que creen relacionado con la misma y que sienten amenazado. Viviendo en un mundo de individuos y de símbolos a ellos achacan sus males y en ellos buscan su defensa. Y esto, general en las clases medias, se da con mayor fuerza en los grupos a que me refiero, pues los demás viven de modo algo diferente —más cerca de las clases populares, menos atados a ventajas que en realidad nunca poseyeron, más proclives al resentimiento contra estructuras que nunca les fueron generosas— la misma situación global.

Estos estamentos pueden pasar así del individualismo absoluto y el culto a la personalidad y al héroe, a la anegación en cualquier tipo de sentimiento suprapersonal, siempre que les permita ilusionarse con que eso provee alguna especie de seguridad y algún tipo de diferenciación: Patria, Estado, Raza. Erigen el mito de la personalidad, de la fidelidad a sí mismos ("Los mejores... son... los hombres que son ellos mismos" declara Jaspers, y Carlos Astrada sutiliza respecto de la sentencia sanmartiniana: "serás lo que debas ser..."). Buscan la protección de un Estado fuerte que, sin embargo, se guarde de intervenir en las actividades económicas (Salazar repite gustoso su fórmula: "absolutamente hostil a todo lo que sea ingerencia de la actividad económica del Estado en aquellos órdenes en que no esté demostrada la insuficiencia de los particulares"). (1) En-

(1) "Oliveira Salazar", de Antonio Ferro, Bs. As., 1942.

vidian y odian a las clases superiores a ellos y a los países más fuertes, y de allí puede salir su deseo de asimilación, su mimetismo, o su rebeldía, llámese nacionalismo o revolucionarismo. Orgullosos de trabajar con el cerebro, pueden caer en el racionalismo lo mismo que en el irracionalismo, siempre que uno u otro sea, en la especial situación de que se trate, un modo de diferenciarse. Son así fermento para la derecha más irracional o para la izquierda más virulenta. Nuestro gorila vivió aterrorado la experiencia peronista. Aun aquellos que, en su momento, compartieron la ideología nacionalista, huyen hoy de ella pues la unen a la experiencia más desagradable de sus vidas: no el peligro abstracto o circunstancial del marxismo, sino el peligro que los atropelló corporalmente: el cambio de estructuras, el desorden, el *mal gusto*, las multitudes proletarias ululando en Plaza Mayo. Por eso hoy se aferran a las teorías liberales —teóricamente racionalistas— con un irracionalismo desesperado y profundo, proclive a la violencia y hasta al matonismo. Se aferran a las fórmulas liberales, llamando a la libre empresa como a un fetiche destinado a retrotraer las cosas a una supuesta Edad de Oro en la que todos los riesgos que hoy amenazan eran desconocidos. No trepidan en salir a apalear o a matar en nombre de la democracia, como ayer salían en nombre de *Dios, Patria y Hogar*. Cagulars sin rey, conservadores empíricos con alma de fascistas, son en realidad los fascistas que temen a la ideología que sería el desarrollo lógico del modo con que afrontan la coyuntura social en que se encuentran. Hasta la elección del nombre de gorilas es sintomático: ya no se animan a la irracionalidad con su pertinente ideología (titulan *El gorila* a su periódico, no ya *La bandera*, *La fronda* u otro nombre con contenido), se refugian en la irracionalidad pura, conservando como un mero resto arqueológico una ideología periclitada y en desuso (2).

El gorilismo sintió desde un principio la más violenta repulsa por Frondizi, repulsa que —además de algunas anécdotas poco precisadas, y que el folklore local atribuye a la tibieza de Frondizi frente a Perón y a hasta a algunas defecciones en varias oportunidades *golpistas*— se debe a que la campaña de Frondizi a partir del 16 de setiembre se basaba en todo lo que el gorilismo rechazaba. El gorilismo fué el criadero de todas las tentativas *golpistas*, y sigue siéndolo. Sin embargo es dable apreciar, por un lado, lo que ya he mencionado, la disminución en cantidad del grupo o de las huestes gorilas, y, por el otro lado, la disminución del ímpetu de esas ya raleadas filas. El frondizismo, en efecto, ha causado, primordialmente, un ablandamiento de las clases medias y la neutralización del proletariado. Examinaré después con más detención ese proceso, pero por ahora puede adelantarse que, principalmente, el gorilismo ha ido quedando sin argumentos. Es posible que al día de hoy sigan existiendo gorilas acérrimos, empeñados en dar un golpe de estado contra Frondizi. Creo que constituyen ya grupos íntimamente minoritarios, formados por ese tipo de personas que siguen moviéndose mecánicamente por las razones o los prejuicios que ayer pudieron tener sentido pero que hoy han pasado a la categoría de fósiles, o por políticos que necesitan mantener su diferenciación a riesgo de perecer. Se ha visto, por ejemplo, como algunos de los dirigentes cercanos a Solano Lima le han planteado a éste la necesidad de mantener alguna oposición al gobierno, para poder guardar alguna diferenciación frente al tradicional adversario radical: su clientela electoral, sin duda exige esa oposición, viviendo como vive de viejos símbolos que ya hace muchos años —desde antes de Perón— carecen de real significado (3).

(2) El tono de *El gorila* era típicamente fascista, *legitimista*: violento, mesiánico, insultante, enemigo del político, denostador del voto. Las luchas electorales son "peleas de payasos"; sus enemigos son "clowns, monomaniacos, camaleones, batracios, monos sabios". (*El gorila*, números 8 y 9).

(3) De estos problemas planteados a algunas fuerzas opositoras se han hecho eco los diarios. Ver, por ejemplo, *Noticias gráficas* del 9 de diciembre, en donde se asegura que los conservadores "del Centro" exigen a Cueto Rúa mayor moderación en su actitud opositora, en tanto los caudillos solanistas empujan a S. Lima a una oposición más firme.

Hubo durante el mismo peronismo un proceso, pleno de contradicciones, que envolvía en constante confusión a estos grupos sociales. Odiaban al peronismo y en él el cambio que representaba. Pero su odio chocaba no pocas veces con la constatación de que ese cambio ofrecía nuevas posibilidades. Se daba el hecho curioso de que las clases altas (latifundistas, grandes comerciantes, industriales) no sólo se enriquecían con el peronismo sino que tenían que reconocerlo así cuando actuaban en función gremial. Son conculdas al respecto las relaciones de la Sociedad Rural con el peronismo, y las felicitaciones públicas que la misma envió al gobierno (1). Pero el hecho y la ventaja real chocaban con las estructuras culturales y las clases favorecidas por el peronismo no fueron nunca peronistas. Sin embargo, el proceso fué produciendo sus efectos, y es justamente hacia el fin del peronismo que los representantes de las clases altas tratan de usar su influencia para evitar el enfrentamiento definitivo. Son los estratos de la alta clase media, menos relacionados con el hecho económico, más apegados a los puros valores jerárquicos —y víctimas más reales de los cambios, seguramente— los que mantienen su irreductibilidad opositora. Y este hecho merece ser señalado y tenido muy en cuenta; lo reitero y lo amplío por ello; son los que podemos llamar *dependientes de las clases altas*: profesionales, políticos, comerciantes medianos, los que se niegan a ver las ventajas del cambio, los que se mantienen irreductiblemente antiperonistas. Pinedo se acerca a Perón: él ve las ventajas del peronismo. Un Zavala Ortiz o un Nerio Rojas siguen tan rabiosamente antiperonistas —o aun más— como en 1945. Es que las clases altas se benefician de un cambio que no ha cambiado las viejas relaciones de propiedad. Pero las clases medias, que sólo gozaban de especiales beneficios en la anterior situación, se ven desplazadas de esos beneficios, reemplazadas por hombres que ejercen otras actividades más necesarias en la nueva situación (contadores, técnicos, en lugar de abogados o médicos) y por otros políticos que han tenido más visión que ellos.

Perón tuvo, por ejemplo, buenos técnicos salidos de la Facultad de Ciencias Económicas y algunos abogados jóvenes. No contó con el grueso de las clases profesionales, que constituyeron los cuadros de la resistencia política durante sus diez años de gobierno.

Bajo Frondizi, ese proceso se acelera. Ya las clases altas han acumulado experiencia. Todavía desconfían, pero moderan su oposición. Preferirían gobernar directamente, desde luego, y no por medio de un político profesional que no ha salido de sus filas. Pero están dispuestos a negociar. Los políticos opositores, la columna vertebral de la oposición peronista, prácticamente están pasando a representar tan sólo sus maquinarias políticas. Y envejecen. Frente a Frondizi no se planta una oposición joven y brillante como la que formaba el bloque radical de 1945.

LA EXTREMA IZQUIERDA

En el otro extremo del arco iris político existen algunos grupos cuya homogeneidad y fuerza hasta ahora parece más evidente en las opiniones de sus adversarios que en los hechos. *Azul y blanco*, como ya lo he recordado, acusa amargamente a los troskistas de haber copiado de los nacionalistas sus temas, y de engañar a los trabajadores con banderas ajenas. La revista *Qué* (9 de diciembre, página 6) señala en la Intransigencia la presencia de "los jóvenes irascibles, trabajados por el troskismo". *Mayoría* y el mismo *Azul y blanco*, para los que los organismos educacionales están en manos marxistas, denuncian también entre otros a grupos troskistas y troskizantes. Algunas huelgas les han sido atribuidas, así como los disturbios callejeros producidos durante las manifestaciones contra la ley que permite el funcionamiento de universidades privadas. También los ghildistas hablan de infiltraciones troskistas en la

(1) *La Nación*, junio 13 de 1953.

otra rama del socialismo. ¿Qué hay de cierto en todo eso? ¿Habrá ocurrido realmente que las lecciones de Trotsky prendieran con tanta fortuna entre nosotros? La verdad es que parece que algunos grupos de derecha están tratando de inventar un nuevo fantasma para calificar a algunos de sus adversarios de un modo más sutil que con el mote de comunistas. Pero ese fantasma tiene alguna base real.

Desde hace algunos años han ido apareciendo diversos grupos, algunos dentro de los partidos políticos, otros al margen de ellos, que podrían denominarse de un modo más o menos general como nacionalistas de izquierda o, tal vez con alguna mayor precisión, nacionalistas marxistas.

Hasta los alrededores de 1945 proliferaban minúsculas sectas marxistas, que se disputaban el legado de Trotsky, y que vivían envueltas en agrias peleas entre sí, al mismo tiempo que frenéticas de odio hacia el Partido Comunista. Su existencia parecía condenada a la más completa esterilidad, como herejías del comunismo ortodoxo. Sin embargo, pusieron las bases para una importante actividad al insistir en la discusión sobre el papel del imperialismo, sobre el concepto de desarrollo combinado y sobre el lugar respectivo que cabe a las diversas clases sociales en la conducción de la lucha por la liberación de los países atrasados. En ese sentido su importancia no es menor de la que tuvo el socialismo tradicional para introducir ideas reformistas en los movimientos populares (aun de la pequeña burguesía), ni menor de la que corresponde posteriormente al comunismo en general al difundir los conceptos leninistas sobre el imperialismo.

Con todo, esa importancia no hubiera excedido del plano un tanto académico de las discusiones teóricas o hubiera caído en un superizquierdismo anarquizante si no hubieran cambiado las condiciones mundiales y las de las estructuras locales. El crecimiento del proletariado y la aparición y fortalecimiento de todas las fuerzas que de un modo o de otro se enfrentaban con el estado dependiente y de atraso en que el país se encuentra vino a proveer de un nuevo significado a lo que de otro modo podía quedar reducido a un minúsculo e inoperante batallar de grupos atomizados y diminutos.

En las agrupaciones políticas de clase media se fué creando poco a poco en diversos núcleos el convencimiento de que la lucha por la liberación nacional era imposible sin un cambio en las relaciones de propiedad, y, a la inversa, en las agrupaciones que sostenían programas basados casi exclusivamente en reformas sociales aparecieron también núcleos que advirtieron que no era posible lograr nada profundo y perdurable en ese terreno si no se encaraba seriamente el problema del imperialismo. La clase obrera, al mismo tiempo, fué advirtiendo —en los hechos concretos de su lucha de reivindicaciones— la necesidad de enfrentar abiertamente al imperialismo, como condición inexcusable para mejorar aún su situación inmediata. Esa evolución es la que explica la aparición de la intransigencia, la del socialismo de izquierda y las exigencias que los sindicatos exponen dentro del peronismo. Sin duda, ese fenómeno se dió en el proletariado sobre todo por la vía de la praxis, en tanto en los movimientos políticos sin base proletaria se daba por vía intelectual y de la acción política pura. Pero el fenómeno existió, y fué tanto más poderoso cuanto que la fundamentación teórica se reforzaba por los ejemplos extranjeros (sublevación de Asia y Africa, revolución boliviana, experiencias latinoamericanas) y coincidía con poderosas necesidades internas y con la experiencia puesta de manifiesto en el peronismo y en el régimen posterior. No se trataba de elucubraciones en abstracto, sino de hechos reales, de las exigencias que la actividad encontraba en la realidad para adquirir sentido.

Esta apreciación no procede de un mero deseo. Ni el encuentro de las fuerzas que tienden a la liberación de la comunidad global en un aprendizaje que comprende la lucha por esa liberación como una lucha de clases, se debe a la

influencia de ideólogos y teorizadores sujetos a esquemas, tal como repiten todavía hoy quienes se aferran a un supuesto *realismo*. Alguien a quien muy difícilmente pueda llamarse ideólogo, tal como entienden los *realistas* el calificativo, decía allá por diciembre de 1949: "se está cumpliendo, por la dialéctica misma de las fuerzas económicas y sociales en juego, la conjunción del nacionalismo que se torna proletario y del comunismo que se trueca en nacionalista". Así prevenía Meinvielle desde *Presencia*, llamando la atención a "las clases medias católicas" para que tomaran su lugar en la política nacional, en defensa del orden amenazado por el "juego del proletariado". Ciertamente que Meinvielle titubea entre reconocer el peso de los hechos, tal como ellos son, y atribuir la *marxistización* del peronismo a influencias personales ejercidas sobre el "optimismo fisiológico" y el "espíritu retórico" y "poco profundo" de Perón, pero de nuevo en 1956 teme que el frondizismo pueda significar un camino hacia el "nacionalismo marxista". (1)

Pero además de este fenómeno general siguen existiendo grupos con cierta coherencia interior que aplican las teorías de Marx y de Lenin con independencia, muchos de ellos a través de Trotsky, otros negando más o menos expresamente esta última filiación. Es difícil determinar con exactitud cuál es la influencia real de tales grupos, pero parece indudable que las vacilaciones del peronismo en la conducción del proletariado industrial y la desilusión causada a parte de los cuadros juveniles de clase media por el actual gobierno, ha provocado entre ellos una corriente de acercamiento hacia aquellos. Por lo demás, estos grupos de izquierda no parecen capaces de superar —hasta ahora— el viejo vicio que los divide en pequeñas sectas que no pueden dejar de luchar entre sí por diferencias muchas veces microscópicas, y no pocas, pura y simplemente personales. Eso resulta menos explicable ahora que durante el peronismo, ya que el cambio de situación ha acercado las posiciones teóricas de los diversos grupos e, igualmente, ha dado un sentido aproximadamente igual y un campo común a sus tareas.

En efecto, con menor o mayor aparato teórico, con menor o mayor finura, todos estos grupos llegan a conclusiones semejantes, ya que no idénticas. Todos ellos describieron al peronismo como una forma de bonapartismo, aunque discreparan —menos de lo que en sus discusiones quieren ver— respecto del papel que podía jugar la burguesía en la liberación nacional y en las tareas necesarias para lograr tal liberación: capitalización, cambio de las relaciones de la propiedad, industrialización, así como respecto de qué debe entenderse por una industrialización real y qué influencia puede tener ésta sobre las relaciones con los centros imperiales. Pero caído Perón esas diferencias parecen haber disminuído rápidamente y estar hoy reducidas a matices simplemente verbales. Todos ellos señalan: Ante todo, el preponderante lugar que toma en sus construcciones la presencia del imperialismo, preponderancia que llega a veces a oscurecer la presencia de la lucha de clases. Luego, la insistencia en que las burguesías nacionales no están capacitadas para desempeñar entre nosotros —es decir, en los países semicoloniales— papel revolucionario alguno, pues no están dispuestas a modificar las relaciones de propiedad. Como corolario, que solamente la clase obrera está en condiciones de dirigir la lucha por la liberación del imperialismo y de realizar las transformaciones de la revolución democrático-burguesa. Finalmente, que es necesario realizar la unidad de América Latina, pero que esa unidad sólo podrá realizarse por una revolución de contenido socialista la que se dará por una Federación de Estados Obreros Latinoamericanos (2).

(1) Meinvielle, libro citado, prólogo, páginas 113 y 313.

(2) Silvio Frondizi, "La realidad argentina", t. 2; "La revolución democrático-burguesa en los países semicoloniales", en *Estrategia*, N° 1. Miledades Peña, "El imperialismo y la industrialización argentina", *Estrategia*, N° 2. Hermes Radio, "Peronismo y revolución permanente", *Estrategia*, N° 3. Jorge E. Spilimbergo, "Frondizi, el pequeño burgués en la política burguesa", *Política*, N° 1. Esteban Rey, "¿Es Frondizi un nuevo Perón?"

Eso los lleva a postular que el actual gobierno, instrumento de la burguesía, sólo es un medio para las maniobras del imperialismo, y que eventualmente va a constituir una forma facista subcolonial. Y, asimismo, que es imprescindible la formación de un partido obrero, cuyo objetivo debe ser la conquista violenta del poder en plazo más o menos corto, pero no de inmediato.

LA INTRANSIGENCIA

Este gobierno surgió de las filas de una fracción de la vieja Unión Cívica Radical, de parte del centro y de la izquierda de la primitiva Intransigencia. Es decir, de un partido heredero del nacionalismo y del paternalismo populista de Yrigoyen, influenciado por las ideas del socialismo, del socialismo marxista, de la Reforma Universitaria y del neocapitalismo. Durante muchos años —desde el 90 hasta 1925 aproximadamente— el radicalismo fué un partido en busca de una ideología, que obraba expresando las necesidades y las tendencias de la clase que lo formaba, pero que no había sido capaz de formular esas necesidades y esas tendencias en una teoría coherente. Nacido en un momento en que, como dice Korn, no existía en el país "ninguna discrepancia ideológica", el radicalismo era tan liberal como sus adversarios, tanto como lo era iMtre o el catolicismo militante de Estrada. Pero era liberal en cuanto a su *ideología*, y ésta no coincidía con sus anhelos y con su práctica.

El radicalismo, en efecto, expresaba las necesidades de la pequeña burguesía urbana y rural que pretendía estar representada en el Estado y, vicariamente, tendía a expresar todas las necesidades de una sociedad en transformación que no se sentía representada por las clases altas terratenientes ni por las prácticas de su ideología liberal. De allí, que el radicalismo se haya sentido constantemente constreñido dentro de esa ideología, como dentro de una piel que no le correspondía. Las clases medias en ascenso tendían a ocupar el poder político, desplazando a la oligarquía gobernante: no trepidaban en reconocer que esa ocupación debía hacerse por la fuerza, y en realidad el radicalismo desconfió siempre de llegar al gobierno por el voto, y, hasta cuando se le presentó la oportunidad, desconfió instintivamente de que eso fuera beneficioso para realizar la modificación en las estructuras, que también vagamente intuía que debía realizar. El radicalismo fué proteccionista desde antes de existir: el Club 25 de Mayo, en el que militaban los futuros fundadores del radicalismo, era dentro del Partido Autonomista el defensor de las teorías proteccionistas puestas sobre el tapete en el 70. Posteriormente no hizo sino afirmarse en su proteccionismo y de un modo empírico comprendió el papel que debía jugar el Estado como promotor del desarrollo económico: A partir de 1916 trata de constituir una flota mercante oficial, interviene en la marcha económica de los ferrocarriles, proyecta y construye líneas ferroviarias, interviene en la comercialización de las cosechas, proyecta bancos de fomento. "El Estado, manifestaba Yrigoyen al vetar la ley que creaba una sociedad mixta ferroviaria, debe adquirir una posición cada día más preponderante en las actividades industriales que respondan principalmente a la realización de servicios públicos" (Mensaje del 15 de octubre de 1920). También intuyó el radicalismo que era necesario modificar de algún modo las relaciones de propiedad para lograr el desarrollo del país y para desplazar efectivamente a la oligarquía del poder. Llevaba en sí los gérmenes imperfectamente formulados de la revolución democrático-burguesa; de allí sus intentos de reivindicar las tierras fiscales y de darles un régimen que asentara como pobladores a los "millares... que vagaban nómades sin poder arraigar un hogar donde desenvolver su esfuerzo" (Mensaje al Congreso del 3 de agosto de 1921) y su constante preocupación ruralista.

La necesidad de expresar a la sociedad global induce al radicalismo además a postular un marcado paternalismo obrerista, concebido con un criterio de justicia social. Y como expresión de la necesidad de desarrollo de la burguesía y de las contradicciones del capitalismo local expresa la tendencia a la creación y consolidación de su ámbito de actividad del que la burguesía trata de expulsar a las fuerzas económicas que se le oponen. Nadie como el radicalismo ha expresado la necesidad de la integración de la Nación, de la necesidad de desarrollar todas sus posibilidades económicas y geográficas y de realizar su unidad por diversas vías de comunicación; nadie antes que él tuvo la preocupación de las "provincias pobres", afectadas por la acción del imperialismo inglés. "Entre los hondos males causados a la Nación por el predominio que acaba de terminar, figuran los inferidos a las provincias y a los territorios nacionales", decía Yrigoyen en su Mensaje del 3 de marzo de 1920. Y su deseo de unión latinoamericana respondía a una concreta concepción de las necesidades de desarrollo económico, de la extensión de los insuficientes mercados: su Mensaje del mes de julio de 1922 postulando la erección de las líneas ferroviarias Trasadino del Norte, Trasadino del Sur, ferrocarril a Bolivia por Yacuiba y ferrocarril de la Mesopotamia, habla bien claro en términos económicos: "comercio local", "corriente comercial obstaculizada hasta ahora por la falta de comunicaciones", etc. Era el momento en que las fuerzas económicas nacionales, desarrolladas por influencia del propio imperialismo merced a sus contradicciones, sienten la necesidad de expandirse y de crear su ámbito de sustentación y de influencia; en última instancia, un mercado integrado, unido y homogeneizado por las necesarias vías de comunicación y de transporte. El momento era propicio, pues los países centrales se encontraban empeñados en la primera gran guerra. Pero la clase media era orgánicamente incapaz de desarrollar una ideología unívoca que respondiera a las necesidades del momento; las clases altas latifundistas se habían cercenado a sí mismas sus posibilidades de desarrollo capitalista, y no existía una burguesía industrial que fuera capaz de tomar la dirección del proceso. El radicalismo fué incapaz de formular la ideología que necesitaba.

Una década después, cuando el yrigoyenismo llega por segunda vez al poder, las condiciones han cambiado. La presión imperialista, las modificaciones introducidas por la técnica (la incidencia del enfriado, ya señalada, la aparición del automóvil, etc.) han clarificado la situación: el país ha continuado su proceso de integración, se han separado del partido las fracciones atadas al liberalismo de viejo cuño, las clases agrarias de medianos y pequeños propietarios comienzan a ser aplastadas por los invernaderos y los frigoríficos. Además, han aparecido en Europa ideologías que se oponen al liberalismo tradicional y su éxito ha sido poco menos que fulminante: existen entonces ideologías en las cuales encontrar una expresión para las necesidades que sólo habían logrado formularse empíricamente. El radicalismo adquiere una mayor audacia en sus proyectos: intenta centralizar las finanzas de la Nación por medio de un Banco Central y se propone nacionalizar el petróleo. Se inclina a aceptar ideologías que aparecen ya formuladas o sufrir su influencia: hay un brote de anti-liberalismo tradicional, representado especialmente por Diego Luis Molinari, que indica la tendencia del radicalismo a buscar ideologías coherentes. No sabemos qué hubiera ocurrido de continuar Yrigoyen en el poder. A su caída, las fracciones que recogen su tradición se inclinan más bien hacia un nacionalismo izquierdista, semejante al del APRA y de otros movimientos latinoamericanos. Es que el radicalismo comienza a sufrir un cambio de cuadros, y sus nuevos dirigentes se han formado en la Reforma Universitaria. En 1945 el radicalismo, al constituirse la Intransigencia, cumple un proceso que en otros países se había producido más tempranamente: los dirigentes universita-

rios o los dirigentes de clase media influidos por ellos, organizan un partido político reformista y nacionalista. Han sufrido diversas improntas: la guerra europea, la experiencia de los Frentes Populares, la acción estudiantil en la que las alianzas con el socialismo y el comunismo son frecuentes y donde su influencia ideológica, por poseer formulaciones más coherentes y sólidas, es ineludible. Pero, sobre todo, la incipiente influencia del peronismo, que maneja muchos postulados del radicalismo tradicional. No puede olvidarse que los aportes de dirigentes radicales al peronismo provienen, en su mayor parte, de los mismos grupos de los que se formó la Intransigencia. Hasta cierto punto, ésta consistió en una respuesta desde el liberalismo y desde la izquierda racionalista al peronismo, es decir, al nacionalismo de derecha devenido populista.

Pero sería caer en un esquema simplista reducir el proceso del radicalismo hacia la intransigencia a una combinación de las tradiciones radicales con los aportes de la izquierda, ya sea reformista o marxista. La propia composición de clase de los cuadros intransigentes, cargados de ambigüedad, irresolutos para romper con las estructuras vigentes, pero opuestos por necesidad a ellas, torna el proceso mucho más complejo. En el fondo, la Intransigencia no se decide a declarar que la única forma de lucha posible contra el imperialismo consiste en salirse del conjunto del cuadro del capitalismo, cuadro en el que el imperialismo no representa sino su máxima evolución. En toda la clase media late la esperanza de que el capitalismo provea todavía salidas, que tenga todavía una evolución positiva que permita a los países semicoloniales y subdesarrollados completar el ciclo de la evolución capitalista. En todo hombre de la clase media argentina (y, por supuesto, de las clases altas) late la esperanza de que la Argentina pueda llegar a ser un centro imperial en Latinoamérica, a costa de nuestros vecinos.

La crisis del 30 había inducido al capitalismo inglés y norteamericano a buscar salidas para sus problemas dentro de las estructuras capitalistas. La respuesta a esa necesidad pareció ser la de un neo-capitalismo, que acepta la imposibilidad de que el liberalismo solucione por sí mismo las crisis, y aun la imposibilidad de que el liberalismo económico funcione realmente. Es imprescindible la intervención del poder político para moderar y contrabalancear el desequilibrio y las contradicciones del sistema. El reajuste general del Imperio británico y el New Deal son las respuestas prácticas que la política propone a la economía. El teórico técnico de ese intento de solución, el que trató de formular una teoría general de política económica a "una economía que camina haciendo eses y tropezando por una parte con la deflación y el desempleo y por otra con la ocupación plena y la inflación" (1) fué Keynes. No es casual que los teóricos de la Intransigencia sean grandes lectores del "Fondo de Cultura Económica" y que se nutran de las teorías keynesianas, no siempre de primera mano.

La ideología de los dirigentes de la Intransigencia se formuló por todo ello de un modo equívoco y contradictorio, vacilando entre conocimientos económicos y doctrinas capitalistas deficientemente amalgamadas con influencias socialistas, marxistas y nacionalistas. No pudiendo, o no queriendo, organizar una perspectiva unívoca, aun cada uno de ellos en particular parecía incapaz de estructurar una visión política coherente para los problemas nacionales.

Claro está que estas referencias se aplican sobre todo a los teóricos partidarios, en los que las ideologías podían elaborarse hasta cierto punto en el escritorio. Pero la incidencia de la realidad del partido en esa ideología híbrida no contribuía por cierto a quitarle su hibridez. Al contrario, ellos reflejaban y expresaban en un plano superior lo que la Intransigencia era. Ya he intentado alguna vez, de un modo somero, señalar cuáles eran las principales líneas de la In-

(1) Tomado de la Introducción al libro de Alvin Hansen, "Guía de Keynes", publicado por el Fondo de Cultura Económica.

transigencia, cuando se dividió el radicalismo tradicional. En el número 1 de los Cuadernos de CONTORNO señalé que la Intransigencia estaba dividida en cuatro sectores principales: La ortodoxia, los tecnólogos, los liberales nacionalistas y el pantano. Descontado este último grupo, formado principalmente por los caudillos, es decir por los políticos típicos, rumboadores de la política sin pretensiones ni intereses ideológicos, es conveniente acercarse un poco más a los otros tres.

La ortodoxia, decía entonces, "insiste en que la transformación estructural —del país— debe desarrollarse simultáneamente en el plano técnico y en el institucional". Entiende, por ejemplo "que la tecnificación —del campo— si no es acompañada por un cambio del sistema de la propiedad y en el actual reparto de la tierra, significa la creación de un estado de tipo prusiano". Sus representantes, sostenían, en efecto, que "la revolución nacional"... debe realizarse "como cambio absoluto tanto en el régimen interior como en el exterior... para transformar el viejo orden social en uno nuevo... ligado a cambios fundamentales en la estructura económico-social que abarque, por lo menos, estos tres aspectos concretos y esenciales: a) la reforma agraria; b) la industrialización; c) la democratización económica". Entendiendo la primera como "una modificación profunda de las relaciones actuales en materia de propiedad agraria, para poder extender el uso de la tierra a todos aquellos sectores sociales que se encuentran en condición de convertirla en un verdadero instrumento de producción o sea, que la despojen de su exclusivo carácter de bien que produce rentas individuales". Y por "democratización económica", "la nacionalización de las concentraciones capitalistas que constituyen monopolios, la participación de técnicos, obreros y empleados en la dirección del proceso económico y la elaboración de planes de desarrollo, que deberán ser democráticamente concebidos, trazados y ejecutados" (1). Los ortodoxos parecían advertir que ninguno de nuestros problemas podía solucionarse sino saliendo de los marcos del capitalismo. Que era imposible solucionar nuestro problema económico sin romper con la sujeción impuesta por los países centrales, y que esa sujeción sólo puede desaparecer si se anula "el actual régimen de privilegio asentado sobre un monopolio de la tierra que conspira contra nuestra estabilidad social, contra la producción nacional, contra la diversificación de la misma, contra el acrecentamiento de nuestra capacidad adquisitiva y de nuestro saldo exportable, contra nuestro desarrollo demográfico y contra las posibilidades de una democratización agraria, verdadero basamento de una democracia económica" (2), o, como con mayor aspiración retórica afirmaba la actual diputada Muñoz de Liceaga, que era necesario intentar la transformación de las estructuras desde el poder político, entregándolo al pueblo, pues "mientras subsista el actual régimen de la propiedad, la sociedad estará dividida en clases" y tratándose de una cuestión planteada entre "poseedores y desposeídos" "no importan las buenas intenciones que puedan tener quienes detentan el poder... nuestra estructura actual sólo puede mantenerse dando su adhesión a la política imperialista de las grandes potencias" (3).

En las frases transcriptas, pese a su aparente rotundidad, están incluidas todas las contradicciones que la Intransigencia llevaba dentro de sí misma. Y en realidad no he sido bien preciso: es su misma rotundidad la que indica las fisuras del pensamiento intransigente. Pues si hubiéramos de atender a lo que las citas dicen, y extraer las consecuencias lógicas de las mismas, la Intransigencia lo que debería haber propuesto era una inmediata toma del poder por el pueblo, la constitución de consejos de fábrica y la expropiación violenta y sin cargo de los latifundios.

Pero, por una parte, los mismos teóricos citados se veían obligados a introducir su realidad, la realidad que un par-

(1) Arturo Frondizi, "Petróleo y política", páginas LXVI a LXIX, 2a. edición, 1956.

(2) José V. Liceaga, "Las carnes en la economía argentina", pág. 14.

(3) Marisa Muñoz de Liceaga, "El fracaso del panamericanismo", C. de Contorno, N.º 2.

tido como el suyo y la situación de la Argentina imponían como situación política, condiciones sociales y posibilidad de los factores de poder. Aceptaban entonces que era necesario cumplir ciertas etapas, que en nuestro país todavía debía realizarse una democracia burguesa, antes de intentar cualquier otro paso. Es decir, que debía poder evolucionar el capital privado con formas capitalistas, reservándose la comunidad solamente ciertas funciones, no sólo dejando sino asegurando a la "iniciativa privada la posibilidad de desenvolverse al servicio del país en los sectores económicos no nacionalizados". Teóricamente era desde luego posible sostener la viabilidad, y aun la necesidad, de un desarrollo combinado, en el que el Estado o los consejos de productores poseyeran cierta parte de la economía —socializada así de hecho— y se dejara a la empresa privada otras actividades. Tal hipótesis era tanto más posible cuanto que ya el Estado era efectivamente dueño de gran parte de nuestra economía y de los resortes respectivos. Pero para sostener tal posibilidad política de un modo coherente era necesario poner bien en claro el significado y el sentido de las diversas fuerzas nacionales y sus limitaciones, proponer con claridad con qué métodos ciertas áreas de la economía se iban a dejar en poder de la empresa privada y cuáles no, y, finalmente, aceptar el sentido y las consecuencias de la política que se propusiese. Ello exigía un amplio y frío cálculo, sobre todo teniendo en cuenta la fragilidad del instrumento político con que se contaba.

Pero los teóricos de la Intransigencia ortodoxa no hicieron tal cosa. No trataron de tomar una perspectiva de conjunto de los problemas que la situación proponía, sino que, normalmente, desarrollaron sus posiciones a partir de problemas concretos. Eso los lleva a sostener tesis contradictorias con las bases que informan su ideología, a dejarse llevar por aspectos parciales del problema, proponiendo soluciones también parciales, que por regla general consisten en aceptar la posibilidad de una solución capitalista con proyecciones indefinidas. A veces, parece ser que aceptan soluciones intermedias como paso hacia una sociedad socialista; otras veces parecen dispuestos a detenerse en la mera solución empírica de un problema, sin mirar hacia el futuro; y otras, no parece sino que proponen que el Estado funcione como gran capitalista y financiero de la empresa privada nacional, hasta que ésta se halle en condiciones de hacerse cargo de las actividades que momentáneamente no hay más remedio que encarar por otros medios menos idóneos.

Así, en el libro ya citado, Arturo Frondizi habla del papel jugado contra el capital extranjero y contra los terratenientes por "nuestra industria" (página LV), pero sin aclarar el sentido que da al término (sí considera que existe una clase industrial independiente, si entiende por tal la sola presencia de una contradicción dentro de nuestras estructuras, etc.), ni tampoco el lugar que asigna a la misma como elemento activo en la evolución de la situación nacional. Y aun cuando es en el prólogo de ese libro donde tal vez se desarrolle de modo más coherente y total una perspectiva política de conjunto, él mismo nos avisa que si bien "nosotros —que no somos comunistas y que tampoco aceptamos el capitalismo— debemos formular la teoría democrática... no intentaremos desarrollar los aspectos doctrinarios a que nos hemos referido", (pág. LXVI). Liceaga, por su parte, parece pensar en la posibilidad de que los ganaderos que "no pertenecen al grupo invernador", a pesar de sus limitaciones, desempeñen un papel progresista y se solucionen los problemas de nuestra "política comercial e industrial de carnes" si la realiza "una asociación de tipo cooperativo constituida por la totalidad de los productores" (4), y Rodolfo Carrera propone para nuestros problemas agrarios, como ejemplo, la reforma italiana de De Gasperi (5). El mismo Arturo Frondizi, al referirse a ciertas

(4) José V. Liceaga, "Las carnes...", páginas 11 y 380.

(5) Rodolfo Carrera, "El problema agrario argentino".

áreas económicas como la de la industria siderúrgica establece que "los argentinos no podemos aspirar a tener una siderurgia sobre la base exclusiva del capital privado, porque es sabido que éste no va donde no existe lucro" y nuestra siderurgia en su "proceso de iniciación" no producirá lucro (1).

El propio exceso verbal indica, no la decisión de llevar las cosas hasta sus límites, sino el reemplazo de una decisión real por una huída retórica, o el exacerbamiento ante el convencimiento de las propias limitaciones, que no se superan al eludir un enfrentamiento realista y total con el conjunto de los hechos.

Los tecnólogos, decía en el citado número de los Cuadernos de CONTORNO, sostienen que "los cambios de tipo material darán, por sí, las condiciones de transformación", sostienen, por ejemplo "que la reforma agraria debe centrarse —y aun consistir solamente— en la tecnificación del campo, es decir, en la explotación racional, altamente técnica, del campo". En esta tendencia se ocultaba una trampa, no siempre demasiado oculta. Es evidente que nuestro país necesita solucionar sus problemas técnicos (mayor y mejor producción, ampliación del poder energético disponible, nivelación de su balanza comercial, etc.), y nadie niega que deben buscarse los medios para lograrlo. Pero esos medios deben estar encuadrados dentro de una concepción política, a la que ellos deben servir, pues siempre existe más de una solución para un mismo problema. Los tecnólogos, al hacer hincapié en el aspecto técnico de la situación nacional, proponen soluciones que son, aparentemente, sólo técnicas, e insisten en que es la política la que debe adecuarse a los problemas y a las soluciones "puramente técnicas" de los mismos. Pero resulta que la elección de las soluciones técnicas ya lleva implícita la elección de una política, pues se persigue soluciones en un sentido determinado. Y ello tanto más cuanto que las soluciones que se proponen no son tomadas, como es obvio, en abstracto, sino que se trata de la adopción de medidas elaboradas por quienes respondían a determinados intereses o, simplemente, a su situación como miembro de una clase y a las correspondientes mentalidad e ideología. Y tanto más cuanto se acepta los problemas como si ellos procedieran de la "naturalidad inevitable de las cosas", de una realidad que es la única realidad posible, y se intenta solucionarlos dentro de esa misma realidad. Se ha repetido muchas veces que plantear el problema es resolverlo, y también es cierto que la solución que se tenga depende del planteo que se haga.

Ya se ha advertido en los propios ortodoxos la tendencia a dejarse llevar por el aspecto empírico de los problemas concretos, perdiendo así de vista los objetivos generales. Allí está presente la tendencia a escapar de los planteos que exigen esos objetivos generales, refugiándose en lo inmediato, pero aceptando —conciente o inconcientemente— los objetivos finales que se ocultan detrás de esa inmediatez. En alguno de los casos señalados, como en el de Carrera, hay ya algo más: la elección voluntaria de determinadas medidas concretas que vienen plenas de carga ideológica. Pero además de ése que podríamos llamar emboscamiento tecnológico, en la Intransigencia se fué configurando lentamente un grupo de tecnólogos que elevaban sus soluciones técnicas a ideología. Advirtiendo que en el grupo ortodoxo se planteaba el dilema de elegir entre quedarse a medio camino o aceptar las últimas consecuencias de sus planteos, y advirtiendo también que en ellos era notoria la propensión a divagar por encima de la realidad, los tecnólogos se presentaban como los realistas: aquellos que aceptaban la realidad y que buscaban cómo operar con planteos realistas. En la introducción a la edición que del folleto de Carrera hizo el periódico Programa popular se advierte la proposición de los editores de hacer resaltar los

planteamientos "tecnológicos" sobre los ideológicos. Y a medida que el poder se encontraba más cerca, iban perfilándose con mayor nitidez las posiciones de quienes se ceñían estrictamente a lo técnico, con abandono del encuadre respectivo. Ya en el citado número de Cuadernos de CONTORNO hacíamos notar cómo en la posición de los tecnólogos podía darse un maquiavelismo de izquierda, por quienes pretendieran utilizar a las derechas, pero también, el exceso de "las izquierdas-de-vuelta-de-la-izquierda" que por sobre de maquiavelismo se vieran luego esclavos de los instrumentos que habían pretendido manejar. O la muy sutil operación por la cual el supuesto maquiavelismo fuera una disimulada entrega a la derecha, con la excusa de pretender manejarla. Pues en todo maquiavelo de la izquierda se oculta —quíerese o no— el deseo de clase de postergar sine die el enfrentamiento con las estructuras capitalistas.

El liberalismo intransigente no es menos complejo que los otros grupos. Representa, en cierta medida, el deseo de resolver los problemas que plantea nuestra dependencia y nuestro subdesarrollo dentro de los esquemas liberales, es decir, algo semejante al planteamiento de de la Torre, pero imbricado dentro de la potente tradición radical. Nosotros preveíamos en el tan citado número de Cuadernos que, colocado el liberalismo en la disyuntiva, iba a ser el grupo que apoyara a los tecnólogos cuando estos se inclinaron hacia el puro empirismo.

Pues ya en julio de 1957 podía advertirse con toda claridad que alrededor de la Intransigencia se habían agrupado otras fuerzas, y que otras más aún se habían de acercar. La más importante, ideológicamente hablando, era, sin duda, el grupo que se proponía como ideólogos o teóricos de la burguesía industrial, grupo expresado principalmente por la revista Qué. El acercamiento de este grupo a la Intransigencia produjo las más variadas reacciones, desde aquellas de quienes veían en el grupo a futuros rivales para la ocupación de puestos públicos, hasta las de quienes los denunciaban por su carácter derechista, como representantes de los intereses capitalistas (no sólo locales, sino también extranjeros, especialmente norteamericanos). Pero también hubo quienes comenzaron a utilizar, cada vez más marcadamente, cada vez más con exclusión de toda otra, la ideología de los economicistas del grupo Qué. En primer término, el propio Frondizi.

No es necesario insistir demasiado sobre el cambio que poco a poco se va produciendo en el programa de Frondizi a medida que se va desarrollando su campaña electoral. Basta recordar su folleto "Industria argentina y desarrollo nacional", editado por intermedio de la revista Qué en febrero de 1957. Allí reduce el complejo cuadro de las fuerzas nacionales a un esquema dicotómico, en el que por un lado se presenta a la "vieja oligarquía", dependiente del centro imperial inglés, empeñada en mantener nuestro carácter de país agropecuario, productor de materias primas, y por el otro, como solución para lograr la liberación nacional, la industrialización y el desarrollo de nuestra técnica, presentándonos como ejemplo el desarrollo logrado por Norteamérica. Del resto de su ideología sólo permanece en pie la afirmación de que no debemos buscar nuestra salida en una opción entre depender de Estados Unidos en cambio de Inglaterra, y la de que "la industrialización del país no puede ni debe hacerse rebajando el nivel de vida de los trabajadores", pues "el gobierno y los empresarios tienen que comprender que ello no sólo es inadmisibles por razones morales y sociales sino inconveniente por razones económicas. Una masa trabajadora —agrega— con alto nivel de vida es, al mismo tiempo, un nuevo mercado de consumo y una nueva posibilidad de ampliar el potencial económico de la industria. La formación de ese mercado adquisitivo interno debe ser el fundamento de nuestro desarrollo industrial". Su programa se concreta en: La solución del déficit energético y de las deficiencias del transpor-

te. Una política crediticia de largos plazos y bajo interés para fomentar la industria. Una política impositiva que "castigue con rigor los sectores improductivos" y promueva la capitalización. Una política económica que facilite el abastecimiento de materias primas. El aumento de la productividad. Todavía entiende que la capitalización debe provenir "fundamentalmente del ahorro y del esfuerzo nacional... y del ordenamiento de nuestro comercio exterior". (1)

Frondizi es, para esa época, el gran tecnólogo. Partiendo de una posición que muchos de sus adversarios políticos no vacilaban en calificar de comunizante, ha llegado ya antes de ser Presidente de la República a una posición coincidente con el realismo economicista de la revista Qué y con la de los nacionalistas que también han decidido ser realistas. Su evolución posterior llegó a más: ya vimos las opiniones de los partidos y qué matices ofrecen. La revista Mayoría no vacila en afirmar (número del 18 de diciembre, páginas 4 y 5) que se esboza una especie de alianza entre la Intransigencia, el peronismo, el Partido Federal, la democracia cristiana y los cívicos independientes. La Intransigencia, después de algunas resistencias, parece haber aceptado esa situación. Lo curioso es que esas resistencias han procedido del sector del liberalismo nacionalista, y que han sido los ortodoxos quienes más firmemente apoyan la línea presidencial. Hasta se ha formalizado una alianza entre ellos y Frigerio, patrocinador del realismo. ¿Se trata de una traición lisa y llana al viejo programa, como algunos sostienen? ¿De una entrega con armas y bagajes al imperialismo? ¿O, como otros afirman, de una vasta maniobra para retomar el programa en mejores condiciones? Es evidente que ha habido una evolución no sólo de parte de Frondizi sino también de la revista Qué, de los nacionalistas y de otras fuerzas, y que esa evolución no se ha detenido el 19 de mayo. Esa evolución corresponde a las soluciones que se proponen para los problemas de este país, indica qué es lo que se quiere que él sea. Y en definitiva, las opiniones que he venido describiendo hasta ahora de unos y de otros no significan sino eso: la concepción que del país tienen los diversos grupos sociales e ideológicos; desde allí juzgan la acción del gobierno y, expresa o implícitamente, proponen también sus soluciones, aun cuando no las tengan formuladas completamente.

¿Será posible esbozar un cuadro sintético, es decir, de conjunto, aun cuando sea esquemático de este país de sus problemas, del problema ante el cual, lo querramos o no, nos encontramos todos, en el que estamos sumergidos?

Eso, que estoy intentando desde el comienzo, exige ahora otro enfoque, al que la recorrida efectuada nos empuja directamente. Y hasta, espero, ha ido surgiendo de ella esa aproximación que anunciara, y que permita que de ese otro enfoque surja una visión más cabal y completa.

EL GRAN MUNDO QUE NOS RODEA (2)

Como lo ha recordado Puiggrós en su "Historia crítica de los partidos políticos argentinos" este país suele ser concebido por algunos como un ámbito blando, como si fuera un recipiente lleno de una masa sin corteza, constantemente formado y deformado por las presiones de fuerzas externas al país mismo. O, para decirlo con sus palabras, como si nuestros "fenómenos sociales [fuesen resultado] únicamente de causas externas". Pero también suele concebirse como si se tratara de un organismo en crecimiento insertado en un mundo estático, cuyas fuerzas tuvieran siempre la misma dirección y permanecieran invariables en sentido y potencia.

Una y otra visión son deformadas. El país es una so-

(1) Folleto citado, páginas 25 a 27.

(2) La redacción y selección de bibliografía de la segunda parte de este capítulo y sobre todo del siguiente ha sido hecho en colaboración con Elena Rodríguez.

ciudad dinámica, en la que se han formado y crecido fuerzas internas, cuyo crecimiento, acciones y reacciones mutuas producen una vida cambiante y compleja. Pero a su vez está insertado en un mundo también dinámico, cuya fuerza relativa es superior a la del país. Las estructuras de éste, entonces, relativamente débiles en proporción a la del mundo en que está insertado son presionadas y deformadas por las fuerzas exteriores. Y al respecto es necesario hacer dos observaciones: la primera, que no es posible considerar al país como un cuerpo extraño, diferente, metido dentro del mundo en el que se halla. Al contrario, el país es parte de ese mundo, y no puede comprenderse si no se atiende a tal hecho (por eso no es tal vez demasiado feliz la palabra "insertado" para referirse a la forma de relación entre la Argentina y el orbe mayor del que forma parte, pero su grafismo es útil para recalcar la otra faz del fenómeno: que existen fuerzas internas que a su vez se oponen a las presiones externas, tal como éstas se manifiestan). Nuestros fenómenos sociales no pueden entonces considerarse nunca como hechos aislados, como si ocurrieran en un ámbito desvinculado de la sociedad mayor de que el país es parte, sino en su contexto, pues está encastrado de un modo determinado en esa estructura mayor. De tal modo aquel juego de acciones y reacciones debe contemplarse en un cuadro más amplio, en el que también existen tales contraposiciones, las que no sólo se reflejan en nuestro país, sino que lo abarcan o atraviesan. La otra observación se refiere al carácter de ese ámbito mayor y a la situación que dentro de él corresponde a nuestro país. Ese ámbito no es todo el universo, es tan sólo una parte de él: el mundo capitalista, que se encuentra opuesto a otro mundo, el socialista. No importa la opinión que de ambos se tenga, un hecho es evidente y no materia discutible: que ambos son diferentes, y que se encuentran en oposición uno con el otro. Pero esa oposición no significa exclusión o incomunicación. Esos dos mundos están en un ámbito común, y, quiéranlo o no, se influyen y conforman una sociedad global que los abarca a ambos, juntamente con los pueblos marginales. Dentro del ámbito capitalista, es bien sabido, nuestro país ocupa un lugar periférico y dependiente. Es un país cuyo desarrollo no está a la altura máxima de la civilización capitalista. No es un centro creador de cultura, teniendo al respecto un papel más bien pasivo, de consumidor.

En ese complejo mundo que es un solo mundo, con sus oposiciones y sus interinfluencias, es únicamente comprensible este país nuestro. Si no estoy equivocado, mi línea de pensamiento obliga a comenzar la descripción desde afuera hacia adentro, es decir, desde el contexto en el que nuestro país está insertado, y luego acercarnos a él, para ver cómo las fuerzas internas operan y cómo reciben las que desde el exterior actúan sobre nuestra sociedad local.

La ya larga descripción que nos ha llevado a este punto está continuamente referida a ese mundo global, el mundo capitalista, que constituye el héroe de una muy vasta historia, comenzada para la Argentina desde su propio nacimiento, y sin la cual nuestra historia patria no hubiera quizás ni existido.

A ese mundo le están ocurriendo muy extrañas cosas a partir de los primeros años de este siglo, cosas que ni remotamente se les hubieran ocurrido como posibles a los hombres que vivieron su siglo de plena expansión, hace apenas algunos decenios. El mundo capitalista, el mundo del hombre blanco, el mundo del hombre faústico, parecía destinado a un constante progreso, a una expansión que habría de cubrir toda la tierra, a una cada vez mayor y más completa hegemonía. Tal vez con algunos tropiezos, sin duda: guerras coloniales, algunos roces entre los mismos amos del mundo, alguna ligera modificación en el esquema, pero nada grave al fin. El capitalismo, el cristianismo, el individualismo, el libre pensamiento, la libre empresa, la actividad privada, la división del trabajo, todo eso estaba

destinado a cubrir la tierra, en una cada vez más armónica trabazón. El progreso, el self-made-man, la libre competencia.

Pero la realidad no respondió a esos sueños. La división del trabajo, llevada al terreno internacional, no significaba para los pueblos colonizados el progreso, sino el mantenimiento en un estadio primitivo o un progreso deformado y limitado. Los países a quienes les tocaba el papel de productores de materias primas recibían el impacto de los pueblos centrales en forma de descarga de sus contradicciones internas, lo que significaba un límite muy estrecho para su propio desenvolvimiento; los países centrales, en efecto, no tenían más que una opción: o mantenían bajo el nivel de vida de sus trabajadores, y entonces sufrían en forma aguda la lucha de clases, o aumentaban ese nivel de vida a costa de los países dependientes. Los países centrales, a la vez, se veían obligados a luchar ferozmente por la conquista de colonias productoras de materias primas y de mercados. Y, en el interior de ellos, el individualismo y la libre competencia no resultó ser sino un estado transitorio, imposible de conciliar con la mecánica misma del capitalismo: la concentración de capitales y la formación de monopolios resultó ser a la postre una ley del capitalismo y no una aberración.

Dos guerras interimperialistas han llevado a ese mundo capitalista a la actual situación, tan lejos del sueño del siglo XIX como no lo pudieron prever ni los profetas más catastróficos.

La segunda mitad del siglo XX. Es habitual recordar como Estados Unidos desplaza poco a poco a Inglaterra de su papel de centro imperial del mundo capitalista, pero esa afirmación no alcanza a dar una idea cabal del proceso. Es discutible que se produzca una integración absoluta del imperialismo, más la situación actual puede describirse sucintamente así: las naciones centrales (Europa, Inglaterra y Estados Unidos) constituyen una alianza plena de contradicciones y luchas más o menos sordas entre sí y dentro de cada país. Estados Unidos ayudó a la reconstrucción de Europa, pero al mismo tiempo trata de utilizarla como mercado, especialmente financiero: el 20 % de las inversiones privadas de Estados Unidos en 1956 han sido realizadas en Europa Occidental. Simultáneamente los países europeos luchan por conquistar mercados, enfrentando a Estados Unidos, y éstos se defienden con los medios clásicos de agresión imperialista: un caso típico lo constituye el monopolio oficial italiano de combustibles, que realiza en Medio Oriente una política petrolera más generosa que la de los trusts anglosajones, y las dificultades constantes que oponen los norteamericanos a la llamada "ala izquierda" del Partido Demócrata Cristiano, cabeza de esa política de neocapitalismo estatal y socializante (1).

Respecto de Inglaterra, la situación reviste caracteres más agudos, más conocidos y más dramáticos (hasta el momento por lo menos). No es necesario reiterar cómo Estados Unidos va desalojando a Inglaterra de sus posiciones pues el proceso ha sido reiteradamente relatado. Pero no es tal vez tan conocido cómo Estados Unidos va penetrando en el propio corazón del imperio británico: Las inversiones yanquis en el Imperio inglés se calculan en 5.700 millones de libras esterlinas, y el Canadá sólo ha absorbido durante 1956 el 36 % de las inversiones norteamericanas privadas en

el exterior. Pero eso no significa que Inglaterra se retire sin lucha, pues a partir del fin de la guerra ha aumentado sus inversiones en el Commonwealth y fuera de él en forma muy notoria (2). La lucha se lleva hasta el propio Reino Unido. Dentro del cual se calculaban para 1957 unos 500 millones como monto aproximado de las inversiones norteamericanas.

Pero esas contradicciones entre los diversos grupos nacionales se dan en un marco muy estrecho, y sin que se llegue al rompimiento abierto. Los países capitalistas centrales deben afrontar problemas comunes, y frente a ellos no tienen más remedio que aceptar el liderazgo de Norteamérica, resignándose —aunque entre protestas y amagos de independencia— a ocupar el puesto de socios menores, cediendo delante del socio principal, aun a costa del orgullo y de la vanidad nacionales: la aventura anglo-francesa en Egipto dió un marcado ejemplo al respecto, y hoy el partido conservador inglés se encuentra profundamente dividido entre los imperiales, que sueñan con las viejas glorias victorianas y aquéllos que aconsejan una más estrecha alianza con Estados Unidos, como el mariscal Montgomery.

Estas contradicciones son agudizadas por la sublevación de los países asiáticos y africanos, producida por las fuerzas internas en desarrollo, pero explotada no pocas veces por los propios socios para mejorar sus posiciones: tal la política petrolera italiana, ya mencionada, que tiende a establecer una especie de confederación-imperio del Mediterráneo (reeditando el sueño de Mussolini) y la desembozada intervención norteamericana en el Medio Oriente, en conflicto constante con las contramanojbras inglesas.

La situación cobra caracteres muy especiales por la presencia, ya señalada, del mundo socialista. El llamado Mundo Occidental se siente a la defensiva frente a ese otro orbe que no cesa de expandirse desde el fin de la guerra, y oscila constantemente entre diversas actitudes para enfrentar el nuevo estado de cosas. Medio mundo ha salido de la órbita capitalista, y una gran parte del resto ocupa una posición marginal, hace algunos años inimaginable. El mundo socialista es para los países líderes de Occidente un competidor, un conjunto de países enemigos, en el sentido clásico en que las sociedades globales se han enfrentado. Pero, al mismo tiempo, es otras cosas que complican las relaciones de Occidente con ese mundo. Es un enorme mercado potencial o perdido, y como tal una constante atracción, sobre todo para aquellas naciones que no pueden expandirse sobre los mercados de su órbita propia, pues Estados Unidos se lo impide —o, todavía más, que se ven desalojados de los mercados de la órbita occidental por la acción de Estados Unidos. Esto introduce un motivo de fricción más entre los "aliados occidentales", ya que, a la vez, Estados Unidos presiona para evitar o disminuir los contactos comerciales con oriente. Y, finalmente, el mundo socialista significa una ideología que se apoya o intenta apoyarse en las contradicciones internas de cada país de occidente: el comunismo se presenta como la ideología propia de la clase obrera, y los partidos comunistas trabajan, con mayor o menor éxito en cada país capitalista.

No son menores, por cierto, los problemas internos en cada país. A pesar de lo mucho que se ha aprendido respecto del comportamiento de la economía desde la posguerra del 14, y de lo mucho que se ha avanzado en el trato entre las clases desde el punto de vista de las clases dominantes, todo occidente —y especialmente sus grandes países— dan la sensación de que el sistema se sintiera en un constante

(2) Las cifras respectivas son bastante poco precisas —como ocurre, por lo demás en toda esta materia—: las cifras oficiales ocultan o callan una cantidad sustancial de rubros importantes (las del Banco de Inglaterra, por ejemplo, no cuentan las de las compañías navieras y de seguros ni las inversiones de beneficios no distribuidos). Pero tomando informaciones iguales (las de la citada entidad) resulta que en 1939 las inversiones inglesas eran de 3.545 millones en ultramar, las que descendieron a 1.960 millones en 1948, para volver a subir a 2.137 millones de libras de 1955. Para dar una idea de la muy relativa precisión de estas cifras, es bueno recordar que los cálculos privados de origen inglés estiman esas inversiones para 1957 en unos 10.000 millones de libras, y las Naciones Unidas calculaban para 1952 unos 3.000 millones.

peligro, sobreviviendo a base de una atención y de un cuidado permanentes, acudiendo aquí y allá a poner cataplasmos y parches, pero sin lograr nunca la seguridad de que la catástrofe no va a estallar de un momento a otro. La psicología social, la sociología, los peritos en relaciones públicas, han ido cobrando una importancia cada vez mayor. Y son constantes las publicaciones económicas, las propuestas para solucionar problemas, las reuniones y conferencias. Los organismos oficiales y los innumerables medios de difusión tratan de dar una sensación de optimismo, pero a cada instante se ve asomar el temor; frente a cada amago de crisis aflora una histeria mal contenida, y todos los días se repiten los avisos y los llamados de atención. Occidente vive alabando el sistema que ha instituido, pero al mismo tiempo —por debajo de sus alabanzas— yace el temor de que ese sistema se comporte como un enemigo y explote sin aviso previo. Como si se tratara de un monstruo mal conocido e ingobernable, pronto a desmandarse en cualquier momento. Durante la llamada "recesión" económica última, era evidente cómo los gobernantes trataban de quitar importancia a lo que estaba ocurriendo, pero temiendo que se desatara una crisis similar a la del 30, que hubiera podido llegar a arrasar con todo ese inestable mecanismo.

Occidente intenta diversos medios de defensa, pero esos medios tropiezan con contradicciones que parecen insalvables, inevitables por la forma de la estructura misma.

EL NUEVO CENTRO DEL MUNDO

Una ojeada sobre el comportamiento de Estados Unidos dará una idea más clara y concreta de lo que venimos diciendo. Siendo como es el ápice del sistema, el ejemplo resulta válido para todo él, con las lógicas diferencias —fácilmente inferibles, pero de mero detalle en el fondo— para los demás países. Algo más que ejemplo, en realidad, pues esa posición de Estados Unidos significa que en ellos se cifra el sistema entero, tal como hoy es.

En Estados Unidos comienza ya poco a poco a hablarse desembozadamente de hechos que hasta ahora eran casi un secreto de especialistas que trataban de ocultarse al público común, y que ni siquiera eran conocidos por los propios dirigentes nacionales, apegados todavía a la idea optimista de un mundo que no encerraba problemas para los países poderosos.

Estados Unidos ve con temor la posibilidad de haber llegado al límite de su capacidad de desarrollo, en tanto otros pueblos presentan vastas posibilidades futuras. Lo preocupa, por ejemplo, que su población esté cerca del punto de saturación, y entre en un período de estabilidad y de próxima declinación. Aun los simples manuales de sociología se preocupan del problema y de sus repercusiones en el terreno económico y social. En general, se piensa que "la detención del aumento de la población ha tenido —siempre— de algún modo los mismos efectos que el decrecimiento real": disminución del optimismo en los negocios, restricción de los mercados, menores entradas fiscales por la disminución de los impuestos (y por lo tanto, menor presupuesto) amenazas de paro por la disminución de la producción, aumento del espíritu agresivo de aquellas naciones con población creciente (y esas naciones son particularmente las del oriente europeo, Asia, Africa y Latinoamérica), etc. (1). Pese a todos los adelantos de la técnica, el potencial humano sigue siendo la base última del poderío, pues es, en todos los sentidos, y en el último y real sentido, el único material que es potencia, también en el sentido económico. Por un lado, la gran renta nacional norteamericana

(1) Ver, por ejemplo, la "Sociología", de Ogburn y Nimkoif, "un texto de sociología" dirigido a los estudiantes "en general", según avisan sus autores. Las citas han sido tomadas de la edición castellana de Aguilar, Madrid, 1955, páginas 407 y siguientes. Es conveniente notar que allí mismo se señala que el peligro, todavía mera previsión para estados Unidos, es ya realidad para los países europeos occidentales, como Francia, cuya población se ha estancado.

depende de su población, de la cantidad de su población, y no de su supuesta y alardeada superioridad técnica, y, en otro aspecto, solamente el enorme mercado interno permite a Estados Unidos mantener una semiautonomía que le da una gran superioridad sobre los demás países del orbe capitalista.

Estados Unidos está perdiendo la competencia con la Unión Soviética. Es bien conocido el impacto emocional que significó el adelanto ruso en materia espacial y el constante temor de ser derrotados en el terreno técnico. Pero en otros campos —donde se suponía imbatible— también comienza a dudar y a temer. Se siente desafiado en el terreno económico, y ya se duda abiertamente de que el sistema capitalista sea realmente el que asegure una más eficaz producción. Walter Lippmann afirma: "Los Soviets están desafiando a EE. UU. para superarlo en la producción por cabeza y vencerán si no se aumenta aquí rápidamente la eficiencia en ese terreno... El problema de aumentar la proporción del crecimiento económico... es un aumento difícil y complejo y afecta al presupuesto, a la estructura impositiva, a la política crediticia y muchas cosas más; pero lo positivo es que Estados Unidos deberá solucionar ese problema en los años próximos. De lo contrario, se verá en un gran peligro y declinará como potencial mundial". ("Clarín", 18 de diciembre, pág. 4). Esa voz no es aislada; refleja un estado de ánimo general, que ha entrado ya en el terreno de la discusión pública, en la que se analiza las ventajas y desventajas de los sistemas soviético y norteamericano, entendiéndose generalmente que el primero es una especie de "capitalismo de estado", en el que no se tiene en cuenta el bienestar individual del pueblo ni el incentivo particular. Aun denostándolo, aun proclamando todavía las ventajas de la "iniciativa particular", se siente por debajo la tendencia a proponer que la solución puede estar en adoptar un sistema semejante, tal como los directores públicos norteamericanos creen que es o dicen que es (2).

Es bien conocido también cómo sorprendió a Estados Unidos el hecho de que la Unión Soviética los estuviera superando en la "producción" de técnicos, indispensables para mantener una gran industria en desarrollo. Ese descubrimiento que encierra un problema con múltiples implicancias y muy complejas consecuencias, llevó también a poner en duda las bases mismas del sistema cultural norteamericano, y, por ende, de la integridad de su sistema. La Universidad de Pittsburgh ha publicado recientemente un informe, en el que, implícitamente, se pone en cuestión la estructura y la forma de vida norteamericana, al establecer que "una de las causas del rápido desarrollo de la educación en Rusia" reside en que "todas las decisiones pedagógicas dependen del Comité Central del Partido". Cierto es que aquí, como en las discusiones económicas, se concluye diciendo que el sistema soviético es solamente eficaz hasta ahora, pues a la larga, al destruir "la capacidad creadora individual", terminará fracasando. Pero en ambos casos se acepta el hecho de que la eficacia actual se debe a la suplantación de la actividad individual por la planificación dirigida desde un centro único. Y aun se admite que esa eficacia puede llevar implícita una actividad mejor o de más alta calidad.

Mientras tanto, se ha ido desarrollando en Estados Unidos una mentalidad realista que va buscando la formulación de una teoría que se adapte a las condiciones de la estructura económica y social. La teoría corriente —y todavía en uso para los fines públicos— era una combinación de las opiniones de Lincoln y de Jefferson en política y de los economistas clásicos (especialmente una mezcla de Adam Smith y de J. B. Say) en economía. Reducida a términos muy simples y no técnicos, esa teoría podría describirse aproximadamente así:

La sociedad capitalista es una sociedad de libre compe-

(2) Ver, por ejemplo, "Visión", diciembre 5, pág. 46, "Los capitalistas del Kremlin".

tencia, en la que productores libres ofrecen su producto a compradores también libres. La ley de la oferta y la demanda regula esa sociedad y le permite un equilibrio estable: ella rebaja los precios, incentiva el ingenio, permite al comprador negarse a pagar excesivamente. El trabajador juega en ese mecanismo como un productor que también ofrece su producto: su fuerza de trabajo. El también puede negarse a trabajar con un determinado patrón si éste no le paga lo suficiente. Los hombres más capaces —igual que los productos de mejor calidad— tienen las mejores oportunidades: el mejor obrero no sólo recibirá mejores salarios, sino que podrá llegar a ser patrón con su sólo esfuerzo.

A esta visión económica, corresponde una visión política paralela: El gobierno representa a todos los habitantes, a la suma de voluntades individuales que son cada una igual a cada una de las demás del conjunto. Todo ciudadano puede llegar a ocupar los puestos más altos de la escala política, así como puede llegar a ser patrón.

Los ejemplos de Lincoln (pobre abogado provinciano), de Edison y de Ford (modestos muchachos igualmente) constituyen el ejemplo vivo de esa sociedad y de su funcionamiento.

Esa teoría general se completaba con este corolario: cualquier perturbación en el funcionamiento del mecanismo es pasajera, se debe seguramente a una actividad contraria a la teoría, y tiene remedio si se la deja funcionar correctamente. El desempleo, la inflación, la depresión, la existencia de los monopolios, la presión de las empresas sobre los gobiernos, son aberraciones que se deben a maquinaciones dirigidas a no permitir funcionar el sistema, por razones egoístas de grupos o de personas.

Poco a poco la realidad se ha ido demostrando rebelde a esa teoría. Grandes empresas dominaban el mercado, destruyen a los pequeños competidores e impiden el crecimiento de los nuevos. Los trabajadores solamente pueden conseguir que se reconozcan sus derechos por medio de la agremiación en sindicatos poderosos, que puedan llegar a paralizar a esas poderosas empresas. Los gobiernos son el producto de los intereses de los grupos y no de las voluntades individuales. Los individuos, por grandes que sean su capacidad y talento naturales, es difícil que lleguen a ascender en la escala económica, social o política: la libre competencia está limitada por multitud de factores: educación, relaciones, oportunidades, capital inicial, todos los cuales tienen en definitiva un fondo económico. El desempleo no es un hecho transitorio, así como tampoco las perturbaciones conocidas como inflación-depresión.

Hacia 1947, una investigación de la Federal Trade Commission muestra que las 113 empresas manufactureras más grandes de Estados Unidos poseen el 46 % de la propiedad, plantas y equipo empleados en la manufactura, y que en la producción de vehículos de motor, maquinaria agrícola, llantas de caucho, cigarrillos, aluminio, licores, productos de la carne, cobre, envases de lata y máquinas de oficina, las tres empresas mayores constituían los dos tercios o más de todos los negocios, mientras que en acero, vidrio, productos químicos y lácteos esa proporción estaba ocupada por las seis empresas más grandes (1). Son muy conocidas las cifras de desocupados y semidesocupados en niveles constantes de millones de hombres.

Esa *mentalidad realista* comienza a aceptar que tal estado de cosas no es una aberración, sino el estado natural en una sociedad capitalista. La teoría de Keynes no constituye en el fondo sino eso: la proposición de que el gobierno interviniera en determinados niveles para permitir que el capitalismo siguiera funcionando sin llegar a un estallido o a extremos lamentables, pero admitiendo que períodos alternados de inflación y de desempleo eran las válvulas de escape inevitables del sistema. Esa teoría, sin embargo, tenía algunos aspectos que eran altamente desagradables

(1) The Federal Trade Commission, "The concentration of productive facilities", 1949.

para los hombres de empresa. El New Deal, que fué su aplicación práctica, significaba demasiada intervención del gobierno en los negocios y una excesiva influencia de los sindicatos en la política. Por lo tanto, otras teorías iban a ser llamadas a ocupar su lugar, sobre todo cuando desapareció el estado de necesidad crítica impuesto por la crisis y por la guerra interimperialista posterior.

En Norteamérica, a pesar de las simpatías que tuvieron por Mussolini e Hitler algunos núcleos de las clases superiores, las formas facistas no alcanzaron nunca gran predicamento. Pero formas muy semejantes, más adaptadas a las estructuras de Estados Unidos tal como ellas son, van ganando lentamente camino, a partir de la aceptación del papel que las grandes empresas tienen en esas estructuras. Las teorías de Schumpeter, que admiten el papel creador e innovador de los monopolios, suplantando la política económica intervencionista aconsejada por Keynes. El único agente impulsor del desarrollo económico debe ser el empresario privado, y no cabe distinguir qué tamaño tenga ese empresario, pues en última instancia suele ser la gran empresa y no la pequeña la que asegura una producción eficaz. El papel del Estado, en este neo-liberalismo, deberá consistir a lo sumo en "crear las condiciones básicas, los estímulos y los incentivos que requiere la actividad económica privada para su máxima eficacia" (2). Desde allí en adelante es fácil dar los pasos siguientes: La concentración de capitales es un proceso real e inevitable, y tiende a la formación del oligopolio (no de monopolios), pero nada indica que esto sea pernicioso, sino todo lo contrario, pues introduce no sólo una mayor efectividad —por lo menos en el sentido técnico— sino un ordenamiento eficaz, una defensa contra la anarquía y el despilfarro. La teoría de la libre empresa y de la posibilidad de competición por empresas nuevas frente a las ya constituídas es solamente una "linda ficción", pues "la actual generación de norteamericanos, si sobrevive, comprará su acero, cobre... automóviles, llantas, jabón, grasas, desayunos, tocino, cigarrillos... y cofrecitos a una u otra de las pocas empresas que ahora suministran esas mercancías". La larga lucha contra los trusts ha demostrado que su existencia es inevitable, pero ello no es peligroso, ni causa daño alguno, pues frente a ellos aparecen concentraciones de clientes y proveedores que compensan su poder. "La larga tendencia a la concentración de empresas industriales... ha dado existencia no sólo a fuertes vendedores... sino también a fuertes compradores... El hecho de que un vendedor goce de cierta dosis de poder monopolístico y coseche cierta dosis de beneficio monopolístico como resultado, significa que en aquellas empresas a quienes él compra o vende se origina un estímulo a formar un poder mediante el cual se defiendan contra la explotación... De esta suerte, la existencia del poder de mercado crea un estímulo para la organización de otra posición de poder que lo neutralice". Esta regla se aplica también al mercado de trabajo, en el que los obreros figuran como vendedores frente a las empresas que aparecen como compradoras. "Es en los mercados servidos por empresas fuertes... donde hay sindicatos fuertes". Es decir, que también allí se produce una concentración de poder, que tiende a crear una situación de equilibrio. La sociedad global tiende entonces a estructurarse en un vasto juego de "poderes compensadores". Frente a él, el Estado debe "apoyar o completar un proceso" económico que es enteramente "normal". Eso es en definitiva lo que ha ocurrido en Estados Unidos en las últimas décadas, aunque no se haya advertido así (3).

(2) J. A. Schumpeter, "Capitalismo, Socialismo y Democracia", ed. inglesa de 1943. La cita está tomada del Informe de Prebisch al Gobierno Provisional, y trata de adelantar el hilo que liga estos cambios en la conducta de los centros imperiales con los que sigue nuestra política local, tal como lo señalaré desde nuestra perspectiva oportunamente.

(3) John Galbraith, "Capitalismo norteamericano", Ed. Agora, 1958, páginas 28, 31, 32, 39, 56, 60, 74, 80, 112. Hago la salvedad, quizás obvia, de que no se trata de la obra de un radical, sino de la de un distinguido profesor de la Universidad de Harvard, defensor del orden y del sistema norteamericano de vida, y de una obra optimista, dirigida al gran público.

Tenemos así constituida una teoría económico-política, de carácter realista, que tiende a asegurar un futuro estático de las estructuras, en base a la estabilización e institucionalización de las mismas. Una especie de corporativismo para un "país rico", como dicen sus propugnadores, en el que el papel activo y directriz es desempeñado por las grandes empresas, ya que el Estado y las demás concentraciones de poder sólo cumplen un papel estabilizador o defensivo.

Conjuntamente con este tipo de *reconocimientos de la realidad* desde el punto de vista de la economía, se han intentado diversas diagnósticas y descripciones desde una perspectiva más específicamente política. Al mismo tiempo que *descripciones realistas*, éstas pretenden ser profecías del futuro y formulaciones que intentan dar una salida a un mundo cuyas contradicciones no le permiten responder con eficacia a las crisis —agudas o no, pero permanentes y cada vez más perentorias— que lo aquejan. Cualesquiera sean las fórmulas finales que propongan, todas esas descripciones tienen ciertos caracteres comunes: ponen de relieve su objetividad pretendidamente absoluta, declaran el carácter inevitable del futuro que prevén (manifiesten o no su repugnancia por el mismo), y parten del principio de que la aplicación textual de la democracia no sólo es una utopía, sino que su práctica, aun imperfecta, es una ficción y tiende a desembocar en la dictadura y el totalitarismo. "La amenaza del cesarismo, dice Riencourt, pesa sobre el mundo occidental más gravemente que nunca desde los comienzos del imperio romano... El cesarismo... es esencialmente pragmático y aparece sólo al final de una larga e inconsciente evolución histórica, cuando los pueblos libres abandonan voluntariamente su libertad en manos de un autócrata... Esta evolución es particularmente apreciable en los EE. UU., donde los poderes del Presidente hacen de él un verdadero César en escala planetaria... Es el amo de facto de un imperio en el cual los restos del Commonwealth británico van siendo absorbidos poco a poco...". Las razones son muchas: de orden psicológico (el carácter "femenino" de las masas); político: la necesidad de la expansión y de concentración de potencia; moral; social: la disolución de las clases dirigentes; cultural: la especialización excesiva y la "atomización" del saber intelectual que ocasiona la incoherencia de los gobiernos occidentales "y abren el camino a una forma de autocracia absoluta que intentará reunir los fragmentos dispersos de nuestra sociedad"; social de nuevo: "la igualdad democrática y el conformismo". Todo ello puede ser lamentable, desde luego, pero es inevitable: "los Césares ocuparán sus puestos llevados por la corriente de la historia, símbolos de la mortal enfermedad que inficiona nuestra civilización occidental" (4).

De un llamado al realismo y al abandono de todas las utopías parte también James Burnham, en su tesis largamente desarrollada, en especial en *La revolución de los directores* y en *Los maquiavelistas*. Tampoco él es optimista, pero su pesimismo no es fatalista, sino científico y constructivo. Reducida a sus términos más escuetos esa tesis puede quizás resumirse así: La acción lógica o racional desempeña una parte relativamente secundaria en los cambios políticos y sociales. La división social más significativa que cabe reconocer es la que existe entre la clase gobernante y los gobernados, entre la élite y la no-élite. La ciencia histórica y política es ante todo el estudio de la élite y de sus relaciones con la no-élite. El primer objeto de toda élite o clase gobernante es el de mantener su propio poder y privilegio. Ninguna estructura social es permanente, pero los cambios consiguientes son sólo cambios en la composición y estructura de las élites. Periódicamente tienen lugar cambios muy rápidos, que revisten los caracteres indicados, es decir, revo-

(4) Amaury de Riencourt, "The coming caesars", reseña aparecida en la revista *Marcha*.

luciones sociales. En estos momentos estamos asistiendo a una de esas revoluciones, consistente en general en el traspaso del poder de los "propietarios privados" a una nueva élite que deberá ser capaz de "controlar la industria contemporánea en gran escala, la masa de los trabajadores y una forma supranacional de organización", es decir, "el reemplazo de los antiguos políticos parlamentarios y el de los propietarios privados... por los *directores*: los organizadores de la producción y del proceso industrial, los funcionarios preparados en el manejo de las grandes organizaciones del trabajo y los administradores y jefes de oficina y comisarios de gobierno que se han formado en la rama ejecutiva de las ilimitadas máquinas estatales modernas". Ese proceso es universal y comprende tanto Oriente como Occidente, tanto Estados Unidos como la Unión Soviética o la India. La forma política de esa evolución es actualmente el bonapartismo, producto de la combinación de la teoría de la democracia con la revolución misma. Es decir, el gobierno de un dirigente o de un pequeño grupo de dirigentes que se "arrogan el derecho de representar a todo el pueblo y de hablar en nombre de él". Tal camino nos lleva inevitablemente a la pérdida de las libertades y al totalitarismo. Sólo será posible evitarlo si reconocemos el carácter utópico de la democracia entendida como "gobierno por el pueblo", aceptamos que en su recto significado sólo puede entenderse como "una estructura social en que tiene lugar una circulación rápida de las clases y donde es relativamente fácil para los miembros de la no-élite elevarse hasta la élite" y si evitamos la concentración del poder social y especialmente económico en un solo estado (o clase). Siendo que en las últimas décadas "se ha acentuado el carácter puramente nominal de los derechos de la propiedad capitalista" es necesario dividir el poder económico. Podría, por ejemplo, dividirse las fuerzas económicas "según las funciones o en sindicatos: la dirección, los trabajadores y los consumidores de diferentes ramas de la industria podrían operar como grupos separados organizados con relativa independencia" (2).

EL CENTRO DEL MUNDO Y SUS DEPENDENCIAS

Así como las contradicciones internas de Estados Unidos han dado origen a estas ideologías también contradictorias, que partiendo del principio de la defensa de la libertad caen en al aceptación de su imposibilidad, las contradicciones del sistema, al revertirse hacia el exterior dan lugar a una conducta igualmente paradójica.

Ya vimos qué ocurre en sus relaciones con Europa. Respecto de América Latina esas relaciones no son menos complejas. El resto del continente americano es para Norteamérica —y desde su punto de vista— el ámbito geográfico inmediato y natural de su acción.

La doctrina de Monroe fué en el más ajustado de los sentidos una política para el futuro, no menos que la de Caning.

En el estado actual del mundo y de sus negocios, Latinoamérica es para Estados Unidos, al mismo tiempo, un conjunto de países aliados, en el sentido hegemónico que han dado siempre los grandes imperios a la palabra *aliados* cuando la aplican a pueblos más débiles (incluso la tendencia a considerarlos *bárbaros*), y un mercado, tanto en el tradicional sentido de mercado proveedor de materias primas y consumidor de productos elaborados como en el de campo apto para inversiones financieras. Pero esta fórmula, sencilla en apariencia, oculta complejos y hasta confusos problemas.

En un sentido general, ningún imperio clásico estuvo exento de problemas semejantes: la explotación económica siempre ha estado presente, así como el choque entre las sociedades

(2) Lascitas han sido tomadas especialmente del libro de Burnham "Los maquiavelistas", Ed. Emecé, 1953, páginas 228, 234, 242, 247, 258. La relativa prolijidad de las mismas se debe a la influencia que han tenido sobre el desarrollo de nuestras ideologías políticas y al intento de su aplicación entre nosotros a que me referiré más adelante.

colocadas en distinto pie de trato, y el mutuo desprecio entre las culturas en contacto. El país imperial desprecia siempre a su aliado-colonia, lo explota y al mismo tiempo cree que le debe gratitud y servicio, porque nunca ha habido un imperio que no creyera estar beneficiando—generalmente como portador y defensor de la cultura—a sus asociados. La carga del hombre blanco, la Misión del Imperio, fué celebrada por Kipling, y Wilson, el Gran Demócrata, no creía estar aplicando la política del garrote sino una misión civilizadora al llevar los infantes de marina a Centroamérica. Los romanos veían bárbaros en sus vecinos, y los norteamericanos sólo ven “mezizos, peones y siesta” al sur de Río Grande. Pero al mismo tiempo, los imperios han sentido siempre temor, explícito o recóndito, de sus colonias: han sospechado en ellas futuros rivales, extrañas conspiraciones sólo explicables por la obra de agitadores y de designios siniestros, prácticas malévolas. Sus dirigentes nacionalistas han sido siempre criminales, inexplicables sublevados contra un orden que nada tenía de vituperable. La posición imperial crea un extraño y complejo estado psicológico, muy semejante al de las clases dominantes, hecho de buena conciencia, de desprecio, de imposibilidad absoluta de comprender, de temor. Al imperio le es imposible entender que las colonias no se sientan felices con su estado, ni ha habido nunca ningún imperio capaz de desarrollar una política coherente respecto de sus socios. Ni aun la política de la violencia pura.

Esa situación, presente aun en los estadios culturales más primitivos, se da con mucha mayor complejidad y con mayor agudeza en el estadio actual del capitalismo, por su propia heterogeneidad y, por lo tanto, por sus mayores contradicciones internas.

Tanto desde el punto de vista estratégico-militar, como desde el punto de vista económico, a Estados Unidos le interesa, teóricamente, lograr una integración económica de todo el orbe occidental, que, respecto de los países subdesarrollados, provoque su crecimiento. Estados Unidos debería poder lograr, en primer lugar, evitar los resquemores y las competencias entre las naciones de occidente. Y, desde luego, la integración económica significaría un mayor potencial industrial y técnico, base imprescindible para la guerra moderna. No cabe duda, además, que esa integración económica permitiría, por su sola existencia, realizar mejores negocios, y de más amplitud, a Estados Unidos, dada su situación en el orbe capitalista. Pero aún más—y siempre en teoría—el desarrollo económico que habría de provocar esa integración, permitiría un auge mecánico de los negocios de acuerdo a la ampliación del mercado. Se lograría así, por los métodos tradicionales del simple incentivo económico y de modo indirecto, una conveniente base material para la eventual necesidad guerrera. Pues, como dice John B. Condliffe en “Política económica exterior de Estados Unidos”, “son pocos los casos en que una comunidad democrática sigue voluntaria y congruentemente una política de preparación militar”.

Todo esto es aún más cierto para los países subdesarrollados, y especialmente—desde el punto de vista norteamericano—Latinoamérica, la que en los planes del Pentágono no deja de tener el papel de base militar inmediata, por meras razones geográficas. Los países subdesarrollados no pueden jugar en una guerra moderna sino un papel secundario, salvo la provisión de materias primas fundamentales. Y aun respecto de éstas es seguramente más conveniente que sean elaboradas, por lo menos en algunos casos, en los lugares de producción. Para el desarrollo comercial no hay, en teoría también, una política mejor que la de favorecer el crecimiento de los mercados que potencialmente significan los países periféricos. Serán, sin duda, mejores compradores de productos manufacturados si se eleva el estándar de vida de su población, al aumentar su capacidad adquisitiva global y por cabeza. La explotación intensiva de sus recursos naturales permitiría, sin duda, proveer mayor cantidad de materias primas a la industria norteamericana, y hasta proveerla de algunas

cuya existencia en tierras de latinoamérica no se conocía. El consumo de materias primas por la industria ha aumentado de un modo extraordinario en los últimos años: el de cobre, por ejemplo, se duplicó entre 1932 y 1945 en Estados Unidos y la exportación de petróleo cesó completamente en 1947, convirtiéndose Norte América en país importador, a pesar de su enorme producción. Este fenómeno del aumento en el consumo de materias primas tiene una gran importancia para la política exterior de Estados Unidos, pues en los últimos decenios se ha producido un pasaje de una posición de relativa autosuficiencia a otra de creciente dependencia de fuentes exteriores de abastecimiento, tratándose de un proceso cuyo aumento es cada vez más acelerado. Högböm ha calculado, en efecto, que el consumo de minerales y metales básicos aumenta en proporción geométrica (1).

Pero no sólo a este aspecto, que podríamos llamar tradicional a pesar de su evolución, se reducen las posibilidades de mercado representado por los países subdesarrollados en general y América Latina en particular. También es posible—y sería sin duda conveniente para un mayor volumen de los negocios norteamericanos—una “integración” de mercado en la que Latino América se convirtiera en un productor de ciertas manufacturas (especialmente de las producidas por cierto tipo de industria liviana) y Estados Unidos se reservara el papel de gran centro “de la industria pesada”, de la “producción de equipos mecánicos”, de “producción en serie” y de “algunos tipos de bienes de consumo”. Igualmente, Latinoamérica es un gran mercado potencial de capitales, lo que también sería ventajoso para Estados Unidos dado su bajo índice de renta y aun sus notorias dificultades de financiación (2).

A hacer aceptar tales tesis se han dirigido innumerables esfuerzos en los Estados Unidos, sobre todo a partir de la terminación de la segunda gran guerra. Para la citada Comisión de Política Económica Extranjera la política de integración e inversiones significaría: 1) Un medio de proveer un mercado para los productos de la industria y la agricultura norteamericanas; 2) Una vital contribución a largo plazo para el crecimiento general del comercio y prosperidad internacionales, incrementando la productividad y la renta en el exterior; 3) un importante medio por el cual los recursos primarios extranjeros pueden ser desarrollados para satisfacer las crecientes necesidades de la industria norteamericana para usos civiles y militares; 4) un medio por el cual se aumentará la renta nacional de Estados Unidos.

En el mismo sentido se ha tratado de aminorar el temor de las industrias privadas norteamericanas a la competencia, indicándoles que su situación de privilegio, su capacidad técnica, de investigación y organización les va a “permitir competir eficazmente” y con ventajas en los mercados mundiales; que nada tienen que temer en el mercado propio, y que es necesario prescindir de ciertas protecciones aduaneras, aun a riesgo de sacrificar algunos sectores de la producción interna, pues ese sacrificio va a ser compensado con creces en otros sectores (3). John Abbinck, ante el “Export Managers Club” decía a los industriales norteamericanos: “Es inevitable que continúe la industrialización en [América Latina] hasta un grado que no podemos prever... Podemos guiar esta industrialización y de esta manera aminorar los efectos que pueda tener sobre nuestra economía, o podemos cerrar los ojos a las realidades y sufrir las consecuencias”. Poca a poco se ha ido organizando en Estados Unidos una

(1) Informe de la Comisión de Política Económica Extranjera, 1954, Ivar Högböm, Apéndice a Sociedad de Naciones, “Report of the Committee for the study of the problem of raw materials”, 1937.

(2) Por una parte, las altas ganancias obtenidas en los países periféricos funcionan a modo de “seguro” de las grandes empresas, en los momentos de depresión—tal como lo señaló más adelante, esas ganancias representan el 15 % de las entradas netas de los consorcios norteamericanos—; por otra esas ganancias proveen “capital de expansión” a dichas empresas. El Boletín de Business International en su número del 19-4-57 expresa que “la industria de Estados Unidos está impedida de expandir sus instalaciones por falta de capital”, y propone solucionar ese problema por la “afluencia” de las ganancias obtenidas en el exterior.

(3) John B. Condliffe, obra citada, “La política económica exterior de Estados Unidos”. Publicada en castellano por El Colegio de México, impresa y distribuida por el Fondo de Cultura Económica, 1945.

verdadera campaña tendiente a racionalizar sus relaciones con el resto del mundo capitalista, y, dentro de él, de un modo especial, con Latinoamérica.

Esa racionalización no es por cierto un plan de beneficencia; al contrario, parte de la muy clara seguridad de que Estados Unidos es y debe ser el líder de Occidente, y propone con toda crudeza los métodos para asegurar ese liderazgo. Con todo, ni logra funcionar coherentemente ni consigue convencer a quienes deberían ser sus ejecutores y beneficiarios: los grandes negocios norteamericanos. Como ya se insinúa en lo dicho anteriormente, esa campaña, en efecto, trata de llevar a los intereses estadounidenses al convencimiento de que algunos ligeros sacrificios asegurarán mayores beneficios a largo plazo y una más sólida situación económica y militar. Pero el capitalismo norteamericano quiere asegurarse todos los beneficios sin sacrificar absolutamente nada, y la combinación del complejo de factores internos hace al imperialismo aún más rapaz y duro, al incidir sobre nuestros países las contradicciones del país imperial.

Veamos en qué consiste, con algo más de detalle, el plan propuesto. Ese plan tiene sus lejanos orígenes en el período comprendido entre las dos guerras. En su conjunto, significa la propuesta de un nuevo trato de parte del gran capitalismo, tanto en lo interno como hacia el exterior, tanto hacia las clases desposeídas de la propia Norteamérica como hacia los países periféricos. Su gran vocero, y primer ejecutor consciente, fué Franklin D. Roosevelt, quien ya hacia 1928 proponía cambiar el método del garrote y la intervención unilateral en las repúblicas latinoamericanas, por sistemas más hábiles y sutiles, sin abandonar la obligación del gobierno y de la diplomacia norteamericana que, como dijo el Secretario de Estado Knox, consiste ante todo en “la promoción del comercio de Estados Unidos” (1).

Esa nueva política en lo interno y en lo externo se fué ejecutando durante las presidencias de Roosevelt, y cobró impulso para Latinoamérica a partir de la conferencia celebrada en Buenos Aires en 1936. Una serie de Conferencias y tratados internacionales fué organizando el sistema que Estados Unidos creyó necesario para su seguridad y su predominio en el continente. Al mismo tiempo se pusieron en funcionamiento diversos métodos, integrados en la “Reconstruction Finance Corporation”, por los cuales el gobierno federal de Estados Unidos contrataba con compañías privadas la instalación y funcionamiento de plantas industriales en el extranjero para la explotación de ciertos materiales críticos. De este modo se conservaba la apariencia de la libre empresa, pero era el Estado quien financiaba, supervisaba y guiaba la obra, así como decidía la necesidad de su instalación. El proyecto comenzó a funcionar en plantas de níquel y cobre, en Cuba y México, en los años 1941 y 1942, respectivamente, y fué ampliado luego a otros países. Así el gobierno ponía en ejecución su papel de gestor del gran capital, coordinando las actividades y utilizando el dinero político (es decir, proveniente de todo el pueblo norteamericano) de un modo que las empresas por sí mismas no podían hacerlo (2). Pues, como Condliffe advierte en su ya citada obra no parece seguro “seguir la política tradicional de confiar en la empresa privada y dejar a los ciudadanos en libertad para ocuparse, primordialmente, más de las cuestiones económicas que de las políticas”.

Al término de la segunda guerra mundial, esa política de

(1) Ver al respecto lo que pensaba en 1955 Julio Oyhanarte en “La lucha anti-imperialista”, Definiciones radicales, páginas 130 y ss., edición de 1955.

(2) Por lo demás, no se introducía ninguna contradicción con el sistema capitalista, y las empresas se reservaban aun otro beneficio por medio de pactos de opción, por los cuales las empresas tienen el derecho de adquirir las instalaciones al término de los contratos. El “crédito federal” durante la administración Roosevelt y la promoción de industrias de guerra han funcionado de un modo semejante, promoviendo, “restaurando” y reactivando el sistema capitalista. El crédito federal creó los nuevos industriales del Pacífico, del tipo de Kaiser. Caso clásico de industrias de guerra vendidas luego a los grandes monopolios, lo constituye la planta de Geneva en Utah, que costó doscientos millones de dólares y fué vendida a la U. S. Steel en 47 millones.

integración económica se elabora por medio de sucesivas leyes dirigidas principalmente a asegurar la provisión de materiales estratégicos y críticos para la industria norteamericana, tratando de coordinar un sistema de preparación bélica con el desarrollo de los países latinoamericanos. En 1946 se dicta la “Ley de acumulación de materiales estratégicos y críticos”, tendiente a la acumulación de stocks. Y posteriormente la “Ley de ayuda al extranjero” (1948) y la “Ley de seguridad mutua” (1951) ponen como condición para participar en los beneficios del programa de ayuda y de créditos para promover la producción de materiales críticos, el acceso de Estados Unidos a las materias primas en que Estados Unidos es deficiente. El famoso punto 4º enunciado por Truman como “un programa nuevo y audaz para que nuestro adelanto científico y nuestro progreso industrial sirvan para el fomento y crecimiento de zonas atrasadas” está integrado dentro de ese sistema, pues fué incorporado a la Ley de Seguridad Mutua. Como advertía el Informe Rockefeller en 1951 “Es vital para Estados Unidos obtener el control de los depósitos de tungsteno y manganeso de América Latina, África y Asia... los bosques de madera de construcción de Chile y Brasil... la producción y distribución de bienes y servicios es primariamente función de la empresa privada... tanto para satisfacer la demanda civil como si se trata de la producción de materias primas estratégicas”.

Para lograr esa integración el “nuevo trato” no ha demostrado su total eficacia. Los países afectados se resisten al liderazgo de Estados Unidos y tratan de sacar la mayor porción posible de beneficios para sí. Y en el interior, no sólo las clases asalariadas se niegan a ver la vasta empresa propuesta por el gran capital; también las pequeñas empresas y las producciones locales que se verían afectadas oponen obstáculos. Las empresas pequeñas y medianas y aún las relativamente grandes no ven claro su interés en un sistema que lleva directamente al engrandecimiento de los supermonopolios y que apresura la tendencia a la concentración.

El ya mencionado Condliffe se queja de que mientras “las principales industrias de transformación” y “los grandes industriales” han cambiado radicalmente su “actitud hacia los aranceles” proteccionistas, dicho cambio “todavía no se refleja plenamente en las filas de los pequeños industriales del país” y de que parece difícil “subordinar los intereses de grupo a un propósito nacional común”. Pero la propia mecánica del capitalismo va solucionando las cosas, y también los grandes sindicatos norteamericanos han comenzado a comprender que su alto nivel de vida depende, dentro del sistema capitalista imperialista, de la aplicación de los planes del gran capital en el exterior. El recordado Condliffe anota con satisfacción: la política de integración “cuenta con mayor aceptación entre los sindicatos industriales cuyo vigor radica en las grandes industrias de producción en serie, que entre los sindicatos gremiales de las industrias en pequeña escala que se interesan poco por el mercado externo... En Detroit se venden más filetes cuando la industria automovilística se halla en plena actividad que cuando está deprimida. Es necesario hacer una concesión a los laneros australianos y a los empacadores argentinos para que acumulen suficientes dólares que les permitan adquirir automóviles y refrigeradores de Estados Unidos. Sería preferible que la agricultura norteamericana dejara a esos productores extranjeros abastecer un cinco y hasta un diez por ciento del mercado norteamericano, en lugar de correr el riesgo de otra depresión que volviera a reducir el poder adquisitivo de las zonas industriales en un 50 o 60 por ciento”. La teoría del poder compensador enunciada por Galbraith tiene muchas maneras de funcionar, y una de ellas parece ser la de domesticar al Labor, contra las esperanzas expuestas por Guérin de que el aliado de las fuerzas que luchan por la

liberación en los pueblos subdesarrollados sean las fuerzas del trabajo norteamericanas (1).

Pero las contradicciones existen. Los monopolios no constituyen el método más eficiente para impulsar el desarrollo técnico y científico, ni son capaces de desarrollar congruentemente una política de vasto alcance. Cuando sus intereses inmediatos resultan afectados no vacilan en sacrificar lo que podría ser una política de amplio vuelo, aun cuando esa política pueda favorecer sus propios intereses. Es conocido cómo los grandes trusts se han opuesto a la aplicación comercial de descubrimientos que podían trastornar sus métodos ya establecidos. Son numerosos los casos de denuncias en los mismos Estados Unidos contra maniobras de ese tipo: las de la General Electric Co. y de la Westinghouse para impedir la aplicación en términos industriales de las lámparas fluorescentes, las de la Standard Oil para impedir el desarrollo de los cauchos sintéticos, las de las compañías de discos respecto de los sistemas modernos de grabación del sonido, etc. Además, la economía norteamericana no es el organismo sano y equilibrado que la propaganda pretende. También allí existen *industrias artificiales*, y algunas en escala tan gigantesca que interfieren en toda la vida política de la Unión, con proyecciones inmensas en el campo internacional. Algunos casos típicos y pintorescos pueden servir para ilustrar mejor el problema. Un caso es el de las minas de plata en el estado de Nevada: El valor de la plata ha bajado constantemente desde un dólar y medio la onza a mediados del siglo pasado hasta alrededor de medio dólar en las últimas décadas del presente. Sin embargo, el fuerte bloque de senadores y representantes de los estados mineros consiguieron la sanción de una ley en el año 1934 por la cual la Tesorería General se comprometía a sostener el precio de la onza de plata en 1,29 dólares. Para lograrlo, los senadores del bloque de la plata boicotearon el trabajo legislativo, llegando a demorar una ley de tal modo que se retardó el pago de sueldos a empleados del Correo y del Tesoro. Otro caso semejante ocurrió cuando se estaba tratando la renovación de la "Ley de acuerdos comerciales recíprocos" en 1934. Se estaba negociando un convenio con Irán, y entre los artículos a los que se pensaba que iba a ser necesario incluir en el convenio figuraban las almendras. Los cultivadores de almendras movilizaron a la Asociación de Agricultores de California para lograr que la legislatura local votara una ley contraria a la renovación del convenio, a pesar de las conveniencias generales de la negociación (2).

Más serio es el problema que plantean otros casos, tal vez menos pintorescos, pero que tocan a la estructura misma de la economía norteamericana influyendo a la vez de modo directo e inmediato en la de otras naciones. Tales por ejemplo, el de los excedentes agrícolas norteamericanos y de las cuotas y precios topes a determinados minerales de producción extranjera. La superproducción agrícola norteamericana no obedece a una causa natural, sino al sistema artificial impuesto por las condiciones capitalistas y al falso remedio obtenido por la presión de los grupos interesados para mantener el método de subvenciones. A la vez, la presión de los contribuyentes sobre el Congreso obliga al gobierno de Estados Unidos a seguir una política de colocación de excedentes que incide directamente sobre el resto de los productores mundiales. Tal política ha hecho perder, por ejemplo, a nuestro país, sus mercados en Brasil y Chile (3).

La fijación del precio tope para el cobre chileno (inferior

en 40 centavos al precio promedio del mercado internacional) ocasionó a dicho país una disminución en sus ingresos que el delegado de Chile en las Naciones Unidas calculó en una suma total aproximada a los 250 millones de dólares, cantidad muy superior por cierto al total de los préstamos concedidos por las organizaciones bancarias internacionales.

Pero todavía más. Como ya lo he apuntado, el país imperial teme el desarrollo de los países coloniales. Sabe que su posición de predominio y aun sus beneficios dependen de la situación de atraso y dependencia de los demás. Aparte entonces de los efectos perjudiciales que la simple mecánica de los hechos produce, conciente y premeditadamente los grandes intereses del país central toman las medidas necesarias para ahogar todo foco de desarrollo, todo intento que pueda tornarse peligroso si se le permite crecer y ampliarse. Tal fué la política británica en nuestro país, presionando sobre nuestros gobiernos para impedir el desarrollo de los ferrocarriles nacionales y para adquirirlos luego por medio de múltiples maniobras sin invertir ni arriesgar prácticamente capital alguno (4). Tal fué la política de los capitales británicos y norteamericanos respecto de los frigoríficos, terminada por un monopolio estipulado por ambos imperialismos después de una larga "guerra de carnes" en cuyo transcurso fué eliminada la iniciativa nacional y asegurado el manejo de nuestra ganadería por los trusts, es decir, como resultó en definitiva, asegurado el manejo de nuestra economía en su integridad (5).

En la actualidad no se ha modificado esa característica. Un ejemplo claro y con todo el sabor "moderno" necesario, lo provee la campaña iniciada contra las compañías de aviación latinoamericanas. En todos los diarios hemos podido ver en los últimos tiempos los ecos de esa campaña dirigida contra Aerolíneas Argentinas: las acusaciones dirigidas contra su supuesta ineficacia, contra sus déficits comerciales. Pero esos no son más que los aspectos públicos de la campaña, dirigida a preparar la opinión, tal como hace más de medio siglo se hizo con los ferrocarriles. La campaña verdadera se maneja entre bambalinas, comprando y corrompiendo funcionarios, colocando accionistas de empresas extranjeras en los más altos cargos oficiales. Y no se trata tampoco de un hecho aislado, sino que la lucha por reducir a las cuarenta compañías latinoamericanas de aviación a empresas "domésticas", con servicios puramente locales, impidiéndoles competir en el tráfico internacional con las compañías norteamericanas, se lleva de manera orgánica en todo el continente (6).

Al incidir sobre los países subdesarrollados o en proceso de desarrollo la enorme potencia de los países imperiales se producen los tantas veces descriptos procesos de deformación de estructuras, provocando crecimientos deformados, y a su vez deformantes, y paralizando no pocas veces el incipiente desarrollo normal que pudiera existir. Las contradicciones del centro imperial se reciben desde el país periférico en un haz de fuerzas, y desde esta perspectiva no existen tales contradicciones sino una constante presión negativa, aun cuando dichas contradicciones son trasladadas a la colonia. Se trata de un único proceso, complejo, heterogéneo, pero al mismo tiempo cerrado, es decir total e indivisible. Sin embargo, a los efectos de su descripción, es posible analizar algunos de sus aspectos como elementos divisibles.

Tratándose de un proceso dirigido desde el exterior y que tiene por fin las necesidades de un centro colocado fuera del ámbito en que se realiza, ya es, desde su concepción y grandes líneas, un proceso deformante. El ejemplo clásico para la Argentina lo constituye nuestra red ferroviaria, concebida a modo de enorme abanico destinado a traer desde los lugares de producción la materias primas al puerto ligado con Londres y, en sentido inverso, a desparramar por el país los

productos elaborados producidos en el centro imperial británico. Nuestro país ha sufrido así una deformación impuesta que ha impedido su desarrollo normal, atomizando el posible mercado interno y dificultando la lógica circulación dentro del mismo. Esa deformación ha ahogado centros naturales de producción y creado en cambio "oasis" artificiales, no ligados con su contorno sino con el lejano centro. Concebida la economía del país-colonia como una economía subsidiaria y complementaria, se explotan determinadas áreas del país y determinados tipos de producción (generalmente materias primas, pero a veces también industrias manufactureras complementarias) de tal modo que el país dependiente no se integra en un sistema económico más o menos armónico sino como un apéndice del país centro. Esta deformación también adopta la forma de "oasis", en que unas áreas aparecen desmesuradamente desarrolladas a expensas del resto y aisladas del país y ciertos tipos de producción son también "oasis" sin vinculación con el resto de la economía local. Esta no se sustenta entonces en su mercado lógico, sino que depende de mercados exteriores, quedando sujeta a sus vaivenes y presiones. Se forman economías de exportación, absolutamente desequilibradas, frágiles y vulnerables por su dependencia completa del exterior. Esa dependencia se ve agravada aún más porque tales economías dependen del exterior no sólo como proveedores sino también como consumidores de aquellos elementos que el deformado proceso interno no produce. Y tanto más cuanto la mayoría de los países dependientes, al haber sido adaptados a una economía extraña, son monoprodutores. Así, basta una ligera diferencia en la absorción del centro consumidor para que se produzcan verdaderas crisis que el país dependiente no puede siquiera intentar aminorar por cuanto la causa de esa crisis está fuera de su alcance. (1)

De tal suerte a los países dependientes se les hace muy difícil intentar políticas económicas propias, que les permitan expandir sus economías, ajustándolas a sus necesidades. Sus límites son muy estrechos en tal sentido, y tropiezan en seguida con múltiples inconvenientes derivados de alzas incontables de precios, pasivos en las balanzas de pagos, depreciación de la moneda, etc.

Esta deformación del desarrollo se combina con una limitación del desarrollo, es decir con las dificultades en que se encuentran los países dependientes para ampliar, diversificar y equilibrar su economía. Esto se debe a su baja capacidad de capitalización, ocasionada por su poca capacidad de ahorro y el constante drenaje de su economía. Esto a su vez es debido a la propia deformación de esa economía y a su desventajosa situación en el mercado internacional, así como a la situación de dependencia. Con una baja capitalización propia, parecería que sólo pueden capitalizarse por medio de los capitales extranjeros. Pero éstos succionan a la economía local, en forma de réditos y de remesas al país centro en mayor proporción de lo que invierten. Al mismo tiempo, las contradicciones internas del país central inciden en los países dependientes, imponiendo rebajas de precios artificiales que aumentan el desequilibrio.

Aunque los datos son muy conocidos, conviene recordar algunos para ilustrar el proceso descripto.

Ya he citado el caso de las rebajas de precios artificiales al cobre chileno. Pero esos casos —con ser frecuentes— no son sino casos límites y hasta cierto punto circunstanciales. El mero funcionamiento mecánico del sistema produce los mismos efectos de modo general y constante. Nos encontramos ante el fenómeno denominado deterioro de los términos del intercambio y de las utilidades de las inversiones.

Por el primero —bien analizado y estudiado repetidas

(1) Claro está que en los países centrales también se producen crisis, inevitables por la propia estructura del capitalismo. Pero esas crisis no dependen de la inestabilidad de un sólo factor y se deben a causas intrínsecas al sistema mismo. Los países dependientes sufren sus propias crisis y además las de la totalidad del sistema, que se reverbieren sobre ellos. Aun para aquellos países que como Gran Bretaña dependen en gran medida del comercio exterior, éste no es la única variable importante, sino que comparte tal papel con el capital invertido.

veces— resulta que los países productores de materias primas reciben cada vez menor cantidad de productos manufacturados por sus exportaciones. Así, en el período 1876-80 el volumen de productos manufacturados obtenible a cambio de una cantidad fija de materias primas puede establecerse en 100, para el período 1901-05 dicho volumen había descendido a 84, para 1926-30 a 73, para 1946-47 a 68.

Por el segundo resulta, por ejemplo, que para una inversión de capitales norteamericanos en Latinoamérica de 194 millones de dólares en el año 1950, las utilidades netas de las inversiones totales de ese origen fueron de 748 millones de dólares; y para el año 1956, contra un total de inversiones de 336 millones hubo una utilidad neta de 672 millones (2).

Son conocidos los efectos cualitativos de este estado de cosas. En los países más dependientes, donde las inversiones extranjeras tienen una mayor incidencia, aparece o se acentúa constantemente el sistema de monoproducción, llevándose a sus límites extremos la llamada división internacional del trabajo; se agostan y mueren las otras producciones; se produce una desproporcionada diferencia entre los ingresos de la población, pues mientras pequeños sectores gozan de un alto nivel de vida, el grueso del pueblo padece miseria y un estado de hambre o subhambre permanente. Un ejemplo típico y trágico es el de Venezuela, en donde el petróleo ha llegado a representar el 90 % de las exportaciones, pero da trabajo solamente al 2 % de la población. Han desaparecido en cambio las antiguas y florecientes industrias, y hoy se importa desde Estados Unidos hasta el pan, la carne y los huevos.

Como dice Nurkse, se produce un "círculo vicioso de la pobreza". "La oferta de capital se rige por la capacidad y deseo de ahorrar; la demanda de capital se rige por los estímulos para invertir. Existe una relación circular en ambos lados del problema de formación de capital en las zonas empobrecidas del mundo. Del lado de la oferta está la poca capacidad de ahorro, que resulta del bajo nivel del ingreso real. El escaso ingreso real es un reflejo de la baja productividad, que a su vez se debe en gran parte a la falta de capital. La falta de capital es el resultado de la poca capacidad de ahorro, y así el círculo es completo. Del lado de la demanda, el estímulo a invertir puede ser bajo a causa del escaso poder de compra de la población, que se debe a su reducido ingreso real, lo que a su vez es atribuible a la baja productividad. Sin embargo, el bajo nivel de productividad es resultado de la pequeña cantidad de capital empleada en la producción, que a su vez puede obedecer, al menos en parte, al pequeño estímulo a invertir" (3).

Puede pensarse quizás que esa situación tiende a modificarse, y hay quien lo afirma. Los hechos, sin embargo, demuestran otra cosa: que, al contrario, esa situación tiende a agudizarse. Ya algo ilustran al respecto las cifras, citas y datos acumulados. Pero no es malo dar algunos otros ejemplos. Las necesidades de los países y centros impiden otra cosa. "Es esencial para Estados Unidos —dice el llamado informe Randall de la Comisión on foreign Economic Policy— que las fuentes extranjeras de materiales críticos... permanezcan en manos amigas. Por lo tanto, la política económica exterior debe ser formulada y promovida en el sentido de impedir la defeción y la neutralidad". La corriente de exportación de capitales norteamericanos está orientada en ese sentido: De los 984 millones de dólares a que ascendieron las inversiones directas de capital privado norteamericano en Latinoamérica en el período 1945-48, 683 millones se invirtieron en explotaciones petrolíferas, y, para 1950 el 65 % de esas inversiones estaba localizado en petróleo, servicios públicos y minería. Por lo demás, para 1952, la mayor parte de

(1) Daniel Guérin, *¿Adónde va el pueblo norteamericano?*, Prefacio a la edición en castellano, Edit. Arayú, 1954. Por lo demás, este libro constituye una viva y honda descripción desde adentro del problema del capitalismo norteamericano, lo más coherente quizás de lo publicado entre nosotros. Los sindicatos norteamericanos van adquiriendo clara conciencia de que las inversiones en el exterior contribuyen a mantener su nivel de vida y aun sus fuentes de trabajo: sus publicaciones aceptan que por lo menos 600.000 personas en EE. UU. deben sus empleos al sistema imperial. Las publicaciones capitalistas, a su vez, reconocen que la actual crisis no ha alcanzado proporciones mayores "debido a las entradas de subsidiarias extranjeras" de las empresas norteamericanas, que calculan en un 15 % de las ganancias netas. — *Visión*, 2-1-59, pág. 32.

(2) John Gunther, "El drama de los Estados Unidos", pág. 62. Condliffe, obra citada, pág. 51.

(3) Ver cuadernos de Contorno, N° 2, págs. 13 y 14.

(4) Raúl Scalabrini Ortiz, "Historia de los ferrocarriles argentinos".

(5) Ricardo M. Ortiz, "Historia económica de la Argentina", t. II, en especial Capítulo Primero.

(6) Ver, por ejemplo, *Visión*, número del 19 de diciembre, págs. 44-45.

las importaciones del extranjero hacia Estados Unidos proviene de fuentes en manos norteamericanas: el 90 % de las importaciones de aluminio, bauxita y níquel; el 85 % de las de cobre; el 55 % de las de plomo; el 50 % de las de hierro. Mientras tanto, los países latinoamericanos siguen dependiendo de sus exportaciones: Para el año 1943 se ha calculado que el 20 % o algo más de los ingresos de los países latinoamericanos estaba representado por sus exportaciones, y en cuanto a la Argentina, según datos de 1942 el 37 % de su producción anual estimada era destinado a la exportación, la que representaba más del 30 % de los ingresos nacionales (1).

Esos hechos indican también cómo Estados Unidos ingresa en la estructura económica básica, lo que asimismo es visible por su interés en las vías de comunicación: tal como en el siglo pasado Inglaterra se posesionaba de los ferrocarriles, a partir del desarrollo del transporte automotor el interés se centra en el predominio sobre el mismo y en el trazado de las carreteras. Ejemplo de ello son la guerra interimperialista desarrollada en nuestro país por el dominio sobre el transporte durante la década del 30, y los planes de la carretera panamericana.

Este tipo de hechos y sus consecuencias ha sido descripto, por cierto, numerosas veces. Se ha hecho resaltar y se han subrayado, en efecto, los modos concretos como el imperialismo incide sobre los países afectados: La pauperización a que lleva en ciertos casos extremos; el dominio económico ejercido a través de la posesión de la estructura económica básica —y a veces también de la única fuente de recursos importante del país dominado—; la influencia corruptora que significa en todos los órdenes y especialmente en el político, introduciendo el cohecho en vasta escala, el peculado y la inmoralidad entre funcionarios y dirigentes, y, asimismo, apoyando a gobiernos surgidos de la violencia y del fraude cuando ello es conveniente a sus intereses; la deformación a que lleva a las clases dirigentes, que se tornan en verdaderos parásitos del país central, pasivos y faltos de ímpetu y poder creador; el estancamiento en que sumerge a las economías subordinadas, manteniendo o coadyuvando a mantener formas superadas y antieconómicas de producción. Igualmente se ha destacado varias veces la influencia que el imperialismo ejerce sobre la cultura de los países subordinados, deformándola y esterilizándola, relajando la conciencia de la comunidad, haciéndole perder su fe en sí misma y en sus posibilidades creadoras.

Pero en esta materia, como con respecto a la acción del imperialismo y a su mismo modo de ser, raramente se tiene una visión correcta del problema: a menudo se piensa que las cosas suceden de tal modo por la mala voluntad de los dirigentes, tanto del país central como de los subordinados, o por su ineptitud, egoísmo y cortedad de inteligencia, o, en un plano un poco superior de comprensión, se entiende o parece entenderse que se trata de una combinación de factores más o menos mecánicos del sistema (la necesidad de mantener un nivel de vida alto o el deterioro de los precios de las materias primas suelen pensarse como hechos inevitables) con designios voluntarios de predominio, egoísmo u otro factor psicológico, más incapacidad para hacer frente a los problemas que plantea la vida del hombre en grupo. Es decir, que se imputan estos hechos como si las acciones e instituciones humanas fueran producidas por individuos o por grupos en abstracto actuando específicamente para producir dichos hechos —con lo cual se suele caer fácilmente en una especie de voluntarismo o racionalismo más o menos implícitos o en un hipermecanicismo. O se tiene una visión de ellos como si las agrupaciones humanas funcionaran en compartimentos estancos, si bien comunicados entre sí e influyéndose recíprocamente. Y todavía, se suele entender estas relaciones entre países como si se tratara de relaciones entre sus clases

dirigentes, apareciendo el resto de la comunidad al margen de la cuestión o enfrentada con un estado de cosas que le es desagradable o sometida mal de su grado al mismo.

Un ejemplo característico: la "influencia del imperialismo en la cultura". Por una parte, se tiende a una especie de supereconomicismo o supermarxismo: se considera a "la cultura" como una actividad especializada, determinada hasta en sus menores circunstancias por el hecho económico. Por el otro, se tiende a considerar la cultura como la actividad de las élites, entendiendo por cultura el modo de pensar y los objetos producidos por ciertos grupos: artistas, intelectuales, escritores, y los productos de su actividad (cuadros, libros, etc.), o bien solamente la educación, o una combinación de ambos tipos de actividad.

En otros casos, se atiende solamente a ciertas consecuencias culturales aisladas de algún o algunos hechos relacionados con el imperialismo. Por ejemplo, se considera la influencia que puede ejercer sobre la autoconciencia nacional el ingreso de capitales imperialistas en el petróleo, entendiendo que esa influencia se deberá al hecho de que quedará demostrada o aceptada nuestra incapacidad para realizar la tarea de que se ha hecho cargo el extranjero.

Por supuesto, todos los hechos observados son ciertos, pero se trata tan sólo de algunos efectos que no pueden ser debidamente comprendidos si se los considera aislados y en sí mismos. Porque lo que se comete es un error de perspectiva, atomizando, por así decir, un fenómeno que sólo puede ser considerado como un todo.

El sistema capitalista en su faz imperialista constituye en todo, una estructura cultural, precisamente, entendiendo por tal la forma en que una sociedad se ha constituido, sus instituciones, sus formas de relación, sus productos, la visión que tiene de sí misma, es decir el conjunto de su actividad, es decir, su forma especial de cultura. En ese sentido, el país imperial es una estructura cultural que sólo puede funcionar como funciona y cuyos efectos sólo pueden ser como son (sin que esto quiera decir, desde luego, que dicha estructura sea inmóvil, ni mucho menos, ni que sus contradicciones no funcionen en el sentido del cambio de la misma estructura). Y al actuar el imperialismo sobre un país dado lo que se produce es una sociedad de cierto tipo, una sociedad sometida e imbricada en un sistema total con el centro imperial. Aparece así una sociedad global no autónoma, en la que los grupos internos, sociedades parciales y los individuos que la forman, ya no se comportan como en una sociedad normal. Las estructuras parciales no son ya las mismas. Y cualquier modificación en ellas significa una modificación en la conciencia de esos grupos y esos individuos. Pero es que la estructura total ya no es tampoco la misma. La cultura de esa sociedad no es más que la situación de esa sociedad, no ya solamente su expresión o su reflejo. La deformación que el imperialismo inflige a una sociedad es una deformación total y radical, pues es la deformación de la sociedad misma, una deformación desde adentro, aunque parezca paradójico decirlo. La conciencia de esa sociedad global es ya otra desde el momento en que en ella se introducen nuevos factores y ella se integra de un modo determinado en la organización dentro de la cual ha ingresado, y en la que existe otra sociedad que ocupa un lugar central y hegemónico.

NUESTRO CONTORNO INMEDIATO

La situación de la Argentina ha sido siempre relativamente peculiar dentro del cuadro de los países dependientes de Latinoamérica. Esa peculiaridad depende de muchas causas: De haber ingresado al orbe capitalista moderno relativamente temprano, cuando aun no estaba consolidado el imperialismo en sus formas financieras. De haber ingresado en la órbita inglesa, y mantenerse en ella casi sin interferencias durante toda su historia contemporánea, aun cuando ya el imperialismo inglés había pasado su período expansivo y se encontraba en franco receso y retroceso. De presentar ciertas ca-

racterísticas (clima, geografía, situación) que determinaron un desarrollo y crecimiento relativamente superior al del resto de los países latinoamericanos y aun al de la mayoría de los países dependientes. En efecto, las vastas planicies argentinas fueron vistas por Inglaterra desde un principio como promisoras fuente de aprovisionamiento de materias primas. Producida la llamada Organización Nacional, un imperio en franco período de expansión, abocado a continuas guerras y con un constantemente reducido territorio metropolitano libre para la agricultura y la ganadería, se constituyó hasta cierto punto en un estímulo de progreso para el país: ingresaron a él brazos y capitales y se realizó una explotación relativamente avanzada desde el punto de vista económico y técnico.

El conjunto de esos hechos produjo una situación equívoca e híbrida en nuestro país. Más adelantado que el resto de los países latinoamericanos; con una población blanca frente a la América mestiza; con un incipiente desarrollo capitalista y una economía relativamente próspera frente a países que conservaban formas precapitalistas; sometido a dependencia de un imperialismo cortés y sutil; en tanto la mayor parte de América se encontraba sometida a la violenta acción de Estados Unidos; gozando de una relativa tranquilidad política y de la aplicación más o menos fiel de fórmulas democráticas; la Argentina se consideraba un mundo aparte de South-America. Este era un país blanco, progresista y europeo.

Las clases altas argentinas, el núcleo terrateniente nacido de nuestra expansión ganadera, intentó en los primeros años constituirse en un centro capitalista autónomo. Ese intento fracasó en agraz, y ya había sido definitivamente enterrado para los años de Juárez Celman. Sin embargo, y desde entonces existió siempre un doble movimiento en nuestra sociedad global: por una parte, las fuerzas internas pugnan constantemente por constituir una sociedad independiente, luchando contra los factores internos y externos negativos; por la otra, ese impulso se recubre de ideologías —expresión desde luego de la situación, en cada caso, de la fuerza a que corresponden— que, o deforman su carácter real o lo anulan totalmente. Además, cada clase social de las que integran nuestra sociedad global, al mismo tiempo que libra su lucha con las demás clases y trata de ocupar esa sociedad global, trata, por una parte, de representarla en su impulso hacia la autonomía, y, por otra parte, expresa las deformaciones que nuestra especial situación de dependencia ocasiona.

Veamos un poco en concreto, aunque en modo sumario, algunos ejemplos de lo afirmado precedentemente.

Nuestras clases altas se vieron frustradas —como he recordado— en su tendencia a constituir una sociedad capitalista autónoma. Desarrollaron, en su frustración, una especie de mecanismo compensador: obraban como si expresaran a una sociedad independiente, presentándose como campeones de Latinoamérica frente al imperialismo de Estados Unidos y como representantes de la cultura latina frente a la anglosajona. Lo primero les era fácil, porque estando sujeto nuestro país a Inglaterra, al enfrentarse nuestra diplomacia a Estados Unidos, no daba señal alguna de independencia y, al contrario, servía de instrumento al choque interimperialista. Nuestra vanagloria de antiyanquismo o no representaba nada o representaba lo contrario de lo que quería hacer creer: nuestro estado de dependencia y no nuestra autonomía. Nuestro latinismo cultural tenía un parecido significado. Se trataba, en realidad, de nuestro francesismo cultural. Es decir, de la adopción por nuestras clases altas de un ersatz de liberación (una liberación dada en el plano del puro espíritu) que ni siquiera era eso, pues en los años de nuestro francesismo también la cultura de las clases superiores inglesas era afrancesada.

Justamente ha sido en los momentos en que las circunstancias permitieron a nuestra sociedad —y en especial a las clases altas— intentar liberarse o dar alguna batalla en la realidad, que ha disminuído el antiyanquismo dando paso a una especie de lúcido y algo cínico reconocimiento de la

situación tal cual era. Así ocurrió, por ejemplo, durante la batalla entre los frigoríficos ingleses y norteamericanos. Beneficiados por la lucha de precios, los representantes de los grupos ganaderos decidieron en la Cámara guardar la más estricta neutralidad entre ambos combatientes, sin recordar siquiera el carácter brutal del imperio del norte, a pesar de que en ese momento los artistas y la inteligencia de la misma clase ganadera expresaban su repudio y sus admoniciones a Estados Unidos. La "guerra de carnes", en efecto, comenzada en 1902 con la aparición de los primeros capitales yanquis en el campo de los frigoríficos, alcanzó uno de sus momentos culminantes en los debates parlamentarios de 1913, cuando aun resonaban los ecos nacionalistas del Centenario y vivíamos en pleno modernismo literario, es decir, en el aura latinoamericanista, alatinada, afrancesada y antiyanqui, antimaterialista y espiritualista de Darío y de Rodó. Eran los años en que la xenofobia de los jóvenes bien recorría las calles de Buenos Aires, y Lugones pasaba de su izquierdismo catastrófico al patriotismo épico de sus *Odas seculares* a través del francesismo de *Los crepúsculos del jardín* y de *Lunario sentimental*. Los años en que Estados Unidos subvencionaba revoluciones en Centro América y la United Fruit derribaba y creaba presidentes a granel.

Al mismo tipo de deformación respondía el desprecio abierto o mal disimulado que nuestros grupos dirigentes sentían por el resto de Latinoamérica, por las "republicuetas south-americanas", pobladas de mestizos, de algaradas y de tiranuelos, y las veleidades hegemónicas que sentíamos respecto de nuestros vecinos, veleidades que ocultaban también una instrumentalización por parte de Inglaterra en su lucha con Estados Unidos. Hasta los hombres que representaban o creían representar nuestro pensamiento progresista y de avanzada, como Ingenieros, Juan B. Justo y de la Torre, caían en una especie de curioso racismo, vanagloriándose de nuestra sangre blanca, de nuestra superioridad racial sobre el resto del continente. De ese modo tratábamos de asimilarnos y sentirnos iguales al centro que nos subyugaba y diferentes de los pueblos que compartían con nosotros una situación en el fondo idéntica, en una fabulación análoga a la que se produce en las clases medias cuando asimilan sus valores y su situación a los de las clases dominantes y marcan sus diferencias con el proletariado.

Nuestra especial situación oscurecía constantemente las posibilidades de un análisis realista de nuestra dependencia y de los medios que podían permitir una lucha lúcida —fuera o no exitosa— por lograr la liberación de nuestra colectividad y en nuestra colectividad. Las clases medias no lograban constituir siquiera una ideología nacionalista bien y coherentemente formulada; los teóricos del socialismo no lograban captar la forma que la lucha de clases tiene y requiere en los países periféricos. Las dificultades comunes en toda la sociedad capitalista aquí se agravaban y agudizaban. La causa de eso radicaba sobre todo en el constante desarrollo de nuestra sociedad, en su crecimiento permanente y visible y, al parecer ilimitado. El radicalismo, por ejemplo, tendía a creer en la posibilidad hegemónica de nuestro país, en una especie de ensueño épico en el que la Argentina se alzara como una potencia de primer orden como cabeza y vocero de América Latina; el socialismo de Justo se aferraba al librecambio como a un artículo de fe, puesto que el librecambio había impulsado nuestro progreso y desarrollo (por contraposición con la aparente negatividad de los intentos aislacionistas, llamáranse Rosas, Solano López o Yrigoyen) en tanto que tal librecambio estaba lejos de constituir un dogma para los socialismos europeos.

Fué recién cuando el sistema comenzó a dar señales de haber tocado los límites de la capacidad de desarrollo, cuando, al contrario, ciertas circunstancias se volvieron agudas y los centros imperiales se vieron obligados a apretar la mano, que las deformaciones ideológicas perdieron su poder y la realidad se hizo visible. Papel semejante —como ya lo he descrip-

(1) Paul R. Olson y C. Addison Hickman, "La economía internacional latinoamericana", pág. 14. Seymour E. Harris, obra citada, pág. 17.

to— cumplieron las crisis del sistema, ya se tratara de crisis económicas o de crisis técnicas o de crecimiento. Toda la comunidad o los grupos afectados adquirieron una lucidez nueva. y agudísima. Pero fué a partir de la crisis del 30 cuando el sistema se mostró en toda su crudeza, barriendo con ilusiones y ensueños. La clase terrateniente se vió naturalmente llevada, y obligada, a dejar de lado sus veleidades y a reconocer lisa y simplemente que nosotros formábamos parte del imperio inglés, lo que implicaba establecer que ella no era miembro del aristocrático círculo de los dominadores del mundo, sino algo muy cercano a los reyezuelos de la India, cultos, oxfordianos, ricos; tan cultos, tan oxfordianos y más ricos que cualquiera de nuestros distinguidos estancieros o abogados de grandes empresas.

Cada crisis llevaba sin embargo consigo nuevas posibilidades de desarrollo, y eso significaba generalmente el clima propicio para el nacimiento de nuevas ilusiones, o, en realidad, para la reactivación de las ilusiones ya existentes en los grupos más aptos para ello por su especial situación dentro de nuestra sociedad global. Tal fué el caso de los nacionalistas y de los grupos militares en el período que comienza con la terminación de la última gran guerra, y, en no menor medida, el de la burguesía y pequeña burguesía en la actualidad. En aquella oportunidad también el proletariado fué arrastrado, pues la coyuntura provocó una expansión y un estado de euforia en su clase.

Es así toda la comunidad —cada grupo de acuerdo con su situación en la misma y con sus especiales características— que sufre las deformaciones provocadas por nuestra particular forma de inserción dentro del orbe capitalista. Las clases populares también fueron xenóforas en 1870 y deformadamente nacionalistas en 1945-55: sublimaban su tendencia contra las estructuras en un nacionalismo que se satisfacía con los triunfos de Fangio o de Pascualito Pérez, y cayeron —tanto como las clases altas y medias en su oportunidad— en la jactancia y en el ensueño hegemónico. Porque la sociedad global, —tal como efectivamente es, tal como sus estructuras son— produce ideologías también globales, aun cuando sean las clases dominantes las que las expresen más acabadamente y con menores contradicciones, por lo mismo que son ellas las más enajenadas en un sentido profundo.

Pero no debemos exagerar la importancia de los aspectos negativos de la situación. Es cierto que ésta produce ideologías deformadas, pero esas ideologías expresan, aun imperfectamente, el hecho positivo de que en nuestra sociedad existen fuerzas internas que pugnan por romper un estado de alienación y dependencia. Es cierto que han sido los momentos de crisis los que han otorgado lucidez a los grupos afectados. Pero esa lucidez ha sido positiva en cuanto dichos grupos han representado fuerzas en expansión y crecimiento o se han insertado en fuerzas en desarrollo. El nacionalismo tradicional, aristocrático y furiosamente reaccionario, evolucionó hasta convertirse en la ideología de un industrialismo nacionalista y populista, al insertarse en el avance de la industria producido después de la crisis del 30. La lucidez de la oligarquía latifundista, en cambio, se transformó en un cinismo decadente cuando aquella misma crisis incidió sobre ella.

Es conveniente subrayar esto: nuestras ideologías expresan al mismo tiempo las estructuras del orbe occidental y las fuerzas locales. Esas fuerzas buscan constantemente formular ideologías que expresen su situación, aun cuando esa búsqueda no sea siempre conciente y hasta, en gran medida, esas ideologías son producto de una actividad espontánea. El valor de las crisis ha consistido, precisamente, en señalar en la experiencia hasta dónde esas ideologías eran válidas, y hasta dónde eran simplemente velos interpuestos entre los grupos sociales y la realidad.

La historia de la Argentina puede quizás sintetizarse así: Un crecimiento constante, pero deformado. Una deformación que pone límites excesivamente estrechos a ese crecimiento.

Un constante sentimiento de frustración, pues debido a esos límites el proceso de crecimiento no alcanza nunca a producir prolongados períodos de euforia. Un forcejeo constante para romper con esa deformación y esos límites.

El crecimiento de la Argentina es fácilmente perceptible. Una mera ojeada histórica da la impresión de que el país fuera un vasto recipiente que poco a poco se fuera llenando, sensación que, por supuesto, se hace más aguda por la forma en que ha crecido nuestra población. Pero ese crecimiento no se reduce al elemento humano. En cien años, el país que era apenas más que un vasto desierto, se ha ido cubriendo de población, de ciudades, se ha ido integrando en una comunidad relacionada por vías de transporte, ha aumentado su capacidad económica y el nivel medio de vida. La idea desarrollada especialmente por los nacionalistas de que el país era en la época de la colonia una comunidad integrada no condice con la realidad: en aquellos tiempos apenas si era otra cosa que un archipiélago de islas más bien diminutas, poco y mal relacionadas entre sí y sumergidas en una vasta geografía hostil y desconocida. El aumento de población, los ferrocarriles, los caminos, el transporte automotor, la radio, han ido integrando una comunidad, la han ido homogeneizando y le han ido dando conciencia de sí misma. Claro está que, en otro sentido, los nacionalistas sí tienen razón: ese proceso no se realizó de un modo evolutivo, y aquella primitiva sociedad era culturalmente homogénea. Pero lo era precisamente porque lo que le era propio pertenecía a una vida sumamente primitiva (la de una colonia asentada sobre una economía pastoril y artesanal) en tanto su cultura superior era totalmente ajena. El proceso de crecimiento rompió esa homogeneidad original, pero fué creando otra más vasta y compleja.

Ese crecimiento cuantitativo ha tenido consecuencias cualitativas, como ocurre con todos los fenómenos sociales. Pero, además, ha implicado múltiples cambios, sin atender a los cuales no puede tenerse ni siquiera un esbozo de comprensión de nuestro país. Ante todo, un cambio de carácter: nuestro país ha ido pasando de ser una sociedad predominantemente rural a ser una sociedad sobre todo urbana, y esa transformación, que constituyó una tendencia constante desde hace por lo menos un siglo, ha cobrado una aceleración creciente al iniciarse el proceso de industrialización. En efecto, la Argentina tenía en 1869 un 72 % de población rural; pero el 28 % urbano ha ido creciendo al 37 % en 1895, al 53 % en 1914, al 62 % en 1947. Las cifras se han prácticamente invertido. Tal proceso ha ido acompañado por un notable cambio económico: el lento desarrollo de la producción industrial, que a mediados de la década de los 30 alcanzó a la producción agrícola-ganadera y que ahora la ha sobrepasado ampliamente. Un país de tales características difiere totalmente con la imagen que primó durante tantos años y que los argentinos teníamos de nosotros mismos. Nada tiene que hacer con el país rural que todavía algunos insisten en presentarnos. Pero esa insistencia es inútil: poco a poco las estructuras reales han ido imponiendo una visión correcta, es decir, han ido dando al país una conciencia diferente de sí mismo.

Ese proceso de integración y homogeneización ha llevado consigo, en apariencia paradójicamente, un proceso de diferenciación, de diversificación dentro de la integración misma. En efecto, la sociedad argentina era hasta mediados del siglo pasado una sociedad muy simple, por lo mismo que era una sociedad primitiva y débil. No existía sino una clase alta y una difusa clase popular campesina y artesanal. Y hasta es discutible si puede hablarse de clases, pues solamente las clases altas tenían conciencia de sí mismas, se reconocían cabalmente como tales. Al crecer, nuestro país se ha complicado. Ha aparecido una numerosa clase media, se ha ido formando un vasto proletariado industrial, las regiones han cobrado rasgos distintivos en lo económico. Y ese proceso ha ido acompañado por una toma de conciencia cada vez más expresa y cabal. Las clases sociales se han ido constituyendo como

tales en la medida en que han ido cobrando autoconciencia, en que se han reconocido cada vez más y han reconocido sus diferencias y los choques de sus intereses con los de las demás clases. Y aun dentro de ellas mismas se ha ido produciendo un proceso de diferenciación, al aparecer diversos estamentos con caracteres propios. También las regiones han ido sufriendo un proceso semejante: el actual deseo casi patológico de las regiones por poseer universidades propias, responde a ese proceso de diferenciación y de autoreconocimiento. Lo que significa, al mismo tiempo, el reconocimiento de su existencia como tales y la apelación a que se tenga en cuenta esa existencia.

Durante mucho tiempo, una descripción válida del país podría presentarlo como un conglomerado amorfo, tanto desde el punto de vista social como geográfico. Las diferencias locales eran diferencias folclóricas, que si respondían a una realidad, era solamente a una realidad débil y sin eficacia. Sobre ese conglomerado se imponía la ciudad puerto, que colonizaba al resto del país como intermediaria de un centro exterior, y una oligarquía que cumplía igual función.

La paradoja no es tal: se trata de un mismo proceso, de fuerzas que han ido creciendo y adquiriendo exigencias, y que por su mismo crecimiento han ido creando una sociedad global que refleja las tendencias que en ella lleva. La rebelión de las regiones se traduce en rebelión de la sociedad total contra el centro exterior dominante. La lucha de las clases por ocupar la sociedad global se traduce en lucha contra ese mismo centro. Son las propias contradicciones dentro de la sociedad global las que la han ido convirtiendo en tal, porque esas contradicciones tienden precisamente a superarse, constituyendo una sociedad comunitaria, porque el crecimiento mismo es un proceso necesariamente contradictorio, porque, por ejemplo, los mismos choques internos, las mismas tensiones dentro de la sociedad global, constituyen un modo de relación y de autoconocimiento.

Pero una historia contada así corre el peligro de transformarse en una historia idílica, semejante, con otros fundamentos, a la historia en que creía el liberalismo. Es bueno no olvidarlo: si la sociedad capitalista es una sociedad deformada en su conjunto, los países coloniales como el nuestro son doblemente deformados.

El país no se ha desarrollado ni aun con el desarrollo que el capitalismo y las formas democrático burguesas permiten.

Desde el punto de vista geográfico, ciertas zonas, que no respondían a las necesidades del mercado inglés han retrogradado, real o relativamente. Justamente aquellas zonas que eran más ricas hace un siglo (el Norte, parte del Centro, Corrientes) son las que más han sufrido el proceso de deformación, hasta llegar algunas de ellas a convertirse en verdaderos desiertos, con una población escasa, pauperizada y disminuida. Cierto, el artesanado y la agricultura que les daba su relativa riqueza no podía perpetuarse frente a un mundo con otro nivel y otras exigencias. Pero el embrión de desarrollo capitalista que, de haber sido posible un proceso natural, significaban, fué barrido y aplastado. Pero tampoco el litoral, cuyo progreso resume casi todo el progreso del país, ha escapado a esa deformación: nuestra situación de dependencia ha permitido la subsistencia de una clase dominante que no llegó a realizarse a sí misma, que, después de un corto intento de transformarse en una clase capitalista empresaria, se enquistó como una oligarquía latifundista, sin espíritu creador, sin empuje. Dada la forma económica adoptada, el latifundio ha venido a ser el eje de nuestra economía, la base del poder económico y político de una clase, la causa de nuestra dependencia. La explotación extensiva fué hasta cierto momento progresista, y la clase sobre ella asentada tuvo cierto impulso creador: ese impulso cubrió el período de la refinación de suelos y de haciendas. Después, ese impulso se perdió, y el país ha permanecido dominado por una clase anquilosada que sólo atina a tratar de mantener una situación

cada vez más desequilibrada y estrecha. No se trata solamente de la posesión de enormes superficies de tierras por unos pocos propietarios, sino de todo un sistema que cada vez resulta menos eficaz para un país cuyo crecimiento desborda los límites de ese sistema. Y tanto más los desborda cuanto que el mismo nos ata o pretende mantenernos atados a un imperio cuyas dificultades cada vez mayores se reflejan negativamente sobre nosotros.

En la misma provincia de Buenos Aires, 300 familias poseen el 39% de la tierra, y en todo el país dos mil propietarios son los dueños de la quinta parte de su extensión total (1). Esa es la base de un sistema quietista, que condena a una vida empobrecida al resto del país, y cuyos límites de desarrollo han llegado hace muchos años, encerrando a la Argentina en un corset de hierro.

En efecto, una población creciente exige nuevas fuentes de trabajo y de alimentos y la participación en el nivel de vida del siglo XX. El sistema de explotación basado en el latifundio no puede dar trabajo ni sustentar a esa cada vez mayor población. La teoría de la división internacional del trabajo que nos considera como los productores de materias primas para un centro manufacturero, se basaba en un mecanismo muy sencillo: nosotros producíamos una cantidad x de mercaderías, una parte de la cual se destinaba al consumo interno, y el resto se vendía en el exterior, recibiendo en cambio los productos manufacturados que no producíamos. La población, al menos en hipótesis, tenía así acceso a las suficientes fuentes de trabajo, y a los productos primarios y manufacturados que le aseguraban su subsistencia y un nivel de vida humano. Nunca, desde luego, el mecanismo funcionó con esa sencillez y perfección, pero, para lograr al menos un funcionamiento medianamente eficaz, exigía, o bien que todos los factores se mantuvieran inalterables: una población constante, una producción constante, un mercado consumidor que se abasteciera de esa producción en cantidad adecuada para devolvernos los productos que nosotros le requeriáramos en cambio; o, si esa inalterabilidad no era posible, que los aumentos o reducciones en cada uno de los términos correspondieran a cambios iguales en los otros.

Como sabemos, nada de eso ha ocurrido, ni era posible que ocurriese. La población ha crecido, los términos del intercambio se han deteriorado en perjuicio de las materias primas, nuestra producción no puede exceder de ciertos límites impuestos por la geografía, el clima, los sistemas de producción.

El sistema ha llegado, en su corta historia, varias veces al borde de la bancarrota: la guerra, la crisis del 30, la segunda guerra mundial le permitieron sobrevivir. Pero siempre ha sido por causas que rompían el sistema mismo: en los tres casos el país, después de sufrir el reenvío de la crisis de su orbe, gozó de una bonanza pasajera por el aumento de la demanda de sus productos. En los tres casos, la paralización del comercio regular con su centro provocó el desarrollo de una industria que de otro modo no hubiera sido posible dentro de las condiciones habituales del sistema. Y aun el retorno de éste a una relativa normalidad significó las tres veces el intento de destruir lo que sus crisis habían permitido levantar.

Esos períodos, sin embargo, dejaban en pie algunas de las limitaciones que el propio sistema había impuesto. El país, aunque lenta y trabajosamente, había levantado una industria superior en valor de producción al agro, pero seguía dependiendo para su subsistencia de su comercio exterior. El propio

(1) Tomado del libro de Eric Calcagno, "Nacionalización de servicios públicos y empresas", pág. 16, quien agrega: "Cuando hablo de latifundio no me refiero solamente al acaparamiento de grandes extensiones por una oligarquía o por consorcios imperialistas, sino a todo un sistema caracterizado, además de la concepción de la tierra como mercancía, por el control de la producción, del transporte y la comercialización; por la producción, con vistas al mercado de exportación; por la monocultura y en muchos casos, por los métodos primitivos de producción, el desamparo de los trabajadores rurales y la ausencia de créditos agrícolas adecuados. Para condenar al actual régimen agrario basta recordar que con el 60 % de la población de América del Sur y el 67 % de la América Central dedicadas a la agricultura, se sufren angustiosos déficits de alimentación en la mayoría de nuestros países".

crecimiento llevó las contradicciones hasta un extremo aun más agudo: esas industrias necesitan abastecerse, especialmente de maquinarias, y éstas sólo pueden obtenerse por medio de exportaciones que solamente provienen de los productos agropecuarios. A la vez, se atraviesa una crisis energética cada día mayor y el mercado interno exige renovar y ampliar el sistema de transportes. Nada de eso puede subsanarse sino haciendo fuertes compras en el extranjero. A la vez, nuestra balanza de pagos es casi constantemente negativa.

Las fuerzas nacionales que se han ido desarrollando han intentado diversas respuestas al círculo vicioso en el que el país se ve encerrado. Todas ellas fueron, al mismo tiempo, un producto de las estructuras, y un intento de respuesta a las dificultades en que esas estructuras se debatían.

El Partido Demócrata Progresista fué, y hasta cierto punto lo continúa siendo, un intento de convencer a las clases dirigentes tradicionales para que modificasen sus perspectivas y sus métodos. El intento de convencerlas para que se transformasen en líderes de una renovación capitalista nacional, rompiendo con lo más regresivo de nuestras estructuras y aplicando las formas democrático-burguesas. Es decir, un reconocimiento efectivo de la realidad, pero aplicado a un intento político sin base real posible.

El radicalismo en su etapa yrigoyenista fué un intento de las clases medias para realizar un gobierno ejercido por ellas mismas, apoyado por las clases populares, pero con un confuso y ambiguo programa, característico de los grupos sociales que lo proponían: sin suficiente base técnica, sin una clara ideología, intuyendo que era necesario introducir modificaciones en el sistema mismo de la propiedad y de la producción, pero sin planear con decisión cuáles y sin animarse a pensar en sus últimas consecuencias. Sabiendo que el aparato jurídico y político montado le iba a impedir realizar su tendencia a poseer íntegramente la comunidad, pero sin animarse a probar una ruptura violenta con él. El yrigoyenismo realizó gimnasia de violencia mientras se trataba simplemente de entrenamiento para la revolución, pero cuando pudo realizar la revolución (y oscuramente sabía que sólo con ella podía perdurar) vivió constantemente tentado por la violencia pero dejó que en definitiva la usaran sus adversarios. Ciertamente es que no existían aún ni las bases materiales ni las sociales para que el hecho revolucionario tuviera un sustento real, ni las condiciones siquiera para que la ideología apropiada fuera formulada y usada del modo adecuado. Bien diferente fué lo que ocurrió con los grandes propietarios y comerciantes liberales de 1860, que no titubearon en ejercer la violencia más despiadada cuando lo creyeron necesario para imponerse, invocando para hacerlo la ideología que correspondía, el liberalismo, aun cuando esa ideología estuviera en absoluta contradicción con sus métodos.

El tercer intento fué el peronismo, un método muy semejante al utilizado por todos los capitalismo nacionales cuando necesitaron crear sus bases de sustentación y expandirse (única forma, por su carácter dinámico, que el capitalismo tiene de realizarse). Cuando se habla de la Revolución Francesa, o se adopta la perspectiva de quienes fueron desplazados por ella, tal como lo siguen haciendo nuestros nacionalistas dos siglos después, o se mira con los ojos de lo que sus teóricos proclamaron y la historia demostró que en parte era. Pero rara vez se examina el proceso en sí mismo, despojado de su ideología y dejando en suspenso el juicio sobre sus resultados. Como proceso político, esa revolución significó no otra cosa que la conquista violenta del poder por una clase que en ese momento representaba el crecimiento de la comunidad, y que por lo tanto la expresaba íntegramente hasta cierto punto. Y el mantenimiento en el poder por medios igualmente violentos, acudiendo a llamados populistas, al conjuro a toda la Nación para que participara en la violencia. Cuando se examina el proceso que llevó a Mussolini y a Hitler al poder, se incurre en semejantes errores de perspectiva: los liberales y la izquierda ponen el acento en su

faz negativa —el aplastamiento de las masas populares y de las libertades individuales, la defensa de un orden general (el capitalismo) amenazado en determinadas condiciones. Pero se deja en la penumbra el otro aspecto del proceso: el esfuerzo de dos capitalismo por crear sus bases de sustentación en un mundo ya ocupado por otros capitalismo nacionales en su faz imperialista. Y ambos, fascismo y nazismo, fueron también eso, tanto como lo fué la revolución francesa: la ocupación violenta del poder por la burguesía, intentando crear igualmente condiciones populistas, y lográndolo en cierta medida.

En los tres casos, al utilizar las nuevas fuerzas como instrumento al poder político, se produce una gran concentración de poder, que termina ofreciendo a dicho poder una situación relativamente supra-clasista, produciéndose algunos de los fenómenos que caracterizan al llamado *bonapartismo*.

En cierta medida, el peronismo reeditó un experimento similar; aunque con mucha mayor ambigüedad y con limitaciones que no conoció la revolución francesa y que el nazismo y el fascismo sufrieron de otro modo. Y bueno es advertirlo, con mucha menor dosis de audacia y violencia de la que se usó en aquellas ocasiones, y, a la inversa, con más mediocridad y mezquindad.

Dadas las condiciones en que el mundo se encontraba, el parecido con Alemania e Italia es mucho mayor, pues en los tres casos —a diferencia del de Francia— el capitalismo ya había ocupado el propio terreno donde se quería desarrollar el experimento, y se trataba de intentar una experiencia con retraso de siglos.

Pero, a la vez, el peronismo respondía a las condiciones locales y se injertaba en una larga tradición local: en el intento y fracaso de las ideologías que se disputaban el campo en nuestra sociedad. No es porque sí que en el peronismo concurren radicales, nacionalistas, socialistas y sindicalistas, que fué personificado en un militar y que comenzó proclamando su catolicismo y terminó quemando iglesias.

El peronismo representó en cierta medida nuestra burguesía industrial, pero esa burguesía se basaba en una industria liviana y de tipo subsidiario, sin suficiente mercado para asegurar un crecimiento basado en la propia sociedad a que pertenecía, sin poder de capitalización propio y que no había consolidado una clase autónoma.

Expresión de una sociedad dependiente, llegada tarde a la competencia en el mundo capitalista, el peronismo tuvo que utilizar el dinero provisto por el agro para tratar de proveer las bases que la industria exigía y que un desarrollo capitalista hacía imperiosas. Con el superávit que encontró al llegar al poder, Perón trató de adquirir para el Estado lo que el capitalismo nacional no podía adquirir para sí, poniéndolo al servicio de un desarrollo capitalista. Pero con ese mismo superávit tuvo que crear una base populista para su intento, por una parte, y por la otra, satisfacer los requerimientos de una ideología que no se adecuaba exactamente a la realidad: el nacionalismo, y no sólo el nacionalismo tradicional, sino el nacionalismo de todos los grupos políticos que lo acompañaban. Nacionalismo que exigía no sólo lo que era necesario, sino que muchas veces dejaba de lado lo necesario para satisfacer una conciencia deformada y ávida de satisfacciones puramente psicológicas. Al mismo tiempo, Perón no quiso o no pudo intentar los cambios en la estructura de la propiedad que eran imprescindibles para la evolución capitalista que proyectaba: en suma, no atacó el latifundio.

Pareciera que Perón hubiera perdido dos caminos. Introducir en la estructura de la propiedad una modificación tal, que pusiera las bases para un limitado capitalismo nacional, creando un mercado interno suficiente y una clase media más amplia y fuerte que diera sostén al capitalismo local. O, por otra vía, emprender un camino más audaz: ensayar, apoyado en la clase obrera, un camino socialista, arrasando también, desde luego, con las viejas estructuras.

No tentó ninguna de ambas cosas. Y cuando hubo agotado

el superávit de origen agrario con que comenzó, se encontró con que no podía sostener su política. La industria continuaba sin poder proveer para sí misma los medios que necesitaba para desarrollarse, y no se habían creado en el país las bases para entrar, al menos, en un período de negociaciones. El agro no producía los márgenes suficientes como para proveer a las necesidades inmediatas de la comunidad, mucho menos para hacerlo con las cada vez más urgentes demandas de la industria.

Ante Perón no quedaban de nuevo sino los caminos que tenía ante sí al principio. Y un tercero: el vuelco al imperialismo norteamericano. Pero Perón había ingresado en nuestra historia en un momento que tenía demasiada carga revolucionaria. La clase media estaba en frente suyo; a su lado estaba un proletariado que cobraba rápidamente conciencia de sí mismo, y al que se había ayudado a tomar conciencia de su poder. En realidad, tal como ocurrió en casos similares, a tomar una conciencia desmedida de su poder, ya que éste no era tan sólido como podía parecer a simple vista. Al cuestionar las bases de la estructura, era inevitable que las clases objetivamente más enfrentadas con esa estructura siguieran presionando para ocupar la sociedad global. A la revolución francesa le pasó algo semejante; pero la burguesía solucionó en última instancia el problema ocupando ella las estructuras, creando una clase media que sirviera de tapón, y tirando con sus cañones sobre el proletariado. Perón amenazó con lanzar al proletariado sobre las otras clases, en tanto se acercaba a Estados Unidos. El puro poder político, si no estaba dispuesto a lanzarse en la revolución social (—y ambos términos: proletariado en armas— ayuda del imperialismo, eran incompatibles), no podía librar esa batalla. Perón no la libró.

LAS IDEOLOGÍAS DE LA CASA ROSADA

En el grupo que entró a la Casa de Gobierno el 1º de Mayo de 1958, dos ideologías aparentemente diferentes, hasta inconciliables entre sí, se disputaban la primacía.

Por una parte la llamada ortodoxia, cuyo máximo representante era Noblía, y que tenía en las Cámaras un fuerte bloque propio, con figuras de cierto relieve partidario como Liceaga. Por el otro, la alianza de los hombres de la revista "Qué", cuya figura más visible era Frigerio, y los nacionalistas que habían apoyado a Frondizi.

Los ortodoxos habían elaborado la teoría ya descripta, llegando algunos de ellos —como Marisa Muñoz de Liceaga y Eric Calcagno— a sostener que se debía aceptar la imposibilidad de realizar la liberación nacional si se mantenía las estructuras capitalistas. "Debe desaparecer el comando capitalista de la economía, superado por los hechos y repudiado por el pueblo", dice Eric Calcagno en "Nacionalización de servicios públicos y empresas". Y agrega: "La solución no está en la aplicación de paliativos, ni en la búsqueda de transacciones o fórmulas de compromiso... la Nación, por sus órganos constitucionales, será quien dirija la economía... Es necesario, pues, que el poder económico esté efectivamente en manos de las fuerzas populares. Y esto no se producirá mientras sigan intactas las viejas formas de propiedad. En tanto las tierras y las industrias fundamentales sigan perteneciendo a la oligarquía y a consorcios imperialistas, serán ellos quienes dirijan la economía... Y a corto o a largo plazo también manejarán el poder político: la experiencia enseña que invariablemente han sido derrocados los gobiernos populares que dejaron el poder económico en manos de las viejas oligarquías". En parecidos términos se expresaba la señora Muñoz de Liceaga, entendiendo que el problema nacional no tiene solución si no se lo plantea como una forma de la lucha de clases, y que es imposible toda salida si no se modifica "el actual régimen de la propiedad" suprimiéndose la división en clases. (1)

(1) Obras citadas, páginas 76, 80 y 85 y 17, respectivamente.

Ese grupo estaba evidentemente convencido de que podía llevar adelante el programa que había elaborado, de lo que dan testimonio los proyectos presentados en las Cámaras. Como, por ejemplo, el proyecto de la Comisión de Industria de la Cámara de Diputados disponiendo la ocupación del servicio eléctrico de la Capital Federal y Gran Buenos Aires y declarándolo de utilidad pública y sujeto a expropiación. (2) Una cantidad de proyectos semejantes parecían indicar que la Intransigencia estaba dispuesta a cumplir con su versión de la enseñanza extraída del proceso argentino y, especialmente, del proceso peronista.

Sabiéndose miembros de un partido minoritario, sin apoyo en la clase obrera, y conociendo el estado de nuestra economía, parecían creer, sin embargo, que era posible llevar adelante sus planes. Durante muchos años de oposición, y en especial durante el peronismo, habían analizado todas las otras fórmulas propuestas, y las habían desechado. Confiaban aparentemente, en que la clase obrera, unida en una central de trabajadores, les prestara su apoyo, y no parecían temer el paso hacia una sociedad socialista. Habían discriminado cuidadosamente las áreas de la economía que podían permanecer en manos privadas, y establecido cuáles debían nacionalizarse. Consideraban que una adecuada racionalización de nuestro comercio exterior y planes de aprovechamiento de nuestros recursos, podían proveer los medios para sostener el proceso.

Frente a ellos, se levantaba la versión *empresaria*. Esta en síntesis sostenía:

En un país subdesarrollado como el nuestro, la lucha de clases tiene sólo un carácter artificial. Todas las clases sociales deben unir sus esfuerzos para desarrollar las posibilidades económicas de la nación. Deben explotarse todos sus recursos naturales, industrializando el interior y tecnificando el campo. No debe tocarse el régimen de la propiedad de la tierra, sino convertir nuestras explotaciones agrarias en empresas modernas de tipo capitalista. Ha de elevarse el nivel de vida de los trabajadores, y permitirles manejar sin interferencias sus sindicatos. En varios puntos existían coincidencias con la ortodoxia: los capitales imperialistas no deben ingresar en la estructura económica de fondo (energía, transportes, industria pesada); deben defenderse las industrias existentes; es posible capitalizar el país mediante el ahorro nacional y una adecuada comercialización de nuestros productos. En general, y en conjunto, puede decirse que se diferenciaban entre sí por su concepción de la lucha de clases y por el trato que entendían debía darse al régimen de la propiedad.

Ya vimos cómo, en el trascurso de la campaña electoral, había aparecido el grupo de los tecnólogos, encabezados por Frondizi, cuyas concepciones se asimilaban cada vez más a las del grupo empresario.

Formado el gabinete de Frondizi se advirtió que todos los ministerios económicos eran ocupados por hombres del equipo empresario, y los ministerios políticos importantes por hombres salidos del unionismo (Vítolo) o por figuras insignificantes (Allende).

A poco andar, comenzó un rápido proceso que muy poco tenía que ver con todo lo dicho por uno y otro grupo. Empieza, por así decir, una tercera etapa del pensamiento de Frondizi. Esta etapa se caracteriza por el abandono del criterio nacionalista, suplantándose por lo que se dió en llamar *línea realista*. "La política económica argentina, dice la revista "Qué" en su número del 30 de diciembre, es ahora una política realista, y no basada en supersticiones y lemas de pretendida popularidad".

Aun cuando no se ha formulado íntegramente, la teoría que parece sustentar el gobierno es la siguiente: El país se encuentra en una "crisis de desarrollo"; para salir de ella es necesario resolver sus "necesidades económicas de fondo". El esquema general respecto de las necesidades del país no

(2) Folleto publicado en el mes de setiembre de 1958, por la Cámara de Diputados de la Nación, y firmado por los diputados: José V. Liceaga, Rodolfo Ricardo Carrera, María T. M. de Liceaga, Ricardo E. Panoletto, Enrique Parry, José A. Burdeos, Alfredo H. Escalada, Jorge Domingo Ferraris, Evers Nelson Fossati, Roberto J. Dours, Jorge C. Carrettoni, Zenón Goldstraj.

ha variado: se habla de solucionar el problema energético, de levantar una industria pesada, de solucionar el déficit de la balanza de pagos. Sólo que ahora se da al "capital extranjero" un papel muy importante en todos esos planes. Se recurre tanto a instituciones públicas e internacionales como a empresas particulares. Se solicitan préstamos "para respaldar la moneda y costear grandes obras productivas", se realizan diversos arreglos para obtener financiaciones, se conciertan contratos de todo tipo con empresas extranjeras (especialmente petroleras) para aumentar la producción y abastecimiento de combustibles y de energía eléctrica.

Es decir, se ha reemplazado la teoría de la capitalización autónoma por la clásica práctica de recurrir a los capitales de los países centrales.

El cambio se funda en el estado de necesidad: estando el país incapacitado para capitalizarse por sí mismo, es necesario recurrir al capital extranjero. Pero como lo que el país necesita es desarrollar su economía de base, es hacia ésta que se dirige la afluencia de dichos capitales.

Para eso se ha trabajado activamente en la consolidación de una estrategia política. Se ha buscado el apoyo del peronismo, logrado en gran parte, pues emisarios peronistas llegaron hasta a conversar con dirigentes del propio partido oficial para convencerlos de que no debían oponerse a la línea económica del gobierno, y en los momentos más serios los dirigentes sindicales peronistas no vacilaron en apoyar esa línea económica. O, cuando la misma se enfrentaba demasiado con el descenso de los salarios reales, esos mismos dirigentes han manejado el movimiento obrero de tal modo que se ha evitado hasta el momento todo enfrentamiento demasiado agudo. Lo singular del caso es que se ha tenido igual éxito con la Intransigencia. Y han sido justamente los ortodoxos quienes, no sólo han aceptado la línea económica del gobierno, sino que se han convertido en sus defensores y voceros.

Por cierto, el proceso ha tenido su evolución. En un primer momento el gobierno hizo diversas concesiones a los intereses extranjeros (especialmente alemanes) sosteniendo que mediante esas concesiones se iba a crear un clima de confianza er los inversores y que grandes masas de capital estaban dispuestas a ingresar en la Argentina para radicar industrias imprescindibles. Los capitales a que se aludía eran todos ellos de origen europeo, y se hacía notar tal detalle para tranquilizar a quienes se resistían a la venta de algunas industrias que se encontraban en poder del Estado. Se señalaba igualmente que las industrias vendidas no estaban radicadas en el área de la economía de base. Posteriormente, se realizaron tratativas directas con empresas de todo origen, firmándose diversos tipos de contrato, desde sociedades mixtas, a contratos de explotación con pago en moneda nacional y extranjera, hasta algunos contratos de concesión típicos, incluso con los grandes monopolios petrolíferos. En cada caso, se realizaba la defensa del hecho concreto: se aseveraba que no se trataba de reales sociedades mixtas sino de "sociedades en liquidación", de las que pronto iba a desaparecer el socio extranjero (caso CADE); se hacía notar que se contrataba con empresas rivales de los grandes consorcios y que los convenios tenían plazo fijo y estipulaban el pago en dinero. En el último tramo, al contratarse con la Shell y la Standard, se hizo resaltar simplemente la producción que ambos contratos prometerían. Durante todo el tiempo, sin embargo, se sostuvo que se iban a mantener los controles de protección de la economía nacional. Finalmente, tras largas negociaciones, se obtuvo un préstamo del Fondo Monetario Internacional, aceptándose las condiciones que el mismo impone para otorgar dichos préstamos. Esas condiciones —ya aplicadas en diversos países latinoamericanos— consisten fundamentalmente en exigir que se tomen diversas medidas para combatir la inflación y el déficit de la balanza de pagos. Esas medidas, en concreto, son: aumento en los impuestos, eliminación del déficit de las empresas estatales, supresión de los

subsidios a los artículos de consumo, limitación de los gastos (reducción de burocracia e inversiones estatales), liberalización del comercio exterior, tipo de cambio único, reducción de créditos. Se han abandonado todas las teorías de protección, que poco antes se declaraban intangibles.

Varias son las explicaciones que tratan de justificar la política del gobierno.

Desde Estados Unidos la versión que se da es la de que Frondizi ha "decidido entrar por el buen camino", dispuesto a tratar con Norteamérica como "hombre de negocios". Según lo que allí se llama "fórmula de entendimiento", las relaciones entre los dos países se desarrollarían del siguiente modo: "La ayuda de Estados Unidos ha contribuido a estabilizar a Frondizi" (tal es la premisa). "Este deberá retribuir el favor con una adhesión sin reservas a los principios e ideales de Occidente. Por este camino, la Argentina sería convertida en un arsenal de la industria de Occidente y a sus hijos les estarían deparados grandes días si se resuelven a trabajar con ahínco y optar por el orden y no por la anarquía... La ayuda norteamericana no se extendería solamente a la política petrolera, sino a la minería, obras públicas, canalizaciones, energía atómica, electricidad, etc. En el orden militar, es posible que se convenga en la radicación de una misión militar permanente en la Argentina y se acentúen otros tipos de colaboraciones como la base aérea de Ezeiza y otras iniciadas con el viaje del ministro Estévez a Estados Unidos". (1)

La "línea empresaria" centra su versión en la teoría del desarrollo. Sobre la base del "petróleo y la siderurgia" será posible montar "el desenvolvimiento armónico" del país: "una agricultura moderna y la creación de centros industriales poderosos", según afirmaba Frigerio en su carta a Frondizi al dejar su cargo en la Presidencia. Se insistiría en la posibilidad de lograr la constitución de un desenvolvimiento capitalista nacional con el estímulo del capital extranjero. Eso se traduciría en la creación de una Argentina con categoría de "potencia" y con "estructuras sociales que fueran a la vez motor y seguro de su destino profundamente democrático y justiciero", según se afirma en la carta citada. Y tal proceso sería posible porque "la madurez de la conciencia del país y las profundas modificaciones que ha experimentado la política internacional, la verdadera revolución que ha originado la técnica moderna en las grandes líneas de la sociedad mundial", posibilitan que aun las fuerzas que "hasta ayer" eran rechazadas por su carácter imperialista vengan "a colaborar en la lucha por superar nuestras condiciones de subdesarrollo", como aclara la revista *Qué*, al referirse a los convenios con la Shell y la Standard, en su número del 16 de diciembre (página 5).

La faz dinámica de la teoría empresaria recoge una tradición ideológica de larga elaboración entre nosotros, y que se basa en datos de la realidad: describe la historia del país como un proceso de crecimiento a la vez estimulado y deformado por el imperialismo británico, que ha llegado a una coyuntura de ahogo por haber alcanzado el límite de sus posibilidades. Ubica a las fuerzas unidas al centro imperial inglés como fuerzas conservadoras, empeñadas en mantener una estructura sin posibilidades, y presenta frente a ellas el conjunto de las fuerzas nacionales con sus tendencias expansivas. Propone una *unión sagrada* de todas esas fuerzas: empresarios, obreros, clases medias, para que en conjunto realicen el esfuerzo de construir "un gran país". Concibe ese esfuerzo conjunto como una gran empresa común, en la que los empresarios cumplirán el papel de *directores*.

La ortodoxia y otros grupos de "izquierda" que mantienen su apoyo al gobierno, no han renegado, como podría creerse, de sus objetivos. Al contrario, declaran mantenerlos. Solamente habrían modificado o adecuado su táctica. Parten, como los empresarios, de la imposibilidad de intentar un cambio radical de nuestras estructuras, por las dificultades

(1) *Visión*, número del 19-12-58. Nota aparecida en "Tribuna", de Rosario, especial desde EE. UU.

económicas que agobian al país, y, agregan, por las dificultades políticas con que tropieza el gobierno, falta de un apoyo popular suficiente. Y aseguran que, dadas las condiciones especiales del mundo y del país, la actual política económica está poniendo las bases materiales para una futura lucha de liberación en condiciones más sólidas. Esa política, dicen, asegurará, por una parte, una economía en condiciones de enfrentar al imperialismo, con una industria bien organizada, con suficientes fuentes de energía autónoma, con un país bien integrado y desarrollado en forma coherente; por la otra, con una fuerza social, el proletariado desarrollado por esas nuevas condiciones, que servirá de base para intentar el definitivo cambio de estructuras.

En su versión más ingenua, la teoría ortodoxa supone que, habiendo en el gobierno hombres cuyo pensamiento revolucionario es indiscutible y cuya habilidad política es manifiesta, éstos podrán, en un momento dado, desembarazarse del imperialismo y de los representantes del grupo empresario, y reiniciar "el programa de transformaciones" que siempre sostuvieron.

Una versión más elaborada sostiene:

I. El capital extranjero actúa como deformador de las economías nacionales allí donde se dan condiciones objetivas. El capitalismo financiero inglés, se dice, contribuyó enormemente al desarrollo capitalista de los EE. UU. en el siglo pasado. En cambio, fué el obstáculo principal para el desarrollo independiente de la India. Allí se adaptó a las necesidades del desarrollo. Aquí adaptó el desarrollo a sus necesidades.

II. El caso de la Argentina es similar al primero. Nuestras necesidades de combustible son determinadas por el desarrollo industrial del país. Ese desarrollo se ve justamente limitado por nuestra deficiencia en materia de combustibles. Necesitamos autoabastecernos, porque autoabastecimiento es ruptura de la dependencia.

El caso de Venezuela es otro. Allí la única fuente de riquezas es el petróleo, y a mayor cantidad de petróleo extraído, más se acentúa la dependencia. Es riqueza —y única riqueza— que se extrae hacia el exterior. No puede ser de otro modo; a falta de mercado interno en demanda de esa riqueza, ella se exporta. Es el mercado capitalista exterior el que determina la demanda. En cambio, en nuestro país es el mercado interior nacional el que la determina. Allí la mayor explotación petrolera genera mayor dependencia; aquí la falta de explotación es la causa generadora.

III. Desde el punto de vista marxista, finalmente, es preciso no olvidar que el mundo socialista está en desarrollo y el mundo capitalista en crisis. ¿Qué peligro hay entonces en negociar con un mundo que ahora puede sernos útil y cuya desaparición es cierta?

Un chiste metafórico corre en estos días en los círculos iniciados: Un contrato con el imperialismo a veinte años, dicen, es un casamiento entre una chica de quince y un viejo de ochenta. Al cabo de unos años, o se muere el viejo o tiene que tolerar un par de cuernos.

Se hace una comparación con la NEP. La Unión Soviética no tuvo inconvenientes en recurrir a la ayuda del imperialismo y en aceptar la empresa privada para reponer una economía devastada por la guerra y la revolución. Aquí lo primero es expandir la economía, colmar las necesidades básicas, echar los cimientos de la independencia económica (1)

Esta posición de la izquierda oficial no es totalmente inédita: algunos de los grupos que apoyaron a Perón como expresión de la burguesía industrial (Abelardo Ramos, Puiggrós, Real) mantuvieron ese apoyo cuando Perón intentó recurrir a capitales norteamericanos para explotar nuestro petróleo. Como hace notar *Mayoría*, Perón ha logrado desde el llano lo que no pudo lograr desde el poder. Y todas o casi todas las

(1) Debo advertir que, por lo que yo sé, este esquema no ha sido expuesto públicamente en ninguna parte en forma documentada. Pero está textualmente tomado de algunas cartas que circulan no muy secretamente, y coincide, tanto con las explicaciones verbales que se dan en los círculos políticos como con algunas manifestaciones parcialmente recogidas en diarios y revistas,

fuerzas que atacaron esa política en 1955 (desde la Intransigencia hasta las fuerzas armadas) la encuentran hoy no sólo plausible sino conveniente.

Los grupos empresarios y la izquierda oficial siguen coincidiendo en lo que podría llamarse planteos intermedios: unos y otros entienden que se va a producir el desarrollo de las estructuras nacionales, y que el imperialismo, aun a pesar de sí mismo, va a contribuir a ese desarrollo, no a impedirlo. Su disentiendo se refiere exclusivamente al porvenir de ese desarrollo, pero ambos grupos —cada cual a su modo— sostienen que la política actual es un paso intermedio y necesario hacia la constitución de una comunidad autónoma. Frondizi, al explicar el 29 de diciembre su política económica no hizo sino aplicar esa parte de la teoría en que ambos grupos oficialistas coinciden. Al explicar a la opinión pública que no deben temerse las consecuencias del plan de estabilización económica aceptado por el Fondo Monetario Internacional, reconoció que ese plan sería peligroso, y "hubiera conducido a una economía de miseria y desocupación" si no estuviera en marcha el "programa de expansión nacional, basado en la intensificación de nuestra producción de petróleo, carbón, siderurgia y energía".

Esa es la opinión de quienes están en el poder o en sus aledaños. Pero al mismo tiempo encuentran elogiabile el plan económico, aquellos que sólo muy difícilmente pueden identificarse con una política que persiga la autonomía del país. Ya mencionamos repetidas veces las opiniones internas, resumidas mejor que nadie por las palabras y la persona de Alsogaray, y abundantemente desarrolladas por *La Nación* del 31 de diciembre en su editorial de ese día y en los reportajes a variados exponentes de lo que, quienes ahora gobiernan, llamaban hasta hace poco "entreguistas" (como bien se ocupa de recordarlo Cueto Rúa en uno de esos reportajes). No parecen diferir con ellos desde el extranjero. Frondizi y Estados Unidos marchan sobre rieles, exclama con cierto alborozo el ya citado número de *Visión* del 19 de diciembre, y *The New York Times* saluda al "nuevo recluta de América Latina que se ha incorporado a la procesión de los diez países europeos que al comenzar la semana restablecieron la plena o casi plena convertibilidad de sus monedas". Es como la culminación entusiasta de los elogios simultáneos que aparecieron en la prensa inglesa y norteamericana cuando Frondizi puso en marcha su plan de explotación del petróleo. ¿Es necesario recordarlo? Mientras *Visión* decía el 7 de noviembre que el gobierno argentino había demostrado "imaginación y coraje", *The Times* contestaba desde Londres que "los contratos con compañías extranjeras no afectan la soberanía argentina".

La política económica argentina parece ser como aquellos oráculos píticos en los que cada cual podía leer lo que deseaba. Pero ¿puede ser efectivamente tan equívoca una política que unos vean inscripta en ella la revolución social, otros un capitalismo nacional y otros, finalmente, la "integración" en el imperialismo? Todos muestran una seguridad tan jactanciosa, tan exuberante, que el observador puede verse arrastrado a pensar que, en definitiva, la historia es un azar impredecible, en el que cualquier acto puede tener cualquier consecuencia.

¿Pero es realmente así? ¿Se sienten tan seguros cada uno de los actores de esta comedia de quedar finalmente dueños de un escenario en el que los demás representarán a la vez el papel de villanos, de cándidos y de muertos en el último acto? ¿No existe ningún modo de poder juzgar con alguna objetividad sobre la política y la historia, y ambas son, efectivamente, dos musas locas?

Tratemos de mirar un poco más de cerca a los actores de la comedia, a ver si es posible descubrir qué hay detrás de sus palabras y de sus sonrisas.

Hace ya varios años, cuando recién se salía de la guerra, los triunfadores del totalitarismo, los que habían luchado por el triunfo de la democracia, surgieron preocupados y preparados para organizar un mundo en el que habían disminuido

los rivales pero no la lucha por el predominio. El mundo, ese vasto mundo poblado por multitud de pueblos pequeños, débiles o vencidos y un puñado de colosos, era sobre todo un gran mercado que había que adaptar a las nuevas condiciones. No resulta inútil volver a nuestro ya conocido John B. Condliffe, y a su pequeño libro *La política económica exterior de Estados Unidos*. Su ayuda puede ser valiosa para evitar una explicación tal vez arbitraria de algunos hechos. En esencia, ese libro no es otra cosa que un proyecto de planeamiento para una política económica norteamericana basada en las nuevas condiciones del mundo. Se sugiere allí abandonar la vieja política aislacionista definitivamente: ya Estados Unidos no puede considerarse una isla casi autónoma, y debe emprender una gran política de integración mundial, integración basada en la liberalización económica y en el abandono del proteccionismo en la medida conveniente para los Estados Unidos. Norteamérica, un imperialismo en expansión, debía desechar los temores y aceptar su papel imperial. El mundo capitalista debía tender a convertirse en un ámbito libre y fluido, en el que la mayor potencia capitalista no tenía sino que ganar.

Inglaterro, en cambio, era ya un imperio en receso, un imperio que había perdido su poder de expansión. Necesitaba entonces reforzar y ampliar la política que asegurara sus lugares de dominio, y eso sólo podía ser logrado —o intentado— mediante una cuidadosa división del mundo, que asegurara al imperio británico contra los asaltos de su expansivo competidor. La crisis del 30 había enseñado cómo hacer frente a una situación de receso. Sólo que ahora ese receso tenía que considerarse como una situación permanente. Los años que comienzan con la gran depresión dan nacimiento a ese curioso experimento en el que un imperio capitalista adopta formas intervencionistas para salvar el sistema y su subsistencia como metrópoli.

Condliffe pone a Estados Unidos en guardia contra "la posibilidad de que (en Inglaterra) se forme una fuerte combinación política de los grupos industriales monopolísticos que desean una división cartelizada de los mercados exteriores, los imperialistas que buscan la integración económica de los Dominios y el Imperio y los grupos políticos izquierdistas que aspiran a una seguridad reglamentada dentro de un estado a base de servicio social". Desde la vereda de enfrente, Cole, que se califica a sí mismo como "socialista no muy ortodoxo", replica: "Gran Bretaña no puede renunciar a su libertad de desarrollar su propia política nacional, y entregarse a un sistema de *laissez faire mundial* simplemente por el *obiter dictum* de los millonarios norteamericanos" (1).

Y eso fué lo que ocurrió.

Estados Unidos, que había utilizado las ideas de Keynes durante la depresión, inauguró una política para la prosperidad, arrojando a Keynes por la ventana.

Inglaterro intentó, en cambio, durante el gobierno laborista (1945-1950) una combinación de las teorías keynesianas y de socialismo fabiano.

Durante algunos años la política del orbe capitalista consistió principalmente en la lucha entre unos Estados Unidos que buscaban la integración de ese orbe en un mercado único y una Inglaterra laborista y aislacionista que se aferraba a su mercado formado por su viejo imperio: colonias, dominios y países dependientes.

Como lo hace notar Bledel (2) el pensamiento de los organismos internacionales y de los países dependientes reflejaban el pensamiento de su centro dominante. Son conocidas las acusaciones de "socializante" que Estados Unidos arrojaba contra la CEPAL en aquellos años, y el señor Prebisch —secretario ejecutivo de dicho organismo— era tan mal mirado por Norteamérica como venía siendo bien considerado por

Inglaterro desde que vino en su nombre a organizar nuestro Banco Central allá en la década del 30.

La Argentina, por supuesto, no escapó a la regla general, y el peronismo vivió bajo el signo de Keynes, tal como Bledel lo hace notar y fué señalado en los debates parlamentarios por la oposición radical.

A partir de 1951 se produce un cambio. En Estados Unidos se acentúa la tendencia neo-liberal. En Inglaterra, sea porque los laboristas han perdido el poder (como insinúa Bledel), sea porque Inglaterra ha comprendido que no puede seguir luchando como lo había hecho hasta ese momento y se resigna a ocupar el lugar de socio menor de Norteamérica en el orbe capitalista, el neo-liberalismo a lo Schumpeter desplaza a las teorías mantenidas hasta allí férreamente, y se hace lugar a una política más flexible. La CEPAL, abandona sus posiciones anteriores, y una ola de liberalización recorre los países latinoamericanos.

La primera experiencia se realizó en el Perú, en 1949. Ante una situación económica considerada grave y declarada angustiosa, se contrata a la firma norteamericana Klein-Sacks para que aconseje los medios para salir de esa crisis. Los técnicos aconsejaron terminar con todos los métodos de intervención estatal directa (control de precios, subsidios a la producción, etc.) y abrir las compuertas a la radicación del capital extranjero. Luego se sigue iguales lineamientos respecto de Chile, Bolivia, Guatemala, Colombia, Paraguay.

En la República Argentina ocurre un proceso similar, aunque con algunos caracteres propios. Es el gobierno quien comienza, sin necesidad de informes especiales, un cambio de línea. El Segundo Plan Quinquenal acentúa y trata de institucionalizar una política análoga a la que otros países habían ya iniciado: participación de los capitales extranjeros en "la exploración y extracción de los recursos energéticos", entrega a la empresa privada de las industrias que rinden beneficios, ley n° 14.22 de radicación de capitales extranjeros, ley n° 14.830 que autoriza al Poder Ejecutivo a transferir a la actividad privada las empresas de propiedad del Estado, etc. En esos mismos momentos el gobierno peronista invita al señor Prebisch a pronunciar una conferencia en la Universidad de Buenos Aires, y —a mediados de 1954— se inician las tratativas con Floyd B. Odium. Al año siguiente la Confederación General del Trabajo y la Confederación General Económica organizan el Congreso Nacional de Productividad y Bienestar Social, iniciándose una vasta campaña en la que se sostiene casi exclusivamente que es necesario aumentar la producción y la productividad para aumentar el bienestar social, pues sólo un aumento de la riqueza nacional permitirá elevar el nivel de vida de la población. El peronismo anunció que la Revolución Justicialista había alcanzado sus objetivos en cuanto a la distribución de la riqueza y que, a partir de ese instante sólo iba a aumentar "el margen de bienestar social" si se elevaba "el margen de los bienes económicos a través de una mayor productividad". Ese Congreso fué precedido por el "Primer Congreso de Organización y Relaciones del Trabajo", organizado por la C.G.E. y el Instituto Argentino de Relaciones Industriales. Allí se hicieron valer los conceptos del neo-capitalismo respecto del papel de la empresa, de su lugar en la sociedad moderna y sobre las relaciones entre la empresa y los trabajadores. Quiero destacar solamente algunos elementos de juicio: Antes de que el Congreso de la Productividad se dirigiera al público y a los trabajadores organizados, allí se dejó bien en claro que "un mero cambio en la repartición de la riqueza existente significará solamente una diferente distribución de la pobreza". Se hizo resaltar, además, que *la realidad ha roto con todos los esquemas mentales a que estábamos habituados hasta hoy, debiéndose dar por superadas las clásicas concepciones de la relación capital-trabajo*, pues la empresa moderna es una "comunidad de trabajo... que asocia, organizándolos, los diversos elementos de la producción: naturaleza, capital, trabajo directivo y ejecutivo". Finalmente se destaca que la

"evolución económico-social del mundo" ha llevado a reemplazar en el terreno de la empresa la antigua dirección ejercida por los propietarios por la dirección ejercida por "dirigentes"; entendiéndose por tales tanto a los que "han logrado obtener la dirección de las empresas" desde el punto de vista financiero, *ejerciendo así el poder económico*, como a los mismos dirigentes sindicales. (1)

El gobierno militar iniciado el 16 de setiembre de 1955 no hizo sino seguir la política ya emprendida. A raíz de un pedido presentado a la CEPAL solicitando asistencia en materia económica y financiera el 8 de agosto de 1955 (es decir, por el gobierno de Perón) avalado por un decreto del Gobierno Provisional del 26 de octubre de 1955, el señor Prebisch retorna al país, esta vez como asesor económico oficial.

Sus Informe y Plan Económico rigieron la política económica del gobierno militar, sin interrupción alguna a pesar del cambio de equipos ocurrido el 13 de noviembre de 1955. Ese Plan, convertido en ley de la nación por las actuales Cámaras, sigue más francamente, la línea marcada por el gobierno de Perón en sus últimos tiempos y fija los principios generales a los que se ajusta la actual política económica oficial, tal como ha sido destacado por Cueto Rúa en los reportajes publicados en los diarios del 31 de diciembre (2).

Tenemos algunos otros elementos que nos permiten redondear algo más el cuadro.

En primer lugar, la actitud de los empresarios. Mientras se trata de orquestar un movimiento de apoyo a la política económica del gobierno, que dé la sensación de que éste cuenta con la colaboración de todos los organismos empresariales, éstos, aun asintiendo a esa política, no pueden dejar de señalar que no han sido consultados en su elaboración. Y algunos grupos indican que temen que esa política ocasione la ruina de la industria nacional por el levantamiento de las barreras protectoras existentes, así como por la depresión causada por la desocupación en masa. La Confederación de la Producción, en nota hecha pública el 21 de febrero, calcula que los desocupados pueden alcanzar a más de 600.000, y la propia revista *Qué* no deja de esbozar tímidamente su preocupación. — N° del 24/2/59, página 14.

Pero tampoco los ideólogos empresariales parecen estar seguros de las consecuencias de aquel plan, ni sentirse responsables de su paternidad. La revista *Qué*, en su número del 16 de diciembre señala las consecuencias negativas que ha tenido en otros países latinoamericanos la aplicación de los planes de estabilización "aconsejados o aceptados" por el Fondo Monetario Internacional. Concretamente señala que en el caso de Chile se ha provocado "la disminución de la renta nacional en por lo menos un 10 por ciento, y, consiguientemente, en el nivel de vida de la población". Algo semejante en nuestro país, agrega, afectaría sensiblemente nuestra actividad industrial, especialmente en la industria textil, de la construcción y de metalurgia liviana. Y concluye haciendo un voto porque el Fondo Monetario no "pretenda imponer" un plan de estabilización dogmático, que podría provocar "daños enormes para el equilibrio económico y social del país" (3). Poco después —10/2/59— admite en editorial a dos páginas que "*El Dólar manda*", y que sólo se trata de "*Sobrevivir*". La teoría empresaria ha ido corriendo hacia atrás a medida que los hechos por ellos desatados van imponiéndose a las buenas palabras.

El discurso de Frondizi del 29 de diciembre anunciando el plan de estabilización, al exponer las medidas que forman ese plan, permite advertir que nada de nuevo ha ocurrido: el plan para la Argentina, en sus líneas generales, es idéntico al aplicado en todas partes. "El fracaso de la política inter-

(1) Diarios de enero de 1955. Revista "Órgano oficial del Congreso Nacional de Productividad y Bienestar Social". Informes presentados al Primer congreso de organizaciones y relaciones del trabajo. Discursos de Perón, Vuleitch y Gelbard.

(2) Cf. Bledel, obra citada.

(3) Declaración a los diarios de la Federación Argentina de Industrias Metalúrgicas Livianas (30 y 31 de diciembre). *Qué*, número citado, página 18.

vencionista de los últimos años, reflejado en el constante aumento del costo de la vida, en el desaliento de la producción, en el auge de voraces intermediarios y en la crónica tendencia a la escasez, es consecuencia de pretender combatir los efectos y no el propio mal, que es la inflación, dice Frondizi. Y agrega: "El gobierno afrontará enérgicamente una transformación del sistema, creando las condiciones económicas que alienten una mayor producción de bienes dentro de un régimen de libre competencia. Tal ha sido la política puesta en práctica por países europeos, al término de la última guerra...". Bien lejos estamos de aquellos tiempos en que los colaboradores inmediatos de Frondizi sostenían una política intervencionista como medio para lograr nuestro desarrollo económico, enfrentando las mismas objeciones que hoy se utilizan para propiciar una política neo-liberal. "El hecho de que la experiencia en materia de intervención estatal sea tan lastimosa en algunos países no debe inducir a creer que el intervencionismo es pernicioso per se" constituía la afirmación central de la tesis de uno de esos colaboradores (4). Estamos, en cambio, exactamente en la línea sostenida por Prebisch. ¿Es necesario repetir nuevamente aquí sus palabras? Decía Prebisch en su Informe: "El control de las importaciones mediante permisos de cambio, el control de los precios para reprimir *las consecuencias de la inflación*, la regulación de los movimientos financieros internos y externos... y otras formas de intervención que han llevado al Estado a realizar operaciones comerciales e industriales, han pervertido burocráticamente la actividad económica privada y alentado ciertas proclividades que perturban sobremanera el sano desenvolvimiento de la economía y la administración". Estamos, como ya lo hace notar, en la línea schumpeteriana (5).

Frondizi, al mismo tiempo que ha modificado sus posiciones en el terreno económico ha modificado su ideología: su visión del mundo, sus valores, son ya muy otros que aquellos que sostenía hasta hace algún tiempo. Eso le permite, en tanto que anuncia las consecuencias inmediatas y seguras del plan de estabilización, justificar hasta moralmente esas consecuencias. Tal como Prebisch, señala que se va a terminar con los "proteccionismos inmorales", justificando así por razones éticas el hecho puramente económico de que al levantarse ciertas medidas proteccionistas se va a provocar la destrucción de determinadas industrias. Tal como él, señala que la inflación "favoreció al especulador y al aventurero en desmedro del auténtico productor y de la empresa con real capacidad económica"... y "destrozó el orden y la jerarquía basados en el propio esfuerzo, en el ahorro, en la capacidad creadora y en la conducta". Y agrega "Es ésa la tremenda responsabilidad que corresponde a la inflación en lo que se presenta como una crisis nacional que supera el estricto cuadro de lo económico, pues afecta lo político, lo social y, esencialmente, las bases morales de sustentación del individuo y de la sociedad" (6). Estamos ya ante una ideología que se va redondeando y cerrando, una ideología en la que lo económico crea los valores espirituales, asume formas espirituales, adquiere jerarquía ética. Ante la estructura cultural del capitalismo con su consagración de valores económicos, es decir, ante una estructura que, como todas, declara *sagradas* aquellas cosas que forman su esqueleto: propiedad privada, actividad económica privada, libre cambio, libre empresa. Pero podemos ver cómo la consagración de esos valores no ha nacido desde nuestra perspectiva sino desde la perspectiva que impone el centro real de la órbita en la que estamos incluidos.

¿Es ilegítimo llegar a la conclusión de que no son los hombres que están en las funciones políticas quienes han concebido un plan y lo aplican? Todo autoriza a asegurar que no. Nosotros seguimos cumpliendo nuestro papel

(4) Aldo Ferrer, "El Estado y el desarrollo económico", Raigal, 1954, página 9.

(5) Raúl Prebisch, Informe ya citado. La bastardilla es mía. Ver Bledel, obra citada, página 17 y siguientes.

(6) No solamente con Prebisch coincide Frondizi. También coincide con la tesis básica de Federico Pinedo en su ya citada obra "El fatal estatismo" editada por el Partido Demócrata Nacional como glosa y defensa de su programa para las elecciones de 1957.

de país subordinado, integrado en forma de elemento dependiente dentro de un orbe que no sólo impone sus condiciones sino que va determinando nuestra estructura íntegra, en que lo económico y lo que se pretende separar como si fuera posible hacerlo al darle un rótulo: conciencia nacional, cultura, ideología, constituyen un todo inescindible. Las ideologías, y hasta las tácticas en que ellas se expresan en la acción, no son otra cosa que la manifestación de una transformación en el orbe capitalista a la que nosotros nos adaptamos, aceptando el papel subordinado que se nos asigna. El actual gobierno no hace sino cumplir una etapa en el proceso que comenzó a ser cumplido por el peronismo, de la que fué un momento intermedio el gobierno militar, y cuyo origen se encuentra fuera de nuestras fronteras.

Claro está que esta visión del proceso provoca algunos interrogantes, al esquematizarlo de tal modo que sin duda prescinde de una gran cantidad de elementos. Pero eso no significa que el esquema sea incorrecto, sino que voluntariamente se ha dejado de lado algunos factores con el fin de hacer resaltar las líneas principales de ese proceso, tal como el mismo se ha ido cumpliendo.

Formulemos esas preguntas: ¿No representó el gobierno militar un intento de retrotraer el país a la órbita inglesa y a su condición de productor agropecuario del mercado británico? ¿No existió un desarrollo nacional, provocado por sus fuerzas internas y que se opone a la subordinación en que quiere mantenerse? ¿No es posible aceptar aquellas condiciones contra las que no existen fuerzas actuales con las que luchar, pero maniobrar dentro de esas condiciones para ir consolidando estructuras nacionales que permitan dar luego una batalla en mejor situación? ¿No será precisamente eso lo que está haciendo el gobierno?

Vayamos con algo de orden, pues todas esas preguntas constituyen fundamentalmente un único problema.

El gobierno militar no fué, como a veces se lo presenta, algo homogéneo y sin contradicciones. Pero es efectivamente cierto que dentro de él tenían un gran peso las fuerzas que representan en nuestro país los intereses ingleses. Eso no quiere decir, sin embargo, que toda la acción del gobierno provisional estuviera dedicada a salvaguardar la Argentina como coto exclusivo de Gran Bretaña. Hasta cierto punto la acción del gobierno militar puede describirse como el intento de Inglaterra de salvar lo más posible de su predominio en este país, pero dentro de un plan general en el que ya está aceptado el papel de socio mayor para Estados Unidos. El país —como Africa, como Medio Oriente, como otras regiones de América— es un campo de batalla en el que dos socios puján y transan, tratando cada uno de sacar las mayores ventajas, siempre a costa del propio campo de batalla. El gobierno militar significaba un intento de llegar a un arreglo en el que Inglaterra obtuviera ventajas que en este otro arreglo ha perdido en gran parte. Pero no del todo: el contrato con la Shell, la política de carnes, la política agraria, indican cuál es la parte que en la nueva situación corresponde a nuestra antigua metrópoli. Muchas de las presiones de tipo *gorila* que sufrió el gobierno de Frondizi en sus primeros tiempos respondían, sin duda, al intento de Gran Bretaña de obtener las mejores condiciones posibles en el reparto. Ya hemos visto en otra parte cómo esas presiones se han ido suavizando hasta convertirse en una cortés tolerancia o en apoyo.

¿No existen entonces fuerzas nacionales que permitan luchar contra una situación que parece presentarse como un destino irrevocable, destino que deciden fuerzas colocadas fuera de nuestro alcance y al que ceden todos nuestros intentos de modificar ese estado de cosas? ¿Están condenados todos nuestros esfuerzos a convertirse en instrumentos de lo mismo contra lo que creen luchar? Todo este trabajo parte de un convencimiento, que creo objetivo, absolutamente contrario. Ya volveré después sobre esto. Pero por el momento sólo quiero señalar que este gobierno no cumple el papel que pudo haber

cumplido, y que, al contrario, él sí, se va convirtiendo cada vez más en instrumento de un nuevo estadio de nuestra dependencia.

Desde un primer momento la actitud de este gobierno (de todos los grupos que forman este gobierno, y del gobierno mismo en su expresión oficial) ha sido muy curiosa: se toman medidas contrarias a lo que hasta la víspera se aseguraba que debía hacerse, y en una línea que se execraba hasta minutos antes, y se proclama eso como un triunfo, asegurándose que se va a *dominar el proceso*, que se está ante un proceso cuidadosamente calculado y manejado. Los empresarios afirman que están manejándose maquiavélicamente con el imperialismo; la *izquierda oficial* susurra que está manejándose maquiavélicamente con los empresarios y con el imperialismo.

Para el observador, no sólo en sus grandes líneas este proceso obedece a causas externas —tal como se ha venido describiendo— sino también en sus detalles y en la historia inmediata y reciente. Sólo es necesario dar algunos ejemplos:

Cuando se anunció la venta de las empresas DINIE se adujo que eso iba a facilitar la radicación de capitales europeos en gran escala, evitándose el depender de los capitales ingleses y norteamericanos.

Cuando se anunció la "llamada batalla del petróleo", se hizo notar que se contrataba solamente con grupos "independientes" norteamericanos, que se equilibraba su influencia con contratos con la órbita socialista, que no se contrataba con los supermonopolios. Se expresó con gran énfasis que únicamente iban a oponerse a esos contratos quienes estuvieran ligados a los intereses de las empresas importadoras de petróleo.

No es necesario subrayar qué ha quedado de todo eso: los contratos firmados con la Shell y la Standard tienen todas las características que tipifican las clásicas concesiones, y, según *Visión* del 19 de diciembre, "el peregrinaje del diputado José Vicente Liceaga se hacía más por pequeñas necesidades de política interna que por ilusión alguna de poder intensificar las relaciones comerciales con Rusia".

Apenas comenzó este gobierno su gestión (precedida, como ha resultado luego evidente, por tratativas con los intereses norteamericanos) se desató una campaña para obligarlo a tener mano más firme con los obreros e inducirlo a la persecución de todos los grupos de izquierda, con el conocido pretexto de su *comunismo*. Ya vimos al principio cómo se manifestó esa presión dentro del país. Pero fué sobre todo desde el exterior desde donde se advirtió a Frondizi que, si quería contar con la benevolencia de los inversores extranjeros, era necesaria una política más firme en materia sindical y un cuidadoso control sobre los *extremistas*. El número del 7 de Noviembre de *Visión* dedica doce páginas a lo que llama *Libro negro II*, titulado *Comunismo en América: más rico, más fuerte... mejor dirigido*, y redactado —según allí se afirma— con la colaboración de "los departamentos de policía y gobiernos" de los países estudiados. El *Libro negro* se concentra sobre todo en Venezuela y la Argentina, por entender que allí han aumentado las actividades del comunismo; en Venezuela por ser un país rico en petróleo y en la Argentina porque puede llegar a producir grandes cantidades del mismo. Hace un resumen de lo que entiende por infiltración comunista en los sindicatos, en las universidades ("En las universidades argentinas, dice, la influencia comunista es actualmente preponderante, no sólo entre los estudiantes, sino también entre los profesores, decanos y otras autoridades") y en otras actividades, y solicita al gobierno argentino tome debida nota de los nombres que menciona. No se cuida de hacer una velada amenaza contra el propio presidente de la República, por haber enviado flores a María Rosa Oliver cuando se le dió a ésta una comida de homenaje a raíz de haber recibido el premio Lenin. En el mismo número de *Visión* se alienta a Frondizi a desarrollar, para pacificar energicamente a los trabajadores, la misma imaginación y

nómico. (página 54, artículo titulado *¿Será enérgico Frondizi?*).

El gobierno no ha titubeado, por cierto, en seguir tales consejos. El 9 de diciembre el grupo *empresario*, por intermedio de la revista *Qué*, anunciaba a los obreros que no hay inconveniente alguno en romper la *Unión sagrada*, si esa unión no funciona de acuerdo a los deseos de los empresarios y si los obreros no tienen el buen sentido de comprender cuáles son las necesidades nacionales, interpretadas, desde luego, por los mismos empresarios. Allí se advierte: "1) puede quedar interrumpido el proceso electoral; 2) los sindicatos podrán ser intervenidos; 3) quizás la C. G. T. no sea devuelta; 4) la represión será de suma violencia, y los castigos muy severos; 5) se volverá al 30 de Abril". Las amenazas no han quedado en tales: la detención de dirigentes peronistas y comunistas, la movilización y el estado de sitio por tiempo indefinido aseguran a las fuerzas del orden internas y a los inversionistas externos que pueden sentirse tranquilos.

El examen más desapasionado de los hechos parece indicar con toda evidencia que este gobierno no tiene planes concretos y con objetivos claros, sino que solamente ha pensado en recurrir de un modo masivo a los capitales extranjeros, buscando en cada oportunidad cómo salir del paso y tratando de crear las condiciones para que esos capitales accedan a ingresar al país. Es posible que en los primeros momentos se haya tratado de negociar con esos capitales, pero poco a poco se ha ido quedando más y más a su merced, hasta llegarse a fines de diciembre a ceder a todas las exigencias, abandonando toda pretensión de autonomía. Según puede deducirse de las formulaciones del grupo gobernante, se llegó al poder con la idea de que se podía negociar la ayuda extranjera, manejándose al mismo tiempo a las fuerzas internas para obtener su neutralidad o su apoyo. Algunas concesiones oportunas a la Iglesia y a las facciones en que están divididas las fuerzas armadas, iban a asegurar la buena voluntad de esos "factores de poder". Diversas combinaciones con el peronismo y con los dirigentes sindicales iban a tener similar efecto en las fuerzas obreras, a la vez que hábiles maniobras en el terreno político y gremial iban a lograr su atomización en diversos grupos, aun dentro del propio peronismo. Se trataba, en conjunto, de una política de sesgo maquiavélico, basada en la creencia de que las "masas" sólo actúan si actúan sus dirigentes, y de que es posible instrumentalizar a los diversos sectores sociales con una sutil política de élite. En suma, los hombres del gobierno, nuestros *maquiavelistas*, estaban muy cerca de aceptar al pie de la letra las teorías de Burnham. Y no cabe duda de que pretendían obrar como los *zorros* de la conocida teoría de Maquiavelo, adoptada también por Burnham, creyendo —como varios de ellos lo manifestaban— en una evolución general del mundo hacia nuevas formas de organización semejantes a las descritas en *La revolución de los directores*.

Es seguro que en ningún momento titubearon en pensar que si necesitaban utilizar la violencia para realizar sus planes, esa violencia debía ser ejercida. Desde el principio, y en cuanto se encontraron instalados en el gobierno, palabras como "inexorable" comenzaron a adjetivar sus discursos: se iba a ser inexorable en la aplicación de la política decidida. Nuestros maquiavelistas también se sentían *leones* de a ratos, puesto que Maquiavelo aconseja como el mejor tipo de político aquél que reúne algo de zorro y algo de león.

Pero el dominio de la situación parece escapárseles cada vez más de las manos, y ahora la violencia del león se aplica por *sugerencia* de *Visión* y del Fondo Monetario Internacional, con ligeros agregados propuestos por Alsogaray.

Sin embargo, nuestros *maquiavelistas* (empresarios o "izquierdistas") siguen manteniendo sus explicaciones. Como se ha visto, se reducen a dos: Las estructuras nacionales —pertenecientes a un país en desarrollo, y no exactamente a un

país subdesarrollado— no van a ser deformadas por el imperialismo, sino que éste, haciendo desde luego su negocio, tendrá que adaptarse a las necesidades del país. Contratar con el imperialismo no ofrece riesgo real alguno, porque el capitalismo está ya en rápido receso.

El primer argumento, eje sin duda de toda discusión teórica posible, encierra diversas afirmaciones. Se sostiene que el grado de nuestro desarrollo es tal que el imperialismo no va a poder adaptar nuestra estructura a sus necesidades, sino que va a adaptarse a ellas. Y se da el ejemplo del petróleo, que extraído por empresas imperialistas, va a servir para desarrollar nuestra industria, al proveer la energía necesaria y ser absorbido por nuestras necesidades de combustible. Por otra parte, se compara nuestra situación a la de Estados Unidos en el siglo pasado, en donde la presencia de capitales financieros ingleses contribuyó al desarrollo capitalista norteamericano. Y se destacan las diferencias con el caso de Venezuela, cuyas débiles estructuras fueron arrasadas por el imperialismo radicado en la explotación del petróleo.

El argumento es más bien una simple afirmación que otra cosa, apuntalada por un dilema que no es tal. Ni la Argentina es los Estados Unidos del siglo pasado, ni la estructura actual del imperialismo puede compararse con la situación de Gran Bretaña durante el período del capitalismo preimperialista y de las primeras etapas imperialistas. Se trata simplemente de una analogía superficial, que puede servir como elemento en una polémica pero nada más. Estados Unidos tenía una fuerte industria propia y el capital financiero nacional ya existía, apuntalado por una fuerte capitalización local. La Argentina se encuentra en muy otra situación, y la diferencia es más notable si se la considera en relación con el conjunto del orbe imperialista, tal como debe hacerse: en relación con un mundo dominado por los supermonopolios que no existían en el siglo pasado. Más sensato sería comparar la situación de Estados Unidos en aquel momento con la de nuestro país en 1870. Y ya sabemos qué ocurrió. Pero eso no quiere decir que nos veamos en el otro polo del dilema y que pensemos que aquí va a reproducirse inevitablemente el proceso venezolano.

Nuestro país es, efectivamente, un país en desarrollo y no estrictamente un país subdesarrollado como Venezuela. Es posible, sin duda, que el combustible que se extraiga de nuestro suelo provoque, o permita, algún desarrollo industrial, paralizado en gran parte por falta de energía. Pero lo que hay que determinar es de qué tipo va a ser ese desarrollo industrial; y de qué modificaciones en las estructuras va a estar acompañado. No va a sufrir el país, desde luego, un arrasamiento similar al venezolano: tampoco la invasión del capitalismo inglés en el siglo pasado provocó un arrasamiento. El proceso nacional va a ser más complejo, pero no por eso de mejores consecuencias que en otras partes de Latinoamérica. Es bueno que nos cuidemos de no caer otra vez en la trampa en que cayeron nuestros antepasados, simulando creer en una diferencia fundamental con los demás países de América, aislando una Argentina *diferente* frente al conglomerado *southamericano*. La vanidad y la megalomanía sirvió durante más de medio siglo para ocultar un sometimiento sólo un poco más cortés y refinado que el que padecían los pueblos del Caribe.

Nadie oculta que la actual política va a provocar un fuerte empobrecimiento de la población, que si no llevará al pauperismo a la mayoría, va a significar por lo menos un grave descenso del nivel de vida popular. Aparte del significado humano y social que eso tiene, desde el punto de vista puramente económico va a acarrear una contracción del mercado que va a incidir directamente en las industrias livianas, causando la desaparición de las menos fuertes, puesto que se trata de industrias que producen para el mercado interno.

Se dirá, quizás, que tales sacrificios son necesarios para levantar una fuerte industria básica. Y eso, con un criterio

de aire revolucionario podría tal vez admitirse: nuestros dirigentes de la *izquierda oficial*, a falta de otra cosa, suelen adoptar actitudes de lo que parecen creer corresponde a un buen *comisario del pueblo*: ¡que disminuya el consumo popular, que disminuyan las industrias productoras de bienes de consumo, para crear una poderosa industria pesada! Y esa actitud podría tomarse en serio si respondiera a la realidad. Pero ¿qué clase de industria van a crear los monopolios en un país dependiente? Frondizi ha dicho en su discurso que el "plan de estabilización" podría arrasarnos nuestra economía si no estuviera acompañado por el "plan de desarrollo" destinado a incrementar la energía, la producción de combustible y la metalurgia. Ha dicho también que vamos a instaurar una sana economía liberal, combatiendo sañudamente los monopolios. Pero parece olvidar que ese "plan de desarrollo" ha sido encargado a los más poderosos monopolios internacionales. No parece aventurado predecir que esos monopolios van a levantar las industrias que les sean necesarias para sus propias necesidades y que no van a tomar demasiado en cuenta los deseos de nuestros *directores*. ¿Será quizás excesivamente aventurado pensar que las industrias más importantes van a ser las de la extracción de materias primas, aquellas que se integren mejor en el vasto plan estratégico montado por el imperialismo y quizás algunas que sea económicamente más conveniente tener en el país? ¿Qué capitales privados nacionales se van a hacer cargo de la industria pesada, si además de no existir capitales en esas condiciones el Estado va a restringir los créditos y se niega a ejercer el papel de industrial y de comerciante? ¿No recuerda todo esto un poco aquel anuncio de que Estados Unidos estaba dispuesto a poseer directamente las fuentes de materias primas y críticas? ¿No llegaremos quizás demasiado rápido a alcanzar el autoabastecimiento de combustibles, tanto por un aumento de la producción como por una reducción de las industrias necesitadas de energía? Es posible que lleguemos a exportar petróleo, también nosotros, bastante antes de lo calculado, y ya hay alguna revista oficialista que lo anticipa con alborozo.

Tampoco es aventurado adelantar la posibilidad de que este proceso sea ayudado por el régimen de importaciones, que va a presionar también sobre las industrias nacionales: ellas no tendrán, como los monopolios petroleros, regímenes especiales de importación y de cambios.

Por supuesto, los exportadores van a vender más y a mejor precio en moneda argentina. Es decir, van a recibir más dinero del que ahora reciben. Las combinaciones como la de frigoríficos-invernaderos van a hacer grandes ganancias bajo la protección de los planes del Fondo Monetario Internacional. Manteniéndose intangible el régimen de la propiedad, sin el más tímido intento de reforma agraria, no es tampoco excesivamente audaz suponer que se va a consolidar una estructura rígida, sin posibilidades de expansión flexible, y el poder de una clase que ha sido hasta ahora tranquilo fideicomisario de nuestra colonización.

No es necesario dramatizar demasiado, ni recordar, por ejemplo, que nuestros *directores-comisarios del pueblo* han anunciado y demostrado que están dispuestos a tener "mano firme", si los trabajadores se resisten a ser ellos las víctimas de la "austeridad" y no comprenden con resignación (ya que no con gozo) la parte que les toca jugar en estos "planes de estabilización y desarrollo". Tampoco es necesario ponerse a hacer cálculos sobre si va a haber desocupación, en atención a la disminución de las fuentes de trabajo. Esa desocupación tendrá al menos la virtud de proveer de una mano de obra más dócil, si no más barata.

Defender el actual proceso diciendo que no se va a reproducir entre nosotros lo ocurrido en Venezuela, es elegir un enemigo dibujado del modo más extremo posible para poder combatirlo con mayor facilidad. Lo que sí va a ocurrir en el país es una integración deformante en las estructuras del imperialismo, de acuerdo a las necesidades actuales del imperialismo. Y esa deformación va a ser total, *totali-*

taria, tal como son todos los procesos sociales. Nuestra estructura cultural en su integridad va a padecer ese proceso deformante.

Parece hasta ridículo discutir con quienes hablan de que el gobierno está realizando algo semejante a la NEP. Ni la Argentina es Rusia, ni Lenin contrató por sumas equivalentes a las que nuestro gobierno contrata, ni el poder ha sido ocupado entre nosotros por una decidida acción revolucionaria, ni está en manos de un grupo férreo dispuesto a transformar las estructuras, ni se ha dado comienzo a ese cambio de estructuras como allí, pues entre nosotros la propiedad —hasta la vilipendiada propiedad latifundista— ha sido decretada inviolable. Rusia, entre otras cosas, tenía un pueblo de varias decenas de millones de habitantes, y no es posible comparar dos estructuras tan disímiles ni aun desde un punto de vista estrictamente *economicista*, puesto que una población como ésta significa un poder económico casi inmenso. Para juzgar la naturaleza de una estructura nacional no basta contar el número de máquinas ni los kilovatts que encierra: la geografía y el factor humano son también elementos cualitativos.

El otro argumento es, éste de veras, desdenable. Es cierto que el capitalismo se encuentra en receso y en los límites de su existencia. Pero parece un poco excesivo calcular cuánto va a durar todavía y dar por descontado que nuestra generación lo va a ver morir. De cualquier modo, dure lo que dure, parece poco serio, en quienes se titulan *revolucionarios* sostener que no tiene importancia lo que uno haga porque de todos modos el capitalismo va a morir y esa feliz circunstancia va a acarrear nuestra liberación. No se ve entonces por qué se pide sacrificios al pueblo ni por qué, siquiera, preocuparse por conquistar el poder y mantenerse en él. Déjese, si se está seguro de que el plazo es tan corto, que gobiernen los conservadores, que al menos han adquirido una larga práctica de administración y no van a olvidarse de subir el precio de los transportes urbanos cuando sube el precio de la nafta: no es necesario, ciertamente, agregar la incomodidad de una huelga de colectivos al aumento de los boletos.

Nuestros *directores* tienden a abdicar fácilmente de su intervención en el proceso: los *empresarios* dejan librado el desarrollo nacional al mero curso mecánico del proceso económico; nuestras *izquierdas oficialistas* se resignan a esperar la muerte del capitalismo, por sucesos en los que no toman parte, para que nos caiga desde el cielo la liberación. Unos y otros recubren de razonamientos su actitud, la *racionalizan*, pero tanto unos como otros han abdicado de la razón, de la influencia que ellos pueden ejercer sobre el proceso. Tanto como los liberales, que confían en el libre juego de las leyes económicas y se niegan a interferir en su mecánica, nuestros *directores* son, o se han vuelto, irracionales. Como tales, al mismo tiempo se anegan en la potencia de fuerzas que están por arriba del hombre, como exaltan el valor del individuo, del Héroe, para torcer el curso de la historia ¿No es ésta la mentalidad típica de las derechas? Existen, desde luego, derechas reaccionarias, (aquellas que quieren aferrar el presente o retornar al pasado) pero también derechas progresistas: aquellas que confían en el futuro por la marcha mecánica del progreso. El Progreso es un Destino encargado de aumentar las posibilidades, de ensanchar la riqueza de tal modo, que los detentadores del bienestar no corran riesgo alguno ni sufra ningún menoscabo la situación que les asegura ese bienestar. Tal fué el credo de nuestros abuelos liberales, de los liberales positivistas, del roquismo: Orden y Progreso. *Asegurado el orden, el progreso vendrá por añadidura; asegurado el progreso, el orden no será perturbado.* ¿Será irrespetuoso citar las palabras del Presidente de la República?: La "estabilidad político-social", posibilitará el "desarrollo económico"; el "desarrollo económico" posibilita la "estabilidad económico-financiera"; la "estabilidad económico-financiera" posibilita la "expansión económica"; la "expansión económica" posibilitará la "estabilidad político-social".

Todo eso, por supuesto, será posible merced al crédito que la Argentina inspire a los capitales extranjeros, y a su vez inspirará nueva y más amplia confianza a "los hombres del mundo... que quieran aportar sus capitales, su esfuerzo y su iniciativa a nuestro propio esfuerzo nacional". (1) El Orden y el Progreso serán posibles por el benéfico aporte de los capitales de los monopolios, y a su vez ellos asegurarán mayores aportes. ¿No era ese el lenguaje del roquismo y del juarismo? Como señalaba Tecera del Franco glosando a Hans Freyer, "el pensamiento conservador cae a menudo en el error de esforzarse por oponer lo existente, lo tradicional, al progreso... semejante esfuerzo no podría prosperar nunca en el dominio de los movimientos históricos, siempre estará destinado al fracaso... Tal actitud constituye el papel negativo de las fuerzas conservadoras. Estas fuerzas deben integrar al progreso, comunicarle vitalidad, humanidad. Esta será la misión positiva de las fuerzas conservadoras y por cierto que ella es muy importante" (2).

Utilizo la cita, más que por su mérito, porque siempre resulta reconfortante verse acompañado por tan insospechables opiniones. Hace unos pocos meses, nuestra actual *izquierda oficial* decía, refiriéndose al gobierno militar: "En estos momentos Argentina tiene en sus gobernantes provisionales los más fervorosos propagandistas de las inversiones extranjeras... no sólo no abrigan temores sino que intentan desvirtuar los de la opinión pública, acusando de mentalidad totalitaria a quienes pretenden dejar a salvo los derechos soberanos de la nación... a esta altura de nuestro desarrollo... sólo por ignorancia que no aceptamos o por intereses inconfesables, puede pretenderse presentar el subyugante espectáculo de un crecimiento armónico industrial y agrario al servicio de los intereses del pueblo como resultado de los benefactores inversores que nos entregarían sin otro móvil que la ganancia legítima las plantas industriales, las usinas, material petrolífero" (3).

ALGUNAS EXPLICACIONES

Desde el 1º de mayo muchos se preguntan cómo es posible que posiciones en apariencia tan firmes hayan sido dejadas de lado tan fácilmente. En algunos casos, sin duda, el cambio se debe a "intereses inconfesables", pero eso no puede explicar un fenómeno tan general y tan vasto.

Muchas son las causas circunstanciales que explican la rapidez del cambio. Una política de otro tipo hubiera exigido una acción ceñida y riesgosa; temiendo recurrir al pueblo como fuerza de apoyo, sin contar con los factores de poder tradicionales, el gobierno hubiera vivido constantemente en riesgo de ser derribado por un golpe de estado, más fácil ha sido transar con el imperialismo y con esos factores de poder (mediante el mismo acercamiento al imperialismo). Un gobierno convertido en instrumento, aunque se desconfíe de él, aunque se prefiera otros servidores más probados, será respaldado mientras sea útil. Los hombres que llegaron al poder no estaban —como ya he señalado— convencidos de las propias teorías que defendían. O, si lo estaban, no habían integrado un pensamiento coherente, moviéndose entre solicitudes de diversas ideologías y con formulaciones incompletas, vagorosas, o equívocas. Sobre todo, no formulaban sus posiciones de tal modo que integraran las consecuencias lógicas de aquella parte de su pensamiento más avanzada con pasos intermedios que podían ser necesarios y con los hechos concretos que iban a producirse de aplicarse esos pasos intermedios. En síntesis —y como ya he adelantado— unían en una confusa amalgama teorías concebidas para defender el sistema capitalista con fórmulas

(1) Tomado del discurso de Frondizi destinado a anunciar la aplicación del plan del Fondo Monetario Internacional, 29-12-58.

(2) Tecera del Franco, en "Boletín del Instituto de sociología", N° 9, 1954, Buenos Aires, Prólogo, páginas 15-16.

(3) Marisa Muñoz de Liceaga obra citada, Cuadernos de Contorno, N° 2, febrero de 1958, pág. 9.

socialistas marxistas (reducidas por lo general a un economicismo superficial), sin aclararse si pretendían o no utilizar el desarrollo capitalista para pasar al socialismo; o, en aquellos pocos casos en que esto se declaraba, sin determinar de qué modo se iba a imbricar un desarrollo capitalista en un camino socialista. Por eso sus posiciones críticas eran siempre más sólidas y más concretas que sus formulaciones positivas. Por eso también caían a veces en un tremendismo de izquierda que pretendía suplantar con retórica la ambigüedad del contenido.

Pero el problema no se agota en la sola circunstancia de hecho o en la pura circunstancia de la debilidad ideológica de un grupo político. Cualquier política que se proponga —como se proponía la intransigencia— un programa que anuncia la transformación de las estructuras vigentes, y cuyo fin último es la ocupación de la sociedad por las clases actualmente desposeídas, va a tropezar indudablemente con muy arduas dificultades para actuar, sean cuales sean las condiciones en que se llegue al poder. Anticipar esas dificultades, escoger los medios para vencerlas, y afrontarlas cuando llega el caso, es lo que distingue, precisamente, a la política que pretende ser revolucionaria. No es descubrir nada nuevo recordar que si la derecha es la que reconoce la realidad para aceptarla tal como es, para adaptarse, para conformarse con ella, la izquierda consiste en la actitud de reconocer esa realidad para intentar modificarla. Obsérvese bien: la actitud de izquierda comporta dos elementos: reconocer la realidad e intentar transformarla. Ambos deben existir para que exista una izquierda real, pues ambos son en definitiva una sola cosa, la doble perspectiva inseparable de una actitud única y total. Cuando una actitud que se llame de izquierda se niega a reconocer las dificultades con que va a tropezar en la acción, es mejor dudar de la sinceridad de esa izquierda. Porque reconocer las dificultades de la acción consiste en formular un pensamiento coherente, en afrontar sus consecuencias lógicas, y en contrastarlo con la realidad para ver si no se está viviendo una agradable pero inoperante utopía. Reconocer la existencia de la realidad y verificar el pensamiento con ella es lo que distingue el pensamiento de la izquierda real, que se exige a sí misma en la praxis, de lo que simula ser izquierda, es decir del pensamiento que le huye a esa realidad, ya sea manteniéndose en una ambigüedad que permite no contraer compromisos concretos, ya sea arrojándose en una superizquierda que sólo acarrea compromisos catastróficos, o puramente verbales. Se trata, en definitiva, de una actitud típica de aquellos grupos que en última instancia no quieren la transformación de la sociedad, aunque se sientan lo bastante incómodos en ella como para ser y manifestarse rebeldes. En última instancia, se trata de una actitud típica de los grupos de clase media.

Como se ve, el retroceso de la Intransigencia ante las dificultades que descubrió con alarma el 1º de mayo y la debilidad teórica de sus posiciones se refiere a algo más profundo que a meras circunstancias. La Intransigencia sabía perfectamente cuando presentó candidatos propios —y aún antes, cuando apareció *Petróleo y política*—, lo que ahora pretende presentarnos como inesperados escollos para una acción como la que había prometido: sabía que era impopular, sabía que no contaba con el apoyo de la Iglesia y de las fuerzas armadas, sabía que el país atravesaba una grave crisis.

Un pequeño desvío nos va a permitir ver mejor el problema.

Cualquiera fuera el objetivo que se persiguiera: una sociedad capitalista autónoma (grupo *empresario*), o un paso intermedio hacia el socialismo (ortodoxos), el mismo no podía ni intentarse sin dar participación efectiva y real al proletariado en el proceso. No se trata de una frase de retórica seudorevolucionaria; ya se ve que hablo de que esa participación era imprescindible aun para intentar objetivos capitalistas. Apunto simplemente lo que creo que resulta un hecho evidente. Pongámonos en la hipótesis del objetivo capitalista: Para intentar un capitalismo local sería necesario exigir a

toda la sociedad una serie de sacrificios, sacrificios que indudablemente pesarían más sobre las clases asalariadas. Para obtener ese sacrificio sería necesario que esa sociedad fuera colocada en situación de expansión total, que todos los miembros de la misma se sintieran participando de una empresa en desarrollo. Eso significa desde luego un cambio en la distribución actual de las cargas y de los ingresos, pero, sobre todo, que se diera a los obreros una participación activa en el proceso, o la ilusión de esa participación. El peronismo fué, justamente, un intento de obtener el apoyo de las masas dándoles, por una parte, mejores condiciones de vida (Justicia social) sin modificar el régimen de la propiedad, y por la otra, la ilusión de que participaban en el manejo del Estado cuando en realidad su participación en el poder era sólo vicaria.

Pero el peronismo dió a las clases que intentaron utilizar la clase obrera como masa de maniobra una experiencia aterradoras: la gimnasia a que obliga la participación en la vida pública así sea en calidad de coro, pronto lleva a querer convertir la apariencia del poder en la realidad del poder. Las masas fueron tomando conciencia de su fuerza en diez años de mítines decretados y de huelgas oficiales, pero en unos mítines y en unas huelgas que, ordenados y todo desde un aparato político que no pertenecía a los obreros, paralizaban el aliento de la república.

Esa experiencia fué sentida con agudeza por las clases medias y altas, y aun perdura la impresión de los 17 de Octubre. Pero nadie advirtió con mayor lucidez el significado de lo que estaba ocurriendo que aquellos que habían sido los estrategas y los profetas del peronismo. Los nacionalistas comprendieron que para mantener el apoyo del proletariado era necesario ir concediendo cada día más, y que ese proceso no podía continuar sin que el proletariado pasara a ocupar el papel de protagonista. Su propio orgullo de casta aristocrática un poco venida a menos y afinada en la pretensión de querer recuperar por la política lo perdido por la economía, les concedía mayor lucidez. Recordemos las quejas de Etcheopar: el peronismo "permitió a un solo sector de la sociedad... deprimir y sofocar en provecho propio y exclusivo a los otros sectores sociales"; el peronismo representó el "resentimiento", "el nihilismo", "la abolición pura y simple de las instituciones". Con menor simpleza que la de Etcheopar (hombre de alma de diplomático, que advierte con pena el cambio producido en un país donde los empleados de tienda ya no lo conocen por su nombre ni recuerdan su apellido) el nacionalismo en pleno advirtió que el proceso peronista llevaba implícito en sí la lucha de clases. Y como a tal lo encaron. Mario Amadeo nos provee el esquema íntegro: "la separación de clases... ha puesto frente a frente a dos Argentinas"; "la revolución de septiembre de 1955 no fué solamente un movimiento en que un partido derrotó a su rival... sino que fué una revolución en que una clase social impuso su criterio sobre otra". Y propone igualmente la solución que cree haber encontrado para evitar la repetición de los riesgos corridos: "la liquidación del peronismo", "la asimilación de ese gran sector de la población argentina", "la reconciliación de las clases sociales (1)".

A partir del 16 de setiembre, y antes de que nadie fuera capaz siquiera de superar los rencores más inmediatos, los nacionalistas trataron de poner en marcha su plan. Iniciar un nuevo proceso en el que se lograra incluir al proletariado, apaciguándolo, haciéndole olvidar la conciencia recién despertada. Volver a poner en pie la armazón de la república, bastante deteriorada, para lo que era imprescindible el consentimiento del pueblo, pero sin la intervención del pueblo. Esa maniobra implicaba, sin embargo, un cambio de frente respecto de lo que había sido la causa declarada y hasta el pretexto de la existencia del nacionalismo: era necesario renunciar a construir una nación autónoma, plegándose al imperialismo en expansión de Estados Unidos. Ante el peligro

de la expropiación, de la derrota de su clase, los nacionalistas obraron tal como los liberales a los que execraban: prefirieron el papel de fideicomisarios al de expropiados.

Por otra parte, las necesidades locales coincidían con las necesidades que iban imponiendo su peso en el mundo. El enfrentamiento entre Estados Unidos y el comunismo había ido simplificando los campos. Todo aquél ligado al régimen de la propiedad del mundo capitalista, todas las fuerzas e instituciones integradas en el capitalismo, iban dejando poco a poco sus rencillas particulares para unirse en defensa del sistema. Y siendo Estados Unidos el ápice de ese sistema, la lógica consecuencia era que no se podía ser enemigo del imperialismo sin convertirse en aliado del comunismo, en enemigo del sistema mismo, y que, en defensa del sistema era necesario convertirse en aliado de Estados Unidos. La cuestión consistía en encontrar un concepto que englobara el tipo de estructuras correspondientes al capitalismo, pero que velara su *grosero* carácter. Esa denominación era muy simple, tenía una cierta tradición, y englobaba perfectamente al orbe capitalista, designándolo por sus caracteres exclusivamente *culturales* y disimulando las diferencias que existían en ese orbe entre clases y pueblos dominantes y clases y pueblos dominados. *La cultura occidental, los valores cristianos*, con sus *normas propias de vida*, que envuelve tanto al estibador de Jamaica, al colla boliviano como a Mr. Eden.

Cierto que Amadeo sostiene todavía, teóricamente, la posibilidad de un bloque "Iberoamericano" independiente dentro de Occidente, pero no sin señalar que ese bloque no debe "postularse con signo polémico frente a Estados Unidos"; y, en la práctica ya hemos visto lo que fué su acción de canciller y lo que ahora significa la de su sucesor —hechura suya— Florit. Aun cuando todavía en sus libros Amadeo desecha el panamericanismo, éste se revela en los hechos la forma de funcionar de la defensa de los *valores occidentales* (2).

Aunque la participación de los nacionalistas en el gobierno causó en los primeros momentos cierto alboroto, los resquemores se han ido luego calmando hasta no notarse casi su existencia. Eso no se debe, por cierto, a que hayan sido reducidos a un papel insignificante: ¡qué ola de agravios hubiera levantado hace unos meses la misión encomendada a Pablo Pardo, por ejemplo! Lo que ocurre es que la política del gobierno se ha homogeneizado, y no precisamente en el sentido de los presuntos enemigos de los nacionalistas. Esa presencia y esa homogeneidad nos permiten atribuir al conjunto del gobierno una posición semejante a la de una de sus partes principales. Y en efecto ¿en qué consiste la política interna de este gobierno sino en pretender el apoyo o el consentimiento de la clase obrera para una línea que se decide y ejecuta sin su participación? La maniobra propuesta por el grupo que rodeaba a Lonardi es el eje de la actual acción interna oficial: liquidación del peronismo, su asimilación, ¿no fué eso lo propuesto teóricamente por Amadeo en *Ayer, hoy, mañana* y lo intentado hasta el 13 de noviembre de 1955? Los *empresarios*, por supuesto, han encontrado en la política propuesta por los *nacionalistas realistas* una teoría que se adapta exactamente a lo que ellos pueden realizar. Pero ¿será justo decir lo mismo de la *izquierda oficial*? Tal vez no, en cuanto a sus intenciones. Pero en la práctica han tomado el camino marcado por sus asociados. Hombres de clase media, tal vez estén pagando un pecado de presunción, típico de su clase por lo demás: el de creer que la política y la historia la hacen los dirigentes, capaces de iluminar y de dirigir el proceso, permutando su carácter privilegiado en lo económico por una situación de *dirigentes* en lo social y político. ¿No estamos aquí en presencia de la característica señalada por Gramsci, que lleva a ciertos grupos de la burguesía a inclinarse hacia la izquierda, pero a condición de "realizar ellos —de otro modo— la hegemonía de su propia clase sobre el pueblo"? Y, fundamentalmente, ¿no estamos en presencia de

la actitud última de esos grupos que, cuando se ven ante el problema de llevar a la práctica sus posiciones teóricas, retroceden hacia la defensa de los valores de su clase?

Ellos también intentaron el juego de querer gobernar, según decían, para el pueblo, pero sin la intervención del pueblo. Eligieron, y hoy se encuentran compartiendo las mismas posiciones con sus supuestos enemigos ideológicos. O, como dice el mismo Gramsci con más vigor, ante la crisis han vuelto al redil.

Todo lo apuntado respecto del comportamiento de las clases medias en la actual coyuntura, le es aplicable a la Intransigencia, desde luego, pero con mayor amplitud. Los desilusionados son dentro de ella más desilusionados que en cualquier otro sector, los rebeldes son los más exaltados de los rebeldes, y, como buenos miembros de la clase media pasan fácilmente de la ilusión que casi siempre recataban a una especie de dervichismo izquierdista. Pero éstos son la excepción: al fin y al cabo la Intransigencia expresa a los grupos de la pequeña burguesía que han arribado al poder, y que por ese hecho se sienten no sólo partícipes de la posición y ventajas de las clases altas, sino también ingresados a ellas. Todavía más, partícipes de lo que experimentan seguramente como un crecimiento efectivo del país, puesto que realizan en sí mismos un cambio de situación a todas luces ventajoso. Con todo, y a pesar de ser esa impresión en gran parte ilusoria, no deja de expresar algo de verdad: aunque convertidos en instrumento de las clases altas y del imperialismo, participan, como tal instrumento, de un proceso de transformación, de un cambio que es en cierto modo una ampliación al modificar una situación ya estática. Esto es muy notable en algunas provincias que están efectivamente desarrollándose y donde las clases medias se ven desempeñando una labor positiva. Aunque lo que está ocurriendo es casi exclusivamente un simple traslado de energías de unas áreas económicas y geográficas a otras, los puntos beneficiados por ese traslado (especialmente las zonas de radicación de industrias extractivas: Córdoba, Salta, Santa Cruz, Mendoza, Buenos Aires) van a ingresar en un período de progreso que atrae irresistiblemente a las clases medias. Por otra parte, se encuentran con que la situación les permite, en nombre de ese progreso, perseguir a la clase obrera con buenos justificativos, con *razones éticas*. Es común oír hoy, en boca de intransigentes, expresiones de condena contra un proletariado "que no sabe comprender las exigencias del proceso". Los intransigentes pueden ahora descargar no sólo el resentimiento acumulado durante el peronismo contra los "cabecitas negras", sino también la humillación de haber tenido que cortejarlos durante el período electoral. "Vuelven al redil", sí, y además con buena conciencia.

DE NUEVO LA IZQUIERDA

He hecho una especie de viaje circular, y aquí estoy nuevamente cerca del principio. No ha sido el mío un viaje desinteresado, ni tampoco un viaje solitario, realizado con mis solas fuerzas: he ido acompañado por muchos otros que lo realizaron antes que yo, apoyado en el esfuerzo de varias generaciones que han intentado reconocer este país y utilizar su conocimiento para modificar una situación que se nos revela injusta. Pero no basta conocer, es necesario actuar. Es relativamente fácil historiar los fracasos; la cuestión es ¿será posible evitarlos, cometer menos errores en el futuro? Pero ¿en realidad nos hemos equivocado tanto? ¿Han sido tan estériles nuestros esfuerzos?

Decía al principio que nuestras izquierdas parecen oscilar entre la desorientación y el escepticismo, la irritación y la ira. ¿Es exacta esa apreciación? Algo hay de eso, y existe cierta tendencia en las izquierdas a justificarse, a señalar lo acertadas que eran sus desconfianzas, a buscar epítetos contra las figuras visibles de un proceso que al mismo tiempo declaramos inevitable.

Cuando comenzó ese curioso juego que llevó al 23 de febrero, la izquierda tomó dos actitudes: algunos, siguiendo una línea ya trazada, anunciaron que la decisión electoral carecía de importancia, que la pequeña burguesía era impotente para manejar un proceso de liberación, que se iba probablemente hacia el fascismo, y que la única salida estaba en la toma futura del poder por el proletariado. Otros, los más numerosos sin duda, creyeron que era necesario optar. Señalaron los límites que tenía la Intransigencia, la posibilidad de que su defección fuera inmediata, pero entendieron que había que apoyar a la historia aun así, en este paso, en este paso equivoco y limitado, para no correr el riesgo de salirse de la historia nuevamente, tal como había ocurrido durante el peronismo. Pensábamos —y lo decíamos— que solamente en el mejor de los casos era posible que la llegada de la Intransigencia al poder asegurara durante un limitado período de tiempo un umbral de maniobra. Ese umbral iba a estar dado sobre todo por la probabilidad de que el movimiento obrero gozara de una relativa tranquilidad para actuar, con la ventaja de que el proletariado no iba a estar enajenado ni en una actitud ni en un partido de clase media, nien las necesidades de la burguesía, como lo estuvo durante el peronismo. Ese umbral iba a estar dado también por la relativa resistencia de la industria local a entregarse sin negociación y sin lucha y por la tendencia propia de la clase media a tomar determinados tipos de medidas, tanto por demagogia (a fin de convertirse en dirigentes del proletariado) como por reconocimiento instintivo de que ésa es su única posibilidad de subsistir.

Lo que está pasando no ha desengañado en verdad ni a unos ni a otros. Unos pensaban sobre todo en el desenlace final del proceso, otros en el proceso mismo como posibilidad abierta durante su trascurso. Las cosas no han ocurrido de un modo demasiado diferente a lo previsto. Tal vez, sin duda, algunos elementos de ese proceso han adquirido un ritmo más rápido de lo esperado, pero ¿quién puede alabarse de no equivocarse nunca, y quién pretende acertar siempre? Ya se ha dicho: lo importante no es no equivocarse; lo importante es aprender de los errores. Y el proceso actual no es tan lineal, no está tan exento de contradicciones como para que nuestros errores puedan calificarse de algo más que de errores de cálculo. Ya volveré sobre eso. Pero, antes, creo que es oportuna una aparente digresión.

Si expresamos por anticipado cómo se iba a desarrollar este proceso ¿por qué ahora tanto desconcierto y tanta ira? Varias son las causas, pero responden a un solo origen. Racionalmente, es cierto, expusimos con cuánta frialdad interveníamos en todo lo que estaba ocurriendo, pero esa actitud no respondía a nuestro movimiento instintivo en favor o en contra de la Intransigencia. Y hasta ni siquiera fuimos bastante precisos al formular nuestra posición, prefiriendo dejar ciertas cosas en la penumbra. Unos no podíamos superar el resquemor que nos producía el properonismo de la Intransigencia, secreta y a veces inconcientemente condicionados por los prejuicios de la clase media en la que estamos todavía más encastrados de lo que quisiéramos confesar. Otros, y por las mismas causas, veíamos en la Intransigencia la posibilidad de realizar el sueño tantas veces postergado de hacer una *revolución* a nuestra medida: esa confusa revolución en la que queremos conquistar el poder sin destrozarnos demasiado las estructuras en las que, al fin, no nos sentimos tan incómodos. ¿Y hasta qué punto inconfesable tanto los que nos declaramos por la revolución obrera pura como los que postulamos un proceso de transición, tanto los que rechazamos en bloque el peronismo y el frondizismo como los que quisimos confiarles a ellos la tarea, no estamos buscando pretextos para abdicar de la obligación que nos hemos impuesto de transformar estas estructuras que declaramos injustas y caducas? ¿No es acaso una tarea realizada contra nuestras tendencias naturales? ¿No exige esa tarea una especie de suicidio, que tenemos que declarar voluntariamente necesario?

No nos engañemos: la izquierda objetivamente está en el

(1) Etcheopar, "Esquema de la Argentina", páginas 98 y 165. Mario Amadeo, "Ayer, hoy, mañana", páginas 89, 98, 99.

(2) Mario Amadeo, obra citada, Capítulo noveno; y "Por una convivencia internacional", 1954, especialmente Capítulo VIII.

proletariado, pero nuestra izquierda consciente es fundamentalmente de clase media; y aun los grupos más conscientes del propio proletariado, por su misma politización —que no es otra cosa que culturalización— son más presionados por el condicionamiento de la sociedad global de lo que nos queremos confesar. Unos y otros debemos tomar claro conocimiento de eso, animarnos a reconocerlo para poder superarlo: matar al *hombre viejo* que todos llevamos dentro, suicidarnos para renacer de veras.

Todavía pesan mucho en nosotros las ideas del viejo liberalismo, porque responden a una estructura cultural periclitada, pero que una sociedad global atrasada conserva como producto de un desarrollo deformado. Aun no hemos incorporado vitalmente la perspectiva correcta que corresponde a un país periférico, ni nos hemos acostumbrado a mantener una guardia permanente contra la tendencia a aceptar conceptos que pueden ser válidos para los lugares que actúan como centros de estructura pero que, desde nuestro punto de vista, exigen siempre alguna corrección, por ligera que sea.

No nos equivocamos cuando elegimos, el 23 de febrero. No debemos cobrar vergüenza a posteriori, porque eso sería extraer una conclusión incorrecta de la experiencia; el 23 de febrero las izquierdas en su conjunto rompieron en los hechos con varios de los prejuicios que nos ataban al viejo liberalismo: por primera vez las izquierdas no confundimos la razón con el racionalismo, por primera vez aceptamos que las tendencias irracionistas del pueblo deben ser distinguidas del irracionalismo de las clases dominantes, por primera vez fuimos capaces de distinguir entre las limitaciones de nuestra situación y nuestra estructura y las posibilidades objetivas de transformación y liberación. Debemos ser ahora capaces de volver a tomar distancia y dar un paso hacia adelante, pero no podemos recaer en los viejos prejuicios. Aunque nos veamos tentados de sentirnos traicionados, tenemos que ser capaces de reivindicar lo que en ese momento supimos hacer: elegimos aliados peligrosos, con clara conciencia del peligro. No tenemos que permitirnos ahora sentirnos culpables de ilusiones que en ese momento no alentamos.

El 23 de febrero votamos por una propuesta dinámica contra una propuesta estática. A nadie, salvo a algunos extraños y raros individuos, le gusta profetizar, pero es posible establecer algunos de los lineamientos de la situación con la que vamos a enfrentarnos. El mundo capitalista va a reajustar todas sus defensas y a poner en una sola línea sus cuadros. Objeto preferente de ese alineamiento van a ser los países periféricos, sobre los cuales, y a expensas de los cuales, va a pretender subsistir el sistema.

La situación geográfica de Latinoamérica nos acuerda un papel de primer plano en esa dudosa distinción. El centro del orbe capitalista está dispuesto a tratar de superar las diferencias y las contradicciones internas, aun a costa de algunos sacrificios, para subsistir en su conjunto: viejas estructuras y viejos prejuicios están siendo dejados de lado por las burguesías nacionales. La última reforma monetaria y cambiaria simultánea de los principales países de Europa, así como los continuados esfuerzos para superar las limitaciones nacionales y construir organismos regionales, no tienen otro sentido: las burguesías dejan, al menos en la intención, de ser nacionalistas (1). Diversos esfuerzos de todo tipo tratan de asegurar en los países dependientes condiciones que hagan más fácil la continuación del dominio. La Iglesia católica abandona sus prejuicios contra el protestantismo y contra el capitalismo, reconociendo el hecho de que forma parte de las estructuras de Occidente tal como ellas son. Según se encarga de subrayar *Visión*, el Vaticano apoya al panamericanismo: "El ideal panamericano, citan de un reportaje hecho a monseñor Samore, es una realidad que está en marcha. A todas luces no es un enemigo de la Iglesia y muy fácilmente podría ser un aliado. La Iglesia no sólo reconoce al

panamericanismo como una realidad sino que tiene intenciones de darle todo su apoyo". Al mismo tiempo, en Estados Unidos se coquetea con la idea de tener un próximo presidente católico. Mientras tanto, Norteamérica no tiene inconvenientes en reconocer que realiza esfuerzos para dominar las organizaciones obreras de Latinoamérica (2).

Las clases dominantes de los países dependientes tratan de amoldarse a la nueva situación. ¿Qué otra cosa representa entre nosotros el lento viraje de los partidos conservadores de todos los matices, liberales, laicos y católicos, y su cada vez mayor acercamiento al gobierno? ¿Qué otra cosa significa el *realismo* de los nacionalistas a lo Mario Amadeo, dando por superado "el Estado Nacional como un fin en sí mismo"?

Es dudoso que entre nosotros los acontecimientos tomen un giro catastrófico. Quien lo espere, y fie a eso su acción, es posible que reciba algunas satisfacciones psicológicas, pero muy posible también que gire sobre hechos que no van a ocurrir. El capitalismo está en receso, es cierto, pero eso no significa que la declaración del estado de sitio o las movilizaciones en nuestro país sean la propedéutica de la revolución social. Las necesidades actuales del imperialismo no van a convertir a la Argentina en un desierto poblado por peones famélicos. El proceso va a ser más complejo y contradictorio, en gran parte la continuación de una historia que es la historia patria íntegra:

De todo lo dicho podemos extraer algunas conclusiones.

La acción del gobierno, plegada al plan del país central, va a agregar algunos circuitos de circulación más al antiguo sistema, lo que dará ciertos márgenes de expansión. Nuestra economía se va a ampliar en algunos aspectos, abriendo, como ya lo dije, algunas nuevas fuentes de riqueza, y creando un ciclo de prosperidad. Esa prosperidad va a beneficiar exclusivamente a las capas superiores de la población, pero, a la vez, va a engrosar esas capas con algunos aportes de clase media, formados especialmente por técnicos. Sectores de las clases medias —incluidos esos nuevos grupos— van a adherir a la nueva situación, enajenándose en ella. Y no debe excluirse que ciertos sectores superiores de las clases populares tomen una actitud igual.

Las clases altas van a cerrar sus filas, tratando de usar como masa de maniobra a esa parte de la clase media. Es probable que asistamos poco a poco a la desaparición del conservadurismo laicista, para ver la agrupación en un solo movimiento, con predominio católico, de todas las fracciones de derecha, que admitirá dentro de sí —sin mayores inconvenientes— todo tipo de contradicciones secundarias. Ya estamos asistiendo a la disolución del conservadurismo tradicional, convertido poco menos que en un melancólico y caótico resto arqueológico. Y estamos viendo también cómo coinciden fracciones importantes de la democracia cristiana y del Partido Demócrata Progresista (aunque seguramente por ahora los erizará admitir tal hecho) en las posiciones más importantes (3).

El país será nuevamente deformado, habiéndose frustrado una oportunidad de acelerar su proceso de liberación: sus estructuras económicas se desarrollarán nuevamente en un sistema cuyo centro estará colocado fuera de nuestras fronteras, y nuestras estructuras totales se adaptarán a esa deformación. No producirémos para nosotros o del modo que exige nuestra perspectiva o una perspectiva mundial de desarrollo libre, sino de acuerdo a las necesidades del reordenamiento imperialista, y tendremos nuevamente una *ideología* acorde con ese adecuamiento: nuestra *inteligencia* colonial se adaptará también a la nueva situación y será reforzada por los hijos de la clase media enajenada. Ya en la práctica tal fenómeno ha ido ocurriendo, y no desde antes

(2) *Visión*, 5 y 19 de diciembre, páginas 18, 23 y 20, 54, respectivamente.
(3) No tiene importancia que —como lo previenen las *Hanson's Letters*— Frondizi termine por ser desalojado por "una dictadura militar al ver que las decisiones tomadas en el exterior no resultan sustitutos de las necesarias medidas internas". Puesto ya en marcha el "proceso", no es más que un mero detalle, el que uno u otro grupo aparezca como su instrumento visible. Es notorio que el actual equipo está más que dispuesto a tomar las "necesarias medidas internas".

de ayer: *Sur* está ya más ligada a la embajada de Estados Unidos que a la francesa o a la inglesa y hombres que hasta ayer eran rebeldes laicistas y progresistas modifican, sin advertirlo seguramente, sus posiciones.

A la vez, ese desarrollo va a consolidar el poder de las viejas clases latifundistas, al aumentar su poder económico por el aumento del valor de la tierra, por las nuevas formas de explotación que se van a introducir, por su alianza con la industria y su adhesión al nuevo centro imperial. El capital imperialista que va a ser dueño de nuestra economía básica, va a introducir los métodos de la moderna empresa aun en la explotación agropecuaria, induciendo a las clases altas locales a seguir su ejemplo: el *Rancho King* va a reemplazar a *La Martona*. Por una paradoja de la historia, un partido que se presentaba como revolucionario va a enseñar a nuestros conservadores a adaptarse a los nuevos tiempos, reintroduciendo la idea de progreso en sus fuerzas ya un poco decadentes. Pero eso no es la primera vez que ocurre en nuestra historia.

Como contrapartida, también van a ocurrir otras cosas: El proletariado va a perder su nivel de vida, en términos generales. Se creará un "ejército de desocupados", quizás permanente, tal como los dos millones de "desocupados por razones técnicas", existentes en Estados Unidos. Grandes sectores de las clases medias se van a proletarianizar. El nuevo corset que se va a aplicar al país, aunque algunos números más grande y de estilo más moderno, va a ser insuficiente para dar cabida a su crecimiento. Y eso en muchos aspectos: En algunos casos, la propia acción imperialista va a crear sus contradicciones: Se formarán algunos núcleos de proletariado industrial en algunos lugares que ahora son exclusivamente agrarios o donde ahora sólo existe el desierto; aumentarán las vías de comunicación, aumentando la cohesión del cuerpo social; los grupos dirigentes *nativos* desarrollarán nuevas ideas de autonomía; se producirán fricciones entre la producción nacional —de propiedad nacional o imperialista, eso no importa para el caso— y la producción de otras dependencias del imperialismo o aun del propio centro imperial: cuando se resuelvan en contra del país, los conflictos implícitos del sistema se van a agudizar (y no será difícil que aun los propios capitales imperialistas alienten ciertas formas de nacionalismo, como ya ha ocurrido); seguiremos siendo productores de materias primas para mercados exteriores, manteniéndose la división internacional del trabajo bajo otras formas: nuestra balanza de pagos va a continuar sufriendo la presión del deterioro de los términos de intercambio, lo que va a sumarse a la remesa de créditos y devolución de préstamos; adquiriremos nuevos préstamos para pagar los anteriores, como ya está ocurriendo en otros países latinoamericanos; las provincias interiores perjudicadas por la nueva deformación van a producir centros de resistencia (como ya está sucediendo en algunos casos); algunos grupos de las capas superiores de la población van a descubrir con desencanto que el imperialismo no suele cumplir las promesas que hace: los monopolios van a absorber a nuestros despreocupados y alegres libreempresistas o van a liquidar sus empresas o van a estrangular sus industrias, y los puestos de gerentes no van a ser tantos como los perjudicados; es muy probable que los *nativos* ocupen sólo lugares secundarios en las progresistas empresas extranjeras.

El gobierno de los empresarios y de los izquierdistas *maquiavélicos* está retrasando el proceso de liberación nacional, está destruyendo condiciones que ya existían como base de ese proceso; pero no deja de ser cierto que, en un sentido muy diferente del que ellos le atribuyen, también está creando condiciones para una nueva fase de la lucha.

El proceso va a ser complejo y contradictorio, tal como ha sido siempre. Es conveniente que las izquierdas nos hagamos a esa idea. Si adoptamos tonos de profecía apocalíptica, si jugamos a la depresión, volveremos a cometer errores que pueden ser, ellos sí, trágicos. Tenemos que adecuar nuestra

perspectiva a la nueva realidad, porque de nosotros depende que el retroceso impuesto al país no cobre caracteres perdurables. No nos vamos a seguir enfrentando con la vieja derecha, sino con una nueva derecha, de la que el ejemplo que tenemos ante los ojos y la experiencia del peronismo nos debe anticipar ciertos caracteres. Una derecha que por un tiempo será optimista; unos conservadores que por un tiempo serán progresistas. Nos vamos a enfrentar con el Orden y el Progreso, hasta que vuelva a ser el Orden el que predomine. Las democracias cristianas serán nuestro más probable enemigo, con algunas formas *criollas*, a lo Solano Lima o a lo Frigerio.

No debemos hacernos a la idea de que vamos a trabajar sobre una realidad inmediatamente constreñida, sino sobre una realidad en que una clase dirigente de nuevos ricos pregonará el triunfo del Progreso, la infinita alegría del *desarrollo* y del *dinero*. Una sociedad global como la que vamos a tener entre las manos, que nos va a invadir, va a oscilar entre la mano fuerte con el proletariado y el whisky para los jóvenes dóciles —como ya está ocurriendo. ¿Es demasiado obvio volver a recordar al juarismo? ¿Que la democracia cristiana no corresponde a una descripción como ésta?: también en Italia nos encontramos con una democracia cristiana con sus escándalos y aire de nuevos ricos.

Un país deformado y constreñido en algunos aspectos, pero también un país en crecimiento a pesar de eso. Un país fácil para algunos, duro para otros. Con nuevas frustraciones, con nuevas posibilidades a pesar de esas frustraciones.

¿No ocultaba la época dorada del alvearismo el fin de las *vacas gordas*; no fué uno de los momentos de mayor deformación cultural? ¿No llevó el alvearismo al justismo? Y durante la década del 30, cuando todas las contradicciones del régimen imperialista se hacían sentir agudamente, descargándose sobre los países periféricos como en nuestro caso, ocasionando las primeras desocupaciones en masa conocidas en el país, quitando todo recato a nuestras clases altas, el país crecía por caminos aparentemente impredecibles.

Los años duros del 30: La clase media lloraba sus ilusiones frustradas; no se había realizado ni el sueño radical ni el sueño liberal de la Alianza socialista-demócrata progresista; la clase media no era capaz de conquistar realmente el poder. Las clases altas exhibían su cinismo: el vicepresidente de la República, el hijo del conquistador del desierto, iba a mendigar a Londres; los pistoleros hacían política; los descendientes de los próceres intervenían en negociados. Fraude: los radicales bramaban de rabia y de impotencia, pero también ellos participaban en negociados y en convenios. Años duros: en Puerto Nuevo se apretaban los ranchos de lata y cartones, y la gente iba a verlos como quien hace una visita a un planeta extraño. Se cantaba *Yira-yira* y *¿Dónde hay un mango viejo Gómez?* La *juventud dorada* de los dorados y grasos años alvearistas abandonaba los fuegos artificiales, el gauchismo de Güiraldes y los chistes en verso, y se ponía metafísica: Martínez Estrada gemía sobre el hundimiento del mundo, *Mallea* enumeraba las lacras de su mundo, *Marechal* se convertía al catolicismo. Los hombres de Boedo insistían en su literatura de protesta, de descripción del mundo de los oprimidos. Arlt proponía levantar cadenas de prostíbulos para pagar la revolución. Pero en esos mismos momentos se multiplicaban las fábricas, y los peones rurales comenzaban a abandonar sus pagos tristes y miserables para enrolarse como proletarios industriales.

No se va a tratar solamente de una prosperidad superficial y ficticia, montada sobre la miseria del pueblo, sino también de un crecimiento que va a pugnar por aparecer por debajo de todo eso, que va a pugnar por romper los estrechos moldes en que lo han introducido. Las izquierdas no podemos jugar a la depresión. Las contradicciones van a provenir, justamente, de todo ese complejo proceso, pero sobre todo de que las estructuras capitalistas tal como son en su actual fase imperialista no pueden encuadrar aquel crecimiento. Y ese

(1) De Gaulle, que despectivamente acusaba a los partidarios de la Unión Europea de "hombres sin raíces", es hoy propulsor de esa Unión y no tiene inconvenientes en incorporar a su gabinete a sus antiguos enemigos.

constreñido —ahora sí— mundo en expansión es, precisamente, un mundo revolucionario. Sería volver a ver bizcamente olvidar que todas las revoluciones —las revoluciones reales, no los motines ni las rebeliones— ocurren cuando el crecimiento social no puede ser ya contenido en las estructuras vigentes. No debemos engañarnos: lo que de revolucionario tuvo el peronismo se debió al crecimiento del país, y Perón fué sobre todo la resultante de ese crecimiento.

Nuestra lucha contra las injusticias actuales, contra los abusos del régimen, no puede hacernos perder de vista los objetivos finales, ni hacernos soñar tampoco con que el Milenio, la Aurora Roja, ocurrirán el año próximo. Sólo nos toca trabajar por ese mundo que queremos, sabiendo efectivamente que este mundo está caduco.

¿Será demasiado insistir recordar que no debemos caer en el racionalismo, que es imposible que retrocedamos al espíritu que legiferaba creyendo construir el futuro? Ya hasta los más anquilosados juristas han aprendido cuánto tienen de impredecible los hechos circunstanciales llamados a ser introducidos dentro de las leyes que preparan. Entre quienes abandonan el destino del hombre a fuerzas extrahumanas, y fabrican una historia al mismo tiempo inmovible por estar regida por destinos y mecanismos más fuertes y más sabios que el hombre e impredecible por ser afectable por los más inesperados caprichos, y quienes pretenden montar una historia regida por esquemas capaces de predecir hasta los acontecimientos semanales, no hay en el fondo diferencia. Unos y otros caen en lo mismo: en la exclusión de la intervención humana en esa historia, porque el racionalismo no es sino la otra cara del irracionalismo declarado y ambos excluyen la razón de su perspectiva. Una historia con sentido admite, justamente, a la razón, y la razón admite un porcentaje de azar, de circunstancia, de irracionalismo.

A veces suele preguntarse qué otra cosa pudo haber hecho el gobierno en lugar de hacer lo que hizo, y, curiosamente, esa pregunta, que tiene efectivamente aire de interrogación en boca de algunos de los *izquierdistas oficiales*, asume tonos afirmativos en boca de la derecha tradicional: no pudo hacer sino lo que hizo, aseguran desde Alsogaray a Cueto Rúa. Como he tratado de señalarlo, el gobierno pudo haber hecho otras cosas, además y en cambio de las que hizo y hace. Se dice que se ha adaptado a la línea de la *realidad*. Pero ¿de qué realidad se trata? Sólo de una parcela de la realidad: la que impone la perspectiva de nuestras clases altas, la misma realidad que se ve desde el punto de vista que adopta un Mario Amadeo o al hasta hace poco execrado Cueto Rúa; un punto de vista que no está ubicado aquí, sino en el centro que domina el sistema. La realidad es contradictoria, lleva en sí fuerzas opuestas, varias posibilidades. Se eligió, de esas posibilidades, una. Este gobierno, que se embarcó, por ejemplo, en un desenfundado emisionismo de costos, que llegó en los primeros días de diciembre a 180 millones diarios, terminó aceptando el plan antiinflacionista del Fondo Monetario, sin detener por eso el emisionismo. Un gobierno del que forman parte hombres que durante años hablaron de las posibilidades de una política de inflación ofrece para el desarrollo de los países periféricos, cuando se realiza una inflación de inversiones. No se trata de que la *realidad* constriña hasta tal punto que sólo quede una salida, ni de que haya que luchar contra la realidad: se trata de apoyarse en una faz de esa realidad contra otras, de elegir determinados caminos en lugar de otros. Lo que ocurre es que la elección de algunos caminos lleva a la revelación de la faz de la realidad que los hombres del gobierno no quieren revelar. Si el gobierno hubiera elegido esos caminos —aun tal vez destinados al fracaso— el umbral del que nosotros deberíamos partir sería quizás diferente. Eliot (ya dije que es reconfortante apoyarse en ciertas opiniones), Eliot recuerda que “Lo que pudo haber sido es una abstracción —que permanece como una perpetua posibilidad— sólo en

un mundo de especulaciones”. Y tiene razón. Pero es conveniente a veces especular un poco, justamente para no terminar renunciando a la razón.

Estamos ya ante una realidad nueva. Debemos tenerlo en cuenta. Esa realidad nos ofrece nuevas tareas, nuevos horizontes; comprende desde las nuevas necesidades del imperialismo hasta la existencia de los satélites y de los planetas artificiales, desde el crecimiento del país dentro de su nuevo corset deformante hasta el achicamiento del mundo por obra de los nuevos medios de comunicación (y los proyectiles, desde que el hombre es hombre, también han sido siempre *medios de comunicación*).

Esa realidad nueva, desde luego, será fundamentalmente la misma realidad, pero con nuevas perspectivas, con nuevas circunstancias, con no pocos problemas inesperados. Es posible que se produzcan diversos reagrupamientos de fuerzas, que ya parecen dibujarse, aun que se mantengan los rótulos partidarios. Las derechas ya han tomado posiciones semejantes, y nuestro sistema electoral, de seguir vigente, puede acelerar la polarización. Seguirán gruñendo y presionando al gobierno, y los representantes directos de las fuerzas patronales tratarán de tener una cada vez más activa participación en el poder político. Es posible que el gobierno intente mantener una posición bonapartista, tratando de equilibrarse sobre las diferencias de clase, pero difícil que lo logre. Cada día será más prisionero, más instrumento de los que él creyó quizás llamar como aliados. Sus tentativas bonapartistas son, con todo, visibles: Aparentemente ha iniciado una vasta maniobra, de acuerdo con dirigentes peronistas y tal vez con el mismo Perón, tratando de dividir al peronismo en varios grupos: unos independientes, o aparentemente independientes, para que absorban la irritación que la política económica oficial va a provocar —y, de paso, sirvan de amenaza contra el propio partido oficial y como instrumento de chantaje respecto de las fuerzas armadas; otros *integracionistas*, que se plieguen a maniobras más inmediatas. Tratará igualmente de maniobrar con la burocracia sindical, y no sólo con la peronista, intentando manejarse con los resentimientos políticos y los prejuicios jerárquicos que dividen a las propias fuerzas del trabajo.

No es imposible que el gobierno alcance algún éxito dentro de ciertos límites, tal como lo ha logrado varias veces, al levantar delante de las clases medias el fantasma del peronismo y delante de éste el espectro gorila. Pero no es tan seguro que ese éxito pueda repetirse durante mucho tiempo: los amos reales del poder y los grupos de presión que el imperialismo maneja están imponiendo su política, y el gobierno tiene cada día menos fuerza, menos ámbito de maniobra para resistir, aun comprendiendo que es políticamente suicida no hacer algunas concesiones demagógicas. El partido oficial ya no ofrece casi otras resistencias que las que se refieren a este problema, ya no ve otra cosa sino la impopularidad asfixiante en que está cayendo, pero todos sus esfuerzos para lograr algún paliativo a la situación chocan, no con la *inevitable* del presidente de la República, sino con la de los planes del imperialismo.

¿Va a ser posible aplacar y manejar a la base sindical, aun contando con la complicidad de ciertos dirigentes? ¿Va a ser posible dominar una situación en la que la lucha de clases se integre con la xenofobia, cuando los obreros choquen con un patrón —capataz o gerente— que será al mismo tiempo un gringo? ¿No molesta ya la ostentación de los aviadores de la *base* de Ezeiza a la clase media que se ve obligada a tratar con ellos? Problemas muy alambicados llenan de preocupaciones a nuestra izquierda oficial. Por ejemplo, han descubierto ahora que nuestros principales yacimientos minerales están en lugares inhóspitos y poco amables, adonde es posible que no quiera afluir la mano de obra, a pesar de los altos sueldos que están dispuestas a pagar las compañías extranjeras. Se interrogan entonces si será posible lograr esa mano de obra manteniendo las formas democráticas, o si será nece-

sario recurrir a la compulsión? ¿Que trato tendrán pensado que es conveniente utilizar para manejar las huelgas que inevitablemente ocurrirán?

En un mundo concreto aproximadamente semejante a ése es que vamos a tener que trabajar. En conjunto, la izquierda ha aprendido mucho; en una sola generación hemos pasado por experiencias excepcionales: la guerra, la *guerra fría*, el levantamiento de los pueblos de Asia y de África, el justismo, el peronismo, el gobierno militar, el frondizismo. La situación tiende, además, a que se produzca una polarización de fuerzas de izquierda, tal como ocurre con las derechas. Existen muchos signos —creo haber apuntado algunos— de que aquélla experiencia ha sido realmente asimilada o lo está siendo lentamente, y que existen las condiciones teóricas y de hecho para que un trabajo en común pueda ser emprendido. Por primera vez los factores internos coinciden exactamente con los externos para facilitar esa posibilidad: la simplificación de los campos, al pasar la Argentina a ocupar una posición análoga a la de los demás países dependientes, contribuye a ello. Pero ¿seremos capaces de utilizar operativamente esa experiencia y las nuevas condiciones?

Es posible enumerar los obstáculos que se oponen a tales tendencias.

Las izquierdas tradicionales, con fuerte predominio de clase media en su seno, y, sobre todo, en sus cuadros, se inclinan fácilmente a la atomización y al sectarismo, por su misma falta de inserción en intereses reales, muy al contrario de lo que ocurre con las derechas, que abandonan con suma rapidez sus diferencias ideológicas en defensa de *su* realidad. La vanidad, los encasillamientos en sutiles diferenciaciones teóricas, los personalismos, no son más que manifestación de nuestra procedencia clasista, y pueden gravitar para impedir una acción común. El peronismo de izquierda, por su parte, y las bases sindicales peronistas, arrastran una tradición de intolerancia y de soberbia, que hace difícil tratar con ellos. Parte de esa intolerancia es justificada, por la persecución que el peronismo sufrió durante estos últimos años. Pero también ellos causaron agravios cuando se sentían dueños del poder. ¿Seremos capaces de superar ese tipo de agravios mutuos? La nueva situación puede contribuir a que eso suceda más rápidamente de lo que es dable esperar, superando diferencias y prejuicios. Es inevitable que el peronismo barra a sus dirigentes si éstos persisten en hacer el juego de la derecha. Y que la base esté dispuesta a superar sus resquemores, tal como ya lo hizo respecto de la Intransigencia el 23 de febrero. Claro está que esta vez habrá otras dificultades, de las que no es la menor el propio Perón —poco dispuesto a inclinarse realmente hacia la izquierda y a abdicar de su papel de árbitro de la política argentina. Pero los hechos van a empujar fuertemente aun al mismo Perón, y éste tendrá que caminar nuevamente delante de sus tropas, o es posible que sea poco a poco superado, tal como en parte ya lo está siendo. ¿Será capaz, con todo, el peronismo, de eliminar su complejo de partido mayoritario? Deshecho como partido, no es imposible que así suceda respecto de las fuerzas obreras. La derecha, al dividir al Movimiento Peronista (complejo y heterogéneo) siguiendo líneas casi clasistas, ha obrado a pesar suyo en ese sentido. Pero, a la inversa ¿seremos nosotros capaces de olvidar nuestros prejuicios y nuestros agravios respecto del peronismo? Son visibles los esfuerzos y el progreso que se ha logrado ya. El tiempo y las condiciones que se están creando obran a nuestro favor, ya que todos

vamos a ser víctimas conjuntas de esas nuevas condiciones.

Todos esos problemas, nada más que de hecho, serían fácilmente superables. La cuestión es que debajo de ellos se ocultan problemas más hondos. Sin que el peronismo englobe a toda la clase obrera, es evidente que en sus filas milita la inmensa mayoría de la clase obrera: de ahí su tendencia a confundirse con el único movimiento con derecho a hablar en nombre de la sociedad global —del pueblo, como se suele decir en términos políticos— ya que todo grupo clasista tiende a considerarse la sociedad entera o su legítima expresión. En cierto sentido eso se ve agravado porque la pretensión del movimiento Peronista de expresar toda la sociedad es justificado hasta cierto punto, pues él efectivamente representó casi exclusivamente las tendencias de crecimiento del país, en tanto los demás partidos —sin excepción alguna— representamos durante el período peronista, aun a nuestro pesar, las tendencias estáticas. Eso ya no es tan cierto en las nuevas condiciones, pero conserva algo de vigencia en cuanto el peronismo sigue englobando a la mayor parte de la clase obrera. Y tiene mayor gravedad por el hecho que ya he mencionado reiteradamente: la composición de clase media de las izquierdas tradicionales (y tampoco excluyo a nadie de esta generalización). Nuestra repugnancia ética a tratar con el peronismo, nuestra tendencia a creerlo absorbible por nuestras respectivas organizaciones, nuestros brotes de gorilismo, enmascaran muy a menudo el conflicto clasista que aun no hemos resuelto.

Nuestro porvenir, la posibilidad de que nuestra tarea y nuestros esfuerzos por construir una sociedad distinta sean fructíferos, dependen de que seamos capaces de superar todos esos obstáculos, de superar prejuicios y agravios, de que sepamos ser hombres nuevos para una nueva situación. Muchos de entre nosotros nos hemos dado a pensar en los detalles concretos de una acción que vemos perfectamente que debe ser común. Previo a todo eso es necesario que superemos, vital y profundamente, resquemores que en la mayoría de los casos no son sino la expresión del temor que tenemos ante el mundo nuevo que queremos ayudar a construir, del temor a la destrucción de este mundo que, con todas sus deformaciones, nos ofrece la seguridad, la falsa seguridad de lo conocido. La situación que vivimos nos empuja irresistiblemente hacia ese nuevo mundo, empuja hacia la muerte las viejas estructuras. Nuestra tarea consiste en colaborar en ese parto, en apresurar a la historia, en evitar otras posibilidades temporarias que puede provocar el mundo viejo al tratar de sobrevivir.

La tarea más difícil nos toca a nosotros, a los que hemos elegido voluntariamente desgarrarnos de nuestra clase, desgarrarnos de ese mundo viejo. Somos nosotros los que tenemos que superar más prejuicios y más limitaciones. Mucho nos hemos equivocado, pero la historia ha sido con nosotros muy generosa: se ha ocupado de desnudar delante de nuestros ojos el esqueleto del sistema y nos ha regalado una experiencia privilegiada. Si somos capaces de asimilar efectivamente esa experiencia, seremos dignos del privilegio que hemos tenido. Si no... siempre nos queda el camino de refugiarnos nuevamente en nuestra clase, en ese mundo viejo que vemos morir despiadadamente y que es capaz de producir actos despiadados. Siempre podremos pretender refugiarnos en “la abstracción —que permanece como una perpetua posibilidad— sólo en un mundo de especulaciones”.

ISMAEL VIÑAS.

DE PROXIMA APARICION

LEON ROZITCHNER

PERSONA Y COMUNIDAD

ENSAYO SOBRE LA IDEOLOGIA DE LA AFECTIVIDAD EN MAX SCHELER

El espejo de la historia

¡Aquí que el país ha tomado un camino, o más bien alguien lo ha tomado por él, en un compromiso no fácilmente revocable. El que lo tomó puede ser suave o brutalmente apartado del poder; no tenemos derecho a esperar razonablemente que quienes lo aparten de él cambien el rumbo que acaba de adoptarse. El camino que se ha tomado lleva a incorporar a la Argentina al mundo del presente; o más exactamente a la porción del mundo presente que le ha tocado en suerte, y ponerla a la altura del tiempo buscando, en condiciones en que no es posible regatear el precio, el auxilio del capital que ayer se llamaba imperialista y hoy no hay ningún motivo para llamar de otro modo.

Se trata, entonces, de utilizar estructuras que se renuncia "in limine" a cambiar, sin esquivar —antes, aceptando— el riesgo de ser utilizados por ellas. La elección es total, sin titubeos ni medias tintas; ese extremismo poco dispuesto a transacciones es lo único que queda de un estilo que fué revolucionario.

Esta toma de posición puede ser indignante; no tiene nada de sorprendente. Nace sin duda de una situación económica que no podría transformarse en sentido revolucionario sin un esfuerzo que sería peligroso solicitar del país. Pero esa peligrosidad se debe ante todo a la situación política: para que una línea económica distinta hubiese sido posible habría sido necesario que el "gran triunfo popular del 23 de febrero" hubiese sido en efecto un gran triunfo popular, y no una obra maestra cuyo mérito mayor es haber llevado al plano de la política de masas una maniobra que la Argentina oligárquica conoció de sobra: la doble maniobra extorsiva, sobre el gobierno impopular y la oposición perseguida, que alcanzó éxito en 1890-92 y de nuevo en 1930-32. Una maniobra de este tipo permite alcanzar el gobierno, pero obliga a utilizarlo con sabia prudencia, para buscar reemplazo al insuficiente apoyo político en un apoyo no gratuito de ciertas fuerzas económicas del país y de fuera de él. En 1932 el general Justo se aseguró sólidamente el poder organizando la explotación política y económica de la crisis en beneficio de ciertos grupos muy claramente identificables. Hoy la seguridad política proviene de un apoyo a la vez similar y de sentido opuesto: no se trata de utilizar el retroceso, sino el progreso nacional, por eso, al margen de la concreta coyuntura política, es menos inadecuado comparar al actual poder con el de Roca que con el de Justo.

Nada parece, entonces, más previsible, menos sorprendente que el actual rumbo nacional. En todo caso lo que tiene de sorprendente es ser el desenlace de una empresa política que no se fatigó de proclamarse revolucionaria. En este sentido es, sí, desconcertante, y lo más desconcertante es acaso la demasiado fácil aceptación que el cambio de rumbo ha logrado en un partido acostumbrado a denunciar no sólo las formas abiertas y tradicionales, sino las más hábilmente insidiosas, de penetración imperialista, en un país conquistado sucesivamente por dos movimientos políticos de signo antiimperialista. Sin duda, los que han votado por una suerte de general Cárdenas y encuentran que han elegido a una suerte de general Roca no dejan de protestar por la descortesía de no haberseles avisado con la debida anticipación. Pero más que la concreta política adoptada es la desventura con que se los ha utilizado y burlado lo que los indigna: también ellos suelen admitir que la política seguida es la única posible. He aquí, entonces, un curso de hechos que merece que le concedamos alguna atención: un movimiento que se proclamaba revolucionario puede renegar totalmente de esa vocación sin provocar reacción sustancial alguna. Esta actitud es posible juzgarla moralmente, y condenarla; lo que ahora nos importa examinar es otra cosa: si la realidad nacional y la coyuntura

universal se adapta tan bien a un régimen conservador, si el movimiento en el poder está tan dispuesto a ejercerlo, si el país lo recibe con una apacible resignación muy parecida a la aceptación franca, ¿cómo es posible que hace dos años, hace seis meses, el movimiento ofreciera y el país aceptase soluciones revolucionarias? La explicación más frecuente tiene dos defectos: pretende ser ante todo una forma de vilipendio y es por añadidura perfectamente falsa. Esa explicación consiste en adscribir las anteriores posiciones revolucionarias a una intención demagógicamente electoralista. Para sostener esto es preciso ignorar que el programa intransigente impuesto al radicalismo fué por largos años exactamente lo contrario de lo que hubiera deseado la clientela electoral que quedaba a ese partido; si sin embargo se lo mantuvo no fué porque satisficiera a una masa de electores, sino porque lo juzgaban bueno algunos dirigentes que creían que los cambios radicales en él propuestos eran en efecto imprescindibles. Sin duda, confiaban en que esa opinión estaba destinada a ser finalmente compartida por la mayoría destinada a beneficiarse con los cambios; pero esa confianza era consecuencia y no causa de su fe en la bondad del programa. Es preciso olvidar que, por añadidura, la única elección victoriosa realizada por la intransigencia se caracterizó por la extrema moderación de su propaganda electoral: llevada a cabo cuando estaba ya perdida la fe en las posibilidades de atracción de un programa revolucionario, no fué sino el prólogo a la actual acción de gobierno.

Esa actitud revolucionaria, que no nació de la búsqueda del éxito inmediato, que era a la vez desinteresada y escasamente profunda, es lo que se querría entender. Pero 1958 no es la única fecha que propone este problema a quienes quieran comprender de veras lo que ha pasado en el país. Todas las grandes modernizaciones de la estructura nacional —modernizaciones esencialmente conservadoras en cuanto hicieron posible la supervivencia de rasgos básicos extremadamente arcaicos— surgieron de actitudes que se quisieron revolucionarias. Así ocurrió en 1880: en la prehistoria ideológica del roquismo caben casi todas las tentativas de negación del orden remozado en 1852. Pero, precisamente, la historia del roquismo es casi lo opuesto de su prehistoria: cuando Martínez Estrada nos recuerda que José Hernández concluyó sus días en el más plácido conformismo, sus críticos creen necesario llamar al psicoanálisis en auxilio del materialismo dialéctico para revelar qué abismos de abyección se ponen de manifiesto en este importuno recuerdo; acaso hacen mal en dejar de lado que, cualesquiera sean las razones que mueven a Martínez Estrada a recordarlo, el hecho es verdadero. El ejemplo de 1880 no es el único ni el más claro: la corriente revolucionaria que confluye en el roquismo es confusa y contradictoria: en ella van juntos el federalismo autóctono y un populismo que es el último y apagado avatar del romanticismo político y social de Francia; y todo eso es lo bastante inarticulado para ser sumergido sin resistencia bajo el alud positivista.

1852 proporciona, en cambio, un ejemplo mucho más claro. En nuestros manuales, y no sólo en ellos, se nos dice que en esa fecha comienza la realización de un programa articulado en 1837. Sin embargo no es fácil descubrir un acuerdo entre los hechos que siguen a Caseros y el programa de 1837. ¿Involución? En todo caso esa involución se da en un largo y sinuoso proceso en cuyo punto de partida podremos encontrar ya, a poco que pongamos alguna atención, los gérmenes de lo que en la realidad elaborada a partir de 1852 niega las esperanzas de 1837. Es esa involución y ese proceso lo que se quisiera revisar en estas páginas.

* * *

Acaso ningún grupo ideológico argentino se presentó al país con tan firme y arrogante seguridad de ofrecer el punto de partida para una *renovatio ab imis*, para una ruptura total y revolucionaria con el pasado como el de 1837. Es esta seguridad con que los hombres de 1837 opusieron sus propias opiniones al pasado con todos sus prestigios, al presente con todos sus modos concretos de presión e imposición, lo que hace que —al margen de las concretas ideas que sustentase— esta generación fuese en efecto revolucionaria. Esa actitud revolucionaria iba además acompañada de la presencia de ciertos contenidos ideológicos que también lo eran, y en los que se gusta insistir. Sólo que al examinarlos hay que proceder con cierta cautela: es sabido que los versículos arrebatados del *Dogma Socialista* esconden mal una heterogeneidad de posiciones que sólo pueden convivir plácidamente gracias a una cierta inconsecuencia de pensamiento; podemos, si queremos, poner a este texto apodíctico y confuso bajo el signo de Saint Simon, de Lamennais o de Mazzini, pero tampoco sería ilícito evocar las sombras menos agitadas de Cousin y de Royer-Collard. Esto es así porque el *Dogma* quiere muy declaradamente ser el resumen y a la vez la aplicación a una cierta circunstancia concreta de las soluciones propuestas por el pensamiento político y social europeo en un momento de su desarrollo; este propósito sólo es concebible si se admite, como admitieron los hombres de 1837, que ese pensamiento formaba un todo coherente, un conjunto de descubrimientos teóricos y aplicaciones prácticas que permitían hablar del "estado actual de la ciencia política" con las mismas connotaciones que implica el referirse, por ejemplo, al "estado actual de la ciencia física"; de esta manera Leroux y Thiers pueden ser vistos como colaboradores en una empresa de indagación doctrinaria, no como defensores de posiciones teóricas que implicaban a la vez muy concretas opciones prácticas. Sin duda, pero no por ello dejaba de verse ese pensamiento europeo según una cierta perspectiva que no era la de los conservadores europeos: Echeverría podía creer muy sinceramente que Leroux era el más importante pensador de su tiempo, destinado a dejar su huella tanto como en la política en la especulación filosófica; esa creencia era inseparable del apoyo a las soluciones que Leroux proponía. No hay en esto nada de sorprendente: toda posición revolucionaria exige una perspectiva nueva de la cultura en su conjunto, con sus condenas, sus revaluaciones y sus tentativas, más o menos felices, de salvación. Lo que tiene de notable la actitud de los hombres de 1837 es que en ellos la revisión de la perspectiva cultural no surge como consecuencia de la previa adopción de una concepción revolucionaria: por el contrario, las conclusiones revolucionarias son aceptadas como parte de una enciclopedia del saber político, admitida del todo al margen de cualquier deseo excesivamente vehemente de ver abolido el orden social vigente en favor de una libre comunidad humana basada en la asociación. Las conclusiones no son, entonces, sino la adhesión a ciertas posiciones culturalmente prestigiosas (y no importa aquí si ese prestigio de que se las rodea en el Río de la Plata se deba a la casualidad, a un equívoco, o a la lectura empedernida de periódicos que presentan una imagen parcial del pensamiento europeo). Esa adhesión a ciertas ideas está por otra parte curiosamente desprovista de consecuencias concretas: es característico, por ejemplo, que la opinión que da el *Dogma* en cuanto a soberanía popular y sufragio sea la de los *doctrinaires*, generalmente despreciados, y que al ocuparse de la igualdad, tras de un largo *excursus* sobre la igualdad ante la ley, se limite a mencionar, sin adhesión alguna y en forma extremadamente fría y ambigua, una fórmula de Saint-Simon vinculada con la igualdad social.

Entonces la actitud revolucionaria que caracteriza al grupo de 1837 no se vincula con la adhesión a ciertas soluciones concretas de sentido revolucionario: la doctrina —o conjunto de doctrinas— que hay en el *Dogma* no es revolucionaria en el sentido en que lo eran las doctrinas europeas admiradas por su autor; no se trata ahora de profetizar y acercar el naci-

miento de una sociedad nueva, con nuevas jerarquías, y una nueva cultura en la que se expresase, y una nueva religión a ella adecuada, tal como las habían planeado y propuesto, cada uno a su manera, Saint-Simon o Mazzini, Lamennais o Leroux. Pero no por eso esa actitud revolucionaria deja de existir, no por eso los hombres que la sustentan dejan de creerla legítima y fundada; la ruptura con el pasado, que debía ir más allá de la mera oposición política contra ciertos regímenes heredados del pasado, no deja de ser proclamada con la máxima energía.

Y proclamada no sin fundamento. Esa ruptura existe, por lo menos en el plano ideológico-cultural, que para el grupo de 1837 tiene importancia decisiva: ¿no comenzó ese grupo por actuar como innovador cultural e ideológico, y sólo por las urgencias de una situación crítica eligió otro campo de acción? Esta ruptura con toda una tradición ideológica no implica tan sólo un cambio de teorías, sino algo más radical: incluye una comprensión distinta de las relaciones entre teoría y acción, tal como es elaborada filosóficamente por el ochocientos europeo y orienta la acción política y social de esa misma época. Que toda teoría lo es de una *praxis* determinada, no sólo en el sentido de que su legitimidad se prueba al volcarse eficazmente en ella, sino en el sentido aun más radical de que debe su origen a ella es algo que los hombres de 1837 no vieron demasiado nitidamente. Sus maestros franceses, ubicados algo marginalmente frente a esa gran revolución del pensamiento europeo, pudieron enseñarles que una cierta imagen de la realidad y una cierta situación histórica son términos correlativos; pero en esa unidad era todavía la imagen teórica el elemento dominante: así en Saint-Simon el paso de las eras orgánicas a las críticas comenzaba con el derrumbe de la *creencia*, que traía consigo un derrumbe de la ética en ellas fundada, y tras de este último la crisis que dejaba su huella en todas las obras de los hombres. El grupo de 1837 no fué en este aspecto más allá de sus maestros, y por razones que —como se verá en seguida— eran en este caso más hondas que la mera adhesión a una opinión prestigiosa. En todo caso, y aun limitado en su planteo teórico, este descubrimiento significó la aparición de un nuevo estilo político, que parecía unir, a los ojos de quienes no lo compartían, un doctrinarismo cerrado y fanático a un oportunismo excesivamente libre de escrúpulos. Gracias a este descubrimiento era posible la adhesión total y abnegada a un credo reconocidamente provisional, redactado en muchos de sus pasajes esenciales con la meticulosa vacuidad que suelen emplear las cancillerías al tocar puntos espinosos. Esa actitud, que a través de la adhesión a un planteo concreto venía a otorgarla a una corriente de acción que ese planteo inauguraba y por la cual era validado, anuncia ya al revolucionario moderno: porque no la advirtieron, o porque no podrían comprenderla, los rivales políticos del grupo de 1837 pudieron acusarla de inconsecuencia y de hipocresía, cuando la publicidad misma con que llevó a cabo sus no infrecuentes cambios de frente era el fruto de una conciencia que se sentía al respecto perfectamente en orden. Esa imagen nueva abría nuevas posibilidades a la acción política; era una inesperada liberación de viejas trabas, y como tal la entendieron los hombres de 1837. Pero no está exenta de riesgos, que ellos no adivinaron. Una complicada casuística intenta guiar al revolucionario de hoy por el áureo camino que, por hipótesis, existe necesariamente entre los dos abismos de dogmatismo y oportunismo; al parecer esa casuística es, pese a toda su riqueza, insuficientemente orientadora, puesto que ha nacido y se la utiliza sobre todo para castigar las desviaciones demasiado frecuentes a sus sabias enseñanzas. Toda esta problemática los hombres de 1837 no la adivinaron siquiera: se lanzaron a usar con confiado entusiasmo el instrumento que la madurez de los tiempos les proporcionaba.

Si toda teoría política debe ser valorada a la luz de su eficacia en el plano de la acción, los hombres de 1837 tienen un criterio más preciso para valorar a esa teoría a la luz de la circunstancia argentina: la exigencia de unidad. Esa

unidad puede expresarse en lenguaje saintsimoniano o mazziniano; alude sin embargo a la más inmediata experiencia política argentina y entendida en ese contexto nos da la clave para penetrar en el núcleo mismo del pensamiento político del grupo. La unidad a que se alude allí es la que se ha perdido en la Argentina: la del grupo que ha comenzado a ser dirigente en 1810 y ha dejado de serlo hacia 1829. Este grupo se ha dividido bien pronto, y porque se ha dividido ha sucumbido. Porque se ha dividido y porque, por indiscreta adhesión a doctrinas sin medida común con la realidad local ha incurrido en una inoportuna evocación de las fuerzas dormidas en las masas populares (¿haber entregado "el sufragio y la lanza al proletario" no es el error que el partido unitario no ha terminado aun de expiar?). Se trata ahora, para el grupo que fué dirigente, de unirse y reconquistar la perdida hegemonía. El *Dogma* no es entonces la proclama revolucionaria de un grupo desposeído que frente a un orden tradicional levanta la imagen ideal de un orden nuevo; es por el contrario la auto-crítica de un grupo dirigente que advierte que está dejando de serlo y busca la causa de un proceso que le importa detener.

Este propósito orienta la marcha del pensamiento que el *Dogma* registra, y por debajo de la concreta línea política que en él se propone condiciona la imagen misma de la realidad que ese texto lleva implícita. El grupo que debe dominar política y socialmente se autodefine como grupo ilustrado; ningún interés concreto, ninguna precisa vinculación con ciertas posiciones sociales o económicas lo mueve, sino su fidelidad a esa vocación iluminada. Es precisamente esa vocación la que le da derecho a exigir el papel de guía y maestro de un entero pueblo y la que, fuera de éste, le fija alianzas y hostilidades. Existe entonces todo un grupo de hombres que abarca al mundo todo y finca su comunidad en la común posesión de una cultura, y su pretensión de dirigir la historia en esa posesión misma y su disposición a enseñar a toda una humanidad que debe aceptar sumisamente el papel discipular que por naturaleza le corresponde.

Pero esta función magistral sólo es concebible si se admite que las construcciones teóricas, las ideologías y la cultura toda no son creaciones surgidas libremente en un clima histórico determinado, que son, por el contrario, una intemporal constelación que cabe recibir pasivamente, sin volverla a crear en el acto de apropiarla. Si, en otras palabras, se renuncia a la renovación que implicaba el descubrimiento de relaciones nuevas entre teoría y acción en favor de la vieja imagen de una verdad que descende de lo alto, en la que la revelación divina ha sido ahora reemplazada con la opinión de los publicistas más adelantados. La libertad que nace de ese descubrimiento queda entonces reservada al grupo director, para quien es, en cambio, válida la nueva imagen y son lícitos los modos de conducta que ella autoriza.

He aquí, entonces, una imagen aristocrática del quehacer político, que invalida por lo menos parcialmente la actitud revolucionaria misma, ya que sólo puede justificar la asignación de un papel histórico pasivo a las masas populares restaurando —así sea parcialmente— la imagen tradicional cuyo repudio estaba, como hemos visto, en la raíz misma de la actitud revolucionaria del grupo de 1837. La ambigüedad de esa actitud, heredada de sus inspiradores franceses (piénsese, por ejemplo, en la doble dirección de sabios e industriales que Saint-Simon propone para la sociedad futura, y oculta mal la falta de elección frente a una alternativa sin embargo ineludible) es confirmada por la concreta inspiración que los hombres de 1837 reciben de la circunstancia en la que actúan y el papel que en ella se asignan. En lo que toca a los contenidos revolucionarios del *Dogma* esta limitación es, sin embargo, menos determinante de lo que podría creerse. Testimonio de la búsqueda de una perdida hegemonía política por parte de un grupo que se define a sí mismo en términos culturales y no económicos, el *Dogma* no necesita rehuir las tomas de posición más audaces en el plano social; su escaso contacto con la realidad sobre la cual están destinadas a actuar las priva

de eficacia y por lo tanto de peligrosidad. Sólo que la existencia de contenidos revolucionarios sólo es admitida en la medida justa de esa ineficacia real: la indiferencia frente al contenido concreto del Dogma de Mayo (que fué lúcidamente advertida por más de uno de sus secuaces; pienso, por ejemplo, en el testimonio particularmente claro de Benjamín Villafañe), no nace tan sólo de una imagen de la teoría política que la une tan estrechamente a la acción que corre riesgo de subordinarla a ésta; surge, por añadidura, de la irrelevancia que necesariamente caracterizaba a toda teoría política frente a una realidad que le es sustancialmente extraña: en estas condiciones la existencia de un sistema de doctrina viene a cumplir una exigencia —si así puede decirse— formal, colorario de la exigencia unitaria misma; puesto que las cosas están así lo menos importante es el contenido de ese cuerpo doctrinario...

De esta manera la existencia de una profesión de fe algunos de cuyos artículos suponían la abolición del orden social vigente no condicionó en manera alguna el modo de acción política que adoptó el grupo de 1837. Sin duda, los voceros del grupo se rebelaron por anticipado ante la posibilidad de ser juzgados por esa acción; impuesta por circunstancias no previstas ni deseadas, vino a contradecir en más de un punto la que habían proyectado los hombres de 1837 al comenzar su prédica política. Sólo que la que, en 1846, Echeverría asigna a ese momento inicial no es menos ajena a todo planteo revolucionario; sin duda su propósito último es "alcanzar sin sangre, en el momento oportuno, una revolución radical y regeneradora", pero el camino para lograrla era el utilizar el influjo de "gran número de hacendados ricos y de prestigio en la campaña de Buenos Aires", "jóvenes influyentes en las provincias interiores" y oficiales jóvenes del ejército rosista; por este camino lo que había de alcanzarse era, cualquiera fuese el nombre que se le asignara, una reorientación del grupo política y socialmente hegemónico que cambiase el rumbo de la nación.

Pero tal es, en sus líneas esenciales, lo que intentaron los hombres de 1837 en la gran crisis que hasta 1842 sacudió al poder rosista. Apenas entrados en la acción, los que integraban el grupo lograron dirigir, por lo menos en sus líneas generales, la política antirrosista a lo largo de toda la crisis; a ellos se deben tanto la alianza francesa como la liga del Norte, y de ambas hazañas, de oportunidad muy discutible, conservaron por largos años un intenso orgullo. Esas alianzas no eran sino la utilización de estructuras de poder ya existentes en beneficio de un cambio político deseado, y limitado precisamente por los medios que se utilizaban para alcanzarlo. Pero si el camino empleado implicaba olvidar las exigencias revolucionarias inscriptas en el *Dogma* no implicaba negarlas, y por otra parte la nueva táctica no suponía negación de la exigencia fundamental del *Dogma*, la exigencia unitaria. Por el contrario, la alianza francesa es a los ojos de Alberdi, su principal defensor, el esfuerzo de una minoría por transformarse en mayoría evocando en su auxilio fuerzas nuevas, ajenas a las que tradicionalmente se combatían en el escenario rioplatense; es, entonces, y muy conscientemente, el medio por el que se busca retomar esa hegemonía perdida a través de la división del grupo dirigente. La Liga del Norte realiza aún más claramente esa exigencia unitaria, en cuanto reúne a grupos representativos de ambos partidos rivales, y los pone al servicio de los planes de la Nueva Generación. Toda esa vasta alianza podía entonces ser interpretada a la luz de la oposición entre ilustración e ignorancia: la monarquía de Luis Felipe aparecía en este contexto como una suerte de brazo secular al servicio de la causa ilustrada, que encontraba paladines algo inesperados en la caterva de caudillos federales, encabezados por el zarco Brizuela y del todo dispuestos a firmar proclamas inspiradas en las ideas de la Nueva Generación. Mientras esta coalición pareció cercana a lograr la victoria no existía estímulo alguno para revisar los planteos políticos que habían llevado a los hombres de 1837 a contribuir

decisivamente a su constitución y que utilizaban todavía para explicarla e interpretarla. Ese estímulo vino, por el contrario, de la derrota. El rey Luis Felipe pactó con Rosas, abandonando sobriamente a su destino a sus demasiado candorosos aliados, sorprendidos de que cesase su interés por la causa de la cultura en este rincón agreste. Más constantes pero no más afortunados en la defensa de la ilustración se mostraron los caudillos federales alzados, y aun, en su estilo desesperadamente sinuoso, don Fructuoso Rivera. He aquí una serie de hechos merecedores de que se reflexionase sobre ellos: en vista del desenlace parecía ya imposible inscribirlos bajo el signo de la lucha entre la luz y la tiniebla: todo un juego mucho más complejo, juego de ideas y de tradiciones tanto como de intereses, comenzaba a ser columbrado; la realidad con la que trabajaban los hombres de 1837 se revelaba no como una masa plástica y pasiva, cuya máxima autonomía era alcanzada en una resistencia obstinada pero también ella desprovista de toda posibilidad creadora: era un espontáneo y libre equilibrio, siempre cambiante, de energías que buscaban su cauce. A partir de 1845 los hombres de 1837 reanudan, bajo ese nuevo signo, sus tentativas de interpretar la realidad argentina. La nueva versión del *Dogma Socialista*, de 1846, incluye en la *Ojeada retrospectiva* una tentativa de interpretar históricamente, en ese juego complejo, la trayectoria anterior del movimiento inaugurado con los planteos programáticos de 1837. Sin duda, el lector de hoy no advierte cambio importante de orientación entre ese examen y el texto en nueve años anterior: Echeverría sí pareció advertirlo, puesto que partía ahora de la base del todo nueva de que el grupo ilustrado nada podía hacer por sí mismo: su última esperanza reposaba en los caudillos federales, en una nueva coalición más sólida y poderosa que la del Norte. Un año antes, en el *Facundo*, Sarmiento había propuesto una versión herética (o, para emplear el lenguaje de Echeverría, poco dogmática) del contraste entre luz y tinieblas; en ella la lucha entre dos principios se transformaba en lucha entre dos modos de vida, dos tradiciones históricas. Pero la tercera parte del *Facundo*, yendo más allá de esa encarnación de las abstracciones del *Dogma*, trae un programa concreto destinado a evocar en su apoyo las fuerzas mismas de la Argentina bárbara, que tras de prosperar bajo el orden rígido de la federación rosista comienzan a encontrar que ese orden mismo traba su desarrollo futuro. En este nuevo contexto la oposición de civilización y barbarie pierde buena parte de su sentido: al proyectar el futuro de su país, Sarmiento renuncia a valorar las fuerzas que en él actúan, precisamente porque aspira a utilizar a todas ellas. Todavía en *Facundo* esas fuerzas ya existentes deben ser integradas en un orden que sin duda las respeta e interpreta en sus aspiraciones, pero las orienta en sentido nuevo. En otro texto característico de estos años de derrota, Alberdi va aún más allá. Su *República Argentina 37 años después de su revolución* es un balance, inesperadamente positivo, de la experiencia atravesada por el país a partir de 1810. El optimismo del que hace ostentación Alberdi oculta mal un pesimismo radical: al subrayar los aspectos positivos de la Argentina presente viene a proponer consuelos frente a la demasiado probada impotencia para trasformarla.

De este modo la experiencia revela la autonomía de lo real, las fuerzas que en él se desencadenan; lo real deja de ser la contrapartida negativa del único foco de positividad: el grupo ilustrado que lo plasma venciendo su ciega resistencia. Surge de aquí la posibilidad de una imagen nueva de la tarea revolucionaria, desprovista de las limitaciones que tenía la aceptada por el grupo de 1837 al constituirse como tal: el revolucionario debiera ahora ser el intérprete de una realidad que permanece muda para sí misma, el que la declara y a la vez la transforma según ciertas líneas de fuerza que están inscriptas en ella. Pero para que esto fuese posible habría sido necesario elegir dentro de esa realidad, unir su destino al de alguna de las fuerzas que en ella juegan. Los hombres de 1837 se niegan a ello: las aceptan ahora a todas por las

mismas razones que tuvieron antes para negarlas en bloque; lo que pudo ser el nacimiento de una más radical postura revolucionaria es en cambio la renuncia a toda pretensión revolucionaria. El nuevo papel del político no es el del creador de una realidad nueva, es el del *honnête courtier* entre las fuerzas contrastantes en la realidad tal como es; buscando alcanzar nuevos equilibrios entre ellas el político, por encima del pesimismo radical de Alberdi, pero aceptando su punto de partida de la esencial inmutabilidad de lo real, puede aun justificar su existencia.

De este modo el proyecto revolucionario de 1837 parece ser relegado en beneficio de una actitud sistemáticamente oportunista. Pero llegó un momento en que ya no cupo siquiera el oportunismo, porque no quedó ya un credo revolucionario por traicionar. Esta crisis total, largamente preparada, fué consecuencia de la trayectoria del movimiento revolucionario europeo, y en especial del francés, a partir de 1848. En la revolución de febrero pusieron los hombres de 1837 sus mayores esperanzas: al desembocar en una lucha social presentada por toda la prensa rioplatense —la de Montevideo a la vez que la de Buenos Aires— como una rebelión de los infiernos, venía a enseñar que un movimiento revolucionario surgido de la espontaneidad misma de ciertas fuerzas oprimidas por el orden social vigente podía no ser imposible, pero era totalmente indeseable. Esta moraleja era implícitamente aceptada por los mismos publicistas que el grupo de 1837 tenía por revolucionarios: lejos de identificarse con los obreros alzados en junio, preferían mostrar en su sublevación la consecuencia sin duda condenable pero necesaria de un régimen social inicu: la condena no debía recaer entonces sobre los promotores del alzamiento, sino sobre todo ese orden del cual era consecuencia. Desde el Río de la Plata el deslinde de responsabilidades importaba menos que la unanimidad en condenar la tentativa revolucionaria, previamente condenada por su propio fracaso. La experiencia francesa no haría sino confirmar a los hombres de 1837 en su desconfianza por la revolución como obra espontánea de todo un pueblo; los confirmaba en las reservas que habían formulado para su propio país fundándolas en su escasa experiencia política, al resultar estas reservas válidas allí donde la experiencia política no escaseaba: también en Francia la liberación de las energías populares se traducía en una explosión de barbarie incontrolada. Pero la trayectoria de la revolución de Francia enseñaba todavía algo más: que un régimen consecuentemente liberal, en un clima de revisión de estructuras, era un factor de aceleración de la crisis, que sólo podía resolverse mediante el retorno a formas políticas autoritarias.

El desenlace bonapartista podía ser aceptado o no como positivo; en ambos casos era condenada la república democrática y social. Pero quienes aceptaban la solución de autoritarismo político y paternalismo social que en Francia se había impuesto y buscaban aplicar en la Argentina la lección de los hechos franceses venían a dar un paso más, y decisivo, en el apartamiento de los proyectos revolucionarios de 1837. Habíamos visto que, en su origen, la actitud de los hombres de 1837 se apoyaba en una concepción de la realidad como pura negatividad destinada a ser domeñada por el proyecto revolucionario; en un segundo momento esa realidad demasiado obstinada en su resistencia era aceptada en bloque, y se renunciaba a toda trasformación revolucionaria de ella, juzgada imposible. Ahora se va más allá: aun si fuese posible, esa transformación sería indeseable; el político que planea la nueva realidad argentina tiene sus mejores aliados en los grupos dominantes, que han tenido la honrosa tarea de mantener al país alejado del caos que implicaría la liberación de las fuerzas en él dormidas; esa tarea sigue siendo imprescindible, y más urgente que nunca durante la reordenación de la estructura nacional.

Estas enseñanzas válidas para la Argentina que el proceso francés parecía imponer fueron explicadas al público argentino por más de un publicista, en los años inmediatamente

posteriores a la caída de Rosas. Así Mariano Fraguero inauró la crítica contra la impostura de la libertad liberal, no para postular una libertad real, sino para proponer la aceptación de un nuevo autoritarismo. Así Félix Frías hizo de la defensa del orden social supuestamente amenazado el tema principal de una prédica política doblada de predicación religiosa. Pero más importante que esta aplicación apenas adaptada de verdades franceses es el nuevo programa de acción política que trazó Alberdi en sus *Bases*. Aquí el autoritarismo no era evocado en defensa de un orden social que, muy evidentemente, no estaba amenazado, sino para ser puesto al servicio de un progresismo decidido a apoyarse en los núcleos tradicionalmente dominantes, en las jerarquías políticas y sociales consolidadas en la Argentina durante la era rosista. Esas jerarquías se identificaban con el aparato de compulsión que Rosas había erigido pacientemente, y que era el legado de su régimen. Pero la política de Rosas, que creía necesario evitar todo cambio en beneficio precisamente de la estabilidad social, es ahora juzgada excesivamente prudente por quienes han sido sus beneficiarios y se sienten ya suficientemente fuertes para una línea de acción más audaz. Esa nueva línea es la que propone Alberdi: es la segunda colonización del país, por hombres a la vez que por capitales europeos. El autoritarismo, encarnado en la república posible, es el símbolo de la aceptación, también en el plano político, del orden vigente en la Argentina antes como después de Caseros. Esa aceptación obliga a Alberdi a renegar fervorosamente de todo un pasado ideológico; esta consecuencia no arredra al autor, que por el contrario reprocha duramente a los amigos que no renuncian totalmente a las ideas antes defendidas en común: Mitre —si hemos de creerle— es un rojo; Sarmiento un defensor del comunismo porque encuentra que la pena de muerte es castigo excesivo para el robo de ganado menor. Estabilidad social y quietud política son entonces condiciones ineludibles para alcanzar un progreso económico que encierra, él solo, la clave de la salvación nacional.

Pero en el nuevo proyecto que las *Bases* proponen no todo es ruptura con lo que antes se había afirmado. Al reservar la acción política a los grupos dirigentes, al desconfiar de la espontánea fuerza creadora de lo real, Alberdi no hace sino recoger motivos no desconocidos en 1837. Pero el sentido de esa toma de posición ha variado: en 1837, frente a un foco de positividad, lumínica destinada a triunfar sobre las tinieblas circundantes, se creía hallar la total pasividad de lo real. Ahora se ha descubierto que esa realidad es capaz de acción, que no acata la soberanía de la luz sobre la tiniebla: el foco de positividad ha sido apagado, aun para la esperanza de quienes habían luchado por su triunfo. Apagado, pero no reemplazado: se ha descubierto que lo real no es tan solo resistencia, pero no deja de ser una ciega mecánica de acciones y reacciones que carece por completo de sentido. Una revolución en el seno de una realidad así concebida sería ella también carente de sentido: sólo habría de traducirse en una consolidación del orden de las tinieblas, a través de la lucha que en su seno desencadena. En estas condiciones es preciso acatar las jerarquías que ese orden ha elaborado, no porque sean legítimas, sino porque es imposible reemplazarlas por otras que lo sean más: sólo el progreso económico, que esas jerarquías por otra parte favorecen más que los oprimidos por ellas, podrá terminar eficazmente con la realidad odiosa e inescapable en la que Alberdi debe actuar.

De esta manera la revolución ha dejado de ser imposible: pero se la proclama ineficaz. No menos ineficaz es la acción del grupo ilustrado, predicador de un sistema de verdades que debían imponer su fuerza ideal a la realidad rebelde. Lo único eficaz es el grupo realmente dominante, y su único norte es la defensa de sus intereses rectamente comprendidos. Esa doble mutilación de la realidad tiene consecuencias en todo el pensamiento de Alberdi, así en su concepción utilitaria de la cultura y su difusión, según la cual la cultura debía de ser un instrumento de liberación para convertirse en un adiestra-

miento para colaborar subordinadamente en una empresa que no es preciso entender: es ocioso, afirma Alberdi, enseñar a leer; basta con enseñar a manejar ciertas máquinas.

No todos los hombres que comenzaron a opinar en política bajo el signo del credo de 1837 llevaron sus conclusiones ante la experiencia argentina hasta el punto al que las condujo Alberdi. Otros vivieron permanentemente en una grata confusión entre autoritarismo y liberalismo, entre fe democrática y solidaridad oligárquica. Hubo también quienes buscaron obstinadamente otra salida que no fuese el servicio de las fuerzas que habían pretendido vanamente destruir, y no aceptaron que el juego ciego de esas fuerzas proporcionase el único camino de salvación. Acaso fué Sarmiento quien mejor representó a estos últimos. También para Sarmiento la experiencia revolucionaria francesa había sido decisiva, pero no porque su resultado tuviese algo que enseñar a los argentinos: lo era precisamente porque, a partir de ella, Francia y Europa ya no podían dar enseñanza ninguna. En Francia una lucha sin sentido entre izquierdas y derechas había dado la victoria provisional a las derechas; el resultado no tenía nada de envidiable, pero ese resultado condenaba al proceso entero que a él había conducido. En la Argentina la tarea no podía ser recoger o elaborar doctrinas sociales revolucionarias, ni alarmar con revoluciones de ideas a los grupos dominantes. Sin embargo, no era sin más la de constituirse en administradores políticos de los intereses de esos grupos, que no coincidían, como suponía Alberdi, con los del país entero; los cambios radicales seguían siendo necesarios, y, según Sarmiento, seguían siendo posibles. Esos cambios podían resumirse en la creación de una nación socialmente una, mediante la incorporación al ciclo económico de todo el cuerpo nacional. Esto no era posible sin una cierta igualdad social, y sin una constante expansión económica; ambas condiciones, al darse conjuntamente, hacían la grandeza de los Estados Unidos. Pero para Sarmiento el progreso económico y social, que no era exigido en nombre de un ideal revolucionario de justicia, se integraba, como ya no se integraba para Alberdi, en un cierto sentido. Ese sentido venía dado por un cierto ideal cultural que a través del cambio económico debía alcanzarse, y que a la vez era indispensable realizar para que ese mismo cambio económico fuese posible: la creación de una cultura popular, adecuada a las características del nuevo siglo, en el cual el proceso de ascenso de masas tenía una importancia que Sarmiento captaba con admirable lucidez. Ese ideal cultural no era —es necesario subrayarlo— tampoco el revolucionario; Sarmiento creía que esa nueva cultura habría de ser la ya vigente en una sociedad basada en la desigualdad, con sólo algunas simplificaciones destinadas a su más rápida difusión; también para él, como para el Echeverría de 1837, esa cultura era una constelación de contenidos que podían ser difundidos o apropiados sin variar con ello esencialmente su sentido; el historicismo de Sarmiento encuentra aquí un límite al negar que la cultura sea libre creación de una comunidad de hombres en un momento histórico preciso, en el cual y del cual recibe su validez; esta negación, que va contra los fundamentos mismos de la visión de la realidad que Sarmiento elabora, muestra su fidelidad al credo de 1837 aun en lo que éste tenía de fe aristocrática en la acción de los ilustrados, poseedores de una verdad objetiva y universalmente válida, sobre la realidad rebelde al triunfo de esa verdad.

Pero si ese ideal que Sarmiento elabora sobre el ejemplo de los Estados Unidos no es ni quiere ser revolucionario, sus corolarios no dejan de imponer a la realidad argentina transformaciones muy hondas. El instrumento de que disponía un gobierno para llevar a los hechos concretos ese ideal era el otorgamiento de tierra y escuela para todos. Sarmiento se propone lograr todo eso en la Argentina, y la segunda exigencia le resulta menos inasequible que la primera. La creación de una democracia rural apoyada en la propiedad no se alcanzará nunca: un éxito local explica acaso adecua-

damente las razones del fracaso en el plano nacional. Ese éxito es el que alcanza Sarmiento en su defensa de los chacareros de Chivilcoy contra los propietarios de sus tierras. Muchas razones explican que, en este caso, los dueños de tierras hayan sido derrotados: el origen mismo de sus propiedades estaba "manchado de sangre", ya que eran mercedes políticas de Rosas, y el argumento no dejó de ser debidamente explotado a pocos años de la caída del gobernante. Pero el hecho decisivo era la existencia misma de los chacareros de Chivilcoy, que organizaron una resistencia tenaz, en su aldea, en la prensa, en la barra de la legislatura. Así, en este caso, la realidad que era preciso transformar ofrecía los elementos de su transformación. Pero nada de eso ocurría fuera de ese oeste de Buenos Aires, que era desde fines del siglo anterior la diminuta zona agrícola de la Provincia. Sin duda, Sarmiento no iba a vacilar en imponer por la fuerza a los campesinos del resto del país su conversión a la democracia agraria, pero para disponer de esa fuerza necesitaba disponer del favor no gratuito de los dueños de ella, y para lograrlo debía encauzar su esfuerzo de gobernante, no hacia un plan de progreso económico al servicio de un cambio social radical, sino hacia el logro de un progreso económico que consolidase las estructuras vigentes. Un cuarto de siglo más tarde, Sarmiento iba a trazar un balance desconsolado de los frutos de ese esfuerzo, que no era sólo suyo, para "rescatar a un pueblo de su pasada servidumbre". Eso no se había logrado; se había conseguido en cambio cierto progreso material, pero el trazado de ferrocarriles y la unificación de mercados se habían alcanzado también en el Japón, en la India, en Africa, por el mero juego de las fuerzas económicas. En otras palabras, el plan alberdiano de adherir a las líneas de fuerza de la realidad, y a la vez orientarlas, ha fracasado por entero. Era excesivamente presuntuoso creer que esas fuerzas reales necesitasen para algo la adhesión de unos cuantos teorizadores políticos, y era todavía más presuntuoso creer que esos mismos teorizadores, puestos a gobernantes, podrían desviarlas en el rumbo de su ciega marcha... ¿Es válida esta moraleja, reexaminada a un siglo de distancia de la opción decisiva? Probablemente no, pero refleja en todo caso la imagen que de esa experiencia política llegaron a tener quienes eran sus protagonistas.

Esa experiencia va desde la aparición de una actitud revolucionaria hasta la colaboración, en condiciones que se admite que concederán muy escasa autonomía de movimientos y se descubre posteriormente que no conceden ninguna, con la realidad misma que se trataba de abolir. ¿Cómo explicar esa marcha aparentemente sinuosa, pero que vista desde su punto de llegada se descubre rigurosamente rectilínea?

Ya se han visto las limitaciones y el sentido de la actitud revolucionaria inicial. Esa actitud revolucionaria viene a consistir en una extrema libertad ideológica, posible en un contexto social conservador por la fe universalmente depositada en la ineficacia de toda ideología. Esa fe nace de la falta de medida común entre las ideologías y la circunstancia local, que las hace difícilmente aplicables, y que —al realizarse la tarea de adaptación dentro de ese contexto social cuyo signo se ha señalado ya— sólo permite su aplicación en lo que tengan de compatible con él. Así, los contenidos revolucionarios que los hombres de 1837 aprenden en textos franceses deben ser adecuados a la creencia fundamental en que la única fuerza revolucionaria está constituida por la comunidad de los ilustrados, que escapan a la rutinaria aceptación de lo existente. Esta creencia, contraparte de la incredulidad en toda posibilidad de una revolución como fruto de las apetencias y aspiraciones que se encuentran ya en el cuerpo social, explica adecuadamente la orientación que tomó, desde su origen mismo, la acción política del grupo de 1837. Esta orientación era revolucionaria en cuanto ignoraba deliberadamente las jerarquías constituidas en la realidad, pero al no buscar en la realidad ninguna alianza distinta de la de esas jerarquías, de hecho se volvía a ellas para tomar contacto con lo real. Al volverse a ellas sin acatar su mecánica propia, sin adherirse al juego de aspiraciones e intereses

que acercaban u oponían a las distintas fuerzas que dominaban esa realidad, se condenaba al fracaso; fué esa la lección de 1837-42. Aliarse con los grupos dominantes significaba acatar la legalidad que les era propia, abdicar de la jefatura de la empresa revolucionaria. Pero esta jefatura quedaba vacante, porque no había ya empresa revolucionaria. Y éste es el punto de llegada, expuesto teóricamente por Alberdi y aceptado en los hechos aun por quienes recusaron violentamente las conclusiones alberdianas.

Frente a este curso de hechos, podemos alcanzar rápidamente una moraleja, que quiere ser válida para 1837 como para 1958: estos revolucionarios no pudieron serlo porque no se pusieron al servicio de la única fuerza de veras revolucionaria; divorciados del pueblo, su revolución no podía ser sino la de los grupos dominantes, que encuentra siempre y bien pronto sus límites. Esta moraleja no es, sin embargo, tan clara como parece: habría todavía que saber por qué triunfó en 1837 esa imagen errada de la revolución. La explicación es también sencilla: encerrados en los límites, que no advertían, de una ideología que los vinculaba a los grupos que se proponían combatir, los hombres de 1837 trazaron la imagen de una falsa revolución para traicionar mejor a la revolución verdadera. Esto puede ser exacto, y no queda sino tributar una mezcla de horror y admiración a estos abnegados defensores del grupo dominante, que aparentan tan bien traicionarlo hasta ser vilipendiados y perseguidos por él, y hacen todo eso para mejor servirlo. Pero, si no en 1837, en 1958 hay quienes presentan una imagen distinta de la revolución: lo que no pueden presentarnos es una revolución distinta de ésta que sólo lo es en el nombre, y a la postre rehusa serlo aun nominalmente, y reniega con horror de su pasada vocación revolucionaria.

Quedaría aun otra explicación: que la imagen que los hombres de 1837 se hicieron de las posibilidades revolucionarias en la Argentina, fuese sustancialmente exacta. Sólo esta última hipótesis permitiría entender la trayectoria paralela que las páginas anteriores rastrean. Porque la similitud básica dada por la ausencia de la función activa de la masa popular no podría encontrarse en las concepciones políticas: hoy se afirma, muy correctamente, que la revolución no puede ser obra de minorías beneficiadas por el sistema que la revolución debería destruir, que sólo puede ser fruto de la vocación revolucionaria de un pueblo entero. Sólo que esta afirmación tiene por consecuencia, de parte de los que en la Argentina la hacen suya, bien la ira incontenible ante la falta de vocación revolucionaria de ese pueblo, y la adhesión a otras formas de revolución en beneficio de grupos retrógrados, bien la descarada afirmación de una voluntad popular revolucionaria que dictaría una efectiva política revolucionaria (la que vemos desarrollarse ante nuestros ojos). La similitud entre el destino del proyecto revolucionario enunciado en 1837 y el que hoy, según se dice, se está llevando a los hechos no deriva entonces de la analogía entre los respectivos credos revolucionarios, sino de la continuidad de ciertos rasgos dentro de la realidad sobre la cual esos credos pretendieron incidir.

¿Se habrá descubierto entonces un invariante de la realidad nacional; un desconsolador pero por eso mismo auténtico fragmento de la Argentina esencial y eterna? De ningún modo; tan sólo que, en un país que se piensa con categorías surgidas de una realidad distinta de la suya, la tentación de trazar de él una imagen al margen de la realidad es muy fuerte; que esa disposición a planear futuros que tienen poco que ver con el presente puede ser tomada por todos, y en primer término por los mismos que a ella se entregan como prepotente vocación revolucionaria; que si ese país no presenta en sí mismo una situación revolucionaria, esa vocación, admitiendo que efectivamente sea tal, está destinada a ser traicionada en el momento mismo en que es llevada a los hechos. Mientras todas estas condiciones se den, es muy probable que las cosas sigan ocurriendo de esta manera, pero no está dicho que esas condiciones han de durar eternamente.

TULIO HALPERIN DONGHI

CeDInCI